RAQUEL ARBETETA

LEALTAD y ESCÁNDALO

Dos enemigos.
Un acuerdo inevitable.



Lealtad y escándalo

Raquel Arbeteta

Copyright © 2023 Raquel Arbeteta

Lealtad y escándalo;
© Raquel Arbeteta, 2023
Ilustración de cubierta: Gabriela Rey

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su almacenaje o difusión por cualquier medio sin permiso previo de la autora.

Contacto:
Redes sociales: @raquelarbe
Instagram ilustradora: @madameardent

*

All rights reserved

A mis lectoras.
Os lo debía.

Quizás son nuestras imperfecciones las que nos hacen perfectos el uno para el otro.
Emma, Jane Austen

Mysteries of attraction could not always be explained through logic. Sometimes the fractures in two separate souls became the very hinges that held them together.

[Los misterios de la atracción no siempre podían explicarse mediante la lógica. A veces, las fisuras de dos almas separadas pueden ser lo que las unan]
El diablo en invierno, Lisa Kleypas

Lealtad y escándalo

Raquel Arbeteta

Prólogo

Londres, 1838

Una vez más, Alisa Chadburn dirigió una mirada angustiosa al final de la calle. No se veía apenas nada. La niebla de Londres que ascendía desde el Támesis le impedía distinguir las escasas figuras que deambulaban de noche, lo cual provocaba que se sobresaltara con cada silueta que emergía por sorpresa de la bruma.

En el fondo, no podía quejarse. Era ella quien había elegido ese momento y ese lugar por la misma razón. Nadie les vería fugarse.

Aunque para que eso ocurriera tendrían que ser dos.

Estaba bien abrigada y sin embargo le temblaban las manos. No era el frío. Era la señal de la resistencia que mantenía contra el miedo. Se negaba a creer que él no fuera a aparecer.

Las cinco campanadas hicieron eco desde Southwark.

Seguro que había una explicación. Quizá Charles había tenido problemas para reunir el dinero que necesitaban para llegar a Gretna Green y empezar una nueva vida. Por su parte, Alisa se había llevado para celebrar la boda lo poco que era suyo de verdad y que su familia no echaría de menos. Algunas joyas y un par de vestidos que guardaba en la bolsa que le cruzaba el pecho.

Se aferró a ella y tiró de la capucha de su capa un poco más cuando uno de los londinenses que pasaban por el callejón le gritó algo incomprensible. Para su alivio, después siguió su camino.

Solo cuando el alba estaba a punto de despuntar en el horizonte y barrer la niebla que cubría la calle adoquinada, cayó en la cuenta.

No existía ninguna excusa para su ausencia. Y, aunque la hubiera, no tenía sentido esperar que la salvara.

—No vas a venir —murmuró con voz trémula— y yo soy una necia por creer que lo harías.

Nunca le costó tanto decir la verdad hasta ese instante.

En el amanecer, se vio regresando a la propiedad de los Chadburn en Mayfair, sintiéndose del todo opuesta al modo en que la habían criado: un absoluto fracaso. Era la hija pequeña del marqués de Dorsetshire. Era hermosa, tenía una gran dote y tanto poder como podría poseer una joven de diecisiete años de su posición. Hacía poco había sido nombrada el diamante de la temporada, y eso que era la primera vez que se exponía en sociedad.

¿Tendría la oportunidad de disfrutar de una segunda?

Mientras caminaba, apretó los dientes con fuerza, tratando de deshacer el nudo de la garganta. Llegó a desear que el sol jamás hubiera salido.

Un sol que había desmontado toda una serie de mentiras brillantes como la plata.

…

—¿Estás bien, Alisa?

No contestó a su madre. Era la décimo tercera vez que se lo preguntaba. Toda paciencia tenía un límite. El de Alisa no era muy amplio últimamente.

En el fondo, sabía que su madre (toda su familia, en realidad) la quería. Que por eso estaba

preocupada. Pero Alisa no era una frágil figura de porcelana. Las figuras de porcelana no sentían ese dolor en el vientre. Uno latente que le provocaba pinchazos sin piedad desde que habían comenzado el viaje.

—Está bien, Eloise —respondió su tía Juliet por ella—. Ten piedad de la niña y déjala descansar. Necesitará todas las fuerzas de las que disponga para cuando lleguemos a nuestro destino.

«Menos mal que te tengo a ti, tía». Aunque fue incapaz de darle las gracias. En su lugar, Alisa giró la cabeza hacia la ventana del carruaje. Desde el interior, no se distinguía nada del paisaje. La única pista que le indicaba que se alejaban de la gran ciudad eran las bruscas sacudidas. Las tres mujeres se movían sin cesar de un lado a otro. El camino era pedregoso. Tan complicado como el que ella había tomado al decidir amar a un embustero.

«Aunque era un embustero con una lengua de oro» se dijo. «Debería haberlo adivinado. Tía Juliet me lo advirtió: no te fíes de los poetas, en especial de los que enjaulan falsas palabras de amor entre los dientes».

Ni siquiera pudo reírse de sí misma. La autocompasión se le había agotado. Suspiró a la vez que su madre y apretó el manguito de piel al que se aferraba desde que habían salido de Londres.

Le gustaba la campiña inglesa, solo que en esta ocasión lo que iban a buscar allí no eran fiestas estivales o una tranquila estancia en la casa de campo familiar. Viajaban para visitar a una mujer que podría ayudarla. O que, al menos, lo intentaría.

Otro pinchazo. Alisa apretó la mandíbula.

Estaba acostumbrada al dolor punzante. El problema era que soportaba más el físico que el que le apretaba el corazón desde que él no se había presentado. A pesar de la promesa entusiasmada que ese caballero le había hecho a ella. A tía Juliet. A sus padres. A pesar de los rumores que habían permitido que circularan a propósito tras el escándalo para disipar las dudas sobre su futuro.

«Sí, el señor Tumbler ha deshonrado a la pequeña de los Chadburn, pero se dice que la parejita hará lo correcto: se fugaran a Escocia para casarse». Eso había oído comentar hasta en las cuadras de su propia casa. Y sin embargo…

«Basta. No te hagas más daño recordando».

Pero recordar era lo único que podía hacer en ese carruaje, con su madre en completo silencio y su tía Juliet rumiando quejas sobre los asientos, cada una empeñada a su modo en no hablar del tema. Como si evitarlo solucionase todos sus problemas. En especial, uno: el que podría manchar a la familia Chadburn al completo.

Agachó la cabeza y decidió que lo mejor era dormir. Últimamente no buscaba otra cosa, aunque Morfeo siempre se empeñara en esquivarla.

La atravesó otra estocada de dolor. La más intensa hasta el momento. Fue tan aguda que no pudo evitar gemir entre dientes. Su madre no pareció notarlo, pero era demasiado ingenua si creía que la vieja tía Juliet, con su sordera selectiva, no se enteraría.

—¿Qué te pasa, mi niña? —La mujer se inclinó hasta estrecharle la mano—. Tienes mala cara. ¿Necesitas que abramos la ventana?

Una gota de sudor resbaló desde la frente por la nariz hasta caer en su regazo. Notaba el pelo negro bajo el sombrero pegarse a su cuero cabelludo. Alzó el rostro. Alisa ya era pálida, solo que en ese momento debía parecer un espectro. Notaba frío cada pedazo de piel del cuerpo.

—Pare el coche.

Lo dijo en voz tan baja que hasta Juliet tuvo que pedirle que lo repitiera.

—¡Pare el coche!

Su madre gritó asustada. Su tía fue más útil; golpeó con su bastón el techo y el carruaje frenó con brusquedad.

Alisa ni siquiera esperó a que se detuviera del todo. Rápida, tiró el manguito, abrió la portezuela y bajó del coche. Corrió sin saber adónde iba hasta apoyarse en un álamo. Se encontraban en medio del campo, junto a una pequeña arboleda. Era pronto, aún de madrugada. La niebla blanca lamía los campos a su alrededor. El mundo, solitario, se mantenía todavía en una calmada duermevela. Por eso, solo los estorninos fueron testigos del aullido que escapó de sus labios.

Eloise Chadburn fue la primera en salir del carruaje. Luego ayudó a tía Juliet a hacerlo. Mientras tanto, Alisa apretaba los párpados para contener las lágrimas. No sirvió de mucho. Nada podía contener el agua.

Ni la sangre.

Cuando volvió a abrir los ojos, la vio. Manchaba su falda y la hierba húmeda de rocío a sus pies. Vio de reojo cómo su madre, junto al coche, se desmayaba al verla. El lacayo bajó del pescante a ayudar a la dama y Juliet corrió todo lo que le permitió su edad hasta ella.

—Alisa, mírame, ¡mírame! —Nadie podía desobedecer una orden así. A pesar de las lágrimas, la chica pudo percibir su preocupación a través de ellas—. ¿Puedes sostenerte en pie? ¡Responde!

Aferrada al árbol como si fuera todavía una cría con su niñera, Alisa asintió varias veces con la cabeza.

—Buena chica. ¿Cuánto te duele? —Su sobrina cabeceó sin mediar palabra—. Siento lo obvio de la pregunta, pero es importante. ¿Te duele tanto como para no poder regresar al carruaje?

—Va rápido —consiguió articular Alisa—. *Demasiado*.

—Iremos más lentas. —La tía Juliet le pasó un brazo por la espalda y la estrechó contra sí—. Al fin y al cabo, parece que ya no tenemos tanta prisa por llegar.

No fue la primera vez que deseó ser como su tía. Más fuerte y tenaz, impasible y cínica. Juliet había sido una roca a la que aferrarse desde que comenzaron los problemas. Se prometió a sí misma que algún día llegaría a parecerse a ella: una dama distinguida a la que no le afectasen los comentarios. De hecho, estaban viajando para evitarlos. Para buscar una solución a lo que crecía en su vientre.

Y su cuerpo se había adelantado.

Alisa era más alta que la hermana mayor de su padre, así que se agachó para apoyar la cabeza en su hombro y llorar a escondidas.

Sabía que tendría que sentirse aliviada. Ahora se sentía mejor. Más débil, más cansada. Pero mejor.

Tuvo la extraña certeza de que se recuperaría. Había perdido lo que la ataba al ostracismo en una sociedad implacable con las mujeres. En especial con las que se atrevían a amar en unos márgenes que no eran «los adecuados».

Y si era así, si tenía que dar las gracias por la sangre que manchaba su vestido, ¿por qué se sentía tan desgraciada?

«Porque esta es la señal definitiva» pensó. «Ya no hay nada que me ate a él».

Mientras regresaban con lentitud al carruaje, se preguntó si el nudo que le ataba el corazón también se desharía. Para evitar una nueva decepción, juró no volver a confiar en ningún caballero que le susurrara palabras bonitas.

«Por si las moscas» rumió, «mejor no confiar en ningún hombre en absoluto».

1

Berkeley Square, Londres, enero de 1845

—Desde luego, no hay nada superior a un buen baño tras un buen polvo.

Como era evidente, nadie le respondió. Desde hacía un par de años (¿cuántos? Ni siquiera llevaba la cuenta), Ezra MacLeod se había acostumbrado a hablar solo. Quizá tuviera algo que ver con la bebida. Ni siquiera él podía obviar que se había refugiado en ella con ahínco, de igual modo que en la soltería.

El alcohol jamás le defraudaba y estaba unido a los momentos más liberadores de sus veintiséis años de vida. Ser el único heredero varón de su casa no le permitía tener demasiados y en el futuro, por desgracia, habría incluso menos. Tendría que hacerse cargo del condado de Northum en cuanto su padre muriera.

—¡Ese bastardo inmortal!

Lanzó una carcajada tras pronunciar esas palabras en voz alta. Todavía riendo entre dientes, acomodó la cabeza contra el borde de la bañera de porcelana y se acercó la copa de cristal a los labios. Al volver a paladear el fino coñac que su amigo Cayden Dagger le había regalado esa Navidad, cayó en que no le había correspondido de vuelta.

A su esposa Hope, sí, desde luego. Ezra le había enviado doce ramos de camelias y un lienzo en blanco para que «el día que desee variar, mi señora, se olvide del idiota de su esposo y pinte el rostro de un apuesto hombre sonriente».

Estaba seguro de que Cayden había fruncido el ceño al leer esa nota llena de insinuaciones baratas (y falsas) que Ezra había añadido al obsequio. Era una pena no haber contemplado aquel gesto de fría exasperación en persona.

La empresa Dagger, de la que su mejor amigo era dueño y él, socio, iba viento en popa. A Ezra no le gustaba trabajar, pero sí ayudar a su colega, y parecía que la recompensa económica merecía las interminables reuniones que se veía obligado a aguantar. Procuraba buscarse un entretenimiento antes y después para no sucumbir ante lo extenuante que era invertir en la nueva industria. Por eso había ido a visitar a la viuda lady Collins en cuanto se había despedido de Cayden y su mejor ingeniero, Brooks.

Estar exento de tener una ocupación real era la única ventaja que le otorgaba su apellido. La única que disfrutaba sin remordimientos.

Tampoco era idiota: era consciente de sus privilegios. Sabía que, al contrario que Cayden, podía permitirse no trabajar manchándose las manos a cambio de una serie de obligaciones que, por el momento, no resultaban demasiado engorrosas. La última tenía que ver con su hermana pequeña.

Heather MacLeod llegaría en apenas unos días a Londres para su puesta de largo. Ezra tendría que hacerle de valedor y acompañarla a todos los bailes de la temporada, estudiar a sus pretendientes y negociar con los caballeros más ambiciosos que se atrevieran a pedir su mano. Heather, aunque era la más joven de la familia, seguía siendo la hija de un conde, así que era un partido tentador, tanto para aristócratas como para nuevos ricos.

Tendría que estar ojo avizor.

—Vigilar a una jovencita tímida, qué suplicio.

En cuanto llegase, también tendría que tener más cuidado con lady Collins. Aunque su última amante era tan discreta como él, reduciría sus encuentros para que la pequeña Heather no se escandalizara.

Por lo demás, la visita de la debutante no era el peor de los destinos. Ezra la recordaba con cierto cariño. Sin duda, Heather era la más dulce de sus cinco hermanas.

Lo cual tampoco era demasiado difícil.

—¿Cuándo vi a Hezzy por última vez? —Cerró los ojos—. Era tan solo una niña. ¿Tenía ocho años? ¿Diez?

Quizá se hubiera vuelto una arpía estirada, igual que el resto de las MacLeod. Solo le escribían para pedirle favores, para ellas y sus maridos, a pesar de que jamás abandonaban ni el condado de Northum ni las respectivas casas de sus esposos, allá en el norte. Mejor así. Alargaría lo máximo posible verlas. Se negaba a imaginar la pesadilla que supondría aguantarlas cuando él fuera el conde y no su padre.

Llamaron a la puerta y, entreabriendo los párpados, echó la cabeza del todo hacia atrás. El techo pintado de sátiros lujuriosos y curvilíneas ninfas le devolvió la mirada. Hasta le pareció que una de ellas le guiñaba un ojo.

Le recordaba a alguien, aunque no sabía concretar a quién. El agua hacía brillar su piel blanca como el plumaje de un cisne. El cabello negro y liso le caía por un hombro hasta llegar a los pies. Ondeante y húmedo, le entretuvo hasta que volvieron a llamar.

—¡Adelante! —Bufó—. Espero que merezca la pena…

Su mayordomo entró con el semblante serio. Impecable, se acercó hasta la tina de agua caliente con una bandeja de plata. Ezra se movió lo justo para alcanzar la carta que reposaba sobre ella. Dio la vuelta al sobre. Venía de su casa.

No, esa no era su casa. Dunstan House, en Northum, era propiedad de su padre. ¿Cuándo había sido la última vez que había visitado el viejo castillo? Ni se acordaba. El alcohol también nublaba ese tipo de información.

Una ventaja más que agradecerle.

Dejó la copa sobre la bandeja e hizo un gesto con la mano al mayordomo para que se marchara con ella. Cuando lo hizo, Ezra se irguió hasta sentarse y rompió el sello con el emblema familiar. La cera roja cayó entre la espuma y se deshizo por el calor, tiñendo de granate el agua como si se tratase de una gota de sangre.

Leyó mareado las primeras palabras. Consternado, las siguientes.

—Debo estar borracho.

Sabía que era verdad, aunque también que no tenía tanta imaginación, ni siquiera con ayuda del alcohol. Tiró la carta a un lado y palpó por el otro el suelo hasta dar con la botella que le había regalado Cayden.

—¿Has metido alguna sustancia turbia en esto, Dag, y por eso leo locuras?

De nuevo, no hubo nadie que le contestara. Vivía en una mansión tan espléndida como vacía en mitad de Londres.

Reunió las pocas fuerzas que le quedaban para ponerse en pie y salir de la bañera con ademanes torpes. Se secó y, por un instante, se olvidó de la carta. Solo cuando se puso el batín de seda y se acercó a la chimenea para calentarse, recordó de nuevo lo que decía la tinta emborronada.

—Maldito bastardo —refunfuñó—. No podías ser inmortal, ¿eh? Olvidaba que no hay mal que cien años dure.

Aunque la niñez con su padre en Dunstan House le había parecido igual de larga.

2

Un mes y medio después

En esa noche helada, la mansión de los Makepeace se había convertido en el epicentro de la sociedad aristocrática londinense. Todo aquel que era considerado alguien en la capital se había reunido para bailar en honor al compromiso de Anthony Makepeace.

Había sido nombrado como uno de los solteros codiciados de la temporada, aunque había desaparecido del tablero de juego demasiado pronto, en especial si se preguntaba al respecto a las debutantes solteras.

—Qué rabia sentí al leer su anuncio de compromiso en el *Illustrated* —susurró Hope—. Había imaginado a Anthony contigo, Alisa. Una vez más, confirmamos lo que ya asumíamos tácitamente: no se puede confiar en el buen gusto de los hombres.

En lugar de responder, Alisa alzó una ceja y se contuvo para no sonreír.

Hope era un tesoro. Se habían conocido la temporada anterior en medio de uno de esos bailes, cuando Alisa la había ayudado con su prótesis. Porque, al contrario que otras damas de su posición, Hope había sufrido las deudas de su familia de la peor manera posible. Con solo catorce años, había perdido una pierna durante un ataque de los prestamistas de su padre. Cualquiera lo diría al verla allí, alegre y vestida de satén verde, haciendo comentarios mordaces sobre los bailarines.

Alisa la había descubierto siendo un ratón asustado y ahora se erguía en la silla como un ave rapaz, con el pelo castaño ondulado adornado de plumas y una mirada esmeralda que no desviaba al suelo por nada del mundo.

—¡¿Te lo imaginabas con Alisa y no conmigo?! —gruñó Evelyn a su lado. Aunque enseguida la chica se echó a reír—. Menos mal, ¡porque es un vejestorio!

—Eve, baja la voz —le pidió Hope—. Además, Anthony Makepeace no tiene ni cuarenta años, no es tan mayor.

—¿En serio? Para mí, sí. ¡Acabo de cumplir los dieciocho!

—Oyéndote no lo parece, querida Eve —la amonestó Alisa—. Te recuerdo que, si deseas ser una dama, no debes utilizar esa palabra. ¿*Vejestorio*? No seas ordinaria.

—Si dejara de decir todo lo que me pedís, permanecería muda la noche entera.

—Creo que nunca has tenido una idea mejor.

Hope se rio del comentario de Alisa y Evelyn fingió que se enfadaba golpeando el abanico contra los lazos de su vestido rosa. Con el movimiento, los espesos rizos rubios que escapaban de su peinado oscilaron de un lado a otro.

Aquella joven medio francesa era un auténtico torbellino de faltas de educación y honestidad avasalladora. Tanto Hope como Alisa habían prometido hacía un año que la ayudarían a ser más recatada, a encajar mejor en la sociedad inglesa y a seguir a rajatabla las normas de etiqueta. Contaban con la ayuda de tía Juliet para ello. Junto a las otras dos jóvenes, la «vieja dragona» había actuado como su madrina.

Los progresos existían, solo que eran lentos. Se consolaban con que Evelyn ya no se quitaba el zapato para amenazar con un tacón a las damas que las menospreciaban.

Porque la sociedad lo hacía. La temporada anterior, las tres se habían conocido precisamente

por ese motivo: eran un trío de jóvenes solteras repudiadas por una razón u otra que calentaban las sillas del salón durante las reuniones sociales, a la espera de alguien que se interesara por ellas. Se habían aliado para ser sus propias casamenteras y, en menos de seis meses, habían triunfado por todo lo alto.

Hope Maude se había convertido en Hope Dagger al casarse con el primo de Evelyn, Cayden. Y viendo cómo marido y esposa se dedicaban tiernas miradas a través del salón, era evidente que había merecido la pena el esfuerzo.

—Ahora que está a punto de arrancar la temporada, tenemos que volver a echar un vistazo a la lista de candidatos —murmuró Hope inclinándose sobre sus amigas—. ¿Cuál era el siguiente caballero que podría serviros a alguna de vosotras?

—Por favor, que tenga menos de treinta —pidió Eve con los ojos cerrados y los dedos cruzados—. O al menos todos los dientes.

—Pides demasiado —dijo Alisa con expresión seria—. Yo me conformo con que mi futuro marido no se vaya a morir mañana.

—No sé si, de hecho, eso sería una ventaja.

Todas se rieron, atrayendo las miradas a su alrededor.

No era normal ver a tres damas manteniendo una conversación tan larga y entretenida. Se suponía que debían permanecer estoicas e imperturbables hasta que un hombre las sacara a bailar. En silencio, como flores que solo revivían bajo la atención de un caballero.

Las tres estaban hartas de eso. Se habían unido para huir de la compasión de la gente, sí, pero después de hacerse amigas ya no buscaban solo un matrimonio, por mucho que la alta sociedad no las viera útiles para nada más.

—¿Terminaste el último retrato, Hope?

—Sí, Eve, ayer mismo. —La pintora sonrió con cierta timidez—. Cayden afirma que es uno de mis mejores trabajos.

—Aunque no creo que le falte razón, el señor Dagger dice eso de cada cuadro que terminas.

—Ya lo sé, Alisa —cabeceó Hope—. Conociendo al formal de mi marido, cualquiera diría que no es un hombre imparcial.

—Mi primo está enamorado de ti —dijo Evelyn con tono soñador—, ¿cómo pretendes que lo sea?

Las tres se giraron para observarle. Al otro lado del salón, charlaba con gesto grave con uno de los representantes de la Cámara de los Lores.

A pesar de que Cayden Dagger era un nuevo rico sin sangre aristocrática, se las había apañado para ganar tanto dinero que fuera difícil de ignorar en sociedad. Alisa imaginó que en ese momento estaría tratando de convencer a ese lord de apoyar su proyecto para construir una línea de transporte urbano, una medida revolucionaria que conectaría toda la ciudad de Londres.

—Si tan enamorado está de ti, ¿por qué no se ha dignado a sacarte a bailar? —refunfuñó Alisa.

—A mí no me importa. —Hope se encogió de hombros—. Para él, esto no es una fiesta, sino una reunión de trabajo. Además, tampoco es que yo me muera por pasear mi cojera por toda la sala. —Sus mejillas pecosas se sonrojaron—. Ya tengo todos los bailes que quiero en casa.

Evelyn se inclinó sobre la silla y ocultó el rostro con el abanico de plumas antes de susurrar:

—¿Hablas realmente de bailar o es una metáfora del se…?

—¡Eve, por favor!

—¿Qué? —La chica se mordió el labio inferior—. Para una de las tres que controla algo del asunto…

Alisa se puso tensa. De reojo, notó cómo Hope también se revolvía con incomodidad en la silla y cambiaba rápidamente de tema.

Solo ella de entre sus amigas sabía la verdad. La sociedad creía que un caballero había arruinado a Alisa hacía siete años y no se había casado con ella, pero nada más. Ignoraban que no habían compartido solo un beso, lo que en sí ya era inadmisible en la alta sociedad.

Hope era la única de esa sala, además de su tía Juliet, que era consciente del viaje que había hecho para ocultar su embarazo.

Sin pensar, Alisa bajó la mirada hasta su regazo. Llevaba un vestido bordado con flores rojas. A pesar de lo mucho que le recordaba a la sangre de aquel día, le encantaba ese color. Era intenso y realzaba la palidez de su piel, su esbelta figura, el pelo y la mirada oscura que todo el mundo había elogiado cuando había sido una debutante.

Todo eso formaba parte del pasado. En su cuarta temporada, ya nadie la cortejaba. Con veinticuatro años, las posibilidades de un matrimonio por amor se deshacían como el humo. Tendría que conformarse con unirse a un hombre que al menos la respetara.

Echando un vistazo a su alrededor, no parecía tarea fácil.

—Eh, mirad. —Evelyn señaló hacia la puerta con el dedo. Alisa bajó con rapidez su índice antes de que la gente la viera—. ¿A quién acaban de anunciar? ¿Ese de ahí no es Ezra MacLeod?

—Debes llamarlo por su título a partir de ahora —le recordó Hope con cariño.

—No me lo recuerdes —resopló Alisa—. Cada vez que oigo que ese patán es el nuevo conde de Northum, se me revuelven las tripas.

Evelyn se rio, mientras que Hope guardó silencio. Al fin y al cabo, Ezra era el mejor amigo de su marido, y Alisa intuía que entre su amiga y ese mujeriego había algo más que mera cortesía. En ocasiones hablaba de él como si mantuvieran también una amistad, por mucho que entre hombres y mujeres no fuera habitual esa relación.

Aunque Alisa detestaba a los hombres como Ezra, no podía negar que hacía reír a Hope. A regañadientes, reconocía que había sido uno de los primeros nobles que la había tratado como merecía. Luego observaba cómo el conde sonreía con condescendencia a los que le rodeaban y con pasión a la mesa de bebidas y recordaba por qué lo detestaba.

Solo era un holgazán, uno de tantos nobles que no se ocupaba como debía de sus tierras, pero sí de las mujeres casadas de otros. Además, por mucho que vistiera todavía el luto por su padre, no mostraba ningún tipo de dolor por su pérdida.

«Un mentecato del que mantenerse bien alejada».

Hacía años se había jurado a sí misma no confiar en los hombres, y si tuviera que hacer una lista actualizada de los peores, sin duda Ezra MacLeod la encabezaría.

—Espera… —Hope bajó la voz hasta convertirla en un susurro inaudible—, no ha venido solo. ¿Quién es ella?

Detrás del metro ochenta de altura de Ezra se escondía una joven de la edad de Evelyn. Compartía con él el pelo castaño oscuro y cierta robustez. Estaba cubierta de los pies a la barbilla por un recatado vestido negro y trataba de ocultar el rostro, redondo y atenazado por un terror mudo.

—Es Heather, su hermana pequeña —contestó Alisa sin desviar la mirada—. No me lo puedo creer…

—¿El qué no puedes creer?

—No puedo entender su desfachatez, Eve. ¡Es inadmisible! Su padre falleció hace muy poco y ella… ella… —Alisa cerró los ojos un instante para serenarse—. Solo tiene dieciséis años, jamás ha sido presentada en sociedad. Desde luego, no es adecuado que haga su puesta de largo

todavía de luto.

—¿Por qué no? —Despreocupada, Evelyn se colocó mejor uno de los lazos rosas del pelo—. La vida es corta. Hay que disfrutar antes de que nos visite la Parca y caigamos en *le sommeil éternel*. Solo lamento que la pobre tenga que aparecer vestida así. ¡Ese color no le favorece en absoluto! Tiene una tez hecha para el azul cielo. —Chistó y negó con la cabeza—. Pero si ella quería presentarse igualmente, ¿por qué no hacerlo?

—Porque no está bien visto en sociedad —respondió Hope con cierta resignación.

—Y tampoco estoy segura de que ella quiera estar aquí —comentó Alisa.

De hecho, en ese momento Heather MacLeod parecía desear abrir uno de los ventanales de la casa Makepeace y saltar al vacío. Antes de que se atreviera a moverse, Ezra la cogió del brazo para arrastrarla a por una copa de vino, primero, y a acercarse a Cayden, después.

Las tres amigas no les perdieron de vista. Tras hablar un rato con los dos hermanos e inclinarse ante Heather, Cayden se giró hacia su esposa, como si supiera que le observaban. Con una tenue sonrisa, saludó de lejos al trío de amigas y atravesó la sala hasta quedar frente a ellas.

—Buenas noches a todas. —Hizo una reverencia al llegar—. Lamento no haber venido antes.

—No importa, Cay…

—Sí importa —la cortó Alisa. Alzó ambas cejas en un gesto cómplice—. Sabemos que sus negocios son una tarea esencial, señor Dagger, pero tratar bien a su esposa debería ser su prioridad número uno.

—Lo es —reconoció—. Por eso trabajo tanto. He de esforzarme para seguir manteniéndola como a la misma reina.

—¡Así se habla, primo!

Alisa le lanzó tal mirada a Evelyn que esta se echó a reír de puro nervio.

—En cualquier caso, mis disculpas a su majestad —murmuró Cayden—. Para compensar la espera, ¿me concedería este baile?

Hope tomó la mano de su marido y la utilizó para ponerse en pie.

—Todos los que quieras.

Antes de alejarse, Cayden le pidió a las otras dos los siguientes valses y las jóvenes accedieron.

Aunque al principio le había costado, Alisa había acabado respetándole. ¿Había imaginado alguna vez la posibilidad de casarse con el señor Dagger? Jamás. No habrían sido un buen matrimonio (y se alegraba por Hope más que nada en el mundo), pero ahora sí buscaba algo parecido para ella: un hombre pragmático que le permitiera mantener tanta independencia como su amiga.

Y si era igual de atractivo, mejor todavía.

—Eh, Ali. —Volvió a la realidad y se giró hacia una Evelyn colorada como la grana—. Junto a los músicos hay un hombre que no deja de mirarme.

—Perfecto —musitó Alisa con aire práctico—. Entonces no le mires tú a él. Lánzale solo un vistazo por encima del abanico y luego oculta tus labios tras las plumas. Después bájalo lentamente hasta posarlo en el regazo.

—Esto se me da de pena. —A pesar de las quejas, la chica obedeció—. ¡Ali, ha funcionado! ¡Viene hacia aquí!

—¿Cómo lo sabes si no estás mirando?

—*Ups*. —Se volvió hacia ella—. ¡¿Y ahora qué hago?!

—Es el almirante Court —le explicó Alisa—. Tiene treinta años y todos los dientes. Volverá con la milicia dentro de poco. Aprovecha para saber cómo es. Tengo entendido que se trata de un

caballero respetable.

—Sí. De acuerdo. Bien. *Parfait*. —Evelyn se abanicó con demasiado entusiasmo—. Aunque creo que, si me pide un baile, lo rechazaré.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque entonces te dejaría sola. —Los ojos azules de Evelyn la miraron con ternura—. Deseo vestirme de novia, pero jamás por encima de ser tu amiga.

Sin quererlo, las dos se habían agarrado a la vez el collar en forma de corazón que llevaban.

Había sido un regalo de Hope. Cuando Cayden le había facilitado una prótesis nueva para sustituir la que había soportado durante años, la pintora había utilizado el metal de la antigua para diseñar tres joyas iguales. Dentro de ellas, había un rubí para Alisa y una amatista rosa de Francia para Evelyn.

Tan distintas y tan iguales, las dos amigas se habían vuelto inseparables. Era cierto que hacían pocas cosas sin contar con la otra.

El almirante estaba solo a unos pasos.

—Eve, ve con él. —Alisa se obligó a sonreír con suavidad—. Me ofende que me consideres tan frágil como para no soportar un vals sin compañía.

—Pero…

—Evelyn Geneviève Boulanger, lo he hecho miles de veces antes que tú. Recuerda que soy la mayor de las tres. —Alzó el mentón con elegancia—. Aunque no lo parezca.

—*Frimeuse* —se rio Evelyn entre dientes.

—Así que disfruta. ¡Acepta el baile! —Le acarició la mano enguantada—. A ver si tenemos suerte y podemos organizar una boda para el próximo otoño.

Era el empujón que le faltaba. Cuando el almirante Court se inclinó ante ellas, Evelyn respondió «¡sí!» en voz alta antes de que este le preguntara nada.

Alisa no supo si reír o llorar, pero el entusiasmo de la chica pareció hacer gracia al soldado, que la sacó a bailar de todos modos.

En realidad, no le extrañaba. Aunque Evelyn era menuda y demasiado extrovertida para lo que imperaba en sociedad, tenía una belleza indudable. Como la modelo de un cuadro de Rubens, era rotunda, curvilínea y con la piel encendida siempre de rosa, su color favorito. Era imposible no animarse con ella cerca.

Al verla marcharse, Alisa volvió a acariciar el corazón que tenía entre las clavículas. Le tranquilizaba hacerlo. Era un gesto que le recordaba que no estaba sola. Que, si no encontraba a nadie, tenía amigas.

Aunque eso no evitaba que se sintiera algo vacía de cuando en cuando. En especial después de haber conocido lo que era el amor de verdad.

Para distraerse, observó con más atención el salón, a pesar de saber de antemano lo que encontraría. Las mujeres la rehuían, atrincheradas tras una combinación de envidia y desprecio, y los hombres solo la contemplaban como una posible futura amante. Su reputación estaba arruinada y, si no se casaba pronto, sería una propuesta que recibiría a diario por parte de muchos nobles adinerados.

Reparó otra vez en Ezra MacLeod y su hermana. Él bebía mientras reía a carcajadas junto a un vizconde canoso y Heather se encogía en silencio a su lado, desviando de vez en cuando la vista hacia los bailarines. Le recordó a la antigua Hope, muda y sin confianza. También a Evelyn, tan inocente, con los ojos llenos de sueños románticos.

Alisa se sentía como la hermana mayor de las dos. Y estaba claro que, en vista del comportamiento de Ezra, Heather MacLeod necesitaba una desesperadamente.

3

Alisa se puso en pie y cruzó la sala con andares medidos y elegantes, tratando de ignorar las miradas de soslayo que le dirigían el resto de aristócratas. Cualquier dama acababa acostumbrándose al desprecio mudo, pero una Chadburn convertía la defensa en la más gruesa de las armaduras.

Al fin, llegó y se colocó frente al grupo. Con calma, se inclinó a la vez que lo hacía el anciano caballero junto a Ezra. Le conocía, era un viejo amigo de la familia Chadburn.

—Qué alegría verla esta noche, lady Alisa.

—Gracias, vizconde Dunnottar, el placer es compartido. ¿Qué tal se encuentra su esposa?

—Oh, estupendamente. Siguiendo los consejos del médico, decidió visitar a su prima Hampton en Bath esta temporada.

—¡Qué idea tan espléndida! El mar está precioso por estas fechas —comentó ella. Luego se giró hacia los MacLeod—. Conde de Northum, le transmito mi más sentido pésame…

—No es necesario —la cortó Ezra—. Quizá sería más adecuado darme la enhorabuena.

El vizconde Dunntottar se tensó y, con un gesto de incomodidad, se despidió del grupo con rapidez. Al verle marcharse, Ezra ocultó su sonrisa de victoria llevándose la copa de vino a los labios.

Ante el gesto, Alisa ni se inmutó. No era la primera vez que le veía soltar comentarios parecidos. Aunque era evidente que ahora bebía más que antes y, por tanto, tenía la lengua más suelta, en especial para hacer gala de su mal gusto.

En cualquier caso, no estaba allí para amonestarle. Si Ezra MacLeod quería ponerse en evidencia, era cosa suya.

—Lord MacLeod, veo que le acompaña una encantadora señorita —empezó a decir en voz baja—. Si es tan amable, me complacería conocer su nombre.

Heather alzó la mirada del suelo con sorpresa. Sin embargo, Ezra no cambió su expresión divertida.

—¡Debo estar soñando! —exclamó—. Lo nunca visto: Alisa Chadburn solicitando mi permiso para algo ¡y con qué buenas maneras!

—Podría decir lo mismo de usted: el día en que le oiga decir «por favor» asumiré que Inglaterra está al borde del cataclismo.

No pretendía hacerle reír. Por eso puso mala cara al ser testigo de la potente carcajada que soltó.

—Como ciudadanos de Londres, en realidad ya vivimos en una debacle —reconoció Ezra—, así que seré amable por esta vez. Hezzy, esta serpiente vestida de seda es lady Alisa Chadburn. —Señaló a su hermana con la copa y a punto estuvo de derramarla—. Lady Alisa, esta es mi hermana pequeña, Heather MacLeod. Aunque apuesto a que eso ya lo sabía. ¿Acaso hay algo que no sepa de la sociedad que tanto adora?

—Oh, muchas cosas —contestó Alisa con sequedad—. Para empezar, ignoro por qué es usted tan idiota. —Para su disgusto, el conde volvió a reírse—. Para continuar, tampoco comprendo cómo la sociedad no le repudia por su comportamiento. Y por eso se equivoca una vez más —Bajó la voz—, porque no adoro a esta sociedad en absoluto.

—Cualquiera afirmaría lo contrario —replicó Ezra al mismo volumen—, dado que, a pesar

del desprecio que a usted sí le profesan, se empeña tanto en encajar en ella.

Notó cómo perdía el color en las mejillas.

—¿Cómo se atreve…?

Se calló el «malnacido asqueroso» que iba a continuación.

—Tampoco estoy exponiendo nada que no sea de dominio público. —Ezra encogió un hombro—. No la tenía por una de esas damas que piensan lo mejor de los demás para así ignorar la realidad, lady Alisa.

—Ni yo a usted por uno de esos maleducados que utilizan la honestidad como excusa tras asestar un golpe malintencionado.

—Ah, ¿no? —Se rio entre dientes—. Entonces es evidente que no me conoce lo más mínimo.

Alisa se guardó las ganas de decirle que, si por ella fuera, ese hecho jamás cambiaría.

«También me guardaré las ganas de darle una bofetada».

Ya sabía que todos los miembros de la sociedad la despreciaban, no hacía falta que MacLeod se lo recordara tan a las claras. Todos la consideraban una mujer manchada por el escándalo. Al mismo tiempo, se abstenían de decírselo a la cara.

Tampoco es que les hiciera falta para señalarla. Aunque era un tema tabú, no sacarla a bailar o rehuir cualquier invitación a tomar el té era suficiente para demostrar lo mucho que la repudiaban.

Solo Ezra MacLeod sería capaz de comentar algo así en voz alta.

Quiso continuar la discusión, responderle como se merecía, pero al final se contuvo; Heather continuaba observándola con los ojos como platos y Ezra y ella podrían continuar horas con su diatriba.

«No estoy aquí por él» se recordó. «Sino para salvarla a ella».

—Disculpe mis modales… —Alisa adoptó un tono dulce al girarse hacia esa chiquilla con cara de incomprensión—. A pesar de los terribles acontecimientos que han acaecido en su familia, es un honor para mí conocerla esta noche, lady Heather. ¿Sabe qué? Compartí mi primera temporada con Dahlia, su cuarta hermana.

—Todavía me pregunto cómo, al contrario que usted, esa arpía pudo casarse tan pronto —se rio Ezra entre dientes—. No sé de quién dice más ese milagro, si de ella o de usted.

Alisa decidió ignorar el comentario y sonrió con suavidad a la chica.

—Me gustaría invitarla mañana a pasear por los Jardines de Kensington —continuó—. Con mi tía, lady Juliet Chadburn, y mis amigas, la señora Hope Dagger y la señorita Evelyn Boulanger.

—Oh, ¿en s-serio? —musitó ella. Una temblorosa sonrisa amaneció en sus labios—. M-me encantaría, pero yo… —Agachó la cabeza—. No sé s-si a mi hermano le parecería bien…

—¿Acabas de llegar a Londres y ya quieres librarte de mi compañía, hermanita? —Ezra se puso una mano en el pecho y compuso una falsa mueca de dolor—. ¿Qué es este vacío fraternal que se ha instalado en mi pobre corazón…?

—No le haga caso —se apresuró Alisa—. Su hermano sabe tan bien como yo que debería tener una chaperona y compañía femenina cuanto antes si quiere sobrevivir a las reuniones sociales. —Alzó la barbilla—. Habría hecho bien al recordarlo antes de traerla a su primer baile vestida de luto y acompañada solo por él.

Vio en el rostro de Heather que ella, en el fondo, también lo sabía. La chica se mordió el labio y no dijo nada. Ezra, por su parte, alzó ambas cejas y bebió un trago antes de replicar:

—Hezzy, había olvidado comentarte lo *sabia* que es lady Alisa. Se ha pasado tanto tiempo sentada observando a los demás que cree adivinar por qué actúan o cómo piensan.

—En su caso, conde de Northum, no es que sea especialmente complicado.

En esa ocasión, Ezra no se rio de sus palabras, aunque era evidente por su expresión divertida que no se había molestado por el comentario. Sosteniéndose la mirada, ambos se atrincheraron en un tenso silencio.

Heather miró a uno y a otro, sin saber bien qué hacer o decir. La joven se sentía en medio de un duelo de esgrima, uno sin más armas de por medio que las lenguas afiladas.

—Si es tu deseo, Hezzy, no me interpondré en tu maravilloso paseo de mañana con lady Alisa —cortó el silencio Ezra—. Además, ¿por qué debería? En Northum ya te habrás acostumbrado a los ataques de las víboras, así que en el parque no corres peligro alguno.

—No hay serpientes en los Jardines de Kensington —le corrigió Alisa.

—Me refería a mis hermanas —dijo Ezra—. Y permítame que ponga en duda la ausencia de otras damas venenosas en Londres.

—Las mujeres pueden guardar veneno —repuso Alisa—, pero los hombres ni siquiera lo necesitan para resultar mortíferos.

—¿Ves, Hezzy? —Ezra se inclinó hacia su hermana—. Lo que te decía: ¡toda una dama instruida! Deberías aprender de ella. De hecho, harías bien en tomar de ejemplo a la señorita Chadburn para convertirte también en una mujer revolucionaria. Aquí donde la ves, es una de las pocas damas que apuestan por la industria moderna. El año pasado invirtió en la empresa del señor Dagger, de la que ya te hablé.

—Un salón no es el mejor lugar para hablar de negocios —le amonestó Alisa.

Ezra puso los ojos en blanco.

—Al parecer, no es un buen lugar para nada ni remotamente interesante.

—Desde luego que para una joven de luto no lo es. —Alisa se acercó un paso más y utilizó su abanico para ocultarse y hablar con Ezra tras él—. Por el amor de Dios, MacLeod, ¿cómo se le ocurrió traerla?

—La pobre llevaba demasiado tiempo encerrada en ese castillo lúgubre, atada de pies y manos. Es comprensible que quisiera huir de Northum y venir a Londres. —Se encogió de hombros—. Que el bastardo de nuestro padre haya muerto no debería ser un impedimento para cumplir con su único capricho.

—Le ruego que en mi presencia no hable así de un fallecido, y más siendo su padre. Además, lo que lady Heather quiera no es importante. —A Alisa le dolió decir aquello, pero se obligó a continuar—: Como su hermano y protector, tendría que haberle explicado qué pensaría de ella el resto de la sociedad al presentarse así. ¿Es que no quiere que su hermana se case bien?

Ezra no tuvo que agacharse mucho para estar a su altura. Aun así, Alisa fue más consciente que nunca de la diferencia entre ambos.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Se detuvo en cuanto él susurró con frialdad:

—Haga un esfuerzo, milady, y no asuma que todas las mujeres buscan lo mismo que usted. No todas sois iguales.

—Por supuesto que no —siseó ella. Alzó la mirada y sostuvo la de él. Un par de ojos negros igual de directos que los suyos—. Pero los hombres sí que lo son. Al menos piensan lo mismo. *Ven* lo mismo. —Señaló con la cabeza a Heather—. Sea realista, ¿qué cree que verán en ella? A una pobre chiquilla inexperta y fácil de atrapar. Por favor, sea sensato. Aquí solo lo conoce a usted. No permita que la engañen.

Ezra frunció el ceño, con una mirada desafiante que guardaba la intención de rebatirla.

—Claro que no, ¿por quién me toma?

—Si no le conociera, le tomaría por un conde perezoso que prefiere beber a pensar. Y dado

que le conozco, le tomo por eso mismo. —Bajó el abanico con un único movimiento—. Por experiencia, le doy un consejo: no deje que se sienta sola. Jamás. Porque una mujer sin amor puede atrapar cualquier espejismo de afecto que se le presente.

—Ah, ¿eso fue lo que le pasó a usted?

Alisa no contestó.

Con gesto serio, Ezra terminó la copa de vino y la dejó a un lado. Después se irguió cuan alto era, recuperando con rapidez la misma expresión desenfadada de antes.

—Perdona nuestros modales, Hezzy —se dirigió a su hermana, que parpadeó confusa—. Esto es Londres, acostúmbrate a la democracia del cotilleo: parlotearán sobre ti en tus narices y también a tus espaldas. Dime, ¿de verdad deseas salir mañana con lady Alisa y sus amigas? —Con timidez, la chica asintió con la cabeza—. En ese caso, no hay más que hablar.

—Perfecto entonces —concluyó Alisa.

Luego se giró hacia la pista de baile. La pieza estaba a punto de terminar y Evelyn le hacía gestos por encima del hombro en cada vuelta.

A saber qué habría hablado con el almirante. Apostaba a que habría sacado a colación los nuevos inventos que Brooks había diseñado para la empresa de su primo Dagger y un sinfín de temas prohibidos más.

—Si me disculpan ambos —dijo Alisa con suavidad—, he de retirarme. Le enviaré una tarjeta mañana a primera hora para concertar la cita, lady Heather.

—S-sí. Muchas gracias.

Tras inclinarse ante los dos, Alisa se volvió para regresar a su silla. Sin embargo, algo la retuvo.

Extrañada, se giró sin poder creer que Ezra MacLeod la hubiera detenido agarrándola del codo.

El conde la soltó enseguida, casi tan sorprendido como ella, e inclinó la cabeza.

—Gracias.

—¿Qué? ¿Por qué me…?

—Por el consejo. Aunque no solicitado, es bueno.

Tras la sorpresa inicial, Alisa se aclaró la garganta para reponerse y masculló:

—De nada, milord.

—¿Sabe? Quienes me conocen a fondo saben que soy mejor amigo que enemigo. —Dio un seguro paso hacia ella—. ¿Aceptaría un consejo no solicitado por mi parte?

«Nunca».

—Dudo que necesite uno que venga de usted.

—Sabía que diría eso, así que se lo daré de todos modos.

Volvió a inclinarse hacia ella. En un acto reflejo, Alisa tragó saliva.

—Milady, ya que por culpa de ese escándalo absurdo la sociedad la ve como lo que no es, ¿por qué no se deja llevar? Compórtese como quiera y llévese un pedazo del pastel.

—¿Pastel? No sé de qué me está hablando, detesto los dulces. —Alisa se ajustó los guantes blancos para intentar cubrir la piel desnuda que Ezra le había tocado—. En cualquier caso, es evidente que el consejo que me ha dado solo le sirve a gente como usted.

—¿A gente como yo? —Por primera vez, notó que él se revolvía incómodo—. ¿A qué se refiere?

—A los hombres. Porque solo uno tendría la libertad de seguir ese consejo y no acabar escaldado.

Expectante, Heather miró alternativamente a uno y a otro. Por lo que parecía, había sido

Alisa quien había ganado la batalla de esgrima. Bajo su apariencia íntegra, se la notaba exultante.

No obstante, Ezra recuperó la sonrisa enseguida.

—¿Qué le parecería concederme el siguiente baile, señorita Chadburn, y así lo discutimos?

Alisa casi trastabilló hacia atrás. El conde de Northum acababa de extenderle una mano.

Podía cogerla. Podía decirle que sí y bailar. Un baile no hacía daño a nadie y se moría de ganas de moverse un poco. Aunque en el pasado había sido una gran bailarina, llevaba siete años bailando con familiares u hombres que solo lo hacían por compromiso.

Solo que Ezra MacLeod no hacía nada por gentileza. Siempre había un motivo oculto detrás.

Sintió sobre ella las miradas afiladas de los aristócratas a su alrededor. Todo el mundo conocía el historial de amantes del conde. Lo extraño era que su nombre no estuviera ya en esa lista. Si estrechaba su mano, todos creerían que acababa de apuntarse en ella.

«No volveré a caer. Y menos por alguien como él».

Dio un paso atrás.

—Se lo agradezco, milord, pero no. —Se inclinó de forma mecánica—. Buenas noches.

Sabía lo que ocurriría si se fiaba de los hombres. Pero, por encima de todo, sabía lo que sucedería si se fiaba demasiado de sí misma.

4

Alisa Chadburn era una de las mujeres más hermosas que había contemplado jamás.

Por eso no era su tipo.

Aunque había seducido a toda clase de damas, Ezra había descubierto pronto a sus preferidas: rubias, atrevidas y fáciles de complacer. Casadas también, por supuesto. No deseaba enredarse con una soltera virginal y luego verse en problemas, o bien poner en apuros a la dama en cuestión. Si estaba casada o viuda era más sencillo para todos. Además, solían tener más experiencia en la cama y estar decepcionadas en el ámbito amoroso, así que el romanticismo no tenía mucho que ver en el asunto.

Normalmente eran relaciones que no pasaban del par de meses. Dulces, rápidos y prácticos. Semanas intensas en los que ambos obtenían lo que querían y luego se decían adiós sin mirar atrás.

Ezra sabía que era un mero entretenimiento para las damas de sociedad. Uno excitante solo por lo novedoso. Era lo bastante listo como para comprender que no era el único que se cansaba de esas relaciones. Se limitaba a mostrar la parte superficial de sí mismo, lo que todo el mundo ya conocía. No dejaba que pasaran más allá, que cruzaran ningún tipo de límite personal, y era evidente que a nadie le bastaba con eso durante mucho tiempo.

Por eso supo de antemano que Alisa rechazaría su petición de baile. Estaba tan seguro como de que él, de estar en su lugar, la rechazaría a ella también.

Cada uno despreciaba la figura que, en apariencia, representaba el otro en la sociedad a la que pertenecían. Era consciente de lo irritada que se mostraba esa Chadburn cuando él se saltaba las normas impuestas y hacía gala de su desprecio hacia las mismas. Por su parte, Ezra detestaba lo encorsetada que caminaba Alisa con ellas.

Por esa razón, huirían si veían asomar algún tipo de interés por parte del otro, más allá del de dejar al contrincante por los suelos con un comentario venenoso.

Además, no solo le sacaba de quicio la personalidad altiva de esa mujer. Físicamente, Alisa era todo lo contrario a sus amantes. Morena, espigada y casi tan alta como él. Una auténtica noble sacada de uno de los retratos del palacio de Buckingham. Como otras damas de la corte, caminaba tiesa como una vela, rígida y con expresión seria.

Nadie sería capaz de mantener esa máscara durante mucho tiempo, ni siquiera Alisa Chadburn. Ezra podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en que la había visto reír, pero no habían sido espejismos. Podía llegar a parecer humana junto a sus amigas Hope y Evelyn, solo que incluso con ellas parecía contenerse. Como si no pudiera permitirse salir del papel que se había autoasignado.

Como si realmente fuera el cuadro viviente de una antigua reina sin flaquezas.

Sin darse cuenta, dirigió la atención hacia el otro extremo del salón. Tras dos bailes seguidos, su amigo había devuelto a Hope a la butaca vacía junto a Evelyn Boulanger.

Ezra reconocía los gestos de Hope después de varios meses de amistad; con disimulo, la joven acababa de estirar la pierna izquierda bajo el vestido y daba vueltas sin parar al anillo de esmeraldas en su dedo.

«Está deseando marcharse a casa, al refugio de sus lienzos y pinturas».

Y parecía tan obvio como que Alisa Chadburn deseaba moverse.

El noble contempló con asombro cómo acababa de aceptar la mano que le ofrecía Cayden. Pronto, aquella Chadburn estirada bailaba con gracia entre los brazos de Dag. Ambos, impertérritos y callados. Uno rubio, la otra morena, formaban una pareja dispar y atractiva.

En el pasado, Cayden había buscado una esposa aristócrata y, entre otras, había intentado que fuera Alisa. Lo único que había conseguido había sido una tajante negativa.

«Como la que yo he recibido esta noche» pensó Ezra con sorna. «Después de reírme de ti, Dag, supongo que me lo merezco. ¿Esto fue lo que sentiste en su momento? ¿Que te volvías del tamaño de una hormiga frente a un roble centenario?».

—Dime, Hezzy —se pronunció de repente—, ¿deseas bailar?

Su hermana se giró hacia él con asombro.

—¿Me hablas a m-mí?

—¿A quién si no?

Antes de que su hermana contestara, cayó en la cuenta. Puede que llevara demasiado tiempo bebiendo sin mediar palabra y con la mirada fija en la línea de sillas al fondo del salón.

La joven abrió el carnet de baile que llevaba atado a su muñeca.

—L-lo siento, hermano, lo apunté aquí: el p-próximo vals se lo concedí al señor Dagger.

—No puede ser. ¡Qué listo se ha vuelto el condenado! —se burló Ezra—. ¿Es que pretende acaparar a todas las damas? Igual es para resarcirse de todas las negativas que recibía la temporada pasada…

—¿Negativas?

—Ya te lo explicaré. En cualquier caso, después de que me traiciones con mi mejor amigo, ¿bailarías conmigo?

—Por supuesto —musitó Heather todavía sorprendida—. Aunque, de verdad, no tienes p-por qué…

—Ya has oído a la reina serpiente. —Ezra terminó de un trago su copa—. No debo dejarte sola. Tras la afortunada muerte de nuestro padre, los buitres dan vueltas sobre nuestras cabezas para atrapar un buen pedazo de carne.

La tía Juliet volvió a reírse a carcajadas. Llenaba el habitáculo del coche con su presencia, no solo física. La oronda mujer golpeaba el bastón contra el suelo al mismo tiempo que reía.

Alisa sabía por qué. Evelyn acababa de explicarle lo que había pasado con el almirante durante la fiesta y Juliet sentía debilidad por esa chica deslenguada. Decía que era porque le recordaba a su amiga Rowena, con la que había pasado toda su extensa viudez hasta que había fallecido.

—Nunca había conocido a una joven como usted, que le importase tanto y a la vez tan poco la etiqueta inglesa —dijo la anciana tras su explosión.

—¿Eso es bueno, *madame* Chadburn?

—No y sí. Depende. —Se inclinó en el asiento y le dio a la chica dos toquecitos en la rodilla —. Si lo que busca es conseguir un maridito inglés, señorita Boulanger, entonces va por mal camino.

—¡Vaya por Dios! —Evelyn se colocó las manos en las caderas—. Eso explica por qué al final el almirante Court ha huido despavorido, ¡como si quien le fuera a robar la virtud fuera yo!

Esta vez les tocó reírse a Hope y Alisa. Hasta Cayden sonrió en silencio ante la falta de decoro de su prima francesa.

—Hemos llegado —anunció el empresario cuando el cochero se detuvo—. Eve, ¿esta noche

te quedas con nosotros?

—¡Ni lo dudes! Quiero ser la primera en ver la última obra de arte de Hop. —La otra joven puso mala cara ante el diminutivo—. ¿No te gusta el mote? ¡Tampoco te gustaba Hoppie! Es igual, te buscaré otro. Lo importante es que no me rendiré, ¡todas los tenemos!

—No es necesario que lo compartamos todo —le recordó Alisa—. Ya compartimos lo más importante: el tiempo.

—Pensé que ibas a decir que la extensa sabiduría de tu *merveilleuse* tía Juliet. —La recién nombrada se echó a reír de nuevo—. ¡Buenas noches, *mesdames*!

—Nos vemos mañana en los Jardines de Kensington —se despidió Hope mientras Cayden las ayudaba a bajar del carruaje—. Buenas noches, lady Juliet, Alisa.

Después movió en el aire el bastón que siempre llevaba. En un segundo, lo transformó en un paraguas para protegerse a ella misma y a los dos primos de la lluvia londinense. Alisa sonrió para sí. Podía parecer un objeto inofensivo, pero las tres sabían lo que era capaz de hacer. Igual que su dueña.

—¿Por qué sonríes, niña?

Se dio la vuelta para enfrentar a su tía. Juliet no le había dicho nada ni hecho ningún gesto particular, pero Alisa la conocía lo suficiente como para reconocer el reproche oculto en su tono. Debía de haber hecho algo mal en el baile. Algo que la había decepcionado.

Rememoró todos sus modales durante la noche. Habían sido intachables. Solo había bailado dos veces, con el marido de su amiga y con el de una de sus hermanas mayores. Tampoco había abandonado el salón.

¿Qué error podía haber cometido?

—Sonrío porque ha sido una velada entretenida —contestó con cuidado.

—Sin duda. —La vieja dragona apretó las dos manos arrugadas sobre la empuñadura del bastón—. Aunque podría haber sido provechosa, además de divertida.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué problema le ves al nuevo conde de Northum?

Era eso. La había visto rechazar la petición de baile de Ezra.

—Querrá decir qué problemas *no* le veo —respondió la joven con sequedad—. Para resumir: es un mujeriego y un borracho.

—Defectos que, como marido, poco importan. —Alisa parpadeó asombrada—. Sí, sé que no te merece. Nadie te merece, querida sobrina, al menos a mis ojos. Cualquier hombre es consciente de ese hecho, por eso no se te acercan.

—Pensé que era por lo de mi…

Ni siquiera terminó la frase. No hacía falta, ambas sabían el porqué de los desplantes del resto de aristócratas.

—Por eso también —asintió Juliet—. Pero muchos caballeros ignorarían tu escándalo con aquel maldito poeta si creyeran que eres fácil de controlar. —Ante el ceño fruncido de su sobrina, Juliet se irguió en el asiento—. No digo que lo seas, te sugiero que dejes de parecer tan difícil como un invierno ruso.

—Usted me crio para ser una dama respetable —protestó—. Además, no pienso cambiar mi forma de ser por…

—No te estoy pidiendo eso. Escúchame bien. —Juliet se inclinó de nuevo y entrecerró los ojos—. Te estoy pidiendo que seas aquello para lo que te he criado de verdad. Te pido que te alces como la dama más astuta del salón. Mide a tus enemigos, elige un caballero que sea manejable o que acceda a firmar unas buenas condiciones y, después, vive tu vida. Casada, pero

sin estar atada día a día a tu esposo.

Alisa agachó la mirada.

—No sé si eso funcionaría.

—Funcionó con tu amiga Hope, ¿no es así?

Sorprendida, Alisa alzó el rostro. La mirada de Juliet era fiera. Casi podía ver destellar una pequeña llama de orgullo en el centro de su pupila negra.

—Sí, niña, no creas que no sé lo que pasó. Las tres urdisteis un plan para que el señor Dagger y ella firmasen un matrimonio de conveniencia beneficioso para ambos. Para que él ascendiera en el escalafón social y ella saliera de esa casa del demonio. Os felicito. Triunfasteis. Dio la casualidad de que al final esos pichones se enamoraron. —Juliet encogió un hombro—. Un añadido más, por supuesto, pero no esencial. Deberías saber, tú mejor que nadie, que el amor no garantiza nada. Y menos la seguridad de una mujer.

Alisa dirigió una mirada esquiva hacia la ventanilla del coche.

Para variar, en Londres no dejaba de llover, aunque no lo notaran. El carruaje en el que viajaban era más moderno que el que habían usado cuando tenía diecisiete años. Era el último modelo de la empresa Dagger, un milagro de la nueva industria que las mantenía calientes y cuya tracción impedía las acostumbradas sacudidas sobre el empedrado de la calle.

Y a pesar de las diferencias, no pudo evitar volver atrás en el tiempo. Desde luego, ya no sentía lo mismo que en esa época, pero seguía siendo difícil arrancar de su mente algunos de los pensamientos más felices.

La ilusión del romance tiene raíces fuertes. Aunque se quemen las flores que brotan de ellas, los principios que las sustentan son tan profundos como un bosque.

—Sé que crees en el amor —continuó Juliet ante su silencio—. Es normal, no te pido que cambies de opinión. Solo quiero que comprendas que en el matrimonio no es imprescindible. Puedes buscarlo fuera de él. Apuesto a que a Ezra MacLeod no le importaría en absoluto. Podríais firmar un negocio muy ventajoso para ambos.

—De verdad, no puedo creer que esté pidiéndome esto.

—Te equivocas otra vez: no te lo pido. Es un mero consejo, haz con él lo que te plazca. —Cómoda, Juliet se apoyó en los mullidos asientos—. ¿Te he hablado alguna vez de mi matrimonio?

Sin comprender el cambio de tema, la joven negó con lentitud.

—¿No? Ya iba siendo hora. Mi matrimonio, por suerte, fue fugaz. Me casaron con un primo tercero, otro Chadburn. Era ya mayor, no duró ni un año antes de caer enfermo. Me negué a casarme de nuevo y fingí estar todavía locamente enamorada de él, avasallada por la pena. Tanto, que no quería volver a contraer nupcias. Tu padre aseguró la línea del marquesado, así que me lo permitieron. ¿Y sabes qué hizo mi querida amiga Rowena? —Alisa volvió a negar despacio—. Se casó con un caballero al que le gustaban más los hombres que a ella. —La joven no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa—. Los tres constituimos un acuerdo basado en la verdad. Pero, sobre todo, en el amor. Fue muy beneficioso para todos. En especial, para ella y para mí. Durante años, te aseguro que fuimos las más afortunadas de todo Mayfair. Y, tenlo por seguro, las más leales y felices, aunque no pudiera ser de dominio público.

Alisa tragó saliva.

—¿Vosotras…?

—Sí. Y no éramos las únicas —murmuró ella—. A nuestro alrededor no faltaban las máscaras, la nuestra solo era una más de tantas. Resplandecía únicamente para quien sabía mirar.

Sonrió. Y en esta ocasión, lo hizo de verdad.

Alisa llevaba mucho tiempo sin contemplar ese gesto, tan radiante y despreocupado. De hecho, no lo había visto desde que era una niña. Cuando Rowena aún vivía.

Aunque la joven apenas la recordaba, su memoria siempre había estado unida a la de su tía. Eran uña y carne, dos mujeres inseparables que no dejaban de reír, ir al teatro y leer juntas en el salón familiar. A Rowena le gustaban los dulces de nata. A Juliet, las rosas blancas. Nunca faltaba una cosa ni otra cuando Alisa y su madre las visitaban en casa de Rowena y su ausente marido, en Mayfair, puerta con puerta con la mansión de los Chadburn.

Ahora comprendía por qué.

—Una tiene que reconocer qué batallas puede ganar, y solo en esas escaramuzas tomar ventaja —siguió Juliet. Tras la pausa, había recuperado su habitual expresión autoritaria—. De todas mis sobrinas, tú eres la que más se parece a mí. Dicho de otra forma, eres la menos descerebrada. No me decepciones: aprovéchalo. Adelántate a cualquiera y agarra las oportunidades que se te presentan para poder ser libre. No dejes que otros te casen ni te aparten de la sociedad. Juega bien.

El carro se detuvo con suavidad. Acababan de llegar a casa. Alisa ayudó a descender a su tía sin decir una palabra.

Ni por asomo creía que Ezra MacLeod fuera el mejor candidato para un acuerdo semejante, pero sí que Juliet podría tener razón. Tras el matrimonio de Hope, se había centrado en la buena educación de Evelyn. Había olvidado que el tiempo pasaba, inexorable. Y, aunque se lo negara a sí misma, había vuelto a soñar con enamorarse después de ver la relación de Hope y Cayden.

«Ni hablar de amor» pensó tajante. No podía volver a caer en lo mismo. Ilusionarse era una pésima idea. Había aprendido de sus errores pasados, así que tendría que estudiar a los jugadores y escoger al mejor para poder seguir viviendo como lo hacía sin demasiadas expectativas.

No era la solución más romántica del mundo, pero era factible. Y si Alisa Chadburn se identificaba con una virtud inglesa, esa era sin duda la practicidad.

5

Heather no era la hermana que Ezra recordaba. La vida en Dunstan House había transformado a esa niña dulce en una criatura insegura, tartamuda y reservada. Su madre, la antigua condesa de Northum, había muerto al darle a luz. Sus hermanas Begonia y Camellia vivían en el condado, pero no en el mismo castillo, y Dahlia residía en Irlanda, así que había crecido bajo la sombra del fallecido conde y de la mayor de las hermanas MacLeod, Amaryllis.

Ezra la detestaba. Aunque su padre no había permitido a su primogénita tener ningún control real sobre la finca y sus propiedades, Amaryllis había asumido el rol de señora de la casa. Como tal, había despreciado siempre a Ezra, considerándolo un inútil, y al resto de sus hermanas como huestes a su servicio. Heather ya tenía dieciséis años, pero apenas podía hacer nada sin mirar a su hermano mayor en busca de aprobación.

Por eso, y a pesar del dolor de cabeza por la reunión que acababa de tener, se alegró de verla sonreír en los Jardines de Kensington.

La vio de lejos, bien acogida dentro de aquel grupo variopinto de mujeres. Caminaba con Evelyn a su izquierda, que parloteaba sin parar, y con Alisa a su derecha, quien, sin cambiar de expresión, parecía corregir a cada minuto a la francesa. Detrás, Juliet y Hope paseaban con más lentitud, cada una con su bastón, entretenidas en una calmada conversación.

Ezra las esperó junto al sendero, bajo la sombra de un enorme roble. Estaba cansado, y seguía dándole vueltas a los horribles vaticinios de su administrador, pero concluyó que había merecido la pena ir a buscar a Heather por la cara de alegría que puso en cuanto le vio.

La guinda del pastel fue compararla con la de absoluto desdén que le dedicó la señorita Chadburn.

—Hermano, ¡menuda s-sorpresa! —le saludó Heather en cuanto llegaron hasta él—, ¿qué haces aquí?

—Quise seguir el consejo de una mujer sabia y no dejarte sola demasiado tiempo.

—No está sola —replicó Alisa—. De hecho, goza ahora de mejor compañía que ayer.

—Eso sí que no lo discuto. —Ezra inclinó la cabeza deliberadamente hacia Hope—. ¿Les importaría si me uno a su paseo? Se dirigían al lago, ¿no es así?

—No.

—¡Así es! —corrigió Evelyn a Alisa—. Estábamos realizando un estupendo recorrido por el parque, ya que hasta ahora la señorita MacLeod no había pisado Londres. ¿Por qué su familia nunca le ha permitido venir?

—Es que había un elemento conflictivo en la capital que mi padre detestaba —explicó Ezra.

Al reiniciar el paseo, se colocó en el lado libre junto a Alisa. De reojo, notó cómo la joven se alejaba de él inmediatamente, acercándose todavía más a su hermana hasta engancharse a su brazo.

—Oh, ¿es por la reina? —aventuró Eve—. Heather nos ha explicado que su familia tiene raíces escocesas que se remontan a los tiempos de Jacobo I.

—Qué va, mi padre tenía el mismo carácter que nuestra adorada Victoria y el mismo empeño en aumentar la tasa de natalidad del país. No, el viejo conde reprobaba con más ahínco a alguien todavía más inútil que la Corona…

—Entonces es evidente: la razón era usted —murmuró Alisa.

Ezra se volvió hacia ella con una sonrisa.

—¿Alguna vez se cansa de dar en el clavo?

—¿Alisa? Nunca —contestó Hope por detrás—. Pero lo cierto es que se lo pones muy fácil, Ezra.

—Tendré que cambiar eso, entonces. —Le dedicó una mirada de soslayo a Alisa—. ¿Le gusta que le pongan las cosas difíciles, señorita Chadburn?

Esta arqueó una ceja, devolviéndole la misma mirada de indiferencia.

—Como a cualquiera, me gustan los retos, aunque dudo que usted llegue a suponerme uno.

—¡Por fin! Ha cometido un error, milady, porque a mí también me encantan los retos y su frase ha sonado precisamente como tal.

Hope y Evelyn se rieron, incluso tía Juliet. Sin embargo, fue la fugaz sonrisa en los labios fruncidos de Alisa lo que Ezra consideró una merecida victoria.

—¿Y qué t-tal ha ido tu reunión con ese administrador, por cierto? —preguntó Heather—. Esta mañana dijiste que sería un reto, casi como un d-dolor de muelas…

—Y no me equivoqué —reconoció Ezra—. Pero seré un caballero de bien y no comentaré nuestros asuntos de dinero delante de las damas.

—Esa fue una de las primeras lecciones que me dio Alisa —le explicó Evelyn a Heather en voz baja—. Nunca se habla de economía, a pesar de lo útil que resulte. Resumiendo: no se habla de nada interesante delante de los hombres.

—Es una malísima lección —rebatió Ezra—. Se habla de dinero siempre que sean buenas noticias. Si no es así, el tema se ignora por completo.

—Entonces ¿hay algo que vaya mal? —quiso saber Hope—. Tu participación en la Dagger está asegurada, y sé que tus negocios con mi marido marchan a la perfección…

—Mi economía personal goza de buena salud, querida amiga —dijo Ezra—. Es todo lo que voy a decir.

Por suerte, enseguida llegaron al lago y la animada explicación de Evelyn sobre la creación del Round Pound calmó las aguas. El mejor ingeniero de la Dagger, Brooks, le había contado cómo habían construido y diseñado todo el parque, incluido el puente Serpentine que lo separaba de Hyde Park.

—Impresionante, Eve. Quién iba a decir que, a pesar de martillearle a preguntas sin parar, también eres capaz de atender a las respuestas de Brooks —bromeó Hope.

—¡Si soy una magnífica oyente! —se quejó Evelyn—. Solo que, la mayoría de las veces, las personas no dicen nada que sea digno de escuchar.

—Qué gran verdad —dijo Juliet—. Y aquellos que generan pensamientos brillantes suelen guardárselos para sí.

—Malvados egoístas —bufó Ezra—. Por eso no me fío de ellos.

Las mujeres volvieron a reír. MacLeod se dio cuenta de que era la primera vez que escuchaba la risa genuina de su hermana pequeña y algo en su pecho se encogió. No supo si era una buena o una mala señal.

De vuelta en casa, Heather se sentó con aire recatado en uno de los sillones del salón mientras él revisaba el correo en el sofá opuesto.

—Entonces —dijo Ezra, arrojando las cartas a la mesa de té y quedándose únicamente con el periódico—, ¿lo has pasado bien?

De reojo, contempló el súbito cambio en la expresión de su hermana.

—¡Oh, d-desde luego! —exclamó entusiasmada—. Lady Alisa Chadburn es sencillamente encantadora. Sus amigas t-también. Evelyn es solo dos años mayor que yo, pero es m-muy

decidida. ¡Se crio en Francia! Hope Dagger es una gran pintora y usa un b-bastón muy original que construyó ese tal Brooks. Es verdad que camina de forma un tanto extraña, p-pero no he querido preguntar.

—Mejor. —Sonrió Ezra.

—Pero Alisa es la m-más elegante —continuó la chica con un suspiro soñador—. Me encantaría parecerme a ella.

—No, no querrías. —Dejó el periódico a un lado y se inclinó hasta tomarle la mano a su hermana—. Es mejor que, al contrario que esa Chadburn, mantengas la ilusión por las cosas, que te atrevas a vivir. Para eso me pediste en el funeral del viejo que te trajera a la capital, ¿verdad?

Aunque Heather titubeó, acabó por asentir.

—Buena chica. Lo que me recuerda algo: habrá otro baile la semana que viene. Como nuevo conde de Northum, me han invitado. No quería ir, pero Dag me ha convencido de que lo haga. Le conviene a la empresa y, si es así, también a nosotros. Si la Dagger sigue yendo bien, nos asegurará un buen dinero, y en nuestras penosas circunstancias no soy tan imbécil como para rechazarlo. —Esperaba que Hezzy se riera, pero solo se escandalizó por su vocabulario—. Dag irá acompañado de su esposa. Así que, con Hope allí, seguro que lady Alisa Chadburn y la señorita Evelyn Boulanger también asistirán. —Advirtió que Heather daba un pequeño bote, como un cachorrillo que escuchara llegar a su amo—. ¿Querrías acompañarme?

—¡P-por supuesto!

—Todavía estás de luto. Se supone que no es lo ideal…

Vio cómo la alegría se desvanecía súbitamente de su rostro. Así la habían tratado toda la vida. De esa forma, con cadenas invisibles, hasta apagarla.

Sintió un escalofrío al verse a sí mismo como un nuevo carcelero.

—¿Sabes qué, Hezzy? ¡Al cuerno! ¿Quieres ir a ese baile? Irás. —De un salto, Ezra se levantó y se acercó a la alacena de cristal del salón—. No hace falta que vistas de negro. Ya lo has llevado demasiado tiempo. —Sacó el coñac y una copa—. Vístete como te plazca. Hasta puedes ir de rojo, como esa Chadburn arrogante.

—Pero c-costará mucho dinero —balbuceó Heather—. Y en los Jardines insinuaste que…

—Yo no tengo problemas, como ves. —Señaló con la copa vacía la lujosa estancia—. Es nuestro padre quien al parecer gestionó a su peculiar manera las propiedades y dejó Northum empantanado en deudas.

—¿El c-castillo tiene problemas?

—¿Cuándo no los ha tenido? —bufó él, llenándose la copa—. Mi administrador ha sido un agorero. Insiste en que solo si voy hasta allí y me pongo manos a la obra, podríamos salvar…

—¡¿T-tenemos que regresar?!

Volvió la cabeza por encima del hombro. Su hermana seguía cabizbaja, vestida de negro desde el mentón hasta la punta de los botines.

Permanecía sentada, por lo que solo veía sus hombros hundidos y la sombra de una oreja entre el pelo oscuro, pero imaginó a la perfección aquellas manos pequeñas retorciéndose una contra la otra sobre su regazo.

—No, no volveremos —respondió Ezra, tajante—. Acabaré enviando a algún administrador competente hasta allí. O a un equipo. Dios sabe que nuestras hermanas ahuyentarían a un pobre hombre que apareciese solo en el campo de batalla. —Se rio entre dientes, dejando la botella a un lado y agitando el vaso, la vista fija en el tono ocre del coñac—. Pero dejemos de mentar a los demonios y volvamos a un tema más alegre: gastar dinero. Para el baile, encarga a la mejor modista de la ciudad lo que necesites. Ve a cuantos joyeros te parezcan y cúbrete de pies a

cabeza de…

Algo le apretaba la cintura. Al bajar la vista, vio unas manitas enguantadas de tul negro. Heather le había abrazado por detrás.

Ezra se quedó mudo hasta que su hermana pequeña, tan rápido como le había tocado, se separó un par de pasos.

—¡G-g-gracias! —chilló mientras corría hacia la puerta—. Escribiré a la señorita Evelyn Boulanger para pedirle consejo. ¡Sabe mucho de m-m-moda!

En un segundo, Ezra se quedó solo.

Contempló con aire ausente la puerta abierta por la que había salido Heather y, de un largo trago, se bebió toda la copa de coñac que sostenía. En los siguientes minutos, procuró centrarse únicamente en el fuego que le bajaba por la garganta y le calentaba el pecho.

Heather era la única alma inocente que había surgido de Dunstan House. La única que ignoraba los secretos oscuros y retorcidos que envolvían a la familia. Era normal que le tratase bien. Que le tratase como no se merecía. Si la chica descubría su verdadera naturaleza, lo más probable era que no volviese a hablarle jamás.

Y Ezra era, por encima de todo, un reconocido egoísta.

Mantendría la farsa todo lo posible antes de que cualquiera de sus otras hermanas le revelara quién era en realidad.

6

Durante su paseo por los Jardines de Kensington, bajo la sombra de los árboles, Alisa creía haber sido bastante clara con sus recomendaciones a Heather MacLeod.

Observando el salón de baile, resultaba evidente que no.

Con la noche apenas comenzada, Heather, vestida de azul claro por recomendación de Evelyn, bailaba con un quinto caballero. Al menos no había repetido con lord Reid, un joven que no dejaba de mirarla con deseo. Aunque Alisa sabía que no era pasión por ella lo que hacía brillar sus ojos, sino el dinero y poder que otorgaban el apellido MacLeod.

Había memorizado a todos los caballeros de sociedad que tenían deudas de juego, y lord Reid era el segundo en la lista de derrochadores.

Para rematar, Ezra no le prestaba atención a su hermana. Estaba demasiado ocupado ayudando a Cayden en su afán de convencer a más miembros de la Cámara para que apoyaran sus ideas revolucionarias.

Hasta habían invitado a Brooks Edevane al baile. Con solo diecinueve años, el chico era un genio, solo que controlaba de inventos, no de relaciones sociales. No paraba de mirar al suelo y toquetearse el corbatín, como si la tela contra el cuello le asfixiara. Tampoco ayudaba demasiado el que Ezra no dejara de agarrarle con camaradería de los hombros mientras parloteaba con el resto de nobles sobre su mente extraordinaria.

Fue entonces cuando Alisa se fijó en el conde de Northum con más atención. Llevaba el pelo castaño oscuro corto, peinado hacia atrás, aunque algunos mechones más largos habían escapado, rebeldes, y le caían sobre la frente. Las cejas pobladas, casi negras, siempre parecían alzadas, vivas, y desde ellas nacía una nariz larga y recta. Alisa se dijo que era demasiado grande como para resultar atractiva, pero en realidad no estropeaba sus rasgos marcados, solo acentuaba su dinamismo. Odiase al patán de MacLeod o no, debía reconocer que era apuesto.

«No obstante, se trata tan solo de un buen envoltorio que esconde una personalidad nefasta».

No parecía borracho. Todavía. Con Cayden, destacaba entre la multitud por su altura. También por su voz. Hablaba como se reía, sin pudor y a gran volumen. Si fuera una dama, ya le habrían amonestado, pero era un hombre. No se contenía ni tenía por qué hacerlo.

Ayudaba el hecho de que acabara de heredar el título siendo tan joven. Todas las debutantes le seguían ansiosas con la mirada, esperando que se dignara a sacarlas a bailar. Sin embargo, solo lo había hecho con Hope y su propia hermana.

Ezra parecía encantado de hacerse de rogar. ¿Por qué no hacerlo y jugar con la tentación? Los caballeros no tenían prisa en casarse. El reloj social no los limitaba a ese respecto. Y a un conde, menos. Era fuerte, de hombros anchos y salud resistente; teniendo en cuenta la longevidad de la que hacían gala todos los condes de Northum, se esperaba de él que también llegara a la vejez.

«En realidad, se dice lo mismo de los hombres de mi familia», pensó ella.

A menudo Alisa fantaseaba con haber nacido varón. Como si, de hecho, hubiera sido así, su tía le había enseñado desde niña cómo administrar una gran casa. Resultó fácil, se le daban bien los números. Adoraba cómo encajaban, sin margen a subjetividades, por lo que, de ser hombre, estaba segura de que habría estudiado matemáticas. Habría visto mundo, se habría repartido las propiedades y el control del marquesado con su hermano Alexander. Habría hecho lo que

quisiera. Sus escarceos amorosos no la habrían marcado.

Habría sido como MacLeod.

No, habría sido *mejor*.

«Basta. No debería estar pendiente de él. Ni de su hermana. ¡De nadie!» refunfuñó Alisa para sus adentros. «Debería ocuparme de mí misma».

Hope y Evelyn charlaban a su lado. Esa noche, el almirante Court había vuelto a pedirle a Eve un vals y estaban entretenidas comentando la jugada. Mientras, Alisa había observado a los caballeros presentes de otra forma. Como una pantera que seleccionara a su presa, los contemplaba y hacía una lista mental de las ventajas e inconvenientes de cada uno.

Esta vez no se preocupaba de su aspecto o economía, sino de lo fáciles o difíciles que serían de convencer de que sería una mujer casada que ignoraría sus devaneos con tal de tener libertad propia.

Tía Juliet tenía razón. Tendría que moverse en el tablero de juego con cabeza si quería conservar su independencia. No podía dejar su destino en mano de los hombres. Serían capaces de involucrarla en otro escándalo.

Había identificado a un par de caballeros que podrían servir. El señor Thorn, quizá por sus cincuenta años, parecía maleable, más interesado en el teatro que en la compañía femenina. Y luego estaba lord Barrie, que pasaba más tiempo sirviendo a la Marina Real que pisando tierra.

Ahora necesitaba pedirles ayuda a sus amigas para tramar cómo podría conseguir que fueran ellos los que le propusieran matrimonio a ella. Aunque quizá acabase siendo Alisa quien los convenciera. Detestaba parecer desesperada, pero lo esencial era jugar bien, como le había aconsejado tía Juliet.

Lamentablemente, Alisa no era un conde. Ella sí perdía cartas con el tiempo. «Y a grandes males, grandes remedios».

—Hoppie, ¿estás bien? —escuchó a su lado de repente—. ¡Ali, ¿qué le pasa?!

Alisa se giró de inmediato. Sin color en las mejillas, su amiga acababa de doblarse hacia delante mientras Evelyn la abanicaba sin parar.

—Sí, sí, solo ha sido un mareo —siseó Hope. Trató de sonreír al añadir—: Me temo que es el corsé. Es nuevo y aunque lo he aflojado un poco…

—Vayamos fuera —propuso Alisa—. Eve, ve con mi tía. Deberías quedarte en el salón por si vuelve a acercarse el almirante Court.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Voy con vosotras.

—No montes un escándalo. —Alisa ayudó a levantarse a Hope—. Hazme caso, volveremos enseguida.

Evelyn se mordió los carrillos, pero obedeció. Mientras atravesaba el salón hacia una tía Juliet contenta por verla, Alisa observó cómo Brooks levantaba la mirada por primera vez y la fijaba con una atención viva en la prima de su jefe.

«Pobre chico» se lamentó Alisa. «Por muy buen inventor que sea, no creo que pueda arreglar un corazón no correspondido».

Luego acompañó a Hope hasta la terraza de la casa. Por suerte, el aire fresco le sentó bien. Alisa empezó a relatarle la última novela que había leído para distraerla, hasta que Hope acabó olvidando el dolor y suspirando más calmada.

—Gracias, Ali. No sé qué me ha pasado.

—¿Podría deberse al sangrado mensual?

—No es eso. —Los ojos verdes de Hope se perdieron a lo lejos—. Diría que no.

—En ese caso, puede que sea solo la debilidad antes de la primavera. —Alisa se apoyó en la

balaustrada blanca—. Todas las mujeres de mi familia se ponen tristes en estas fechas.

Hope se colocó junto a ella e imitó su postura.

—¿Todas menos tú?

—¿Por qué dices eso?

—No conozco a ninguna dama más fuerte que lady Alisa Chadburn.

La joven cabeceó con lentitud.

—No soy nada fuerte, Hope. Si lo fuera, me negaría a casarme e ignoraría todo lo que dijesen de mí. Nada me haría daño. Y, sin embargo, aquí me tienes, pareciendo entera cuando por dentro me tambaleo como un junco.

—Precisamente eres fuerte porque resistes sin llegar a quebrarte —apuntó Hope—. ¿Recuerdas cómo era yo hace meses? Sin vosotras, era una estatua muda que se agitaba cada vez que la miraban. Pensaba que los demás solo veían en mí a una tullida sin futuro. Tú me devolviste la esperanza. Porque te veía aguantando los mismos menosprecios sin inmutarte, igual que un acantilado resiste las olas más feroces.

—Exageras. No es cierto.

—Ninguna mujer es compasiva consigo misma —aseveró su amiga—. Y deberíamos serlo. ¿Quién va a ser justa con nosotras si no? El mundo ya es lo bastante cruel con las mujeres, es mejor no ponerle las cosas todavía más fáciles.

Se cogieron del brazo con cariño. Por eso ambas se sobresaltaron al mismo tiempo al oír los pasos apresurados y el grito que les llegó por detrás.

—¡¿Estás bien?! ¡¿Qué ha ocurrido?!

Alisa se apartó enseguida para dejar que Cayden abrazase a Hope. La rodeó con tanto ímpetu como si acabara de verla desmayarse, lo que la hizo reír.

—Cay, no ha sucedido nada malo.

—¿Es la pierna? ¿Volvemos a casa?

—No es la pierna…

El empresario frunció el ceño.

—Llamaré al cochero.

—¿Qué? No, ¡por supuesto que no!

—Su mujer está bien, señor Dagger —trató de tranquilizarlo Alisa—. Solo necesitaba un poco de aire. Ese salón se encuentra demasiado concurrido. Y a ese respecto, díganos, ¿cómo ha ido su conversación allí dentro con lord Leigh?

—¡Eso! —exclamó Hope, recogiendo el testigo para cambiar de tema—. Cuéntanos, ¿qué opinó sobre tu propuesta para la nueva línea de transporte?

—Oh, ese lord descerebrado está a punto de caramelo —contestó Ezra por él, aproximándose por detrás.

El conde se unió así a los tres en el balcón, con el pobre Brooks cogido por los hombros.

—¿En serio, Ezra?

—No diré nada que no sepas ya: tu marido es un genio, Hope. Y Brooks más aún. —MacLeod zarandeó al ingeniero para apoyar su opinión—. Todos los lores están fascinados por él.

—Si le ven a su lado, no es de extrañar… Es evidente que gana en comparación.

El comentario de Alisa hizo avergonzarse a Brooks y sonreír de oreja a oreja a Ezra.

—¿Por qué cree que he asistido a la fiesta con él, milady? Para que le vieran brillar con luz propia al lado de un canalla como yo.

Estaba dispuesta a contestarle (en esta ocasión, para darle la razón), pero entonces cayó en la

cuenta.

Si el conde de Northum estaba allí, en la terraza, ¿dónde diablos estaba su hermana pequeña?

7

Mientras el grupo continuaba conversando sobre el futuro del proyecto de transporte, Alisa se escabulló con disimulo. Caminó unos pasos para mirar a través de las puertas de cristal que daban acceso al salón de baile. Por entre las cortinas, buscó con tesón a Heather MacLeod.

Sin éxito.

Volvió con rapidez a la terraza. En ese momento, Hope estaba discutiendo con Cayden sobre regresar o no a casa. El joven mantenía la misma mirada preocupada, dispuesto a llevársela en volandas si hacía falta. Sin embargo, era Brooks quien parecía desear con más ganas salir de allí. Con cara de circunstancias, guardaba silencio ante un comentario jocoso de Ezra, a un sorbo de terminar su tercera (o cuarta) copa de vino de la noche.

Agarrando al noble del brazo, Alisa se lo impidió.

—Conde de Northum, ¿me permite un instante para hablar con usted en privado?

—¿Hablar? —Ezra frunció el entrecejo al bajar la vista y observar cómo le agarraba—. ¿Conmigo?

—Necesito comentarle un detalle… de suma importancia.

Aunque seguía confuso, acabó por dejar la copa apoyada en la barandilla de piedra blanca.

Hope y Cayden seguían inmersos en su peculiar discusión, así que solo Brooks se dio cuenta de que los dos aristócratas se separaban unos metros. Pareció tan aliviado que, manteniéndose al margen, no dijo una palabra.

—Me tiene en ascuas, milady. ¿A qué viene este secretismo? ¿Va a confesarme algo indecoroso que deba…?

—¿Y su hermana? —le cortó.

—Pues… Lo cierto es que lo ignoro —confesó Ezra. Se giró para otear por encima del hombro el salón, como hiciera Alisa antes que él—. Dado que no la vislumbro aburrida en una butaca, he de suponer que se encuentra disfrutando de una gran velada. Parece que a fin de cuentas ha decidido no seguir su ejemplo de rectitud, lady Alisa. Debe sentirse impotente tras ver fracasar sus métodos de persuasión.

—No está bailando —espetó ella—. Tampoco está con ninguna de las personas de confianza que conoce. —Dejando escapar la furia, le señaló con un dedo el pecho—. Ni con Evelyn ni con tía Juliet. —Le fue dando toquecitos en el torso a cada palabra—. Ni, obviamente, con ninguno de los presentes aquí. Además, he notado que sí faltan algunos caballeros que han tratado de cortejarla.

—¿Cree que ha podido escabullirse con un pretendiente? —Ezra sonrió con picardía—. Que se divierta, entonces.

—En el pasado baile, ¿no me dio las gracias por mi consejo? ¡Le recomendé que no la dejara sola!

—La última vez que la vi, no lo estaba —rebatió él.

—Es demasiado joven y lleva aquí muy poco tiempo para haberse enamorado ya de algún caballero, y también para que alguno se haya encandilado con profundidad de ella —argumentó Alisa. Continuó señalándole con el índice—. Usted no lo entiende, porque no es una mujer: haga lo que haga, rompa los corazones que rompa, tiene todas las de ganar. Pero entienda que nosotras jugamos al ajedrez sin peones ni reina y tenemos todas las de perder. Incluso si un caballero no

tiene malas intenciones, incluso si su hermana es cuidadosa, podrían…

—Oiga, Hezzy no es una descerebrada.

—Aunque me alegra que sea benévolo con su hermana pequeña —dijo Alisa, igual de cortante que él—, la realidad es que tiene dieciséis años, milord. Usted mismo me confesó lo aislada que ha vivido toda su vida, lo que reafirma mi opinión: los caballeros invitados a este baile son más habilidosos que ella. En todos los aspectos. Heather es una muchacha adorable, no dudo que, con algo de tiempo, un buen hombre la trate como se merece. Pero no es necesario esperar tanto para que un malnacido se enamore de la posibilidad de estar emparentado con un conde. —Volvió a clavarle el dedo en el esternón—. Insisto en que alguien podría intentar…

Bruscamente, Ezra le agarró de la mano para que dejara de golpearle. Alisa frunció todavía más el ceño que él. Intentó apartarse, pero él no la dejó.

—¿Qué hace? ¡Suélteme o le juro que…!

—No jure en vano, lo haré en un segundo —la cortó él en voz baja—. Antes, responda: ¿dónde cree que puede estar mi hermana?

Su expresión era seria. «Por fin» se animó Alisa. «Ha tardado, pero al final ha dejado de interpretar el papel de bufón».

—En cualquier parte —respondió resignada—. Los Makepeace dejan las puertas del resto de las estancias abiertas. Además, el jardín es extenso. Como sabe, rodea toda la propiedad…

—Iré a buscarla.

Ezra le soltó la mano de inmediato, dándose la vuelta sin mediar palabra. Ágil, bajó las escaleras de la terraza hasta el jardín, casi de dos en dos.

Mordiéndose el labio inferior, Alisa miró atrás.

Cayden y Hope seguían hablando, demasiado ocupados en su tira y afloja como para preocuparse de nadie más. Alisa se imaginó quién ganaría: solo había visto al señor Dagger salir victorioso de las batallas que enfrentaba en el ámbito de los negocios. En su casa de Belgravia, Hope continuaba invicta.

Brooks observaba las estrellas. Ignoraba de dónde había sacado el inventor una libreta y un lápiz, pero ahí estaban, entre sus manos inquietas. Alisa se preguntó qué estaría dibujando tan concentrado y, a la vez, tan ajeno de su alrededor.

«Como para pedirle ayuda a cualquiera de ellos… De nuevo, tendré que encargarme yo misma».

Con un suspiro de resignación, Alisa se recogió el bajo de su vestido de terciopelo rojo y bajó con rapidez los escalones, siguiendo la estela de Ezra.

Por suerte, no andaba lejos. Distinguió su silueta por encima de los arbustos de azaleas y logró alcanzarle cerca del cenador.

—Si lady Heather y un posible caballero buscasen intimidad, hay un lugar perfecto —se pronunció al colocarse a su lado—. Es un jardín de rosales muy discreto. Está oculto a quien mire desde la casa, tras aquel arco de piedra.

Ante la inesperada observación, Ezra arqueó una ceja. Alisa supo qué iría a continuación: un comentario que la enfadaría.

Detestaba empezar a conocerle tanto.

—Usted sí que me deja de piedra, milady. ¿Dice que es *muy discreto*? ¿Es que tiene experiencia en estos… asuntos?

—No se atreva a desacreditarme —refunfuñó—. No usted.

—Oh, no era esa mi intención. —Inclinándose sobre ella, añadió con un deje suave—: Me ha resultado una sorpresa bastante agradable.

En un gesto franco, Alisa alzó ambas cejas.

—Lo que me sorprende *a mí* es que sea *usted* quien desconozca ese lugar. ¿Acaso no lo ha frecuentado con lady Collins?

Quería ofenderle. Por desgracia, no lo consiguió; el conde de Northum se limitó a reír en voz baja.

—Una vez más, mi señora, me da la razón sin pretenderlo: no hay nada que suceda en esta sociedad que no controle. ¿No será una de esas articulistas de cotilleos, como la tal Lady Whistledown?

—Oh, cállese.

—En realidad, sería un alivio. Y al menos me resultaría un poco más interesan…

—Le digo que se calle —le cortó Alisa. Luego ella misma bajó el volumen—: ¿No oye algo por ahí?

Se detuvieron en seco. A unos metros, tras los arbustos más altos, se mantenía una conversación entre cuchicheos.

Era evidente que había dos personas allí que no deseaban ser descubiertas.

—Puede que sea su hermana Heather.

—U otra pareja —musitó Ezra. La tomó del brazo para tirar de ella—. Quizá lo más adecuado sea dejarles en paz…

—Ni de broma. —Alisa se zafó con brusquedad de su agarre—. No permitiré que un caballero se sobrepase con una dama. Si el riesgo es avergonzar a alguien, que así sea. Puede venir conmigo o no, usted decide.

Suspirando por la nariz, Ezra asintió una sola vez con la cabeza. Los dos avanzaron con lentitud y, por fin, atravesaron el arco de piedra.

Enseguida reconocieron a la pareja escondida. El vestido azul cielo destacaba en la oscuridad. El traje negro de lord Reid, no tanto.

Aunque Heather reía nerviosa, al mismo tiempo intentaba apartarle. Tenía bastante fuerza para ser una dama, pero no le ayudaba la timidez. Había perdido los guantes y una de las mangas del vestido se le había bajado. De hecho, lord Reid la besaba justo en el hombro descubierto.

Ni en mil años habría esperado Alisa que Ezra actuase tan rápido.

En un par de zancadas, el conde se plantó frente a ellos y cogió a lord Reid por la espalda de la chaqueta. Sorprendido, el otro solo pudo soltar una exclamación ahogada. Tampoco reaccionó cuando Ezra le tiró al suelo con un empellón.

—¡E-e-e-ezra! —gritó su hermana—. ¡S-s-u-u-éltale!

«Hombres» bufó Alisa. «Creen que se arregla todo con una pelea inútil y algo de sangre sin sentido».

Por suerte, Ezra obedeció a su hermana justo cuando tenía las manos sobre el chaleco del otro caballero. Le soltó con un gesto brusco, se irguió cuan alto era y se plantó allí, frente a un lord Reid que temblaba desde el suelo con el traje lleno de tierra.

—Qué. Está. Pasando —farfulló Ezra con los dientes apretados—. ¿Esto ha sido consentido… —El tono se volvió amenazador— …*o no?*

—¡Claro que s-sí! —exclamó lord Reid, contagiado por el tartamudeo de la chica—. ¡Est-t-tamos enamorados!

—Pero si se han conocido esta noche.

—¡Amor a primera vista! ¡Me atravesó como un relámpago!

—*Já.*

—Se lo aseguro, lord MacLeod. —Como pudo, el joven se puso en pie—. Soy consciente de

que he deshonrado a su hermana…

—Oh, así que no tiene la cabeza *tan* vacía como nos ha hecho creer.

—Por lo que haré lo que se espera de un caballero —continuó con firmeza—. Me casaré con ella.

En silencio, Alisa observó a Heather. Por suerte, la más joven de los MacLeod intuyó quién era la mente pensante de aquel caótico grupo y le devolvió la mirada. Era obvio que estaba aterrorizada.

Alisa procuró esforzarse al formular con los labios mudos la pregunta más importante: «¿tú deseas casarte con él?».

Un segundo. Dos. Con lentitud, Heather acabó negando con la cabeza.

Era innecesario decir nada más. Alisa la entendía a la perfección. Le había pasado lo mismo años atrás, así que podía adivinar lo que esa pobre chica pensaba. Probablemente a Heather le gustase ese atractivo caballero que, por primera vez en su vida y en una ciudad fascinante, le había prestado atención. Pero no pretendía nada más, y menos casarse con un completo desconocido. Igual que su hermano, igual que cualquier otra dama de su edad, solo había buscado un poco de cariño.

¿Tenía que sacrificar el resto de vida por un solo beso? ¿Atarse al matrimonio de la noche a la mañana por un simple encuentro en la oscuridad de un baile?

«Ni hablar».

—Vamos a tranquilizarnos —dijo Alisa con aire conciliador. Se acercó hasta Heather, le subió hábilmente la manga del vestido y le prestó sus propios guantes—. Esto ha sido un mero escarceo entre enamorados. ¡No hay por qué escandalizarse! ¿Quién no ha sucumbido ante el romanticismo de una noche de baile?

Todos la miraron con los ojos como platos, aunque Ezra mantenía las cejas unidas.

—Guardaremos el debido silencio —continuó firme—. Por mi parte, nadie ha visto nad…

De pronto, una exclamación de sorpresa contradijo a Alisa.

Bajó los párpados por un segundo. No se lo podía creer. Todo se podría haber resuelto sin incidentes, pero la vida nunca se antojaba tan fácil.

No cuando tenía que ver con que una mujer saliera airosa.

Cayden, Hope, Brooks y el vizconde Dunnottar les observaban desde el umbral del arco de piedra. Abrazada a Cayden y a su bastón, Hope estaba pálida, con las sienes brillantes de sudor. Brooks se había quedado paralizado, con la libreta abierta aún extendida frente al vizconde.

Alisa unió cabos con rapidez y dedujo lo que habría pasado en su ausencia. Hope se habría sentido mal de nuevo, pero habría insistido en permanecer en la fiesta por los negocios de su marido. Para airearse, habrían decidido dar un paseo por los jardines. Así, Brooks podría continuar explicando el proyecto de tranvía Dagger al vizconde Dunnottar, miembro de la Cámara de los Lores, que, por la pipa que sostenía, habría salido a fumar al balcón.

Por último, el fatal destino había querido que pasaran por esa zona. Sabiendo cómo era cada uno, Alisa dedujo que ninguno de ellos era consciente de quiénes solían frecuentar el jardín de rosales ni con qué intenciones.

Entonces comprendió qué imagen debían transmitir: Heather, temblorosa y despeinada, ella, sin guantes, y lord Reid lleno de tierra junto a un Ezra tan furioso como mudo.

No había que ser un lince para que los recién llegados también ataran cabos.

—Nosotros… —comenzó lord Reid, pero Ezra le chistó y el otro calló enseguida.

—¡Esto es inadmisible! —pronunció el vizconde Dunnottar—. ¿Qué hacen aquí, caballeros? Acompañados de dos damas solteras, en completa oscuridad y soledad. ¡Qué impropio! —De

repente, miró furioso a Alisa—. ¿Es que no piensa en su familia, señorita Chadburn? ¿No les hizo ya suficiente daño en el pasado? ¡Inmersa de nuevo en otro escándalo! ¡Debería avergonzarse!

A pesar de la acusación, ni siquiera se inmutó. ¿Cómo no iban a señalarla? Lo extraño sería no estar acostumbrada.

Vio por el rabillo del ojo cómo Ezra se adelantaba para tratar de justificarse, cómo a Heather se le humedecían los ojos e intentaba sin éxito que de sus labios temblorosos saliera una palabra coherente.

El único que parecía satisfecho allí era lord Reid. Al fin y al cabo, se había escabullido del baile para atrapar un apellido que le salvara de las deudas. MacLeod o Chadburn, ¿qué diferencia había?

«No dejes que otros te casen por ti ni te aparten de la sociedad. Juega bien».

Sentía decepcionar a su tía Juliet. A grandes males, grandes remedios, o eso se había dicho al principio de la noche.

Aquello era un gran mal, pero tenía solución.

De nuevo, Alisa se adelantó a todos los presentes y pronunció en voz alta y clara:

—Sí, vizconde Dunnottar, admito que era yo quien estaba con lord Reid en el jardín cuando el conde de Northum y su hermana paseaban. —Bajó la cabeza con timidez, tal como se esperaba de ella—. Temo haber provocado con ello un malentendido irrevocable. Ruego me disculpen.

No podía verles la cara, así que no supo quién se mostraba más boquiabierto, si su amiga Hope, el impasible de Cayden, el anciano vizconde o el pobre Brooks. Aunque daba lo mismo. Todo terminaría pronto.

Si lord Reid se pronunciaba ahora, si quería casarse con ella y «salvarla», ya tendría el marido que buscaba. Además, tenía un secreto que él querría que mantuviera: no desearía que se dijera de él que había seducido a una joven recién llegada a la ciudad, cuyo padre había fallecido hacía tan poco. Al menos Alisa tendría algo con lo que negociar.

Sin embargo, la vida se empeñó una vez más en que las cosas no salieran como ella esperaba.

Porque, justo en ese instante, Ezra MacLeod rompió el silencio con una sonora carcajada.

—Oh, mi Chadburn, siempre tan noble y leal… Siempre dispuesta a salvar a los demás.

Se acercó hasta ella y la tomó de las manos con dulzura.

—Sé que no deseas provocar ningún mal al apellido MacLeod —siguió él—, pero te aseguro que, en mi caso, no hay ninguna reputación que salvar. Puedes decir la verdad, querida. ¡Ya no hay remedio! Quienes han sido descubiertos por esta joven pareja de mojigatos hemos sido nosotros. —Ezra se arrodilló—. Hágame el hombre más feliz de Inglaterra y concédame su mano.

8

Su primer instinto fue reírse.

El segundo fue gritar.

Todos la miraban. Ella no quería mirar a nadie. Ni siquiera a Ezra, todavía de rodillas en el suelo. La expresión de sus ojos era nublada, ensoñadora, casi brillante. A tenor de las circunstancias, lo cierto era que fingía bastante bien estar enamorado.

«Lo que está es ridículo» se lamentó ella. «Y borracho, seguramente». Ese era otro contratiempo, ¿cuánto habría bebido? ¿Tres copas, cinco? ¿Se acordaría de todo eso mañana?

¿Acaso lo decía en serio?

Consiguió apartar una mano para acariciar el colgante de corazón entre sus clavículas. Como si hubiera invocado un hechizo con ese gesto, Hope salió en su ayuda. Desde luego, no de la forma más ortodoxa, pero sin duda funcionó para desviar la atención del grupo al completo.

La pintora abrió el bastón como un paraguas, se acercó a uno de los rosales y vomitó.

A Brooks se le escapó una risa nerviosa a la vez que el vizconde Dunnottar se llevaba un pañuelo a la boca para ocultar una mueca de asco. Sin perder un segundo, Cayden corrió a ayudar a su esposa.

—Necesito a Alisa —se escuchó una voz ahogada tras el paraguas—. Necesito que venga. Ya.

La recién nombrada nunca estuvo tan encantada de oír esa voz. Se deshizo del agarre de las manos de Ezra, corrió hasta su amiga y se agachó tras el paraguas.

Hope no había fingido. Estaba doblada hacia delante, tenía el rostro lleno de perlas de sudor, blanco como la cera, y los labios pálidos.

—¿Qué demonios ha pasado, Ali? —preguntó con un hilo de voz.

—Si te soy sincera, ni yo lo sé. —La tomó del brazo con suavidad—. ¿Estás bien?

—Creo que me voy a desmayar —gimió Hope. Tomó el pañuelo que le tendía Cayden en completo silencio, tan pálido como ella—. Acompáñame con Heather de vuelta a la fiesta.

—Enseguida, pajarillo.

—Cay, hablaba con Alisa. Tú no. Tú debes quedarte. —Hope se irguió un poco más y Alisa no reconoció de dónde había sacado la fuerza—. Por favor, quédate y tranquiliza a todos, especialmente al vizconde, y procura que lord Reid mantenga la boca cerrada.

Su marido asintió. Alisa sabía que cualquier caballero guardaría silencio por el suficiente dinero, al menos por un tiempo. Y Dagger tenía de sobra.

—Cuando lo consigas, llévate a Ezra de vuelta a la fiesta —continuó ordenándole Hope—. Allí búscanos para que se reencuentre con su hermana y que así vuelvan juntos a casa. Actúa en todo momento como si no hubiera pasado nada. La mansión de los Makepeace no es el lugar ideal para resolver esto.

Cayden le lanzó una significativa mirada a Alisa. Sabía qué le quería decir con ella: si no resolvían aquel asunto cuanto antes, los rumores sobre el escándalo correrían como la pólvora. Después de que saliera el sol, todo Londres hablaría de lo que había pasado.

Tendrían que buscar una solución antes de que la capital despertara de nuevo.

—Está bien —asintió Cayden—. Vosotras debéis marcharos. Rápido.

Más tarde, Alisa no recordaría con claridad cómo consiguieron que el plan de Hope se llevara

a cabo a la perfección.

Volvió a la realidad en el salón. Al entrar en la estancia, parpadeó para adaptarse a la brillante luz y se encontró cogida del brazo de Hope. Al otro lado de su amiga estaba Heather. Las tres caminaron con lentitud hasta llegar a los sillones donde charlaban animadamente su tía Juliet y Evelyn.

En cuanto se detuvieron frente a ambas, supo que la anciana había adivinado que algo extraño pasaba. Sin embargo, no replicó cuando Hope pidió permiso para llevarse a Evelyn a admirar la sala de música de los Makepeace.

En un pasillo, ya fuera del baile y de los ojos de los asistentes, Evelyn se abalanzó sobre sus amigas.

—*Incroyable!* ¡No sé cuál de las tres tiene peor cara! ¡Y tú, Ali, vas sin guantes! Eso me trae recuerdos de la anterior temporada… —Ninguna dijo una palabra—. ¡¿Alguna quiere dignarse a explicarme qué diablos ha pasado?!

Heather no pudo aguantar más y soltó un sollozo. Y otro. Al tercero le siguió un llanto arrollador. Eve se quedó inmóvil mientras Hope se agarraba con fuerza al bastón y musitaba:

—Busquemos un asiento, os lo ruego a todas. Esta noche va a acabar conmigo.

Alisa ni siquiera se reconocía a sí misma. Siempre tan resolutiva, tardó en reaccionar. Fue Hope quien consiguió guiarlas a todas a la sala de música vacía y, tras sentarlas en las butacas tapizadas de flores, le explicó a Evelyn en voz baja todo lo que había pasado. A sus ojos, por supuesto. Aunque Heather intentaba llenar los huecos, el tartamudeo y el llanto no ayudaban demasiado.

—¿Pero… te forzó? —quiso saber Evelyn. Había abrazado a la otra chica con cariño y la zarandeó con cuidado.

—N-no, me gusta lord Reid. Quiero decir, me gustaba. Solo que deseaba que parase ya, p-porque había escuchado unos pasos, pero él dijo que le daba igual que nos vieran. No sabía qué hacer… —La chica sollozó de nuevo—. Lo q-que sí que sabía era que no deseaba atarme a él. No quería que nos descubriera n-n-nadie…

—Como pasó —asintió Eve—. Qué mala suerte, *belle*, para una vez que coqueteas… ¡Ha debido de echarle una maldición alguna bruja escocesa! ¿No está el condado de Northum junto a la frontera?

—Lo que hizo Alisa por ti fue muy honorable —la interrumpió Hope—. Sin embargo, tendrá consecuencias.

—Sí, lo sé —musitó su amiga, a la vez que Heather asentía con vergüenza.

—Todo el salón sabrá en unas horas, y quizá es suponer demasiado tiempo, que Alisa se ha visto comprometida. O era ella o tú.

—¡Lo siento t-tanto! —exclamó Heather—. ¡Todo es c-culpa mía!

Las otras tres se apresuraron a negarlo.

—¡La culpa la tiene ese baboso de Reid!

—Eve, por Dios…

—Mi reputación ya era mala —las interrumpió Alisa—. Lady Heather, usted misma pudo comprobar qué pensó el vizconde Dunnottar al vernos así, y eso que es un supuesto amigo de mi padre. —Se irguió en el asiento, segura—. No se preocupe. Al fin y al cabo, no ha muerto nadie. No es el fin del mundo.

Hope fue la única de todas que negó con la cabeza.

—Alisa, si no aceptas la propuesta de compromiso de Ezra, será el fin de tu vida en sociedad.

Heather volvió a sollozar, arropada por el cálido abrazo de Evelyn. Se notaba que la francesa

disfrutaba por primera vez de ayudar a una debutante más inexperta que ella.

—Me niego a semejante destino —protestó Alisa—. Tiene que haber otro camino. De corazón, lo último que deseo es ofenderla, lady Heather, pero no deseo convertirme en la esposa de su hermano. —Añadió con un tono más dulce—: No es por usted. MacLeod sería el último caballero de Inglaterra con el que querría casarme.

Hope apretó la mandíbula. Evelyn no fue tan disimulada:

—¡¿Qué dices?! ¿Tú le has visto bien?

—Puede que todavía exista una manera de…

—Lo siento, amiga mía —la cortó Hope—. Aunque sé que eres muy capaz de resolverlo todo, en esta ocasión no tienes más remedio que claudicar. Si le rechazas, te espera el repudio social. Lo sabes tan bien como yo.

Alisa se retorció las manos. Seguía sin guantes y rozar sus dedos desnudos le hizo recordar los de Ezra sobre ella, justo antes de arrodillarse.

Todavía podía sentir el pulso de ese latido acelerado sobre la piel.

—Solo sugiero que es posible que tu marido haya convencido al vizconde Dunnottar y a lord Reid de que no ha pasado nada —continuó Alisa, vacilante—. Puede que ninguno de los dos hable…

—¡Piensa un poco lo que dices! —exclamó Hope.

Las tres se encogieron de miedo. Jamás la habían visto de esa forma. ¿Hope, enfadada con una de ellas? Su estado debía haberle agriado el humor y parecía decidida a que la escucharan.

—¡Vamos, Alisa! ¡Tú de entre todas deberías saber cuánto vale la palabra de un hombre! Sobre todo de uno como lord Reid. ¡Tiene mil deudas! Y de eso, créeme, sé bastante. Hará lo que sea por pagarlas, por seguir apostando y manteniendo su alto nivel de vida. Reconociste en su comportamiento lo mismo que yo cuando Heather entró en el salón: vio una forma rápida de conseguir el dinero. Pretendiese lo que pretendiese, es evidente que no se ha salido con la suya. Después de tu confesión, no protestó, porque tú eras una sustituta ideal como esposa rica, pero MacLeod lo ha estropeado todo. Estará furioso por su fracaso y, si puede, te hará daño en venganza. —Entrecerró los ojos—. El vizconde Dunnottar tampoco será fácil de silenciar. No necesita tanto el dinero, y es un hombre de ideas rectas. Además, tú tienes… tu pasado. Ya estuviste implicada en un escándalo, así que cualquiera creerá enseguida, de su boca o de la de quien sea, que estás implicada en uno nuevo.

—*Merde* de sociedad y de reglas —escupió Evelyn—. Pero Hoppie tiene toda la razón.

—Reconozcamos además que la situación podría ser peor: Ezra podría no haber intervenido —insistió la pintora—. Te hubieras visto obligada a aguantar al malnacido de Reid.

—Además, MacLeod no es tan malo —objetó Eve—. Aunque sabes que no apruebo su actitud de mujeriego, tiene una mandíbula bonita y combina bien trajes y chalecos.

—Ese aspecto no es importante…

—Es más alto que tú, lo que no es nada fácil —continuó la chica sin hacerle caso—. Y me he fijado en que tiene las manos y los pies grandes.

—¿Pero eso qué tiene que ver?

—No sé, lo leí en una novela y parecía un detalle a destacar. —Se encogió de hombros Evelyn—. Por no hablar de que es el mejor amigo de mi primo, ¡tiene que significar algo!

—Que es un buen hombre —confirmó Hope—. Lo ha demostrado esta noche.

—¡Y conserva todos los dientes!

Inexplicablemente, eso hizo reír a Heather de forma compulsiva. La casualidad quiso que fuera en ese momento cuando Cayden apareció en el umbral de la sala. Acompañado de Ezra,

por supuesto.

En cuanto lo vio, Alisa sintió que su propuesta seguía resonando en el aire entre los dos, como si fuera un eco. Las palabras parecían vibrar a través de ella, despertando emociones que creía dormidas.

Tragó saliva. Esos ojos oscuros ya no brillaban al mirarla, pero advirtió la misma chispa de reconocimiento que antes.

No solo latía en ellos el desprecio que siempre le había profesado Ezra (un reflejo del suyo, al fin y al cabo), sino algo más. ¿Asombro por lo que había hecho por su hermana? ¿Respeto? ¿O era cierto sentido de lealtad?

«Imposible. Un hombre como él no es fiel a nadie ni a nada» pensó ella. «¿Cómo puedo tomarme en serio la propuesta de un caballero incapaz de comprometerse?».

Apartando la vista, Alisa fingió no prestarle atención.

A pesar de sentir su mirada sobre ella, como si de fuego se tratase, mantuvo la suya clavada en el regazo. Mientras Cayden y su esposa hablaban entre susurros sobre el carruaje que les esperaba, Heather, por su parte, corrió a refugiarse en los brazos de su hermano mayor.

Pasados unos segundos, lo oyó.

—¿Milady?

Intentó no encogerse al escuchar su voz. Tan cerca. Tan baja y profunda como nunca antes. Reverberó entre sus costillas, al compás del corazón que estas protegían.

—¿Sí, milord?

—No me ha dado una respuesta.

El tono, aunque educado, sonaba extrañamente grave.

—Lo sé —contestó ella. Seguía con la vista fija en el regazo—. Necesito tiempo.

—No lo tiene —escuchó—. Pero le daré el que podamos permitirnos.

Todo sucedió muy rápido. Antes de que pudiera darse cuenta, Alisa escuchó la puerta de la sala de música cerrarse de un golpe.

Tras la marcha precipitada del resto, Evelyn y ella se habían quedado solas.

—*C'est fini*, ¡menuda noche! Después de cómo ha acabado todo, no sé si arrancarme a tocar en ese piano una serenata o la Marsellesa.

Aunque Alisa quiso, no pudo esbozar ni una débil sonrisa.

Le dolía todo el cuerpo. En especial, la mano izquierda. Desde que Ezra había aparecido en la sala, no había dejado de apretar el colgante de corazón entre sus clavículas. Con tanta fuerza que, cuando Evelyn le cogió de los dedos, pudo distinguir las marcas del diseño metálico atravesando su palma.

—¿Volvemos, Ali? —En respuesta, asintió como un autómata—. Soy la última que querría ser una aguafiestas, pero… tu tía Juliet debería saber sobre esto, ¿verdad?

«Oh, no. La que faltaba».

9

Para sorpresa de ambas amigas, la anciana se tomó todo el asunto con filosofía.

En el carruaje de vuelta a casa, mientras Evelyn se lo contaba, Juliet dijo más con los ojos que con los labios. Alisa imaginó lo que estaba callando. Un «te lo dije» aliñado con un «tú y yo sabemos que podría haber sido peor».

Alisa era consciente de eso. También de cuál había sido su mayor error.

Como siempre, le había perdido la nobleza. Una extraña lealtad hacia otra mujer que no podía permitirse mostrar.

Al mismo tiempo, tampoco se arrepentía. Había salvado a una pobre chica de un destino cruel. Uno muy parecido al suyo, tal vez peor. No le deseaba eso a nadie. Si debía cargar con las consecuencias de interceder por otra mujer, terribles o no, que así fuera.

Dejaron a Evelyn en casa de los Boulanger, aunque era evidente que la joven no quería despedirse tan pronto. Le dio un largo abrazo a Alisa y, sin que se lo esperase, uno igual de largo a la que era su madrina.

—Te visitaré mañana —prometió Evelyn, colocándose la capucha de seda de su capa rosa antes de abrir la puerta del carruaje—. A las dos. Detesto madrugar, pero a primera hora estaré tocando a vuestra aldaba. ¡Juntas hallaremos la mejor forma de resolver esto!

—No le des vueltas, Eve —dijo Alisa con resignación.

—¿Cómo no le voy a dar vueltas? Le daré tantas que en mi cabeza lord Reid acabará mareado y vomitando si la vida es justa. —Juliet se rio entre dientes—. Todo se arreglará, *reine*.

Le dio un beso en la mejilla y Alisa, incapaz de articular palabra, asintió con el estoicismo que mostraba a diario.

Tía y sobrina permanecieron en riguroso silencio durante el viaje. Solo cuando estuvieron guarecidas en la mansión Chadburn, la anciana le cogió del brazo con fuerza y tiró de ella para guiarla escaleras arriba.

—Tengo buen ojo, mi niña —susurró en el tercer escalón—. Rowena insistía en que había en mí algo de bruja.

—¿A qué se refiere?

—Lo vaticiné. Ezra MacLeod sería un buen candidato para el matrimonio. Él, por un lado, tú, por otro. —Alisa resopló por la nariz—. Piensa lo que quieras, sobrina, pero te ha salvado de una unión desafortunada con un joven mentecato y te ha librado al mismo tiempo del escándalo. Es un buen hombre.

—Aunque eso sea cierto, MacLeod es… —Tragó saliva—. No entiendo bien por qué lo ha hecho. No me fío de él. Ten por seguro que su proposición no ha sido por aprecio o lealtad. Guarda alguna oscura intención.

—Es posible —concedió Juliet—. Pero tú también puedes tenerla. Míralo de esta forma: ¿deseas dirigir una casa que sea tuya? Tendrás todo un condado. ¿Quieres que no te toque? Podría seducir a las damas que quisiera y dejarte a ti a un lado. —La anciana se permitió reír—. Lo que decía, soy una auténtica bruja.

Algo cansada, Alisa no replicó. Una vez frente a la puerta del aposento de Juliet, se inclinó para besarle la frente arrugada como solía hacer. La piel era blanda y aterciopelada. Olía a agua de rosas desde que tenía memoria.

«La echaré de menos».

—Buenas noches, tía —musitó.

—Ni se te ocurra esquivarme, niña. No soy tan vieja como para ignorar que no me has contestado. —Le pellizcó la mejilla—. ¿Pensarás en la propuesta de compromiso de MacLeod?

—Sí.

No mentía.

—Muy bien. Aunque no tienes mucho tiempo para decidirte. Tan solo una noche, en realidad. —Se dio la vuelta—. Para evitar el escándalo, mañana tendrás que darle a ese holgazán una respuesta. Mantente en vela si es necesario. Recuerda: combate solo las batallas que sepas que vas a ganar.

Aunque cerró la puerta, Alisa no se movió hasta pasados unos minutos. Cuando decidió caminar hacia su habitación, tuvo que desentumecer primero las piernas. Tampoco entonces se quitó de encima esa impotencia helada.

La pérdida de control era lo que más detestaba en el mundo. Una fría sensación de que la arrastraban sin su permiso por un río lleno de piedras.

…

Frente a la puerta de entrada, Ezra golpeó cuatro veces con la aldaba de león.

Delabost, el primer lacayo de la casa Dagger, fue quien abrió. El hombre no pareció ni sorprendido por la presencia de aquel caballero a esas horas intempestivas ni avergonzado por el camisón y el gorro de dormir con el que le había recibido.

Tampoco fingió cortesía al gruñir:

—¿De nuevo, lord MacLeod? ¿Qué se le ofrece en esta ocasión?

—¿En *esta* ocasión? ¿Cuándo fue la última vez que irrumpí en casa de mis queridos amigos los Dagger?

Se hizo un breve silencio.

—Antes de ayer.

—En cualquier caso, Delabost, esta vez sí es urgente.

—Eso dijo la última vez —refunfuñó el criado.

—Si es tan amable, pídale a su adorado jefe que baje a recibirme. —Dando un paso, Ezra esquivó al lacayo y entró en el vestíbulo—. Le esperaré donde siempre.

—¿Quiere que le sirva algo mientras tanto?

—Muy amable, pero ya sabe que conozco a la perfección dónde guarda Dag su tesoro contenido en cristal. Además, no tardaré en marcharme. Tengo asuntos que atender y la noche es joven.

Escuchó rezongar a Delabost algo sobre «la dichosa juventud» al dirigirse escaleras arriba.

Si el mayordomo estaba cabreado, no quería ni imaginarse cómo le recibiría Cayden, aún más si tenía en cuenta lo indispuesta que había estado Hope esa noche.

A oscuras, Ezra se dirigió al salón de la planta baja y le esperó sentado en el sillón que solía ocupar cuando visitaba a la pareja. No pasaron ni cinco minutos antes de que Cayden hiciera su aparición. En camisón, con la bata gris abierta y el eterno ceño fruncido.

—¿Qué?

Desde luego, lacayo y jefe rivalizaban en cuanto a mal humor.

—Siento molestarte, amigo mío, pero te juro que es importante. —Ezra se levantó de un salto y procuró aparentar seriedad. No era muy habitual, así que le costó unos segundos de concentración—. Es sobre lo sucedido en casa de los Makepeace.

—Lo imaginaba. —Cayden caminó hasta quedar frente a él—. Dime.

«Dios, ojalá ser más alto que él» rezongó por dentro. «Me costaría menos pedirle favores si fuera yo quien le mirase desde arriba».

—Tengo que resolver todo el asunto esta misma noche o mañana una dama amanecerá acorralada por los rumores. O mi hermana o lady Alisa Chadburn. —Puso los brazos en jarras—. El todopoderoso sabe que no soy lo que se dice un príncipe salvador de virtudes, precisamente, pero tampoco puedo permitir que algo así pase.

—Ya.

—Porque fue culpa mía.

—Sí.

—Debería haber hecho caso a la estirada de Chadburn.

—¿En qué?

—Me aconsejó no dejar sola a Hezzy.

—Ah, entonces sí.

—Ni tampoco debería haber tirado a Reid al suelo.

—Bueno…

—Ni haber tardado tanto en abrir la boca.

—Eso sí es una novedad.

—En general, me siento responsable.

—Deberías.

Sonrió de medio lado.

—¿Estás disfrutando de todo esto, Dag?

—¿De que por culpa de unas normas sociales absurdas la hermana de mi mejor amigo pueda ser rechazada por la aristocracia o bien lo haga la mejor amiga de mi esposa? —Se cruzó de brazos—. Sí, desde luego estoy que no quepo en mí de gozo.

—Lo sabía: se te nota en la cara.

Vio aliviado cómo Cayden esbozaba una levísima sonrisa.

—Dejemos de perder el tiempo, Ezra. ¿Qué quieres de mí?

—Le pedí a Alisa Chadburn que se casara conmigo.

—Ya. —Cayden asintió con lentitud—. Estaba ahí.

—Como pudiste comprobar, no se mostró muy ansiosa por aceptar mi proposición.

—Quién puede culparla.

—Pero es la única salida. Me niego a que ese cabrón de Reid se vaya de la lengua e intente enredar a mi hermana. O a lady Chadburn. —Imitando a su amigo, también se cruzó de brazos —. Por encima de mi cadáver.

—¿Por encima de tu cadáver?

—¿Lord Reid como cuñado? Dios me libre, y eso que los que ya tengo no son lo que se dice ángeles. Pero ¿deberle un favor a Alisa Chadburn por un error que cometí a expensas de sus sabios consejos? Es un escenario todavía peor.

—Hiciste bien al intervenir —concedió Cayden—. Nadie desea verla casada con ese aprovechado.

—Ah, no es que yo sea mejor que él, pero al menos podría hacer que ella… —Ezra se interrumpió y, algo confundido, acabó por cabecear—. En resumen, me niego a que eso pase.

Con los ojos entrecerrados, Dagger asintió de nuevo.

—Y entonces ¿qué pretendes?

—Quiero convencerla de que acceda a mi propuesta. Que me elija y se case conmigo. Cuanto

antes, mejor.

—¿Te refieres a presionarla?

—Solo quiero que entre en razón.

Cayden se frotó los párpados con el pulgar y el índice.

—¿Y quieres que Hope te ayude a hacerlo o…?

—Creo que aún puedo confiar en mis increíbles armas de persuasión. Lo que te pido es que protejas a mi hermana.

De inmediato, Cayden fijó sus ojos azules en él.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes qué salida rápida tienen las parejas que se ven envueltas en un escándalo.

—Ah, eso. —Su amigo relajó los hombros—. ¿Y quieres que tu hermana se quede con nosotros mientras tanto?

—Me gustaría, sí.

—Dalo por hecho.

Sabía antes de preguntárselo que Cayden accedería, pero no pudo evitar suspirar aliviado y abrazarlo a pesar de sus gruñidos.

—Id a buscar a Hezzy mañana en cuanto despunte el alba —le pidió al separarse—. He dado orden a los criados para que preparen sus baúles.

—Entendido. A primera hora la recogeremos en tu casa.

—Que haga vida normal, como si no pasara nada. Que siga disfrutando de la temporada, yendo a las fiestas de los sábados, a la exposición de la Royal… Lo que sea, tú eres Amigo de la Academia, ¿no? ¿Cómo de grande fue tu última donación?

—Entonces, ¿crees que lo más sensato es que tu hermana permanezca en Londres?

—Lo es. Si se ocultara, se preguntarían por qué. Al fin y al cabo, se supone que ella no es la implicada en el escándalo. —Esbozó una sonrisa irónica—. A ojos de la sociedad, los pecadores llenos de lujuria seremos Alisa Chadburn y yo.

—Descuida, estará en las mejores manos.

—Lo sé. Por eso te lo pido. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Por eso, y porque no quería despertar a Hope. Ella era mi primera opción.

En esa ocasión, fue Cayden quien le pasó un brazo por los hombros.

—Estás haciendo lo correcto, Ezra.

—Maldita sea, no me digas eso. Haces que me sienta un auténtico santurrón.

—Lo que eres.

MacLeod le empujó entonces con un enfado fingido y se dirigió a la puerta principal.

—¿Irás a su casa? —le preguntó Cayden mientras le acompañaba al vestíbulo—. Supongo que lo sabes, pero la mansión Chadburn está en Mayfair.

—Sí, solo que he de ir a visitar a otra dama primero.

—Ah, lo olvidaba. —Dag abrió el portón de madera y frunció el ceño al ver la lluvia que caía fuera—. No siempre eres un santurrón.

—Ya me conoces, amigo.

De vuelta al carruaje, Ezra golpeó el techo para que el cochero se pusiera en marcha. Esperaba no tardar demasiado. Aunque, conociendo a la dama en cuestión, sabía que no. Como buena noble, odiaba perder el tiempo.

…

Al contrario que Delabost, el primer lacayo de la siguiente mansión no protestó al abrirle la

puerta de servicio. Sin mediar palabra, se hizo a un lado para dejarle pasar y le acompañó hasta uno de los salones privados de la planta superior.

Antes de entrar, Ezra supo que allí estaría ella. Su insomnio era un viejo conocido de ambos y, durante muchas veladas, él había procurado que no se aburriera en la cama mientras lo sufría.

—Lady Collins —susurró cuando el lacayo les dejó solos. Se inclinó, del modo pomposo que le gustaba a ella, y le satisfizo comprobar que la viuda hacía lo mismo—. Siento importunarla a estas horas.

—Nunca me importunas. De hecho, me importunas cuando no apareces.

—Entonces me temo que voy a importunarla de ahora en adelante.

Vio el pequeño destello de decepción en sus ojos. No duró mucho. La mujer se recompuso enseguida y se giró hacia el fuego de la chimenea.

Llevaba el pelo suelto. Rubio rojizo, rizado y larguísimo. Le cubría toda la espalda hasta la cadera, en ese momento oculta por una sencilla bata de seda azul marino. Se defendía bien con cuarenta años, dos hijos y un aburrimiento mortal. Aunque no era su mejor amante, a Ezra le gustaba porque era honesta y protegía su propia independencia. En el fondo, le dolía tener que cortar lazos con ella tan pronto.

A pesar de que, desde que empezaron, sabía que ese día llegaría tarde o temprano.

—¿Se debe a algo en concreto? —musitó lady Collins con fingida indiferencia.

—Tengo que resolver algunos asuntos. Y me temo que, durante un tiempo, no residiré en Londres.

Cejas arriba, labios fruncidos, ojos llameantes como el fuego que contemplaban. «¿Está más cabreada que Cayden o menos? Imposible entender a estos cabellos de oro…».

—Por su tono, milord, deduzco que, aunque regrese, no querrá nada conmigo.

—Creo que quien no querrá nada conmigo será usted, milady.

—¿Por qué?

—Porque nunca le han interesado los hombres casados.

Lady Collins se giró hacia él con la boca abierta por la incredulidad.

—¿MacLeod, usted…? ¡Imposible! ¡No lo puedo creer!

—Yo tampoco —resopló—. Qué gran pérdida para la soltería, ¿verdad?

—Oh, por favor, no se tenga en tan alta estima. —La dama alzó la barbilla y bostezó al añadir—: No le sienta bien.

—Mentirosa.

La vio sonreír, aunque era un gesto falso. Sabía que lady Collins detestaba ese tipo de juegos. Lo normal era que le pidiese mantener la boca cerrada fuera del dormitorio.

—Entonces buena suerte, conde. Si regresa a Londres, avíseme enseguida.

—¿Es que ha cambiado de opinión sobre los caballeros casados? No sabe cuánto me halaga.

—Oh, nada más lejos —le corrigió risueña—. Lo cierto es que me gustaría conocer de cerca a su esposa. —La viuda le contempló de arriba abajo con sorna—. Debe ser una dama muy peculiar para desear pasar la vida junto a usted.

—Desde luego —se rio Ezra—. Aunque primero tendré que averiguar si realmente está tan desesperada.

10

—Mi señora. —La primera doncella llamó a su dormitorio con dos suaves toques y abrió solo un resquicio—. Me he permitido molestarla porque he visto luz en el umbral.

—Pase, Sarah —pidió Alisa—. ¿Qué sucede?

En cuanto la joven dejó la carta sobre el escritorio, la doncella abrió la puerta del todo e hizo una genuflexión. Llevaba un candil en la mano y cara de circunstancias.

—Alguien la espera en la cocina.

Sin mostrarse sorprendida, Alisa se puso un batín de seda con rapidez y bajó las escaleras con Sarah pisándole los talones. Barajó quién podría ser a esas horas. El reloj del caserón acababa de tocar tres veces. De madrugada, no podía ser nadie con buenas noticias.

O intenciones.

Al abrir la puerta que daba acceso a la cocina, tuvo un presentimiento. Y de pronto supo con certeza a quién vería allí.

«Puede que mi tía no sea la única bruja entre las Chadburn».

Ocultaba el rostro con una capa negra con capucha, pero no podía esconder su altura ni la marcada forma de su cuerpo. Con vergüenza, Alisa tuvo que reconocerse a sí misma que había memorizado tan bien su silueta que sabía a ciencia cierta quién era, incluso en la más absoluta oscuridad.

—Sarah, quédese tras la puerta —le ordenó. La doncella, algo asustada, asintió repetidas veces—. Muchas gracias. Le prometo que no tardaremos demasiado.

El caballero sonrió de lado bajo la capucha. Solo cuando Sarah se marchó, retiró la tela para revelar su identidad.

—¿Qué hace aquí, conde de Northum?

—¿Así me recibe? Esperaba al menos un poco de calor, dado el romanticismo de nuestro último encuentro.

Alisa se cruzó de brazos e ignoró tanto el comentario como los nervios que empezaban a crecer bajo su ombligo.

—Y aparece con esas pintas… —continuó—. ¿De qué va disfrazado, de sicario del East End?

—Pensé que lo más adecuado era que nadie me reconociera al entrar aquí.

—Oh, muy listo. Es mejor que hayan visto a un completo desconocido colarse en nuestra propiedad.

—He sobornado a vuestro guarda, así que supongo que no importa —dijo Ezra—. Pero estoy espléndido con la capa, ¿no opina lo mismo, milady?

Alisa bufó por la nariz. Luego esperó a que él se dignara a explicarle qué hacía ahí. Sin embargo, el nuevo conde parecía más preocupado por explorar la cocina.

«Seguro que está buscando alcohol» refunfuñó Alisa para sí.

Se mantuvo callada, a pesar de que las ganas de interrogar a Ezra MacLeod le burbujeaban. Tenía unas cuantas preguntas. Demasiadas para lo que se consideraba educado. La primera de ellas estaba clara: ¿por qué? ¿Por qué se había arrodillado y le había pedido que se casara con él?

Era absurdo, no tenía por qué haberle pedido la mano. Gracias a su falsa confesión, Heather estaba a salvo del escándalo y de lord Reid. Alisa no significaba nada para Ezra. No era una

familiar, ni una amiga ni una amante, y ambos sabían que tampoco MacLeod era lo que se decía un clásico caballero.

Porque uno de verdad ya habría roto aquel tenso silencio.

—No me ha respondido, conde —le recordó con delicadeza—. ¿Qué hace aquí?

Para empezar, era una buena primera pregunta.

—Vamos, lady Alisa, ya sabe qué hago aquí.

Encontró lo que buscaba en un armario. Ezra leyó la etiqueta de la botella de vino, pero no pareció convencerle, porque la dejó en su sitio. Luego añadió distraído:

—Es usted la que tiene que responder.

—¿A qué?

—A mi proposición.

—¿Y no podía esperar a mañana, milord?

—Sabe tan bien como yo que cuanto antes se resuelva este enredo absurdo, mejor. Detesto los dramas que se alargan. Las comedias, de tres horas. Las obras trágicas, que sean rápidas. —La miró por encima del hombro—. Hay una manera muy fácil de resolver todo este asunto.

—Ilumíneme, si es tan amable.

—Fuguémonos esta noche a Gretna Green.

Los ojos de Alisa se abrieron lo imposible.

—No ponga esa cara: si es tan lista, seguro que ya lo había contemplado —dijo Ezra, dándose la vuelta hacia ella—. Si huimos ahora al pueblo de las bodas del yunque, estaremos casados antes de dos días. Todo será legal, decoroso y pretendidamente romántico: la sociedad londinense quedará satisfecha. Además, a un par de horas de allí está Dunstan House, así que podremos descansar sin tener que regresar enseguida. Es la única ventaja de poseer un condado junto a la frontera con Escocia.

—¿Lo dice en serio?

—Tan en serio. No ponga esa cara, no soy tan mal partido: algunos dirían que mi castillo es tan bonito como… descomunal. —Esbozó una sonrisa sardónica—. Allí en Dunstan House le presentaré al resto de mi familia. Le pido disculpas de antemano por el carácter de las MacLeod, aunque seguro que es tan dura como mis hermanas y las rocas del acantilado desde las que me gustaría lanzarlas. Después de visitar la propiedad y hacerla suya, haga lo que guste. Actúe como la condesa de Northum o bien regrese a Londres a refugiarse en casa de los Dagger, de los Boulanger o de quien sea. O bien adquiera una residencia para usted sola. —Se encogió de hombros y añadió—: Lo que prefiera. Me trae sin cuidado. ¿Qué dice? ¿Le atrae la idea? Es un plan sin fisuras, al menos no me niegue eso.

Alisa no respondió enseguida. Estaba asombrada, sobre todo porque nunca antes había escuchado hablar tanto ni tan seguido al conde de Northum, y menos estando sobrio.

Si es que lo estaba.

Lo sopesó con cuidado. Había ciertas cosas que ya había asumido esa noche, mientras permanecía despierta frente a su escritorio. Odiaba darle la razón a MacLeod, pero la tenía: huir a Gretna Green era una de las posibilidades que había barajado.

A ojos de la sociedad, serían una pareja tan enamorada que, tras haber sido descubierta en el jardín de los Makepeace, había hecho lo que se presumía más decoroso y se había fugado para casarse lo antes posible.

Ezra le ofrecía en bandeja de plata todo lo que había esperado de un compromiso para salvarla del escándalo.

Por eso desconfiaba. Tenía que haber gato encerrado.

—No llego a comprender por qué actúa ante mí como un caballero de brillante armadura —dijo por fin. Tras una breve pausa, caminó hasta él. Lenta, segura—. Lo ignora, ya que soy para usted una desconocida, pero no me considero una dama a la que haya que rescatar.

—Soy consciente de ello, créame. Pero Heather sí lo era y la salvó sin pensar. —Con paso firme, MacLeod también se movió hasta eliminar la poca distancia que los separaba—. Usted sí que no tenía por qué rescatarla. Hezzy no es nada suyo ni tampoco ese lord Reid. Me niego a creer que hiciera lo que hizo no por proteger a mi hermana, sino porque quisiera desde un principio que ese mentecato endeudado hasta las cejas fuera su marido. —Sonrió ladino—. ¿O sí?

Refunfuñando, Alisa reconoció que no.

—Entonces, milady, solo por socorrer a mi hermana se lo debo. Además, podríamos decir que a mi amigo Cayden el matrimonio le ha sentado bastante bien —continuó Ezra con tono distendido—. Por favor, no me malinterprete: no espero que tengamos un casamiento como el suyo. No busco amor. Necesito a alguien que me libre de tener que aguantar las propuestas de las madres de medio país y el tener que fingir algún día que busco esposa. —Se inclinó hacia ella—. Tampoco me vendría mal alguien que supiera cómo llevar una gran casa. Usted, siendo tan instruida, seguro que sabe hacerlo, ¿verdad?

«Ajá, así que era eso» razonó Alisa. «Me quiere para que le saque las castañas del fuego. Con el fallecimiento del anterior conde de Northum, las cosas no deben ir demasiado bien en el norte».

Eso casaba con lo que había insinuado en los Jardines de Kensington sobre problemas financieros. Aunque los gastos de Ezra en Londres estarían cubiertos por las ganancias obtenidas con la Dagger, los costes que acarreaba una grandísima propiedad serían demasiado altos.

Llevar un condado como se debía requería trabajo. Y MacLeod era un reconocido perezoso. Una esposa encargada de la casa supondría una liberación de esa enorme carga, y costaría menos que contratar a una marabunta de administradores de por vida.

A pesar de lo mucho que le alegraba la perspectiva de ser una terrateniente, Alisa guardó silencio y mantuvo la misma expresión pétrea.

—Imagino que siendo una dama tan *perfecta* como me han asegurado que es, no se le dará mal llevar un condado en decadencia —insistió Ezra, confirmando sus sospechas—. Si he de ser honesto con mi hipotética futura esposa, le confieso que mis tierras no están pasando por sus mejores días. Necesitan mano dura.

—¿Acaso la suya no sirve?

—La mano dura la reservo para terrenos más placenteros.

No pudo evitar sonrojarse. Tampoco ayudó que Ezra decidiera que ese era el mejor momento para coger uno de los mechones de pelo que se le había escapado de la trenza. Lo colocó tras su oreja como si nada. Al retirar la mano, acarició suavemente la piel bajo su lóbulo. Luego recorrió con los dedos la línea de su mandíbula con una lentitud tortuosa.

Alisa odió que aquel simple contacto le produjera un escalofrío imposible de disimular.

—He de hacerle una pregunta antes de acceder o rechazarle —dijo ella tras la tensa pausa—. Una cuestión fundamental.

—Soy todo oídos.

—¿Le preocupa la descendencia?

Le pilló con la guardia baja. Lo adivinó por sus pupilas. En la oscuridad, apenas se distinguían entre el iris marrón casi negro, pero Alisa notó cómo se empequeñecían.

—¿La descendencia…?

—Que si desea tener hijos para asegurar su legado.

Ezra parpadeó, recomponiéndose.

—Ah, se refiere a eso. Reconozco que no me quita el sueño —contestó al final con un gesto divertido—. Tengo parientes varones lejanos que podrían heredar el condado en el peor de los casos, aunque el título me importe bien poco. —Se reclinó hacia un lado, apoyándose en la mesa de la cocina con aire distraído—. Si desea que la convierta en madre, tampoco sería un problema…

Su expresión de jactancia hizo bufar a Alisa.

—Le aseguro que no lo será —replicó ella.

—Si por el contrario quiere ser madre con otro caballero, encajaré el puñetazo a mi ego, pero lo aceptaré sin queja. Solo le pido que no elija un amante pelirrojo. —Se echó a reír—. Sería difícil explicar por qué el futuro conde de Northum tiene el pelo de fuego con dos padres con el cabello como el ala de un cuervo.

—No será necesario —se apresuró a aclarar Alisa—. Le preguntaba si querría hijos porque, por mi parte al menos, no los tendrá. De ninguna de las maneras. —Fijó sus ojos en el chaleco que llevaba Ezra para no tener que aguantar la atención de los suyos—. Responda. ¿Es ese un problema o no?

Tardó unos angustiosos segundos en responder. Alisa notó mientras tanto cómo la mirada de MacLeod la recorría de arriba abajo.

Iba descalza, no llevaba más que un fino camisón blanco y un batín abierto de seda rojo oscuro. Teniendo en cuenta que podría ser su marido en menos de dos días, le había dejado de importar que la viera de esa forma.

O eso creía, aunque su corazón, tan rebelde como siempre, ignorase esa orden de calma.

—No es un problema —contestó Ezra por fin. Se separó de la mesa para acercarse a ella de nuevo—. Siempre y cuando usted tampoco lo tenga con que busque alegría fuera de nuestro pacto…

—Siempre y cuando sea discreto —murmuró ella repitiendo sus palabras—, no.

—*Muy* discreto.

Era imposible ignorar su presencia. MacLeod no se comportaba como un caballero normal. No respetaba el espacio personal ni las distancias, ni mantenía una pose adecuada. Estaba encorvado hacia ella, a solo unos centímetros de su rostro ladeado, como si tratara de ponerla nerviosa para captar su atención.

Se había metido las manos en los bolsillos, tenía el pelo despeinado, ojeras profundas y olía a alcohol. A perfume de mujer.

Alisa sospechó que no era el de Heather.

—Si nos vamos, ¿qué ocurrirá con su hermana? —quiso saber.

—He dejado instrucciones. Hezzy se quedará en casa de Dag y de Hope. Allí estará a salvo de lo que cualquiera pueda decir. Seguirá asistiendo a los bailes como si no pasara nada, a fin de que no se sospeche que ella ha tenido algo que ver con nuestra fuga.

—Le dejaré a mi tía una nota para que también la proteja con su ala —añadió Alisa—. Lo prometo.

—¿Eso es un «sí, milord, accedo a casarme con usted»?

No podía pasarse la vida sin mirarle directamente a los ojos. «Bueno, tal vez la vida sí» se dijo. «Pero no esta noche».

Así que, conteniendo el aliento, alzó la cabeza hacia él.

Supo en ese mismo instante que, en otras circunstancias, se habría enamorado de aquel

hombre. O puede que le hubiera atraído lo suficiente como para alegrarse de ser su mujer y no la de un primo de la familia o algún otro anciano caballero con el que la hubieran obligado a casarse. Conocía demasiadas historias tristes como para no reconocer su suerte. Maridos déspotas, violentos, abusivos, derrochadores o todo a la vez.

«Si soy tan consciente de que mi destino podría ser peor, ¿por qué no puedo quitarme esta presión del pecho?».

Quizá porque unirse a Ezra podía hacer peligrar la promesa que se había hecho hace años. Si MacLeod había seducido a tantas damas, ¿por qué ella sería diferente?

«Porque sé de antemano lo que puedo perder: un hombre sin corazón no volverá a arrebatarme el mío».

—Es un sí —reconoció en un susurro.

Ezra sonrió de oreja a oreja y la cogió de los hombros, haciendo que la joven se sobresaltara.

—¡No se arrepentirá, querida! Ahora, sea buena y vaya a preparar el equipaje. —Le dio la vuelta y la empujó por detrás—. No tenemos mucho tiempo, sea rápida y elija lo más invernal y abrigado que tenga en el armario. Puede dejar las mejores galas atrás, no habrá mucho que celebrar en Dunstan House.

Alisa dio un paso a un lado para deshacerse de su empuje. Con el mentón en alto, caminó a grandes zancadas hasta la puerta.

—Sarah —susurró al abrir—, suba a mi habitación y baje la bolsa que está junto al tocador. Yo subiré enseguida para vestirme.

De nuevo a solas, Ezra soltó un silbido de aprobación mientras Alisa le dirigía una expresión orgullosa por encima del hombro.

—Así que en el fondo esperaba que yo apareciera esta noche… ¿Debería sentirme halagado? ¿Por una vez me considera un caballero decente?

—Qué va. Me enseñaron a estar preparada para enfrentarme a cualquier tipo de contingencia. —Alisa encogió un hombro. De pronto, se sentía muy alegre—. Hasta la mayor fatalidad.

—Ah, con que era eso. —La sonrisa del conde fue acusadora esa vez—. ¿No estaría acaso considerando fugarse con otro caballero?

Ezra MacLeod jamás olvidaría la expresión que compuso Alisa Chadburn. Al principio, dolida y triste. Tanto que le hizo arrepentirse al instante de haber abierto la boca. Después, la furia que mostraba le obligó a tragar saliva.

Si Alisa hubiera sido otro tipo de persona, un hombre como él, quizá, se habría preparado para recibir un puñetazo en la nariz. «Y bien merecido» pensó MacLeod. Pero la joven se limitó a taladrarle con una mirada de censura para después retirarle la cara en un ademán de altivo desdén.

Ezra entendió a la perfección el mensaje: había perdido el poco interés que podría haberle despertado. Sus sospechas se confirmaron con las primeras dos horas de viaje en carruaje. Ciento veinte minutos que recorrieron en el más absoluto silencio.

11

El coche no era un Dagger. Alisa ignoraba por qué, dado que el mayor socio de esa empresa y valedor entre la aristocracia era el mismo conde de Northum. ¿Habría sido Ezra tan precavido de escoger un carruaje convencional para así no llamar la atención durante su huida?

Estaba frente a ella, con las manos entrelazadas sobre el regazo, tendido en el asiento. No cabía tumbado del todo, así que había apoyado las piernas dobladas contra una de las paredes. Roncaba suavemente, con la capucha y el sombrero de copa tapándole el rostro.

«Desde luego no parece *tan* inteligente».

Intentó cerrar los ojos e imitarle. En poco tiempo se haría de día y tendría que correr las cortinas para evitar la luz, aunque eso no impediría que algún esquivo rayo de sol se colase entre ellas y la desvelara. Por muy cansada que estuviera, caía rendida solo en completa oscuridad.

Fue imposible. No comprendía cómo Ezra podía dormir a pierna suelta. Alisa se había acostumbrado al suave y lento traqueteo de su propio Dagger por las calles atestadas de Londres. En ese coche en el que viajaban, se movían con brusquedad en cada curva del camino y con cada piedra que sorteaban. El viento sonaba feroz contra los cristales. Tristemente, le recordó al viaje que había hecho hacía siete años.

Trató de quitarse esa idea de la cabeza. El trayecto hasta Gretna Green, al sur de Escocia, ya era lo bastante duro. Más de trescientas cuarenta millas y, desde luego, no bien pavimentadas.

Nunca había estado allí, pero sí más al norte, en Edimburgo, con tía Juliet. No recordaba una travesía más aparatosa. Pronto, el nuevo tren de la Dagger uniría ambas regiones y sería más sencillo y cómodo desplazarse. Fue esa razón y no otra la que había esgrimido para convencer a su tía de que invirtieran en la industria del ferrocarril.

—Elea…

Aquel susurró la sobresaltó. El ronquido de después, también.

«¿MacLeod habla en sueños?» se extrañó. Sin embargo, su futuro marido no dijo nada más.

¿Quién sería esa tal Elea? Lady Collins no se llamaba así, ni tampoco ninguna de sus últimas amantes.

Sí, se sabía aquella interminable lista de nombres de memoria. Una dama tenía que saber esas cosas. No tenía nada que ver con que se interesara por él. En absoluto.

«¿Sería su primer amor?» aventuró Alisa. «¿Puede este mentecato haberse enamorado de alguien de verdad?».

El siguiente ronquido la hizo sonreír. Sería divertido averiguar quién había sido la horma de su zapato. Tal vez ambos tenían más en común de lo que creía. Alisa había tomado la decisión de no volver a enamorarse, de huir de los hombres como de la peste. Con las mujeres, Ezra había optado por el camino contrario. Pero las razones podrían ser las mismas: olvidar a un antiguo amor.

«O quizá le esté dando más importancia de la que tiene» pensó al verle incorporarse y bostezar sin pudor.

—¿Dónde estamos? —preguntó somnoliento.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Le dije al cochero que se detuviera en la posada de Banbury, para cambiar de caballos, comer algo rápido y estirar las piernas.

—Entonces no hemos llegado todavía.

—¿Aún no?

—¿Para qué iba a mentirle? —suspiró desganada—. Tengo más ganas de detenerme que usted. He comprobado que carezco de su capacidad para olvidarme de todo y caer dormida en cualquier parte. Debe ser su único talento.

Ezra se restregó los ojos y le dirigió una expresión que anunciaba guerra.

—Oh, tengo otros muchos talentos. Lamento que no vaya a poder descubrirlos.

—¿Y por qué no?

—Ah, ¿sí que quiere? —De súbito, se inclinó hacia delante. Hacia ella—. Si ha cambiado de opinión desde nuestra conversación en su cocina, podemos detenernos en Banbury para algo más que comer y le muestro lo hábil que soy en la…

—No, gracias —le cortó—. Es mejor que no nos detengamos innecesariamente.

Con un deje divertido, Ezra se echó atrás, lo que permitió a Alisa liberar el aire retenido en los pulmones.

—¿Así que se muere de ganas de llegar? ¿Tan emocionada está por casarse?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Va a dejar de ser una solterona, ¿no es lo que pretendía esta temporada con Hope y la francesita?

Alisa se cruzó de brazos y negó con indiferencia, desviando la atención al paisaje nocturno.

¿Cómo sabía MacLeod de sus intenciones? A lo mejor Hope se lo había contado a su marido y este a Ezra. Aunque lo dudaba. Cayden era el caballero menos dado a los cotilleos que conocía. Era más probable que la propia Hope se lo hubiera confesado al conde directamente. Puede que fueran más cercanos de lo que habría estimado en un principio.

Lo cierto era que Ezra, una vez más, tenía razón. Estaba más emocionada de lo que estaba dispuesta a admitir.

«Tras casarme, tendré casa propia» fantaseó Alisa. «Cuidaré de una propiedad, actuaré como una terrateniente. Igual que si fuera un hombre». Porque Ezra le había dejado claro que él no se ocuparía de nada. «Tendré dinero» siguió enumerando para sus adentros. «Independencia para viajar y ver a mis amigas cuando se me antoje».

Sin embargo, era fundamental fingir todo lo contrario. Es decir, que estaba viajando hacia la guillotina. No quería darle al idiota de Ezra MacLeod ninguna satisfacción, ni permitir que creyese que le debía algo.

Como que era más importante de lo que le había dado a entender y que se le subiera a las barbas.

—Está muy callada, querida. Me preocupa. ¿Está enferma?

Alisa le miró de reojo sin cambiar un milímetro de postura.

—¿Esperaba que estuviera dando saltos de alegría hasta Gretna Green? No se confunda: si me ve botar en el asiento, es por el coche.

—Es usted imposible —resopló Ezra. Se cruzó de brazos, imitándola, y cabeceó con la misma expresión divertida—. ¿Sabe cuántas mujeres estarían deseando ocupar su lugar?

—Si es así, ¿por qué no le propuso este acuerdo a alguna de ellas?

Durante un segundo, la diversión se esfumó del rostro del joven conde. Cuando la recuperó, susurró:

—Si le soy sincero, no tengo ni idea. —Alisa notó cómo enrojecía, hasta que él añadió—: Demasiado esfuerzo, supongo. No quería cortejar a una dama durante meses. Las flores, las notas de amor, los bailes sin fin, las presentaciones a la familia… Tiene que ser agotador.

«Tú sí que eres agotador».

—¡Se me olvidaba! —exclamó Ezra de pronto, con el entusiasmo súbito y honesto de un niño—. Tengo algo para usted. —Mientras hablaba, rebuscó entre su chaqueta hasta sacar una bolsita de tela roja—. Imaginé que haría falta una alianza para la boda, por muy falsa que esta sea. Creo que le gustará.

Alisa lo dudaba, pero le agradeció el detalle con educación. Extendió una mano enguantada y Ezra depositó en su palma un anillo como si le pasara un trozo de pan en la mesa.

La chica lo examinó con cuidado. Aunque no estaba dispuesta a demostrarlo, le encantaban los lujos, en especial las piedras preciosas y la orfebrería más trabajada.

El anillo era de oro y tenía engarzada una pequeña fila de diamantes corte princesa. Era recargado, resultaba algo pesado e incómodo. No le gustó. Tampoco le cabía en el dedo anular, así que tendrían que arreglárselo. Se lo colocó en el único lugar donde cabía (el pulgar derecho) y le dio las gracias con suavidad.

«Tampoco es culpa suya, ¿cómo iba a acertar?» se dijo con melancolía. «No me conoce ni yo a él. Somos dos completos desconocidos. No, algo peor que eso: somos dos desconocidos que se desprecian».

…

Era una buena actriz, debía admitirlo. Pero no tan buena como para engañarle.

Tenía cinco hermanas y había seducido a muchas damas caprichosas. Sabía cuándo un regalo no era del gusto de la receptora.

Tampoco le dio demasiadas vueltas. No esperaba que Alisa Chadburn fuera de las esposas que requerían delicadas atenciones. Parecía más agradecida del gesto que del anillo en sí. La joven habría entendido que su propuesta en la cocina era real: al sacar al condado del atolladero, dejaría que comprase lo que quisiera con su dinero.

Si se pensaba bien, el matrimonio era un trabajo de dos y Alisa sería recompensada por ello con creces. Mientras mantuviera a salvo las propiedades de Northum y guardase el secreto del lío de Heather, los caprichos que se diera con la herencia de su padre eran solo cosa suya.

Cada vez que pensaba en el condado, en las tierras, en Dunstan House y en las almas que lo habitaban, a Ezra se le retorcía el estómago. La única persona que podía animarle su llegada al castillo estaba ahora mismo en Londres, protegida por sus dos mejores amigos.

Al menos le había concedido a Hezzy un periodo de libertad lejos de las Arpías.

Así las había empezado a llamar Ezra al cumplir los siete años. Begonia se había enterado y se lo había chivado a Amaryllis, que se encargó de que lo azotaran a escondidas de su padre.

Tampoco creía que el conde se hubiera opuesto al castigo, de todas formas. Sospechaba que, de enterarse, habría añadido incluso unos golpes más.

—Creo que queda poco para llegar a la siguiente parada —murmuró Alisa—. Una hora a lo sumo.

La observó con atención. Aunque se habían detenido unos minutos en dos posadas durante el largo trayecto, Alisa había mantenido la misma postura al volver al carruaje. Sentada como si estuviera ante la reina Victoria, con las manos apoyadas una sobre otra en el regazo y las piernas pegadas al asiento, evitando rozarlo siquiera un poco.

A pesar de la tenacidad con la que se resistía, era imposible que a Alisa no se le notasen los estragos de un viaje que, por el momento, duraba más de diez horas. La delataban sus ojeras violáceas, los ojos adormecidos, la voz ronca y el temblor por el frío creciente que se cernía sobre el carruaje.

Y, aunque se avergonzó hasta quedarse muda, el sonido que hicieron sus tripas en ese momento.

—No tenemos tanta prisa por llegar a Gretna Green —le dijo Ezra en tono conciliador—. Si nos casamos unas horas antes o después, poco importa. En la capital ya conocen nuestras intenciones, y la boda llegará. Deberíamos descansar en la siguiente posada. Pasar la noche, quizá…

—No es necesario —le interrumpió Alisa—. Paramos en la posta, cambiamos de caballos y continuamos.

—Es tozuda como una mula, ¿eh?

—Estoy bien —mintió ella— y usted ya ha dormido por los dos.

—Y también he comido por ambos, y eso que ni siquiera lo he hecho como Dios manda. Mírese, apenas puede mantener los ojos abiertos.

—Eso es porque no hay nada digno de ver.

Aunque lo ocultó con un gesto divertido, Ezra sintió cómo su ego se resentía un poco.

—Entonces trate de dormir.

—Qué buena idea, ¿cómo no se me había ocurrido antes? —Alisa se pinzó el puente de la nariz—. El problema es que soy incapaz.

—¿Es porque estoy aquí con usted y teme lo que podría pasar si baja la guardia?

—Sí.

—Ah, ¿sí? ¿Tan irresistible le parezco?

—Sí. ¿Qué? ¡No! —se apresuró a corregirse ella—. ¡No es por usted, es…! Por… la luz. Y el movimiento. Yo… —Carraspeó—. Me cuesta conciliar el sueño en estas condiciones tan penosas.

—¿No serán los nervios por la boda? ¿O quizá la noche que la antecede?

—¡Por supuesto que no!

Le encantaba poder provocarla incluso en ese estado de cansancio extremo.

—Probemos algo diferente, milady. Cierre los ojos del todo. —Alisa le respondió abriéndolos más si cabe—. Confíe un poco en mí, mujer. Además, no tiene otra cosa mejor que hacer.

A regañadientes, ella terminó obedeciendo.

—Bien. Ahora imagínese un precioso prado verde…

—¿A qué viene eso? ¿Está borracho?

—Ojalá. Pero usted hágame caso. ¿Se imagina el prado?

La joven permaneció en silencio unos segundos.

—Sí.

—Hace un día espléndido. Nada que ver con la lluvia que azota sin piedad nuestro carruaje. Qué va, en la pradera brilla el sol. Pero no demasiado fuerte. La escena la baña una luz suave y cálida, que se cuela por entre las nubes blancas, como de algodón. Está tranquila, porque por mucho que se exponga, no va a quemarse esa piel tan inmaculada que tiene.

Advirtió que Alisa se revolvía en el asiento.

—¿Cree que mi piel es inmaculada?

—¿Qué se piensa, que estoy ciego? Además, ni que fuera una lavandera del Támesis, ¿en qué circunstancia se habría puesto morena? ¿De camino a la sombrerería? Y no me interrumpa: la cuestión es que el prado está tan iluminado y en calma que decide tumbarse sobre la hierba. De hecho, el aire huele sutilmente a espliego, a brezo, al polen que…

—Nunca he dormido al aire libre, hay demasiados insectos —le interrumpió Alisa con

suavidad—. Ni puedo dormir de día.

—Es usted exigente hasta en una absurda fantasía. —Cabeceó Ezra—. Bien, cambiemos el escenario: está en su casa, en su habitación de Londres, y son las doce de la noche. No se escucha un alma en toda la mansión, la madera crepita en la chimenea, perezosa, y su cama parece tan mullida… ¿Continúo?

—Continúe.

Sintiéndose victorioso, Ezra se permitió cambiarse de sitio. Con cuidado, tomó asiento al lado de Alisa. Ella no pareció notarlo. Luego bajó la voz hasta usar el mismo volumen bajo y ronco que utilizaba en la cama con sus amantes.

—Se desnuda, por supuesto. Porque hasta una recatada dama como usted tiene que hacerlo de vez en cuando. —Le divirtió comprobar que la joven alzaba ambas cejas, pero también se sonrojaba—. Despacio, exhausta tras un largo día, se mete entre las sábanas. Están limpias y cálidas, porque unos minutos antes su buena doncella Sarah ha procurado meter bajo la colcha un calentador de cama.

—¿Se acuerda del nombre de mi doncella?

—Solo soy bueno recordando los de las jóvenes bonitas, mi querida… ¿Allison, era? —Una fugaz sonrisa cruzó el rostro de su acompañante—. Como decía, sus músculos entumecidos por el frío comienzan a destensarse. Lentamente, empieza a perder la consciencia de sí misma. Cae en una calmada somnolencia. Su cuerpo se siente blando y manejable… No oye ni ve nada, pero no tiene miedo. Porque usted nunca tiene miedo, ¿o me equivoco, milady?

En esa ocasión, Alisa no contestó. De pronto, su cabeza cayó hacia un lado hasta apoyarse en el hombro de Ezra.

Tras la sorpresa inicial, el conde se inclinó para observarla más de cerca.

La expresión adusta de la chica apenas había cambiado; sus cejas negras mantenían ese característico rictus tenso. Sin embargo, su respiración sonaba más acompasada. Calmada. Ligera. Dulce.

De repente, sus labios se entreabrieron. MacLeod apartó rápidamente la vista de ellos.

—Qué mala suerte —musitó—, el viaje no es tan divertido si no presenta batalla.

Se quitó la capa procurando no despertarla. Después, se la colocó por encima. Y tras unos minutos, envidioso de su sueño y aburrido, decidió que también él echaría una cabezadita.

…

—¿Te gustaría saber qué esconde Londres, pequeña Chadburn?

—Si la ciudad lo esconde, no debe ser nada bueno.

—Oh, amiga mía, ¿expones tus mejores joyas al sol o las guardas en un cofre? —La dama frente a ella sonrió ladina y murmuró—: Todo aquello que se desea se guarda bajo siete llaves.

Era un sueño. Lo supo al contemplar el rostro de esa dama tan famosa que había desaparecido de la sociedad londinense hacía tres primaveras. Por la vaga sensación de que flotaba. Por las burbujas que explotaban sin parar en el estómago. Eran fruto de los típicos nervios previos a cometer una locura.

Y ella llevaba siete años sin atreverse a caer en ninguna.

—No me reconocerán, ¿verdad?

La dama la miró a través de la máscara de seda y ornamentos de plata.

—Dime, Chadburn, ¿acaso te reconoces siquiera a ti misma?

Bajó la vista. Los guantes que llevaba eran blancos. Qué raro, no recordaba haber vestido de ese color aquella noche. Sin embargo, en el sueño la rodeaban un montón de tul y perlas. Como

si fuera una novia.

No, no se reconocía. Esa no era ella. No la actual Alisa.

—Hemos llegado.

Sin que se lo dijera, supo adónde.

Hacía años que no soñaba con esa noche de hacía siete años. El viaje a Gretna Green debía haberla cansado tanto que ya no tenía fuerzas ni para luchar contra su propio subconsciente.

Porque se había asegurado de encerrar el primer encuentro con Charles Tumbler bajo siete llaves.

—Vamos, mi Chadburn. Sea buena y acompáñeme.

Sin poder resistirse, siguió a la dama y bajó del carruaje. La calle estaba mojada y las luces del edificio al que se acercaban hacían brillar de rojo sangre los charcos en el suelo. No había rastro de borrachos, fumadores, mendigos ni infieles empedernidos buscando un coche de caballos con el que regresar a casa.

Desde luego, era un sueño.

—Ni se te ocurra perderte, amiga. Dentro está la auténtica diversión.

Continuó andando guiada solo por esa voz aterciopelada. De un salto, ya estaba en el club. El salón de fiestas rebosaba de humo. Creaba una suerte de niebla casi impenetrable. Los techos resultaban demasiado bajos y Alisa se agachó para avanzar, mientras esquivaba a los bailarines, a los jugadores y a los amantes.

Hasta que uno de ellos la cogió por la cintura y provocó que se perdiera del todo.

—¿Qué poema desea que le recite, milady?

Quiso cerrar los ojos con fuerza, aunque en la realidad ya los tuviera cerrados. Pero en ese salón, bajo esas luces rojas, no podía escapar.

Aliviada, se dio cuenta de que no era el rostro de quien esperaba. Aquello era del todo inusual. En sus pesadillas, nunca había imaginado a ningún otro que a su poeta.

—Imposible, ¿acaso veo decepción en esos ojos? —se burló Ezra—. ¿Esperabas a otro caballero? Olvídate de él, querida. Créeme: hoy es tu noche de suerte.

—Como me toque, le mato.

¿Cómo podía su mente dormida recrear con tanta precisión aquella risa?

Las burbujas en el estómago explotaban al mismo tiempo que los dedos de Ezra le recorrían la espalda. De abajo arriba, en una cadencia lenta, hasta rodear su nuca, obligándola así a que sostuviera su mirada.

—¿Me matarás?

—Sí.

El conde atrapó su mano izquierda. Luego la guio hasta su pecho y la posó sobre él.

—¿Qué hace?

—Querida, creo que tu amenaza no ha dado resultado. Puedes comprobar que sigo muy vivo. Más que antes, incluso. ¿No escuchas mi corazón?

—¿Cómo hacerlo? Si tú careces de él.

—En ese caso, somos iguales. —Ezra sonrió—. Un pajarillo me dijo que alguien se había llevado el tuyo antes de que me atreviera a hacerlo yo.

—Vete al infierno, MacLeod.

Su sonrisa estaba cerca. Demasiado cerca…

—Con mucho gusto, querida.

12

—Con mucho gusto, milord. Acompáñeme. Por aquí.

Notaba las luces bailando tras los párpados. Las voces. El olor a comida y humo. Y, sobre todo lo demás, el calor que la envolvía.

La estaban llevando en brazos. No sabía adónde. Debería estar asustada, pero se sentía tan cansada que apenas podía pensar.

Hasta que lo oyó a él.

—Es una habitación excelente, gracias.

—Podría haberla arreglado mejor de saber que nos visitaría un conde.

—Oh, no se preocupe por eso. Soy un hombre de gustos sencillos. Además, no tardaré en dejar tendida aquí a la dama y hacer lo que pretendo.

«¿Lo que pretende? ¿Qué es lo que…?».

En cuanto oyó cerrarse la puerta, Alisa abrió los ojos. En cuanto lo hizo, lo vio a él. Su hombro, el cuello de la camisa desabotonado, la mandíbula marcada, la sombra de barba sobre ella, el pelo castaño oscuro alborotado por el viaje. Aunque Alisa no hizo ningún ruido ni movimiento, Ezra bajó la vista hacia su rostro y sus ojos se encontraron.

—Vaya, ¿se ha despertado por fin la Bella Durmiente?

Alisa se deshizo de su contacto sacudiéndose como una niña y casi saltó a un lado hasta caer sobre sus propios pies.

—¡Tranquila, mujer! Solo la llevaba en brazos hasta aquí, no deseaba importunarla. ¿A qué viene esa reacción tan…?

—¿Dónde estamos? —Alisa trastabilló antes de poder erguirse del todo. Comprobó que, como deducía, estaban en una sencilla habitación de hostal. Se volvió hacia Ezra con los ojos en llamas—. ¿Qué pretendía al traerme aquí?

—Jugar al ajedrez —resopló él—. ¿Usted qué cree?

—Quiero que le quede algo *muy* claro: no pienso acostarme con usted —siseó ella—. Ni ahora ni nunca. ¡Y si se le ocurre intentar…!

—Por Dios, ¿me cree tan despreciable? —Ezra compuso una expresión severa—. De haber querido comportarme como un malnacido, ya lo habría hecho. No tengo ninguna necesidad de forzar a una mujer, y ni en sueños intentaría nada con alguien como usted. —Luego extendió una mano hacia ella. Alisa la contempló confusa—. Si tuviera a bien dejar de insultarme, me gustaría recuperar mi capa.

La joven bajó la vista para comprobar que la llevaba bien aferrada contra su pecho.

Con un movimiento brusco, apartó la tela y, sin atreverse a mirarle, la dejó tendida en el aire en dirección a Ezra.

—Gracias, milady, muy amable. Y ahora, métase en la cama.

—¡Ni lo sueñe!

—Va a dormir, le guste o no —insistió él—. Mientras tanto, yo voy a comer como es debido. Estoy harto de unos cuantos pedazos de pan seco. Y en especial de su humor de perros.

—¿Cómo quiere que esté después de medio día en ese coche infernal?

—Mire, comprendo que no es una mujer dulce —reconoció Ezra—. Sé que dormir no obrará milagros en su carácter, pero la prefiero bien descansada. Reanudaremos el viaje después de que

duerma unas cuantas horas.

—Oblígueme.

Sabía que había sido un error decir eso en cuanto cerró la boca. MacLeod la contempló con una expresión impertérrita hasta que, en un segundo, cambió a una decidida y se abalanzó sobre ella.

—¡N-no se atreverá!

Alisa trastabilló hacia atrás hasta caer de espaldas en la cama. En cuanto lo hizo, Ezra se detuvo en seco. Se había acercado a ella no para tocarla, sino únicamente con la intención de empujarla a hacerlo; solo le había puesto las cosas fáciles.

—No sea niña —dijo de pie junto a la cama, los brazos en jarras—. Vendré a buscarla antes de lo que imagina. Se lo prometo.

La joven se irguió sobre los codos.

—¿Cuánto vale la promesa de un MacLeod?

—Confieso que no mucho, pero por esta vez puede confiar en mí.

Alisa frunció el ceño. ¿Confiar a ciegas en ese hombre? Capaz sería de emborracharse y olvidarse de que estaba allí, dejándola a merced de cualquiera.

Hizo amago de levantarse y fue entonces cuando Ezra se movió. Ágil, la atrapó por las muñecas, la empujó contra el colchón y quedó tendido sobre ella.

—Cualquiera diría que la estoy obligando a otra cosa —gruñó él—. Por mi propia seguridad: hágame caso y descanse.

Aunque las manos aferraban con firmeza sus muñecas, Alisa comprobó al instante que no con la intensidad suficiente para hacerle daño. Tampoco para retenerla, así que continuó resistiéndose para librarse de él.

No es que no quisiera dormir. De hecho, lo necesitaba. Con desesperación. Pero el solo hecho de que MacLeod la obligase a ello, la empujaba en la dirección contraria, y que ahora estuviera reduciéndola como si fuera una chiquilla le sacaba todavía más de sus casillas.

Nunca habían estado tan cerca el uno del otro, y si se paraba a pensarlo, acabaría por cometer una estupidez.

¿De qué tipo? Ni siquiera estaba segura.

—Puede sacudirse cuanto quiera —le dijo Ezra con voz calmada—. Admiro su arrojo, pero no podrá conmigo. Combato con Dag todas las semanas y, por muy guerrera que sea, sigo siendo más grande. En todos los sentidos, ¿sabe?

—Volvamos al carruaje —le pidió Alisa, en un intento por convencerle—. Descansaré allí. ¡Ya lo hice! ¿No me ha traído en brazos hasta aquí bien dormida?

—Y lo que me ha costado. No paraba de sacudirse en sueños, igual que ahora. Gemía palabras extrañas… —Alisa se quedó paralizada—. ¿Ve? Es mejor que no se resista. Cumplo mis promesas, se lo aseguro. Desde el comedor del hostal, estaré bien pendiente de la puerta de su habitación. Seré su perro guardián, no tiene nada que temer. Estará a salvo. De cualquiera, pero sobre todo de mí. Su virginidad está asegurada: le juro que no me acostaré en esta cama con usted. —Esbozo una expresión de jactancia—. Ni literal ni figuradamente.

Alisa soltó un bufido.

—Como si no le hubiera hecho esa promesa a otras mujeres antes…

—Nunca he yacido con una virgen —confesó Ezra como si tal cosa—. ¿Para qué? La primera vez siempre es terrible, y yo solo deseo que me recuerden con alegría.

La joven puso los ojos en blanco.

—Qué gran muestra de generosidad por su parte.

—Mire, no le haré nada ni tampoco la abandonaré aquí a su suerte —le aseguró, más serio—. Sé que no ha podido dormir en el carruaje porque no se fía de mí, y lo comprendo. Pero ¿qué ganaría yo intentando seducirla?

Alisa frunció el ceño, aunque sabía que con eso le estaba otorgando a él la victoria.

—¿Eso quiere decir, milord, que jamás ha considerado besarme?

Sin mediar palabra, Ezra vagó la mirada por su rostro hasta posarla en su boca.

Alisa contuvo la respiración. Tras unos segundos, en el silencio de la habitación todavía flotaba la pregunta. Aunque, en el fondo, los ojos de MacLeod sobre sus labios parecían responderla.

Justo en ese instante, algo despertó en Alisa. Una emoción que, tras tanto tiempo dormida, había perdido hasta su nombre.

Fue ese impulso lo que la empujó a pasarse la punta de la lengua por los labios para humedecerlos. Sintió cómo el gesto provocaba que Ezra se tensara sobre ella.

«Puede que, al final, la victoria haya sido mía».

—No lo haré —susurró él.

—¿No hará qué?

—No la besaré.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Pero sí a sus miedos: piense lo que piense, desee lo que desee, no voy a besarla —dijo Ezra, tajante—. Ni ahora ni nunca.

Alisa dejó caer los dedos, laxos, contra el colchón. ¿Estaba decepcionada o solo cansada de luchar?

«Quizá ambas cosas».

—Está bien, dormiré —concedió por fin—. Despiérteme en tres horas. Ni una más ni una menos. Créame, sabré si no es cierto.

—No tiene reloj —murmuró MacLeod.

Todavía mantenía los ojos sobre su boca.

—Lo sabré de todos modos.

Él asintió con la cabeza. Aun así, tardó unos largos segundos (¿cuántos? Alisa fue incapaz de contarlos) en separarse de ella.

De pie junto a la cama, Ezra se quedó quieto, observándola. Parecía aturdido. O quizá solo estaba tan exhausto como ella. Parpadeó un par de veces antes de restregarse los ojos con el dorso de la mano y darse la vuelta.

—Tres horas —le recordó Alisa.

Aunque lo pronunció en voz baja, sospechó que él le había oído. Tal vez porque, como respuesta, escuchó un gruñido ininteligible al cerrarse la puerta.

…

MacLeod, fiel a sus principios, la despertó tres horas después zarandeándola sin delicadeza.

Alisa, leal a los suyos, pegó un grito y le dio un manotazo en el pecho con todas las fuerzas que le quedaban.

—¿Este es el humor que se gasta al levantarse? Estoy tentado de cancelar nuestro compromiso, querida.

Odiaba que la llamara así, solo que confesárselo habría supuesto darle en bandeja de plata un motivo más para fastidiarla.

—¿Qué hora es? —gruñó.

—La hora de volver a nuestro amado coche. ¿Quiere que la lleve tal como la saqué? —Ezra se palpó el bíceps del brazo—. He devorado un pastel de carne entero. Creo que podré.

—No será necesario —refunfuñó Alisa. Apartó la manta que la cubría y resistió el impulso de estirarse—. Puedo ir hasta allí por mi propio pie.

—Qué alegría oír eso. Es la prueba de que está del todo descansada.

Alisa le dio la espalda y comenzó a arreglar la cama.

—Creo que afirmarlo es decir mucho, pero admito que me encuentro mejor que antes, sí.

En realidad, apenas había dormido. Seguía dándole vueltas a ese maldito recuerdo emborronado de la noche en que conoció a Charles Tumbler. Porque su mente había decidido, de una vez por todas, que el rostro de ese poeta desapareciera.

El problema era que lo había sustituido por el de un hombre todavía más desesperante.

—Aún no me ha dado las gracias por hipnotizarla en el carruaje para que sucumbiera al sueño —escuchó a ese hombre por detrás, casi canturreando—. Ni por traerla hasta aquí como la princesa que no es. Ni tampoco por obligarla a descansar a pesar de su tozudez.

Alisa puso los ojos en blanco. Le esquivó y comenzó a liderar la marcha en su camino fuera del hostal. Al final, se detuvo junto a la puerta principal. No llevaba capa y escuchaba la lluvia arreciar con intensidad fuera.

—¿Se le ha comido la lengua el gato? —insistió Ezra, parado a su lado.

—Le agradezco su inesperada y no solicitada caballerosidad —reconoció ella con resignación—. ¿Ya ha pagado la habitación?

—Todo listo.

—¿El carruaje está muy lejos?

—A unos pasos. No se preocupe, no se mojará.

De inmediato, Alisa notó una pesada tela sobre la cabeza. Reconoció enseguida el olor de esa capa. Y la calidez. Porque ambas eran únicas, y solo le pertenecían a él.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar al gesto, porque MacLeod abrió la puerta, la cogió de la mano y tiró de ella.

Ezra decía la verdad. Bajo la lluvia y la luz moribunda del atardecer, los dos conductores esperaban ya montados en el pescante, con sendos chubasqueros para protegerse. Los caballos habían sido cambiados. La compuerta del vehículo permanecía cerrada, pero Ezra la abrió con un movimiento ágil en cuanto quedaron frente a ella.

—¡Entre!

Todavía con los estragos de un sueño poco profundo, Alisa tropezó con el bajo de la capa al entrar. Por suerte, consiguió sentarse en el fondo para que Ezra entrase rápidamente detrás de ella. No pasó ni un segundo desde que cerró la portezuela de un golpe seco hasta que el carruaje empezó a moverse.

Alisa notó enseguida que su asiento le resultaba más mullido que antes. Comprobó que se había sentado sobre una pila de mantas, por lo que se hizo a un lado y levantó la primera con extrañeza.

—¿Qué es todo esto?

—Pensé que tendría frío. Yo, desde luego, he pasado lo mío al prestarle mi capa antes de llegar a la posada —se quejó Ezra—. Qué duro es ser un caballero… Por eso procuro no serlo nunca.

—Ah, ¿es esa la verdadera razón y no su inutilidad?

—En esta cesta también hay comida —continuó él, ignorando su ironía—. Encargué a la cocinera de la posada emparedados y algo de fruta. No es nada del otro mundo, pero

necesitábamos algo medio decente, ya que nos queda la mitad del viaje. ¿Cuántas horas? ¿Quince? Pensé que era mejor que morirse de hambre. O, peor aún, aguantar de nuevo el mal humor de una Chadburn. —Se cruzó de brazos—. Mi nuevo trabajo será intentar mantenerla contenta. Al fin y al cabo, es mi prometida. Por mucho que esa perspectiva le disguste.

Alisa lo miró. MacLeod, sorprendido, se quedó congelado. Era la primera vez que distinguía algo que no fuera duda o resquemor en esa mirada implacable.

Era una chispa de ¿rendición? Fuera lo que fuera, hizo brillar con calidez unos ojos hasta entonces apagados.

«Y parecía imposible que Alisa Chadburn pudiera ser más hermosa».

—Gracias.

—¿Eh? —Ezra frunció el ceño—. ¿Gracias?

—No lo digo con sarcasmo —le aclaró—. Le doy las gracias. De corazón.

Ezra carraspeó para deshacer el inesperado nudo en su garganta.

—Vaya. Ahora siento que todas las demás veces que me ha agradecido algo no eran de verdad.

—Y no lo eran —confesó Alisa—. Esto… —Apretó la manta contra sí—. Ha sido un gesto muy caballeroso.

—¿Lo que distingo en su voz es sorpresa?

—¿Y se sorprende?

Se echó a reír.

—Tiene razón. Es impropio de mí. El culpable de mi degradación hacia el virtuosismo será el cansancio extremo.

—Eso explica muchas cosas. —Alisa se arrebujó en la tela—. Quizá su generosidad logre que duerma un poco antes de llegar.

—¿Está siendo positiva por una vez, señorita Chadburn?

—¿Lo que distingo en su voz es sorpresa?

—¿Y se sorprende?

Alisa se encogió de hombros, pero no contestó.

—En esta ocasión, seré yo quien le despierte cuando lleguemos a Gretna Green —le prometió en su lugar—. Buenas noches, conde de Northum.

Aunque cerró los ojos de inmediato, le pareció que él sonreía al contestar:

—Buenas noches, futura condesa.

13

—Bienvenida a Gretna Green, milady —canturreó MacLeod—. ¿Preparada para cambiar su ilustre apellido inglés por uno escocés?

Poniendo los ojos en blanco, Alisa tomó la mano que le ofrecía para descender del carruaje. Al hacerlo, tuvo que tener cuidado para no pisar de nuevo la capa de Ezra. No se la había pedido de vuelta, así que se había envuelto en ella durante el resto del camino.

Olía a él, a las calles de Londres que le habían prohibido visitar toda su vida, a las noches de bohemia y desenfreno que habitaban los artistas. Los poetas. Todos los hombres que se divertían entre humo y vino, entre conversaciones sobre política y arte, rodeados de cantantes de ópera. Quizá eso explicara el sueño que había tenido.

Lo recordó de pronto y, acalorada, hizo amago de desatar el nudo del cuello.

—Quédesela —escuchó a su lado—. Estoy acostumbrado al delicioso tiempo del norte.

—Increíble, continúa comportándose como el caballero que no es. Debe seguir terriblemente agotado.

—No se preocupe, pronto dormiré diez horas y volveré a ser el mismo canalla de siempre.

—Qué alivio —ironizó Alisa.

A pesar de su tono distendido, lo cierto era que MacLeod se tambaleó al dar el primer paso y dirigirse a los conductores para pagarles. Alisa tampoco pudo evitar moverse torpemente al alejarse del carruaje. Al fin y al cabo, ambos llevaban encima más de treinta horas de viaje con una climatología inclemente.

Una ráfaga de viento helado les sacudió. Ezra intentó acercarse a Alisa para protegerla, pero la joven no se dio cuenta y se alejó unos pasos por la acera mientras giraba la cabeza a un lado y a otro.

—¿Dónde estará la herrería más cercana?

Lejos de la estricta legislación matrimonial de Inglaterra, Gretna Green era el destino preferido para las parejas de amantes que deseaban casarse sin el consentimiento de su familia.

Incluso los menores de edad podían contraer nupcias sin licencia, sin tener que pasar por un largo cortejo ni aguantar el sermón de un sacerdote. Cualquiera podía hacerlo, ya que en la frontera escocesa se permitía realizar la unión solo con un par de testigos, pero solían ser los herreros quienes casaban a los novios. Por esa razón las ceremonias eran conocidas popularmente como «las bodas en el yunque».

No era la primera vez que Alisa se preparaba para pisar ese pueblo escocés, solo que en el pasado no había podido llegar por la ausencia a la cita del que había prometido ser su otra mitad.

Ahora iba acompañada de un hombre que no la amaba pero que, en contraste, no parecía dispuesta a dejarla en paz.

—Creo que esa podría ser una herrería. No sé por qué, quizá por la señal de madera con el martillo y el yunque… ¿Qué opinas, querida, habré acertado?

Estuvo tentada de darle un manotazo por tutearla. Y otro más por el fingido tono cariñoso. A juzgar por su ironía, seguro que ya había adivinado que no le gustaba ese apodo. Con lo cansada que estaba, le empezaba a resultar difícil esconder lo que sentía.

Respiró hondo y le tomó del brazo para arrastrarlo hasta la herrería. Se moría de ganas de tomar algo caliente, de quitarse las botas, de dormir ocho horas sobre una cama cómoda. De

perderle de vista.

Aunque su mente traicionera parecía desear que le tuviera presente hasta en sueños.

—¡Buenos días, pareja! —les saludó el herrero nada más verles.

Era un hombre enorme, algo más bajo que Alisa y el triple de ancho. Tenía un ojo gris, ciego, y una sonrisa falta de colmillos, pero no de hospitalidad.

—¡Parecen agotados! —exclamó atento—. Acérquense al fuego, vengan. Este año ha venido peleón. Hasta nevó hace solo dos días en…

El herrero enmudeció de pronto. Alisa no entendió por qué hasta que siguió su mirada. Se volvió hacia Ezra; quien le había quitado el habla era él.

¿Sería aquella la segunda vez que se presentaba en aquel pueblo? A lo mejor esa tal Elea que nombró en sueños era una primera esposa escondida.

—Perdone, caballero —musitó el herrero—. Le he visto y no he podido evitar sorprenderme. Guarda un gran parecido con el conde de Northum.

—Me temo que no se equivoca —reconoció Ezra—, ya que soy su hijo. Si mi padre le hizo algo reprochable, le pido disculpas. Por suerte ya no está entre nosotros.

El pobre hombre se quedó paralizado. Solo cuando Alisa se aclaró la garganta y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, volvió a las andadas.

—Bien, bien, ¡presumo que me honran con su presencia porque tienen ánimo de casarse!

—Presume bien.

—¿Podrían deleitarme con sus nombres? Acérquense, pónganse aquí junto al fuego para que pueda tratarlos como merecen. Son la primera pareja del día, ¿saben? Me han interrumpido justo a tiempo, estaba a punto de irme a almorzar.

—Fantástico, porque nosotros pretendemos hacer lo mismo —dijo Ezra. Luego agarró a Alisa de la cintura—. Deseamos terminar lo más rápido posible. Dese prisa.

El escocés alzó una ceja, contrariado por su falta de romanticismo.

No parecía muy animado a casar a nadie por razones ajenas al amor, por lo que Alisa se apresuró a colgarse del cuello de MacLeod. Apoyó la cabeza en su pecho y suspiró tal como había visto hacer a Evelyn en la modista, frente a sus vestidos de organza.

—Querido, ¡qué razón tienes! ¡No veo la hora de que podamos descansar por fin como marido y mujer!

No supo cómo Ezra no se echó a reír. En cualquier caso, el objetivo se cumplió. La aparente urgencia por estar a solas bastó para que el herrero, que se presentó como Bain Findley, quedara satisfecho. Mandó llamar a su ayudante, Gunn, para hacer de testigo y les explicó a ambos cómo sería la ceremonia.

No tenía nada que ver con las que había presenciado Alisa, y eso que había sido testigo de muchas. De sus hermanas, su hermano, sus primos y primas, incluso de la propia Hope. El cortejo era largo, así como el convite que le daba fin y las normas durante el mismo. Sin embargo, en esa herrería, Ezra y ella estarían casados en apenas cinco minutos. Intercambiarían unas cuantas palabras, se llevarían un certificado y una promesa, y ahí acabaría todo.

Durante el viaje, le había dado vueltas a si aquella había sido la mejor decisión. A si no hubiera sido más adecuado aguantar las formas en Londres, aceptar a Ezra y permitir que sus padres consintieran, para esperar después a la licencia especial, que tardaría mínimo unas dos semanas, y casarse al final frente a todos los Chadburn, los MacLeod y a quienes sus familias quisieran congraciar.

El cansancio le gritó que no. Habría sido la comidilla de la capital durante semanas, puede que meses. Empujada al matrimonio solo por evitar el escándalo, la habrían censurado a cada

paso. Y, lo peor de todo, se habría visto obligada a fingir que estaba enamorada de un bebedor que mantenía a una amante tras otra sin ningún tipo de pudor.

«No, desde luego este es el mal menor».

—¿Milady?

Parpadeó algo avergonzada. Se había perdido la conversación y también la pregunta que Bain Findley le había formulado.

—Disculpe, ¿qué decía?

—¿Desea ver los anillos de boda de los que dispongo? Mi cuñado me los trae desde Edimburgo. Son obra de un artesano colosal, sus piezas son de una belleza exquisita.

—Igual que la suya, milady —se pronunció el ayudante.

Tanto el herrero como Ezra le dedicaron una mirada furibunda.

—Quizá quiera escoger uno para llevar siempre consigo un recuerdo de este día tan memorable —continuó Bain retorciéndose las manos—. Cada vez que se mire el dedo, vendrá a su mente esta romántica boda.

MacLeod negó de inmediato.

—Gracias, pero mi prometida ya tiene un ani…

—Sí, por favor —contestó rápida Alisa.

Notó cómo Ezra la censuraba con la mirada. Parecía enfadado, lo que la animó todavía más.

—Ya tienes un anillo —rezongó él entre dientes—. Y no fue precisamente barato.

—Quiero uno que me guste —replicó Alisa en el mismo tono, sin perder la fingida sonrisa que mantenía para el herrero—. Además, trae mala suerte que no se coloquen las alianzas en el anular durante la boda y la mía, como comprobaste en el carruaje, no me vale. Y te recuerdo que tú tampoco tienes.

—No me lo puedo creer, ¿eres supersticiosa?

—Digamos que no quiero enfurecer a nadie más, ya he sido castigada lo suficiente. —Alzó la vista hacia su rostro—. ¿Cómo se explica si no que esté aquí contigo?

Asombrada, Alisa asistió a la sonrisa más sincera que había esbozado Ezra desde hacía horas.

Se obligó a apartar la vista enseguida. Lo último que quería era que la percibiera nerviosa y a él mismo capaz de provocarla.

«¿Por qué diablos he tenido que acabar con este cretino?».

El ayudante de Bain trajo un estuche que depositó sobre el yunque y el herrero fue enseñándoles los anillos uno por uno.

Todos tenían intrincados diseños escoceses. Los había de plata y de oro. Alisa descartó enseguida estos últimos; el metal dorado nunca le había atraído demasiado. Tampoco creía que le quedase bien. En su mente, el oro era propio de las damas más rubias y enérgicas. Doncellas como Evelyn, capaces de brillar y ser cercanas a la vez. Sinónimos del sol y de los días de verano.

La echaba de menos. A ella y a Hope. Esperaba que su tía Juliet les entregara las cartas que había escrito de madrugada y que había dejado sobre su escritorio, antes de fugarse.

—Me gusta este. —Señaló un anillo de plata con un nudo que recorría todo el dedo y culminaba con dos flores talladas en el medio—. ¿Habría uno también para mi prometido?

—¡Por supuesto! —El herrero seleccionó uno igual, solo que un poco más grande—. Milord nos honraría si también lo escogiera.

Ezra parecía reacio. Alisa ya se había fijado en que no llevaba joyas de ningún tipo, ni siquiera alfileres en la ropa, tal como hacían otros caballeros londinenses que imitaban al Príncipe Alberto. Aun así, acabó por quitarse el guante con un resoplido para probarse el anillo

en el anular.

—¡Le queda perfecto! —Bain parecía estar viviendo el mejor día de su vida—. ¿Quieren que les cuente el significado tras este diseño?

—No, por favor —gimió Ezra en voz baja.

Estaba agotado, por eso Alisa canturreó un «sí» entusiasmado.

—Buena decisión, milady. Verá, este es un nudo celta, de los llamados perennes, asociado a la familia. Representa la conexión con los antepasados, así como la lealtad eterna entre una nueva pareja. —Incómoda, Alisa cambió el peso de un pie a otro—. El diseño del nudo hace que no se pueda deshacer, simbolizando así la íntima relación entre dos personas. Sus vidas y almas quedan entrelazadas. Es el amor en la máxima expresión.

Se hizo el silencio.

Tal vez no había sido buena idea insistir con lo de los anillos. Ahora Alisa se sentía mezquina por toda esa farsa. Se imaginó recibiendo aquella explicación tan romántica hacía años, cuando sí estaba enamorada. Seguramente habría saltado de emoción y habría besado el anillo. Lo habría atesorado cada día de su vida.

—¿Y las flores? —preguntó Ezra monocorde.

—Bien visto, milord. En el centro, el nudo perenne se transforma en una flor de cardo y una rosa unidas. Como sabrán, la primera es el símbolo de Escocia. La segunda, de Inglaterra. Hay un poema brillante de William Dunbar llamado *El cardo y la rosa*[1], que conmemora la unión del rey Jacobo IV de Escocia con la princesa inglesa Margarita Tudor. Vamos, Gunn, cántaselo. ¡Ya verán, posee una voz prodigiosa!

Aunque Alisa se apresuró a decir que no, Ezra se lo impidió agarrándola de la cintura. El recuerdo del sueño provocó que se quedara paralizada ante su contacto.

Por muy real que hubiera sido, no era como sentir sus manos rodeándola de verdad.

—Ignoraba que los herreros escoceses fueran expertos en historia —le susurró MacLeod al oído—. Querida, deja que yo también me divierta un poco.

La joven se mordió el labio inferior y aguantó mientras el ayudante del herrero recitaba con voz gutural:

La dama naturaleza buscó entre las flores
aquella preparada para la guerra.
Vio al cardo rodeado de espíritus espinados,
lo consideró capaz de batallar
y le otorgó una corona de rubíes

No era la primera vez que escuchaba esa antigua canción. Por supuesto, el que iba a ser su futuro esposo no lo sabía. Nadie, en realidad. Todavía guardaba como una espina todos los poemas que había escuchado recitar en el pasado, cuando era una mujer bien distinta.

En noches interminables llenas de humo y máscaras.

—¿Ha acabado? —preguntó Ezra cuando el educado aplauso de los presentes terminó—. ¿Iniciamos la ceremonia?

—¡Por descontado! He de preguntarles para empezar si ambos están solteros. —Respondieron que sí. Alisa se fijó aliviada en que Ezra no había titubeado; eso quería decir que Elea, fuera quien fuera, no era ninguna esposa secreta—. Perfecto. Pónganse las alianzas mutuamente en el dedo.

Lo hicieron con torpeza. A ambos les temblaban las manos por el frío y el agotamiento.

—Ahora repitan conmigo lo siguiente. «Yo os tomo por esposo». Usted, claro, lady Alisa.

—Yo os tomo por esposo —dijo queda.

—Oh, ¡brillante! Ahora usted, milord, «yo os tomo por esposa».

MacLeod ni siquiera la miró. Con un susurro ronco, repitió:

—Yo os tomo por esposa.

—Ante estos testigos y con la gracia de Dios, os declaro marido y mujer, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre —recitó Bain de corrido—. Felicidades, condes de Northum, ¡y gracias por honrarnos con su deliciosa presencia! —Les agitó las manos todavía unidas—. Díganme, ¿les ha gustado?

—Desde luego, es la mejor boda en la que he participado —ironizó Erza—. Y sin duda, la más eficiente. ¿Tú qué opinas, querida?

—Me temo que no puedo decir lo mismo.

MacLeod contuvo una carcajada.

—Oh, no, milady, ¿acaso es usted viuda? —se lamentó Bain—. Parece tan joven…

—Y lo es, igual que yo. Por tanto, y por desgracia para ella, todavía le queda mucho para enterrar a su marido, de cuerpo presente. —En esa ocasión, fue Alisa quien tuvo que aguantarse la risa—. Ahora, señor Findley, deje de darle ideas peligrosas a mi mujer y hábleme de lo que imagino más le interesará: el pago. ¿A cuánto asciende?

—Oh, sí, los costes de tan hermoso sacramento. Deje que piense. He de sumar el servicio de ceremonia, los anillos…

—Y no se olvide del espectáculo de canto.

El herrero frunció el ceño.

—Cómo no, habré de considerar a Gunn también. —El hombre se cruzó de brazos—. Teniendo todo ello en cuenta, milord, deberán abonar… ochenta libras.

—¡¿Ochenta libras?! —Ezra bufó con sorna por la nariz—. ¿Qué es su ayudante, el nuevo Henry Phillips[2]?

—Quién sabe, quizá algún día lo sea.

—Entiendo; las ochenta libras servirán entonces para costearle unas cuantas clases de canto…

—¿Va a pagar o no? —gruñó Bain—. Le recuerdo, milord, que hace unos minutos tenía mucha prisa por salir de mi fragua y disfrutar de su bella esposa. ¿Han desaparecido de pronto esas ganas o es que no eran tan intensas?

Ezra parecía dispuesto a contestarle (y no precisamente de buenas maneras), pero Alisa se apresuró a agarrarlo del chaleco para obligarlo a agacharse.

—Dale lo que pide —le dijo al oído—. Estoy deseando comer y dormir en condiciones. Entrégale algo, lo que sea, pero *ya*. —Tiró de él un poco más—. *Por favor*.

Cuando MacLeod se apartó lo justo para mirarla a los ojos, Alisa percibió una extraña tensión entre los dos. Como si fuera ese el momento en el que comprendían lo unidos que estaban de forma irremediable.

El cansancio empezaba a afectarle los sentidos, porque Alisa creyó poder entenderle sin palabras. Palpaba su enfado, sus ganas de salir huyendo, de beberse una copa de licor que le calentara por dentro. Ese deseo contradictorio de no ver a nadie y, al mismo tiempo, de tener contacto físico con otra alma que le comprendiera, solo por aliviar un poco la soledad fría a la que se había acostumbrado.

Quizá lo leyó con tanta claridad porque era un reflejo de sus propios pensamientos.

Se fijó en aquellos labios contraídos en una mueca dura, a escasos centímetros de los suyos. Percibió cómo Ezra aspiraba profundamente por la nariz para luego exhalar con lentitud por la

boca, acariciándole la piel con su aliento.

Solo tenía que ponerse de puntillas, ni siquiera alzarse demasiado. Al fin y al cabo, seguía apretando las solapas de su chaleco para mantenerlo cerca, puede que incluso con más fuerza que antes.

Era consciente de cada centímetro de ese cuerpo en contacto con el suyo. Pechos, brazos, caderas. Y estaba caliente. Hasta el aire entre ellos parecía ondularse.

Alisa supo que solo era necesaria una chispa, una muy pequeña, para terminar de hacer explotar ese *algo* que latía entre ellos. Una tensión sin traducción posible.

«¿Estoy dispuesta a caer en la tentación? Porque ya sé lo que me espera después del impulso: una caída aparatosa».

Lenta, Alisa deshizo su agarre dedo a dedo. Solo así, poco a poco, logró separarse de él, rompiendo al fin aquel extraño espejismo de conexión.

—¿Qué ocurre? —inquirió después—. ¿Es que no te queda nada de dinero tras pagar a los cocheros?

—Tengo de sobra —espetó Ezra—. Pero me duele recompensar a un estafador.

—Imagina cuánto nos habría costado la boda de habernos quedado en Londres —susurró Alisa—. Vamos, ¿quién es el tozudo ahora?

Notaba que Ezra seguía molesto por la actitud pedigüeña del herrero, aunque al mismo tiempo confiaba en haberle convencido. A fin de cuentas, el bueno de Bain solo hacía su trabajo.

—Entonces, ¿quieres que le pague? —preguntó él.

Sonó gutural. Todavía estaba irritado.

—Sí.

—¿Que le pague lo que sea?

—Así es.

Ezra la agarró de la cintura para atraerla y, en un impulso, la besó.

Aturdida por la sorpresa, Alisa ni siquiera advirtió cómo su marido le agarraba la mano izquierda. Sin dejar de besarla, le quitó del pulgar con un gesto hábil el anillo de diamantes que le había regalado.

En cuanto lo consiguió, se separó de ella para entregárselo al herrero.

—Tenga, considérelo pago suficiente si además nos guía a la posada más cercana y nos consigue una buena cama —gruñó—. Como puede ver, mi mujer está tan exhausta que ni ha reaccionado a mi atrevimiento.

Bain fue a contestar, pero se le escapó un juramento al prestar atención a los diamantes de la joya.

—¡¿Milord, está seguro?!

—Empiece a caminar antes de que me arrepienta.

14

Hasta que no terminó el primer plato, Alisa no abrió la boca. Al menos, para hablar. Sabía que no estaba siendo todo lo educada que debía delante de un caballero, pero se sentía demasiado hambrienta y cansada como para que le importase lo suficiente.

Además, era obvio que a Ezra le importaban poco (o nada en absoluto) sus malas maneras en la mesa. En cuanto habían llegado a la posada, había reclamado un reservado, una botella de vino y tres platos para cada uno. Daba cuenta del segundo cuando la botella se terminó.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado?

—Demasiado poco —contestó Ezra mientras cogía más pan—. He recorrido contigo Inglaterra de punta a punta en un carruaje ruinoso. Y mañana tendré que enfrentarme a mis hermanas por sorpresa con una esposa cogida del brazo. —Alzó la copa—. Lo raro es que no me hiciera con algo en Londres para alegrarme el camino.

—También me sorprendió —concedió Alisa—. ¿No buscabas en mi cocina reservas de vino para el viaje?

—No teníais nada bueno. —Empezó con el tercer plato—. En cualquier caso, hice bien. Con esas curvas y borracho, habría devuelto a las treinta millas.

—A Dios gracias que no ha pasado.

—No serás una dama escrupulosa, ¿verdad?

—No lo soy —admitió Alisa—. De ahí a que encuentre placer en que mi prometido me vomite encima, creo que hay un gran paso.

—Tranquila, eso no sucederá. Aguanto bastante bien la bebida.

—Supongo que la práctica hace al maestro.

Ezra se rio entre dientes, pero no dijo nada más.

Alisa se moría por preguntarle por qué bebía tanto. Sin embargo, se contuvo y arrugó los labios, llevándose a los mismos su propia copa todavía llena.

Comprendería que bebiera para olvidar a algún antiguo amor o bien para aplacar la tristeza por la muerte de su padre. Pero, cuanto más lo conocía, más le parecía que Ezra no era de los hombres que se enamoraban hasta los huesos ni mucho menos que le importase demasiado que el antiguo conde hubiera fallecido. Resultaba evidente que sus deberes como aristócrata eran la tarea vital que más le angustiaba, y se había agenciado con rapidez a una esposa que los llevaría a cabo.

¿Por qué tendría que beber tanto un hombre que lo tenía todo y, si no era así, se las arreglaba para conseguirlo?

—Por cierto —empezó Alisa, dejando con cuidado la copa en la mesa—, sobre lo sucedido antes…

—¿Qué ha sucedido antes? —Señaló al exterior con el pulgar—. ¿Te refieres a la boda?

—Me refiero a lo que has hecho. —Ante la cara de incomprensión de Ezra, la joven se cruzó de brazos—. «Piense lo que piense, desee lo que desee, no voy a besarla. Ni ahora ni nunca».

—¡Qué memoria! ¿Eso dije?

—Sí, eso dijiste. ¿Has cambiado de parecer tan rápido?

—Por supuesto que no, pero tampoco llamaría a eso un beso. —El conde dio un pequeño trago al vino antes de añadir—: ¿Tú sí?

—¿Cómo lo consideras si no?

—Apenas te he rozado.

Ella arqueó las cejas.

—Con la fuerza con que me agarrabas, no me ha dado esa impresión.

Encogiendo un hombro, Ezra negó.

—Créeme, querida, eso no fue un beso. De ser así, no estarías tan tranquila.

Alisa no supo qué la enfurecía más, si la sonrisa jactanciosa que esbozó a continuación o el hecho de que para ella sí lo había sido. Porque «tranquila» era el último calificativo con el que describiría la emoción vertiginosa que, latente, se resistía a abandonarla.

—Llámalo como te plazca —espetó—, pero dime, ¿por qué lo hiciste?

—No deseaba recibir un zarpazo al quitarte el anillo, así que necesitaba distraerte. Estaba cansado y no se me ocurrió otra manera. Lo importante es que ha funcionado y ahora nos encontramos calientes y saciados. —MacLeod bajó la vista hasta su plato y, como si nada, cambió de tema súbitamente al preguntarle—: ¿Ya has acabado?

Alisa contempló también su plato vacío.

—No estoy segura —respondió queda—. Aunque no estoy llena, diría que ahora sufro más de sueño que de hambre.

—Si es así, sube a nuestra habitación —dijo Ezra—. Te seguiré cuando haya terminado.

Dio gracias porque a él le interesara más lo que había en la mesa que su cara. Tenía que estar roja hasta la raíz del pelo.

No había pasado por alto que ese momento acabaría por llegar: para que la boda se hiciera oficial, tendrían que consumarla.

Aunque hacía mucho tiempo que no se había acostado con un hombre, lo recordaba con placer. Las damas de bien no hablaban del tema, así que no sabía si solo ella disfrutaba del sexo o bien había tenido suerte con su primer (y único) amante.

Tratando de no pensar demasiado en ello, se levantó de la mesa, se despidió de Ezra y subió las escaleras hasta el primer piso. Bain les había conseguido el mejor dormitorio de la posada y una bañera de agua caliente esperaba a Alisa cuando abrió la puerta.

Ignoró la enorme cama mullida y se acercó a la tina. Se quitó un guante e introdujo la mano en el agua. Sintió el calor como miles de agujas clavadas en la piel. La chimenea estaba encendida, las cortinas echadas y, lo más importante, Ezra tardaría en llegar, así que se quitó la ropa con dificultad y se metió en el agua.

Al hacerlo, soltó un suspiro, mezcla de placer y dolor. Se lavó el cuerpo y el pelo con tesón y permaneció después unos segundos con la mente en blanco. Al abrirlos, vio su mano izquierda descansando sobre una de las rodillas dobladas. El anillo de plata brillaba contra su piel pálida. Lo acercó al rostro para apreciar mejor el diseño.

Nunca había llevado nada parecido, era algo tosco para lo que estaba de moda. Y a la vez, resultaba clásico. En cierta manera, atemporal.

Le fascinaba. Siguió el recorrido del nudo y se vio sonriendo sin querer al llegar a la unión entre la rosa y el cardo.

De repente, la puerta se abrió con un movimiento brusco. Sobresaltada, reaccionó por instinto y se hundió en el agua hasta la nariz.

—¡Dios, jamás había deseado con tanta fuerza dormir un día entero! —Ezra miró primero la cama y luego se giró hacia ella—. ¿El agua está aún caliente? ¿Te queda mucho, querida?

—No —refunfuñó contra la superficie—. Y no me llames «querida».

—¿Cómo la llamo si no, *mi señora*?

—Alisa está bien.

—Bien —repitió él mientras le daba la espalda y empezaba a quitarse la ropa—. Ezra también está bien, por cierto.

—Bien.

Alisa no apartó la vista y le observó con curiosidad mientras se desvestía. Se fijó en sus antebrazos, más bronceados que el resto del cuerpo, cubiertos de vello negro. Los músculos bien marcados de su espalda, las piernas largas y firmes, el contorno bien delineado de su trasero.

No se reconocía a sí misma; por mucho que lo intentó, fue incapaz de apartar la mirada de aquella figura («maldito sea por hacerme reconocerlo») tan bien formada.

Sabía por Hope que Ezra practicaba esgrima y pugilismo con Cayden, como hacían muchos otros nobles, y debía ser esa la razón por la que mantenía la musculatura. Aun así, se notaba que por naturaleza tendía a ser robusto. Todo lo contrario al primer amor de Alisa, igual de delgado que ella.

Desde aquel momento, no había visto a ningún otro hombre completamente desnudo. Hacía siete años, se había quedado prendada de la elegancia de Charles Tumbler, un poeta rubio, barbilampiño y sensible. Ahora estaba delante de un hombre que podría levantarla en volandas y beber una pinta al mismo tiempo.

«Seguro que este bruto sería capaz de hacerlo» bufó para sí. «Cuando en el viaje me llevó hasta la habitación de la posada, ni siquiera parecía afectado».

—¡No te des la vuelta! —le gritó Alisa cuando estuvo desnudo del todo.

Ezra se detuvo y puso los brazos en jarras.

—¿Crees que voy a asustarte?

—Nada me asusta, y menos tú —protestó ella—. Es solo para que pueda salir del agua sin que me veas.

Él se rio burlón, aunque obedeció. Se mantuvo de brazos cruzados, inmóvil mientras Alisa salía de la bañera y se envolvía en una de las toallas que les había dejado la empleada del hostal. Dio una serie de pasitos cortos hasta su bolsa de viaje y rebuscó hasta encontrar su camisón y la bata de seda roja. Una vez se refugió en ella, carraspeó.

—Ya puedes moverte.

Se notaba que Ezra se sentía cómodo con su desnudez, porque se dirigió a la tina sin aspavientos. Soltó el mismo resoplido de placer que ella al tocar el agua caliente. Una vez dentro, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, susurró:

—Poco pago le he dado al maldito herrero por esto.

—Hablando de eso, ¿por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Darle mi anillo.

—¿*Tu* anillo? —Ezra soltó una carcajada—. Te recuerdo que me diste permiso. «Entrégale algo, lo que sea, pero *ya*».

—Vaya, ¿ahora quién presume de buena memoria?

—Además —siguió él, embalado—, cuando te di el anillo en el carruaje, te faltó coraje para rechazarlo.

Ofendida, Alisa se cruzó de brazos.

—¡Eso carece de importancia! Me gustase o no, era mío.

—¿Qué problema hay? Cómprate otro con mi dinero cuando vuelvas a Londres. —Ezra agitó una mano en el aire—. ¿Por qué te enfadas si no te importaba nada?

«Porque era el primer regalo que me habías hecho».

—¿Así vas a tratar a partir de ahora todo lo que me des? —replicó Alisa—. Espero que no te atrevas a arrebatarme nada de lo que me has prometido, patán.

—¿Hablas acaso de mis obligaciones como conde? —se rio él mientras se enjabonaba—. Te lo dije y lo mantengo: ahora mismo eres la dueña de Northum y de todo lo que contiene. Dunstan House será tu castillo de villana de cuento, disfrútalo.

—Eso haré.

«Y lo primero que ordenaré será que te envíen a Londres de una patada».

Mientras él se bañaba, se dedicó a peinarse sentada en la cama. A pesar de que el sueño trataba de dominarla, los nervios la mantenían alerta.

¿Cómo sería acostarse con un hombre del que no estaba enamorada? ¿Sería igual o mejor que acostarse con su primer amor? ¿O acabaría resultando un absoluto desastre? Ezra no era el peor espécimen masculino de Inglaterra, eso tenía que reconocerlo (aunque fuera a regañadientes). No obstante, estaba lejos de lo que a ella le había atraído en el pasado.

MacLeod no era delicado ni tenía una belleza suave. Comparándolo con otros hombres, parecía un soldado indisciplinado. Era lo contrario a Tumbler, quien físicamente reunía todas las cualidades que un caballero inglés aspiraba a tener. Ezra, en contraste, era más grande y tosco. Alisa no se sentía cómoda en su presencia porque él lo estaba demasiado. Con su cuerpo, su confianza, su posición y su libertad para decirle lo que se le antojara.

«Es el regalo que reciben todos los hombres poderosos al nacer» se dijo con tristeza. «La certeza absoluta de que, hagan lo que hagan y sean como sean, el mundo es suyo».

—Querida… Quiero decir, Alisa —murmuró él—. ¿Puedo pedirte un favor?

Parecía afectado y eso captó su atención.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

—He de rogarte que apartes la mirada —dijo MacLeod con la cabeza gacha—. Voy a salir del agua y no querría dañar tu frágil sensibilidad.

—¡Vete al diablo!

Se arrepintió de haberle soltado aquello en cuanto Ezra se echó a reír. Le estaba dando lo que él buscaba: diversión a su costa.

—Hazlo como sea, pero sal ya —le ordenó entonces ella con firmeza. Se fijó en el dibujo de la colcha y trató de sonar indiferente al añadir—: Tendremos que hacer la boda legal. Cuanta más prisa te des, mejor. Así todo terminará antes.

Tras una breve pausa, le escuchó salir del agua en silencio. De reojo, Alisa comprobó que se envolvía la cintura en su propia toalla para después dirigirse a la cama.

—Siento si te molesta, pero suelo dormir desnudo y ya es tarde para que mi esposa me haga cambiar de costumbres —dijo mientras se metía entre las sábanas—. Que tengas buenas noches, condesa. O buenas tardes, más bien, dada la hora.

Alisa dejó el peine en la mesilla y arrugó la frente.

—¿Te vas a dormir?

—Muy aguda. Sí, eso pretendo.

—¿Y pretendes hacerlo *ya*?

—¿Tú no? —Ezra se dio la vuelta y la observó desde la almohada con aire perezoso—. No sé cómo de bien te habrá sentado ese baño, pero yo no reconozco ni mis propios pies.

—Sí, por descontado, yo también estoy agotada. —Alisa se pasó el pelo por detrás de las orejas—. Sin embargo, cualquiera podría anular este matrimonio si no hay consumación.

Aunque MacLeod había cerrado los ojos, los volvió a abrir. Un poco. Entornados, la enfocaron con dificultad a través de las pestañas oscuras y húmedas.

—Espera, antes… ¿Lo decías en serio?

—Sí —contestó ella en un hilo de voz—. Es nuestro deber.

Ezra la observó durante unos segundos. Cuando Alisa empezaba a ponerse (todavía más) nerviosa, le sobresaltó su tono grave al ordenarle:

—Túmbate.

La joven obedeció con lentitud. Primero, apoyó la nuca en la suave almohada. Seguía con el pelo mojado, y notó cómo la humedad empapaba el algodón. Después, cerró los ojos.

Enseguida sintió el movimiento de MacLeod, su cuerpo al rodar y alzarse para quedar de costado. Incluso sin verle, sintió aquella mirada encendida sobre ella.

Permaneció inmóvil incluso cuando los dedos de Ezra le recorrieron la mejilla hasta llegar a la oreja. Despacio, le pasó un mechón suelto y húmedo por detrás, rozándole el lóbulo.

—¿Es nuestro deber? —le preguntó entonces.

El tono era extraño. Pastoso. Irreal.

—Eso he dicho.

—Así que no me deseas.

Notó su dedo descender, la yema dibujar con precisión la línea de su mandíbula.

—No.

«En absoluto».

—En ese caso…

Se inclinó sobre Alisa y ella, en respuesta, contuvo la respiración. Percibió su aliento caliente sobre la mejilla, la comisura izquierda y, por fin, los labios.

—Querida…

—¿S-sí?

—No creo que una mentira más vaya a afectar a nuestro matrimonio.

Abrió los ojos al mismo tiempo que Ezra se daba la vuelta y volvía a tumbarse en su lado de la cama.

—¿Quién podría oponerse a este casamiento alegando que no hemos hecho nada? —preguntó su marido con desgana—. Además, teniendo en cuenta nuestras reputaciones, en especial la mía, creerán que ya hicimos lo que quisimos. Todo Londres lo asumirá. —Le oyó bostezar—. En cualquier caso, aunque quisiera, en estas condiciones no podría *consumar* como lo llamas. Y mucho menos si la dama en cuestión no me desea. —Ezra le lanzó una mirada especulativa por encima del hombro—. Porque no me deseas, ¿mh?

—Desde luego que no —masculló Alisa.

Y en esa ocasión, le pareció que no mentía.

—Huelga decir que, si estás ansiosa, no me molestaré si decides procurarte placer a ti misma. —Con los ojos ya cerrados, Ezra esbozó una sonrisa maliciosa—. Asumo que, siendo una dama tan instruida, sabrás hacerlo sin mi ayuda.

Alisa quiso darle un manotazo, pero comprobó consternada que su esposo ya se había dormido.

A pesar de todo, tenía que darle la razón al idiota de MacLeod en algo: estaba destrozada. Los párpados se le caían de sueño y los calambres en las piernas le resultaban ya insoportables. En el fondo (*muy* en el fondo), estaba agradecida por no tener que vivir ningún tipo de experiencia esa noche. Ni mala ni buena.

Se estiró dentro de las sábanas y dejó que sus párpados sucumbieran.

El olor de Ezra (a jabón y aroma a hombre) era tenue, aunque suficiente para saber que estaba cerca. La respiración fuerte y acompasada despejaba cualquier tipo de duda. También

notaba el calor que desprendía. Detestó que le produjera un estremecimiento de placer colocar los pies fríos entre sus piernas. Temió despertarlo, pero MacLeod apenas se movió. Eran distintos en multitud de cosas, y ya podía anotar otra más: el sueño de su marido era tan profundo como su carácter era imposible.

«Dios mío» pensó. «Me he casado con Ezra MacLeod. ¡Me he convertido en la mujer de uno de los hombres más perezosos e incorregibles que conozco!».

Durante el camino, había imaginado el terror que le invadiría al enfrentarse por fin a esa realidad. Pero lo cierto era que, en el fondo, no sentía miedo. Ni rabia. Ni mucho menos odio.

Era incapaz de definir bien la sensación, pero se asemejaba a la que te recorre cuando, tras un largo día, te envuelves entre sábanas calientes y los músculos se quejan, tirantes. Resultaba doloroso y, al mismo tiempo, liberador.

Con cuidado, casi tímida, Alisa se acercó en sueños a Ezra. Solo entonces se permitió dormir como no lo había hecho desde que era una niña.

15

Por suerte o por desgracia, no soñó con nada. O, al menos, al contrario que en el viaje, con nada que fuera memorable.

Se despertó con el sol y abrazada a la espalda de Ezra. Asombrada por la intimidad que había buscado de forma inconsciente, se separó poco a poco de su marido hasta llegar al borde de la cama.

La luz de la mañana bailaba en el suelo de madera de la habitación. «Es demasiado brillante para ser la del alba».

Dio un salto hasta el suelo, encontró las ropas de MacLeod y rebuscó entre ellas su reloj de plata. Lo halló en un bolsillo del chaleco. El símbolo del lazo de metal le delataba como un Dagger, por supuesto, y le informó de que eran pasadas las diez de la mañana.

Habían dormido más de catorce horas seguidas.

Ni siquiera recordaba la última vez que había descansado tanto ni tan bien. Más calmada, se estiró y se acercó a la ventana. Retiró las cortinas con cuidado. El pueblo de Gretna Green le dio la bienvenida en plena ebullición. Había mercado y los comerciantes vendían en los puestos a una multitud de señoras dispuestas a regatear.

El cacareo le recordó, una vez más, a sus amigas. Uno de sus mayores placeres el último año había sido ir de compras para amueblar la nueva casa de Hope. Ropa, mobiliario y objetos decorativos, y más tarde pinturas y lienzos para sus cuadros. Las tres hacían un gran equipo: la indiferencia de Alisa alteraba a los tenderos, Evelyn les conquistaba con su cercanía y Hope tenía buen ojo para las piezas más raras y artísticas.

¿Qué pensarían de ella? A esas alturas, las dos habrían leído sus cartas. Esperaba que no la censurasen por lo que había decidido, aunque en el fondo estaba segura de que ni se les pasaría por la cabeza. Hope no desaprobaba a Ezra y Evelyn sabía que estaba contra las cuerdas. Además, ambas eran de mente abierta. La querrían, decidiera lo que decidiese. Pasase lo que pasase.

Tener esa seguridad la calmaba. El mundo podía caerse, pero ellas permanecerían inmutables. Jamás habría imaginado poder confiar así, tan a ciegas, en alguien.

«He tenido suerte. Dudo que el milagro vuelva a producirse».

—Elea…

De nuevo ese condenado nombre.

Dándose la vuelta, comprobó que Ezra se había tumbado boca abajo y las sábanas habían descendido hasta enredarse entre sus piernas. Aunque resultaba una buena vista, Alisa recogió una de las mantas del suelo, lo cubrió con ella y empezó a vestirse.

Carecer de una asistente en ese momento suponía un problema. Peinarse le encantaba y la ropa interior era fácil de colocar, pero no llegaba a atarse bien las cuerdas del nuevo corsé. Se colocó de espaldas al espejo y, con la cabeza sobre el hombro, fue tirando poco a poco de ellas.

Unas manos aparecieron entonces en el reflejo y dio un bote de la impresión.

—Déjame a mí.

Ezra la ayudó con la destreza y precisión de una experta doncella. También a colocarse el vestido de satén negro por la cabeza sin estropearse el peinado. Cuando abotonó el último broche de la espalda, Alisa se dio la vuelta para darle las gracias, asombrada por su habilidad.

—Si esto te sorprende, tendrías que ver cómo desvisto —dijo él en un susurro provocador—. Ahí sí que soy rápido.

Ante la insinuación, la joven puso los ojos en blanco, lo que le hizo reír. Por suerte, MacLeod se había puesto una larga camisa por encima y Alisa no tuvo que apartar la vista al quedar frente a él.

—Y dime, ¿por qué vistes de luto? —Señaló su vestido oscuro—. ¿Es que planeas convertirte en viuda tan pronto? Avísame al menos para que pueda ponerme los pantalones.

—No seas ridículo. —Alisa se alisó la falda—. Es por tu padre.

—Tuviste la suerte de no conocerle, así que en lugar de negro, deberías vestir de colores. —MacLeod empezó a mirar en derredor—. ¿Has visto mi reloj?

—Está en tu chaleco; son las diez de la mañana —le informó.

—¿Tan pronto? —Ezra comenzó a recoger sus prendas del suelo—. Bien, desayunaremos algo ligero e iremos directos a Dunstan House. Llegaremos a tiempo para el almuerzo. —Sonrió de lado, como un niño travieso—. Qué ganas tengo de que Amaryllis te vea. Espero que tengamos la fortuna de interrumpirla en mitad de la comida. Con suerte hasta podría atragantarse.

—¿Por qué odias tanto a tus hermanas? —Alisa empezó a recoger también la ropa del viaje para guardarla en su bolsa—. Conocí a un par de ellas en Londres, durante sus temporadas. Eran calladas y distantes, no me parecieron terribles.

—Porque fingían ser calladas y distantes —repitió Ezra mientras se hacía el lazo del corbatín frente al espejo—. Cuando no tienen pelos en la lengua, no les preocupa hacerte todo el daño que puedan con ella. Créeme, convirtieron mi vida en un infierno mientras vivía en el castillo. No es que fuera un estudiante brillante, pero siempre deseaba volver a Eton durante las vacaciones.

Alisa asintió sin mediar palabra. Era incapaz de recriminarle nada. Cada familia era un mundo, y la suya tampoco era perfecta. Tenía tres hermanas que adoraba, una que le resultaba indiferente y un par que la despreciaban, en especial después de su escándalo.

Su padre era distante, consideraba solo a su hijo como miembro útil y a su mujer como la verdadera encargada de criar y relacionarse con sus hijas. Eloise Chadburn había sido una buena madre, pero demasiado apacible como para enfrentarse al carácter obstinado de su hija más pequeña, en especial durante la adolescencia. A Alisa le había servido de ejemplo de dama distinguida, nada más. Quien la había criado y enseñado todo lo que sabía era tía Juliet.

Y hablando de ella, ¿qué pensaría de su fuga?

«De estar aquí, me aplaudiría» reflexionó. «Seguro que considera que he hecho una jugada maestra. Ninguna de mis hermanas se ha casado con un conde». Rememoró la imagen de Ezra dentro de la bañera y se rio entre dientes. «Tampoco con un hombre tan… *joven*».

—¿Estás lista?

Se giró para observarle. Peinado, con botas negras de piel, traje oscuro y chaleco gris a cuadros. Un disfraz de perfecto caballero de luto.

—Sí, estoy lista.

—¿Bajamos para degustar una última vez las delicias escocesas?

Asintió con firmeza; volvía a tener un hambre voraz. Cuando se acercó con la bolsa, Ezra se la quitó sin mediar palabra y abrió la puerta del dormitorio. Se apartó para dejarla pasar, solo que, justo cuando Alisa lo hacía, la detuvo por el brazo.

—¿Qué ocurre, Ezra?

Serio, le recorrió el rostro con la mirada antes de cogerla en volandas. Alisa pegó un chillido y se agarró como pudo a su cuello, rodeándolo con los brazos.

—¿No eras supersticiosa? La recién casada ha de atravesar el umbral de la puerta en

volandas.

—¡Eso se hace justo después de casarse!

—Oh, creo que hasta la primera noche durmiendo a pierna suelta el matrimonio no cuenta. Por si la dama se arrepiente tras los ronquidos, ya sabes. —Soltó una carcajada corta al cruzar el umbral—. Además, ni que fuera la primera vez que te llevo así…

—No te acostumbres —gruñó ella—. ¡Ni que fuera un fardo!

—Tampoco pesas como tal. —La dejó en el suelo con suavidad—. ¿Ves? Ya está. Rápido y fácil. Ojalá en la vida todo fuera así. Incluida tú. Y lo que pretendías hacer ayer. Por cierto, ¿qué tal te fue sola, si se puede sab…?

Alisa le arrebató la bolsa con cara de malos humos. No se había equivocado la noche anterior; su visión del bruto de Ezra cargando con ella había sido la misma. Solo había que sustituir la pinta de cerveza por su equipaje.

…

Mientras desayunaban, descubrió para su desgracia que el humor de MacLeod era espléndido por las mañanas. Silbaba con alegría mientras daba cuenta de los huevos con gachas y pedía que le trajeran más té. Ella tenía que refrenarse para no gruñir.

Nunca había sido muy amable recién levantada, y el recordatorio de lo que había pasado entre ellos en la cama tampoco ayudaba.

—He de preguntarte algo —soltó, ya sin poder aguantar más—. Lo de anoche, ¿va a volver a repetirse?

—¿A qué te refieres?

—A si no vas a tocarme en lo que dure nuestro matrimonio.

Ezra la observó confuso y dejó la taza sobre el platillo. Apoyándose en el respaldo de la silla, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Puede que lo entendiera mal, pero… en Londres, hace dos madrugadas, me dijiste que no tendrías hijos conmigo, ¿no es así? —Alzó una ceja—. ¿Sabes cómo se conciben? Es decir, el proceso por el cual una dama queda encinta.

—Sí —respondió Alisa con calma—. También sé que no tiene por qué concebirse en cada acto. Y que hay nuevas soluciones, digámoslo así, para evitar que eso suceda. Algunos inventos que se utilizan para evitar embarazos y enfermedades indeseables.

Ezra parpadeó asombrado.

—Vaya. Desde luego, no esperaba que una estricta dama de sociedad supiera tanto del tema. Imaginaba que estarías tan poco informada como mis hermanas antes de sus matrimonios. —Cabeceó—. Pobres. No les habrían venido mal unas cuantas clases. Me resulta fascinante lo ciegas que os mantienen.

—A mí también —concedió Alisa a su pesar—. Disculpa entonces la confusión, pensé que lo sospecharías: digamos que parte de lo que se comenta en los salones sobre mí es cierto.

—Menuda novedad, un cotilleo con raíces honestas —se burló Ezra.

—Lo digo en serio —le interrumpió Alisa. Aunque seria, trató de no sonar a la defensiva—. Tienen razón al afirmar que no soy una dama inocente.

Ante la revelación, su marido se mantuvo impasible. Esa falta de reacción, tanto de censura como de lastimosa compasión, la animó a continuar:

—Tuve un amante hace tiempo. Ocurrió hace siete años, cuando era tan solo una debutante. Era mi primer año en sociedad y me sentía muy perdida. Aburrida. —Se pellizcó un dedo—. Sola. Una dama me enseñó entonces una cara de la noche londinense vetada a las ingenuas

debutantes como yo. Y allí conocí a un… hombre. —Se resistió a llamarlo caballero. Ni siquiera se atrevió a pronunciar su nombre—. Así que sí, sé *lo suficiente* sobre relaciones conyugales.

Ezra seguía con la misma expresión ausente. Tras unos segundos, asintió.

—Es una excelente noticia, sobre todo para ti —dijo en voz baja. Alisa creyó notarle crispado, aunque no entendió por qué—. En cualquier caso, me gustaría apaciguarte a ese respecto. No hace falta que hagas de tripas corazón y visites mi cama. Dejamos claro que esto era una buena solución para los dos por muchas razones. —Extendió la palma hacia ella—. Y has sido bastante transparente en cuanto a qué opinión tienes de mí.

Imitando su gesto, Alisa abrió una mano para señalarlo.

—También tú de mí.

—¿Ah, sí? —Se echó a reír con sorna—. ¿Qué opinión crees que tengo de ti?

—Que soy fría y ambiciosa —contestó ella monocorde—. Una mujer implacable.

—¿Y me equivoco? —Ezra volvió a coger la taza de té—. No los considero defectos, pero desde luego no son virtudes que valore en una amante. Además, las «relaciones conyugales» solo se disfrutan si los implicados tienen verdadero deseo por el otro. —La miró por encima de la taza —. ¿Tú lo tienes?

Alisa negó despacio.

—Ya te lo dije anoche —le recordó—. Insistí porque era nuestro deber, pero no quiero convertirme en otro nombre en tu historial.

—Perfecto, porque yo tampoco deseo que lo seas. —Ezra esbozó una leve sonrisa—. Me alegra que lo hayamos aclarado, querida.

Todavía seria, ella asintió.

—Sí, yo también.

—Increíble, ¡estamos de acuerdo en algo! —De sopetón, chocó su taza con la de Alisa, haciendo que se vertiera un poco de su té—. ¡Auguro que nuestro matrimonio será un completo éxito!

…

De vuelta al coche, Alisa se sentó junto a la ventanilla y observó los paisajes que no había podido apreciar por la impaciencia y el cansancio.

Escocia era hermosa, verde y salvaje. La abandonaron pronto, pero la naturaleza no entendía de fronteras territoriales y Northum parecía un condado más de las tierras altas.

Ezra fue señalándole diferentes pueblos y montañas, como los montes Cheviot, zonas despobladas conquistadas por flores de cardo y brezo, y huellas del paso de los romanos en la región, hasta que atravesaron un espeso bosque de coníferas.

Al abandonarlo, sobre un extenso páramo verde, se cernía un castillo en el punto más alto. Estaba lejos aún, pero Alisa apreció la piedra gris oscura y el estilo gótico inglés. Según Ezra, se había construido para defender la frontera inglesa de las invasiones escocesas, naciendo entre el verde y el agua.

El edificio se alzaba orgulloso y solitario. Mientras más se aproximaban, más notaba Alisa lo abandonado de las tierras a su alrededor y el recuerdo de un esplendor ya olvidado.

Cuando se detuvieron en la entrada y el cochero descendió para abrirles la puerta, Alisa lo percibió. Un fuerte perfume a mar y salitre. Los pájaros graznaban en lo alto, las olas se escuchaban lejanas romper contra el acantilado y los árboles de la propiedad agitarse sin piedad por el fuerte viento.

Lo que sintió por Dunstan House fue amor a primera vista.

Aunque obnubilada por el paisaje, ella bajó primero, por eso las vio antes. Ezra, a su espalda, canturreó antes de empezar a decir:

—¡Mi condesa, bienvenida a Duns…!

Calló de pronto. Delante de ellos, todos los trabajadores del castillo estaban dispuestos y alineados a la perfección. En medio de ese recibimiento, tres mujeres aguardaban en silencio, vestidas de negro de la cabeza a los pies.

Alisa tragó saliva y se acercó a Ezra para agarrarle del brazo.

—¿Son esas tus hermanas? —le susurró.

—Sí.

—¿Les diste aviso de que veníamos?

—No.

—De acuerdo. —Tiró levemente de él—. Preséntamelas.

MacLeod estaba lívido y tardó en reaccionar. Aun así, no consiguió recuperar su habitual aire relajado en ningún momento.

—Queridas hermanas, os presento a la nueva condesa de Northum. Mi esposa, antes lady Alisa Chadburn. —Extendió una mano para señalar a las damas de luto—. Querida, estas son mis hermanas mayores. Amaryllis MacLeod, Begonia Cowan y Camellia Blackwater. —Las tres se inclinaron—. ¿Nos esperabais?

La más baja de todas alzó la nariz respingona y Alisa supo de inmediato que era Amaryllis, la mayor. También la única que no había visto nunca.

Debía tener entre treinta y cuarenta años. Se parecía a Heather, aunque no había rastro de inseguridad o candidez en su porte estirado. Lo único que sabía Alisa sobre ella era lo que le había contado en Londres la MacLeod más pequeña: Amaryllis era viuda, tan dura como el brezo escocés y madre de tres hijos pequeños que la llamaban «mi señora».

—¿Esperaros? Como ves, sí, aunque no gracias a ti, hermano —rezongó—. Por suerte, tenemos buenos amigos en Gretna Green. Estaba claro que los rumores de tu inefable presencia por aquí nos llegarían antes que una nota apropiada por tu parte. ¿Un conde casándose en una herrería cualquiera tras una fuga precipitada, precedida por un horrible escándalo…? —Amaryllis entrelazó los dedos—. Reconozco que, al oír tu nombre, no me sorprendí en absoluto.

Ezra se volvió hacia Alisa.

—Qué agradable resulta volver al hogar, ¿no opinas lo mismo, querida?

16

Todas compartían los mismos ojos azules, el pelo castaño oscuro e idénticas ganas de que ninguno de los dos estuviera allí.

Alisa había fantaseado con la idea de llevarse bien con sus cuñadas. A fin de cuentas, suponía que compartirían la baja consideración en que tenían al inútil de Ezra. Sin embargo, pronto descubrió que las MacLeod, y en especial Amaryllis, trataban con una frialdad que rayaba en maleducado desprecio tanto al mundo en general como a su propio hermano. Alisa pocas veces había sido testigo de un odio tan manifiesto entre individuos que compartían la misma sangre.

No obstante, el heredero de todo aquello sobre lo que caminaban no parecía asombrado por su actitud.

—Le explicaré algo de la historia de Dunstan House, condesa, ya que deduzco que mi hermano no le habrá hablado demasiado de la propiedad que va a morar de ahora en adelante —aseveró Amaryllis al atravesar la puerta principal.

—Oh, algo me ha contado…

—¿Sí? Me sorprende. ¿Han aprovechado su relación para algo más que ser pillados en medio de unos rosales y luego huir? Admiro el gran dominio del tiempo que poseen ustedes los londinenses.

Alisa ni siquiera parpadeó. Sintió el delicado tirón de Ezra en el codo y continuó caminando tras sus cuñadas. La sonrisa de medio lado de su marido consiguió tranquilizarla y hacer que soltara el aire poco a poco por la nariz; no tenía que tomarse nada de lo que dijesen demasiado a pecho.

«Están enfadadas por nuestra llegada inesperada» se dijo Alisa. «Poniéndose en su lugar, puede que sea lo normal. Ezra no les ha hablado de mí en absoluto».

—La creación del castillo data del siglo XIV —empezó Amaryllis al llegar al centro del vestíbulo, como si antes no hubiera hecho ningún comentario malintencionado—. Tras ser asediado durante la Guerra de las Dos Rosas, sufrió constantes reparaciones, la más importante en el siglo XVII, al pasar a ser propiedad de la monarquía inglesa. Bajo las órdenes de John Sharp, se hicieron modificaciones también en el techo de madera sobre nuestras cabezas. —Alisa alzó la vista—. Fue tallado con motivos religiosos en lugar de mitológicos, y lo pintaron de vivos colores.

—¿Lo pintaron? Vaya, qué encantador. Aunque desde aquí no se aprecia…

—Puede que los colores se hayan perdido un poco —reconoció Begonia con un gruñido.

—Apenas nada, solo hasta el punto de dejar de ser visibles al ojo humano —le susurró Ezra a Alisa en el oído.

La joven se mordió los carrillos para mantener su expresión de educada pasividad, aunque fue consciente, por las barbillas alzadas de las tres hermanas, que todas le habían oído.

—A la derecha está el ala este de Dunstan House. Es la parte más ruidosa, ya que da al mar, pero también la más luminosa, por lo que contiene la biblioteca y los salones privados de juegos y las galerías de pintura. —Amaryllis señaló hacia esa dirección, aunque no se detuvo y continuó caminando—. A la izquierda, el ala oeste, donde, entre otras fastuosas estancias, se encuentra el famoso salón dorado de baile del castillo.

—He oído hablar de él —mintió Alisa—. ¿Han celebrado aquí muchas fiestas?

Aunque Amaryllis se detuvo un instante, no giró la cabeza al contestar:

—No, si hemos podido evitarlo. A madre le desagradaba aguantar a indeseables chupasangres y a padre le disgustaban las frivolidades.

—Qué buenos anfitriones —murmuró Ezra, de nuevo inclinado sobre el oído de su mujer—. Si no te alegras ya de ser una MacLeod, no sé a qué estás esperando.

«A despertar de esta pesadilla» suspiró Alisa.

—Subamos las escaleras —dijo Camellia—. Las mejores estancias se encuentran arriba.

Mientras ascendían, Alisa se fijó en la pared junto a las enormes escalinatas del vestíbulo. Apenas se veía la piedra que la constituía, ya que estaba oculta por un desfile de retratos de personalidades. Las caras allí inmortalizadas habían pertenecido a la nobleza, el clero e incluso la realeza.

Dos de las pinturas destacaban por su considerable tamaño y por encontrarse en mitad del recorrido. Una de ellas estaba cubierta por un velo negro, aunque Alisa logró distinguir a una figura masculina detrás. Ese debía ser el padre de los actuales MacLeod.

Tía Juliet lo había conocido. Alisa sabía por ella que Eduard MacLeod, el anterior conde de Northum, había sido un hombre huraño que apenas había abandonado sus propiedades al norte. Y en esa pared estaba acompañado del retrato de una dama.

Sobre un fondo campestre, que Alisa identificó como el basto páramo frente al castillo, una mujer de curvas poderosas y ojos claros y caídos posaba sentada en una butaca, con un vestido corte imperio azul y joyas de oro.

—¿Quién es esa dama? —preguntó con deferencia—. ¿Es la anterior condesa?

—Así es —contestó Amaryllis. Su habitual tono helado dejó escapar cierta devoción—. Nuestra madre, Lillian MacLeod. Una gran señora.

—Estoy segura.

«Tiene un aire hostil y resentido» pensó Alisa contemplando el cuadro. «Sus hijas no solo son su vivo retrato en cuanto al físico».

—Falleció al dar a luz a Heather —continuó la mayor—. ¿Ha conocido a nuestra hermana?

—Sí, en Londres. —Alisa sonrió—. Es una joven encantadora.

—¿Eso cree? —Amaryllis volvió a fijarse en el retrato—. Hemos hecho lo que hemos podido con ella, y el esfuerzo no ha dado frutos. Es terca y fantasiosa, no le gusta bordar ni tocar el piano y apenas habla. Esperábamos casarla con algún noble del norte en esta temporada, pero la muerte de nuestro querido padre nos sorprendió a todas. Quisimos hacer las cosas bien y esperar, pero *otros* decidieron que echase a volar de cualquier forma. —No se giró, pero todas sabían a quién se dirigía—. ¿Dónde está ahora? Es evidente que no os ha acompañado en vuestra ridícula fuga.

—Se encuentra protegida por unos buenos amigos —respondió Ezra con acritud—. Respondo por ellos. La tratarán mejor que bien.

—¿En Londres?

—Sí.

—Ciudad sucia y hereje. Sodoma en Inglaterra. —Amaryllis alzó el labio superior—. Espero que la dote ayude a que se case pronto. Quizá si no abre la boca haya algo de suerte.

Alisa nunca había tenido problemas al relacionarse con otras damas de la alta sociedad, en especial si estas ignoraban su pasado. Pero las hermanas MacLeod le dejaron claro enseguida que ni era bien recibida ni pensaban bien de nada ni de nadie.

Incluso de una alma tan cándida e inocente como Heather.

—¿Sabe que a su edad mi madre ya nos había traído al mundo a las tres? —siguió Amaryllis,

dirigiéndose de pronto a Alisa—. Condesa, tiene trabajo que hacer si desea darle un próximo heredero a Dunstan House. —Dejó de contemplar el cuadro y, ya sí, clavó su mirada clara en ella —. Uno que lo merezca de verdad.

Custodiada por sus dos hermanas, Amaryllis avanzó escalón a escalón mientras continuaba explicando en voz alta la historia de la propiedad.

Antes de seguirlas, Ezra se inclinó sobre Alisa y le susurró al oído:

—Ya te advertí lo encantadoras que eran.

Ella suspiró.

—Sin que sirva de precedente, por una vez lamento no haberte creído antes…, querido.

La risa de MacLeod reverberó con fuerza entre las altas paredes.

…

El castillo era frío y oscuro. El mobiliario, antiguo y maltratado.

Alisa observó con atención lo que la rodeaba mientras exploraban la casa. Apuntaba en su mente todo lo que habría que cambiar y remodelar, tratando de hacer una lista de prioridades.

Excepto Amaryllis y Heather, ninguna de las otras hermanas vivía allí. Begonia y Camellia habían visitado Dunstan para apoyar a la primogénita en los primeros meses tras la muerte de su padre, pero se marcharían en algunas semanas.

Alisa se imaginó que esa debía ser la razón por la que parecía que todo el castillo se encontraba detenido en el tiempo. El polvo se acumulaba, la mitad de los dormitorios estaban inutilizables y los espejos se hallaban cubiertos con un velo negro semitransparente, como rezaba la tradición. Si no se hacía así, el espíritu del fallecido conde se ataría al reflejo del cristal.

Amaryllis no había sido educada para llevar la contabilidad y Alisa sospechaba que algo allí fallaba. Con un antiguo dueño que había abandonado sus obligaciones en la vejez y uno nuevo que no había hecho amago de hacerse cargo de ellas, Dunstan House se derrumbaba sin nadie a las riendas. En ausencia de un señor de la casa, no se imaginaba a la hermana mayor reuniéndose con los arrendatarios ni realizando tareas estipuladas a un hombre.

«Pero a mí sí» pensó ilusionada. «Mi tía Juliet me crio para esto».

—Estas son las dos habitaciones privadas del conde y la condesa —señaló Amaryllis en un pasillo del ala este. Hasta ellos llegaba el sonido de las olas chocando contra las rocas—. Evidentemente, no esperábamos que ninguno fuera a aparecer, y menos usted. —Alisa dio un respingo cuando su cuñada le lanzó una mirada de censura por encima del hombro—. Pida al ama de llaves que enciendan las chimeneas. Dígale también que arreglen lo mínimo para que puedan dormir esta noche.

—Eso haré.

—Lamento interrumpir esta fascinante guía, pero desfallezco de hambre —se quejó Ezra con desgana—. ¿Por qué no almorzamos y seguís contándole a Alisa todo lo que debe saber?

—Nosotros ya hemos comido —replicó Begonia—. Lo hacemos temprano para poder rezar antes del té. Estaremos en nuestras habitaciones si la condesa nos requiere.

—Solo tiene que llamarnos —completó Camellia con sequedad.

Alisa asintió con la cabeza y, a pesar de la hostilidad de sus cuñadas, les dio las gracias con la educación que se esperaba. Justo cuando se despedían, algo le rozó los pies y dio un salto hasta agarrarse a los hombros de Ezra.

—¿Qué ocurre, cariño? Todavía no me he ido para que me eches de menos.

—¿En Dunstan hay ratones?

—¡¿Qué?! —Amaryllis se quedó paralizada—. ¡Por supuesto que no, señora! Este es un

hogar limpio, no se atreva a afirmar lo contrario.

—Es que algo me ha pasado por…

De pronto, un gato salió de entre las faldas de su vestido negro. Uno enorme, de cola despeinada y pelaje largo con varios tonos de gris. Desde la cara aplastada, sus ojos entrecerrados y amarillos lanzaron una mirada airada a la nueva dueña de la casa.

—Oh, no hace falta alarmarse, condesa —suspiró Amaryllis—. Es solo Lily.

Alisa se dio cuenta de que seguía aferrada al cuello de su marido y se apartó con rapidez de él, enfocando su atención en el animal.

—Qué felino tan encantador —dijo en tono dulce.

—¿Lo dices en serio? —Ezra se agachó para acariciar a la gata. Esta, en respuesta, le clavó las uñas en el guante—. Es una auténtica bestia.

—Es la guardiana de Dunstan House —le corrigió Begonia. Su leve sonrisa, hasta entonces escondida, dio esperanzas a Alisa—. Se instaló aquí cuando Heather era tan solo un bebé.

—Por eso la llamamos Lily —continuó Camellia con ternura—. Amaryllis decía que mamá la había enviado para protegernos.

Alisa miró de reojo a la hermana mayor. No parecía muy complacida por que hubieran contado aquella anécdota.

—Como le hemos dicho, condesa —pronunció Amaryllis con suma gravedad—. Estaremos en nuestros aposentos. Se encuentran en el ala oeste. Es la que da al bosque.

—Entendido. Gracias por vuestra hospitalidad.

Tras inclinarse, las hermanas se marcharon. Lily decidió que intentar destrozar el guante de Ezra era una tarea infructuosa y dio un salto para seguir a las tres mujeres a través del pasillo.

—¿Sabes cómo la llamo yo? —le dijo MacLeod al erguirse—. Lilith. Esa maldita gata es la madre de todos los demonios. Tal vez la Arpía mayor tenga razón y sea realmente el espíritu de Lillian. Uno enviado desde el más allá para atormentarnos… —Cogió de repente a Alisa de la cintura para asustarla—. ¡A lo mejor se instala ahora un murciélago con el alma de mi padre para completar el cuadro!

—No digas tonterías —farfulló ella, dándose la vuelta—. Comamos algo. Yo también tengo un poco de hambre.

—¿Mi condesa está famélica? Entonces no se hable más. —Le ofreció el codo para que lo tomase del brazo—. ¿Me permites hacerte de guía hasta el comedor?

—Solo si, como tus hermanas, guardas un comentario ponzoñoso para cada escalón.

—Lo cambiaré por una serie de anécdotas vergonzantes, ¿qué te parece?

Colocando los dedos sobre el mentón, Alisa fingió pensarlo un momento.

—Si son todas sobre ti, entonces acepto —respondió—. Tú conoces la raíz de mi escándalo, es hora de que descubra también las de los tuyos.

—¿Las de todos? Me temo que para eso necesitaré más tiempo.

—El castillo es grande. Y necesito mucha información. ¿Cómo si no tendré información suficiente para chantajear a mi marido en un futuro?

En un arrebato de buen humor, MacLeod le cogió de la mano para darle un beso en el dorso.

—Eso es lo que soy, sí: tu marido. Y a pesar de mis hermanas, confío en que no te arrepientas de que lo sea.

Alisa cayó en que Ezra, por vez primera, tenía razón: no se arrepentiría. Aunque no podía confesarle por qué.

Al menos, todavía.

17

—Este es el despacho del conde, milady.

Alisa entró en la estancia con una lámpara de aceite, a pesar de que el sol todavía no se había puesto. Las gruesas cortinas estaban corridas y el aire olía a cerrado, con un leve regusto dulzón, como a fruta podrida.

—Duncan, ayúdeme a abrir los ventanales —le pidió al mayordomo—. Este será a partir de ahora mi lugar de trabajo.

Aunque no puso buena cara, el hombre no replicó y llamó diligente a un par de lacayos más para ayudarla. Alisa les ordenó revisar el tiro de la chimenea antes de encenderla, y que las doncellas limpiaran el polvo y retirasen los restos de tabaco y flores muertas de los jarrones.

Tras un rato, el viento frío que soplaba desde el mar había ayudado a hacer de la estancia una habitación al menos respirable. Fue entonces cuando Alisa revisó el escritorio de roble en el centro de la sala. Estaba atestado de papeles con una caligrafía curva e indescifrable. Reconoció algunas notas con la letra de Ezra, aunque evidentemente había sido utilizado la mayoría del tiempo por el antiguo conde.

«Tengo que clasificar todo esto» caviló. «Puede que me lleve días».

Apartó todo lo que parecía correspondencia y rebuscó hasta encontrar los libros de cuentas. Leyó por encima el de ese mismo año. Era un completo desastre. Faltaban ingresos de los arrendatarios, sobraban las pagas para las hermanas MacLeod y sus maridos y, contemplando la situación del castillo, había gastos inexplicables, como uniformes nuevos para los lacayos (que no llevaban), compras de flores para habitaciones (cerradas) o reparaciones de varios pianos (cuando solo había uno servible en toda la casa).

«Más bien me llevará meses».

Por suerte, Alisa era metódica. En el fondo, sentía un burbujeante placer ante aquel reto. Haría de Dunstan House una residencia respetable para que, lejos de Londres, pudiera vivir a su aire. Ezra y ella vivirían vidas separadas y, cuando se aburriera de la gran ciudad, esa sería su residencia. Junto al mar y el bosque, en el silencio de una propiedad con una gran historia detrás. Una en la que pasar veladas apasionantes con Hope y Evelyn cuando la visitasen.

Colocó ambas manos en la cintura y cogió una profunda bocanada de aire, emocionada.

«Vamos allá».

…

Ezra abrió la puerta, aunque Alisa no se percató. En ese momento estaba colocando varios tomos en la estantería tras el escritorio, ajena a su presencia.

Le gustó verla trabajar con el mismo ceño fruncido con que solía amonestarle, como si estuviera enfadada con el desorden que la rodeaba. Tampoco se había cambiado de ropa; seguía vestida de negro por deferencia a un suegro al que no había conocido.

«A la maldita Chadburn todo le sienta bien» se rio para sí Ezra. La sobria tela tenía el mismo tono que sus ojos y su pelo largo, y hacía un bonito contraste con su palidez natural.

La siguió con la mirada mientras observaba con interés el resto de su cuerpo. Aunque era alta y delgada, bajo sus ropas intuía una delantera bien formada, la curva redonda de su trasero, unas

caderas estrechas pero firmes. Era una pena que esa Chadburn fuera tan estirada; podrían habérselo pasado muy bien en la cama.

Hasta que, como todas, se hubiera cansado de él.

—Alisa —la llamó. Como una lechuza, ella se dio la vuelta con los ojos muy abiertos y las pupilas diminutas—. ¿Me acompañarías en la cena?

—Por supuesto. Dame un segundo.

Dejó el libro sobre el escritorio y se sacudió el polvo de la falda. Ezra oteó mientras tanto el resto del despacho de su padre.

Enseguida se le encogió el estómago. Nunca le había agradado estar ahí. Le traía demasiados recuerdos crudos. En especial de despedidas.

En concreto, de una. Tan punzante como un aguijón. Tan aguda como una puñalada. De hecho, le pareció que la herida seguía abierta. En la espalda, justo entre los omóplatos, igual que la que infligiría la daga de un traidor.

Así se sintió al ver marcharse a Elea.

Así lo recordó al ver las rosas marchitas que ahora avivaban el fuego de la chimenea.

—¿Estás bien? —Su esposa estaba ya frente a él, a un paso—. ¿Ezra?

Le gustaba cómo esa Chadburn estirada pronunciaba su nombre. Sonaba a duda, pregunta y demanda. Como si, en el fondo, tuviera un significado en sí mismo que quisiera desvelar. Un valor al margen del título.

Sus amantes preferían llamarle por el apellido. O bien par del reino, mi señor, lord, conde… Los títulos nobiliarios las volvían locas. En la cama, solían enredarse en un juego en el que ellas llevaban el mismo o bien fingían que él era el todopoderoso dueño de una mansión y sus amantes, criadas a su disposición.

Ezra siempre accedía. Una fantasía era tan buena como cualquier otra, sobre todo si a cambio las damas se mostraban más ansiosas por cumplir las suyas. Aunque eso no evitaba que, al dejar sus casas, se sintiera algo sucio. Si no fuera un noble, ¿seguirían deseándole de la misma manera?

«Con mi mujer no tendré esa duda» se dijo, resignado. «Con título o sin él, no me desea en absoluto».

—Ezra —le llamó de nuevo. En esta ocasión, sonaba dolida—, ¿me estás ignorando?

—Oh, nunca se me ocurriría; tengo mi bienestar personal en demasiada alta estima como para provocarte —respondió con una fingida sonrisa—. Solo estaba ensimismado, disculpa. Bajemos al comedor para la cena. ¿Has trabajado mucho?

—Y lo que me queda —resopló ella.

—No niegues que te lo advertí. Te aseguré desde el principio que esto estaba en ruinas.

Bajaron las escaleras uno junto al otro, agarrados del brazo, como si fueran una pareja tradicional. Ezra no entendía por qué, pero estar cerca de Alisa provocaba que actuase como el caballero que no era.

—He comprobado que no exagerabas —asintió ella—. Por lo que he visto, deduzco que tu padre no estaba en sus mejores condiciones. Al menos desde hace un par de años.

—Me pregunto si el viejo alguna vez estuvo bien de la sesera —dijo él con sequedad—. ¿Crees que Dunstan House tiene solución?

—Sí, aunque habrá que reformar cuanto antes las partes del castillo que están en peligro de hundirse. Además de reunirme con los arrendatarios. Quizá mañana mismo. Es de extrema urgencia, porque imagino que no estarán muy contentos con el trato dispensado por parte de tu familia.

—Que se pongan a la cola.

Alisa ocultó una sonrisa sardónica tras el guante. A Ezra le animaban esas pequeñas muestras de que su esposa empezaba a entender su sentido del humor. Suponía que habría ayudado conocer el carácter del resto de sus hermanas.

Cenaron solos. Las tres MacLeod habían decidido hacerlo en sus aposentos para acostarse temprano e ir a su capilla privada al día siguiente. La nota con sus excusas les llegó a los dos cuando estaban empezando el postre.

Por deferencia a la cocinera, Alisa probó la tarta de menta que había preparado para «su nueva y hermosa señora», a pesar de que no le gustaba la repostería.

La tarta era tan poco dulce que le fascinó.

—Esto es incomible —se quejó Ezra—. ¿No podría llevar algo de fruta escarchada?

—Si no te gusta, mejor. Más para mí.

—¿Me he hecho con una esposa caprichosa? Mañana mismo solicito el divorcio.

Divertida, Alisa se encogió de hombros mientras daba cuenta del último trozo de masa verde de su plato.

Pronto se estableció un silencio hondo en la sala, pero MacLeod se sentía a gusto. Era la primera vez que, en ese mismo comedor, disfrutaba de una cena agradable sin aguantar los comentarios como aguijones de Amaryllis.

—Ignoro por qué las Arpías se esconden de ti, pero brindaré por eso —canturreó Ezra. Alzó la copa desde el otro extremo de la mesa—. Si lo hubiera sabido, me habría casado contigo hace años.

—Me sorprende que seas tan osado como para suponer que yo habría accedido.

—Solo habría tenido que seducirte en un jardín de rosales —se burló él—. O arrinconar a una pobre debutante que te hubiera dado la suficiente pena. —Alisa alzó ambas cejas—. Perdón. Puede que me haya excedido.

—Para nada. Haces bien al reconocer que solo llevo tu anillo por un malentendido.

Ezra se echó a reír y se levantó de la mesa. Atravesó el comedor hasta colocarse de pie a su lado.

Le produjo un inexplicable placer comprobar cómo Alisa se aferraba al colgante de corazón que siempre llevaba. Era la sutil señal de que la había puesto incómoda.

—¿Quieres tomar una copa conmigo en el salón?

—Eso solo lo hacen los caballer…

—¿A quién le importa? —Le tendió una mano—. La clave aquí es ¿lo deseas o no?

Ella contempló su palma extendida. La última vez que había hecho eso, le había pedido un baile. Y Alisa le había rechazado.

—Está bien. —Le lanzó una mirada de advertencia antes de estrechar sus dedos—. *Pero solo una.*

Ezra se negó a soltarla, así que fueron hasta allí cogidos de la mano.

En esa sala se había pasado la tarde MacLeod, leyendo y enviando cartas. La chimenea seguía encendida y, en comparación con el resto de la casa, el aire caliente se mantenía libre de polvo. La luz anaranjada de las llamas despertaba sombras danzarinas tras los muebles, pero dotaba al centro del salón de un ambiente íntimo.

Alisa se sentó en el sofá de dos plazas junto al fuego y aceptó la copa de brandy con soda que le había servido Ezra.

—¿Te ha dado tiempo a escribir a Londres?

—Por suerte, sí —respondió Alisa—. A mis padres y a mi tía, para informarles mejor de

nuestra boda y solicitar su perdón. —Dio el primer sorbo y se aguantó las ganas de poner una mueca—. ¿Tú también?

—Solo a Dag. Le he enviado dinero, además, aunque no creo que el muy bastardo lo acepte. —Cabeceó divertido—. No sé ni cómo es amigo mío.

—Yo también me lo pregunto. —Ante el comentario, Ezra sonrió enseñando los dientes, por lo que Alisa se apresuró a rectificar—: Esto, no quería decir que… Lo que me intriga es… —Carraspeó—. ¿Cómo os conocisteis?

En un gesto natural, Ezra se sentó a su lado y se reclinó sobre el respaldo. Pasó un brazo por detrás de Alisa, que en respuesta separó la espalda todavía más del asiento.

—Fue hace años, siete u ocho, diría. Estaba a punto de finalizar mis estudios en Eton. En una representación en Londres, le vi junto a su tío Boulanger, el padre de tu amiguita francesa. Durante el descanso, Dag trataba desesperadamente de que alguien le escuchase. Acababa de expandir su empresa y necesitaba ayuda para firmar unos proyectos. Ningún noble le hizo caso… y a mí me complace llevarle la contraria a la gente. —Se llevó la copa a los labios, aunque no pudo ocultar una sonrisa que Alisa interpretó como sincera—. Me gustó lo honesto que era. No suponía nada de mí ni hacía juicios de valor antes de tiempo. Para él, yo era un medio para un fin y, además, le caía bien. Para mí, él constituía una forma estupenda de sacar de quicio a mi padre y a todos los buenos señores de sangre azul que nos rodeaban. No comprenden que el mundo está cambiando a pasos agigantados. Se empeñan en luchar contra los hombres de ideas nuevas, en lugar de adaptarse a ellos. Si no lo hacen, morirán solos en sus viejos sepulcros de piedra. —Alzó la copa, señalando a su alrededor—. Igual que le pasó a mi padre.

Alisa volvió a beber. Empezaba a acostumbrarse al regusto amargo y caliente del brandy.

—¿Y tú? —murmuró él—. ¿Cómo os conocisteis?

—¿Quiénes?

El corazón le latía rápido. Ezra bajó la vista y la posó en el metálico que llevaba colgado del cuello.

—Hope, la francesa y tú.

—Ah, ellas —suspiró tranquila. Había creído por un momento que le preguntaba por Charles Tumbler—. Fue la pasada temporada, durante un baile. La pobre Hope tenía problemas con su vestido y la prótesis. Se había encontrado con Evelyn, que amenazaba a unas damas con un tacón. —Ezra se rio entre dientes—. Sí, conociéndola ahora, no resulta una sorpresa. La cuestión es que las tres estábamos solas y aburridas. Nadie nos hacía ningún caso y la sociedad nos repudiaba. Un buen matrimonio parece ser el único futuro viable para las mujeres como nosotras, y estábamos lejos de conseguirlo. Así que nos aliamos para ayudarnos mutuamente.

—Qué bonita historia. —Ezra miró a través del brandy iluminado por el fuego—. Tuvisteis buen ojo con Hope. No creo que haya un mejor hombre para ella que Dag.

—Ni una mujer mejor para él.

—Qué extraño, volvemos a estar de acuerdo. ¡Y todo en un solo día! Ese techo de colores invisibles lleno de ángeles ha debido obrar el milagro.

Para ahogar la risa, Alisa se terminó la copa con un último sorbo, mientras Ezra la contemplaba con atención.

—¿Otra, querida?

—Esto… Sí, gracias.

—Voy a tener que ir con pies de plomo contigo a partir de ahora. —Compuso una expresión divertida al mismo tiempo que le cogía el vaso de cristal y se levantaba—. Con un bebedor en la familia tenemos más que suficiente.

—Entonces deja de serlo tú.

Con el mismo aire burlón, Ezra negó con la cabeza al volver a rellenar las dos copas. Alisa le observó mientras tanto.

Había advertido que sus movimientos eran perezosos desde que habían llegado al castillo. Algo de su habitual vitalidad se había esfumado. Tenía los anchos hombros caídos y cierta melancolía velaba su mirada.

—¿Estás cansado?

—Oh, siempre. —Sonrió, mirándola de reojo—. ¿Por qué lo dices?

—Te noto diferente desde que hemos llegado.

Él dejó la botella sobre la mesa con más brusquedad de lo normal.

—Reconozco que Dunstan House me agota —musitó, impávido—, aunque no físicamente.

—Comprendo. —Alisa tragó saliva y entrelazó los dedos. Tras coger fuerzas, añadió—: En cuanto a estar aquí… Se supone que, a ojos de todos, nos hemos casado muy enamorados. ¿No deberíamos fingir algo de pasión delante de los criados? ¿O, al menos, de tus hermanas?

—Estamos lejos de Londres y de nuestro falso escándalo. —Al regresar, Ezra le tendió la copa, aunque no se sentó junto a ella—. Aquí a nadie le importa ya nada en absoluto, ni siquiera eso.

MacLeod volvió a alejarse. En esta ocasión, para apoyar el brazo en la repisa de la chimenea. Su mirada se mostraba tan oscura como desenfocada.

—Ya te darás cuenta de que esta es una casa construida a base de mentiras —añadió.

—¿Por eso querías venir aquí? —Ezra se giró como un resorte hacia ella—. ¿Para ocultar la nuestra?

Tras una pequeña pausa, él sonrió de lado. «Sin duda, esa es falsa».

—No. Nunca hubiera querido volver.

—¿Por qué?

Ezra volvió la vista al fuego.

—Si no fuera por Heather, dejaría que este castillo se cayera. Piedra a piedra. —De pronto, su expresión se volvió decidida—. ¿Sabes? He cambiado de opinión. En realidad, no tienes por qué quedarte aquí si no lo deseas. No es necesario que salves este pozo sin fondo de problemas y gastos. Puedes volver a Londres y jamás regresar. O irte de viaje. —Se bebió la copa del todo y la dejó vacía sobre la repisa—. Adonde tú quieras.

Alisa también dejó la copa a un lado.

—¿Puedo hacer lo que yo quiera sin que me lo recrimines?

—¿Qué podría recriminarte? —Soltó un bufido burlón—. Eres ahora tan libre como cuando te conocí.

—No es lo que dice la ley. —Hizo una pausa—. Ni lo que creen los demás al contemplarme.

—Te conozco poco, Alisa, pero dudo que haya cadenas lo suficientemente fuertes como para atarte a nada ni a nadie. En eso, nos parecemos. Y yo, más que nadie, sería incapaz de obligarte a hacer nada que no quisieras.

Tras un segundo, la joven se levantó. Con el valor que le otorgaba el brandy, se aproximó poco a poco hasta él.

Ezra, todavía ausente, no apartaba la atención de la chimenea, así que Alisa tuvo que enmarcarle el rostro con ambas manos para poder acercarlo al suyo.

Hacía siete años que Alisa no besaba a un hombre, pero se sintió en muchos sentidos igual que entonces.

Tal vez en más de los que estaba dispuesta a admitir.

18

¿Por qué lo había hecho? La misma Alisa se respondió: la tentación de besar a Ezra MacLeod era demasiado abrumadora como para resistirse a ella por más tiempo.

Al verle junto al fuego había comprendido que, si no le besaba entonces, acabaría cayendo en otro momento, y prefería ser ella quien decidiera cuándo y cómo.

Además, que Ezra no la mirase con esos ojos que la desarmaban había ayudado a que se atreviera a hacerlo.

En cualquier caso, ese beso había desatado demasiadas emociones como para diseccionarlas una por una. Estaba el aleteo frenético en el estómago, el calor que se extendía a oleadas por la piel hasta sus mejillas, las cosquillas que ascendían a la carrera por su sangre, haciéndole competencia al brandy.

Había otras nuevas que no había experimentado jamás. El éxtasis de ser ella quien se hubiera lanzado a besarlo a él, la sensación de ingravidez que le aflojaba las rodillas y, por encima de todo, la ilusión de una cercanía más allá de lo físico.

Una ilusión falsa y peligrosa, pero no por ello menos excitante.

Se vio a sí misma desde fuera, apenas de puntillas, con los dedos todavía enmarcando ese maldito rostro que había tratado de no mirar como una boba. ¿Cuándo, durante la cena? ¿Desde su boda? ¿A raíz del viaje? ¿O, quizá, desde que le había conocido, hacía años, riéndose junto a otra dama en la esquina oculta de algún baile?

Notó bajo las yemas de sus dedos la aspereza de una sombra de barba, la marca de una pequeña cicatriz e incluso la sonrisa que Ezra no esbozaba, pero, estaba segura, guardaba debajo. Escondida, siempre preparada para trastocarla.

La presión de sus labios aumentó hasta que logró que, superada la sorpresa inicial, MacLeod se abriera a ella. Le saboreó con la punta de la lengua hasta gemir contra su boca. Parecía que había pasado una vida desde la última vez.

Mostrarse así de vulnerable era peligroso para la integridad de su corazón. Pero, en momentos como ese, merecía la pena.

Cuando notó las manos de Ezra agarrarle la cintura para acercarla más a su cuerpo, al deseo se unió una increíble sensación de poder. Él quería que continuara. Quería ir más allá. Dominarla. Porque la deseaba. De entre todas las mujeres, a ella. Y no tardó en dejárselo más claro todavía.

La empujó contra el marco de la chimenea y devoró su boca. Pronto saltó de los labios a la curva de su garganta, siguiendo con la lengua el delator latido de su corazón.

En respuesta, Alisa gimió en voz alta, hundiendo los dedos entre su pelo oscuro para cerrarlos con fuerza después. Aquel tirón provocó que Ezra gruñera antes de darle un pequeño mordisco en el cuello.

—Con que no me deseabas ¿eh? —murmuró contra su piel—. Perdonaré tu mentira de anoche si tú ignoras la mía.

Sin que pudiera reaccionar a aquella confesión, Ezra volvió a tomar su boca. La besó con la misma tenacidad con la que siempre la había retado. Y eso parecía aquel beso entre los dos: una lucha encarnizada, aunque Alisa no estaba segura de qué querían demostrarse el uno al otro en esa batalla. Por su parte, lo único que deseaba era ganar.

Ezra recorrió la curva de su cintura, e hizo descender después la mano hasta el muslo; rápido, empezó a tirar de la falda hacia arriba, amontonando la tela negra sobre la cadera. Alisa sintió pronto el roce de sus dedos en el único hueco de piel existente entre la liga de sus medias y el resto de su ropa interior.

«Vaya, esta mañana tenía razón. Sí que es hábil desvistiendo».

La acaricia fue suave. Al principio. Hasta que Ezra giró la palma y le apretó el muslo. A Alisa se le escapó un gemido, al que siguió otro cuando él aprovechó para doblar y alzar la pierna, apoyándola contra su cadera. En un segundo, Alisa había acabado arrinconada como una presa, abierta para él.

La aprisionó una vez más, empujándola contra la piedra de la chimenea, encajándola contra su cuerpo. Alisa obtuvo así una prueba más del deseo que, hasta entonces, Ezra le había negado una y otra vez.

«Que te desee un hombre no es sinónimo de que te quiera, mi amiga Chadburn», recordó. «Solo de que es más capaz de manipularte para conseguir lo que ansía».

El consejo tenía siete años, pero hacía eco en su mente como si acabase de escucharlo.

Volviendo a la realidad, Alisa echó la cabeza hacia atrás para abandonar esa boca que la había desarmado. Al abrir los ojos, le satisfizo comprobar que, con su atrevimiento, había cogido a MacLeod por sorpresa.

Fue una suerte. Le resultó más fácil ocultar la suya propia.

Permanecieron unos segundos de esa manera, todavía abrazados. Quietos. Jadeando. La música del salón era baja pero constante: sus respiraciones rápidas, la madera crepitando, el tictac imparable del reloj.

Sus labios estaban tan cerca que Ezra le rozó con ellos al cerrarlos un instante para tragar saliva. Luego hizo descender su pierna con suavidad hasta el suelo.

Cuando se inclinó para volver a besarla, más calmado, lo hizo despacio. Lo suficiente para que a Alisa le diera tiempo a deshacerse del todo de su abrazo dando un paso hacia un lado.

—Estoy… cansada —se excusó con un hilo de voz—. Quizá lo mejor es que vaya a dormir a la alcoba de la condesa. Tiene sentido, ya que eso es lo que soy ahora.

Se dio la vuelta con pretendida calma. Después caminó, lánguida, hasta la puerta del salón. Al llegar allí, apoyó con delicadeza una mano sobre el picaporte plateado.

—Digas lo que digas, Ezra, no pienso irme de aquí. Ni a Londres ni de viaje ni a ningún otro lugar —murmuró sin volverse—. No vas a librarte de mí tan fácilmente. Estamos casados, tus problemas son ahora los míos. El bienestar de Heather es parte de mi responsabilidad, y el destino de estas propiedades, su futuro. Así que voy a salvar este castillo. *Mi* castillo. *Nuestro*. Eres tú quien debe decidir si acompañarme mientras tanto o huir de las dificultades. —Hizo una pausa—. Una vez más.

De repente, el conde advirtió cómo unos ojos amarillos se abrían en la oscuridad. Siguieron de un salto a la joven antes de que esta, a su espalda, cerrase sin ruido la puerta de madera.

Ezra, todavía sin aliento, tardó unos segundos en entender lo que acababa de pasar.

Tenía aún el sabor de la menta en los labios. Cuando se echó otra copa para enmascararlo, el contraste entre la hierba fresca y el alcohol le cautivó.

Ignoraba si aquello había sido una venganza por haber rechazado a su esposa la noche anterior, pero desde luego no estaba dispuesto a quejarse. Si esa era la manera que tenía Alisa Chadburn de mostrar rencor, la aceptaría de muy buen grado.

…

Alisa no iba a volver a probar el brandy.

Jamás.

Dos copas. Tan solo dos copas habían bastado para empujarla a besar a Ezra MacLeod.

«Voy a ser abstemia lo que me queda de vida».

A la luz de la mañana, sabía que no era la única persona en ese castillo (ni en el mundo) que se habría hecho tal promesa. Pero se juró que ella sí la mantendría. De ello dependía que evitara volver a tropezar con la misma piedra.

Enredarse con un hombre atractivo estaba… *bien*. La noche anterior, seguro que le había cegado el tiempo que llevaba sin hacerlo. El cansancio del viaje habría ayudado, sin duda. Y la intimidad que daba la oscuridad del salón de un castillo neogótico, la luz romántica y titilante de la chimenea, la voz grave de Ezra, que había pasado de hacer bromas cínicas a darle carta blanca para que hiciera lo que quisiera.

No había nada que volviera más cautivador a un hombre que reconocer la libertad de las mujeres a su alrededor.

«Quizá no sea culpa del brandy» se dijo. «Puede que, en realidad, sea culpa suya».

Y por eso se prometió que al que evitaría a partir de ese momento sería a su propio marido.

Tendría que ser cortés, eso no podía evitarlo. Ignorarlo de la noche a la mañana despertaría todavía más sospechas en los habitantes de la casa sobre su escándalo y posterior boda precipitada. Sin embargo, mantendría las distancias. Una buena distancia de seguridad nunca había sido una mala medida. Así se mantendría a salvo, por lo que pudiera pasar.

Aunque Ezra no era tan malo como había supuesto en un principio, no quería echar por tierra ningún otro recelo que tuviera contra él. Los prejuicios podían estar basados en mentiras, pero la protegían con mucha efectividad contra la decepción.

En especial de la que podía hacer crecer contra sí misma si se dejaba arrastrar por un caballero de sonrisa arrebatadora.

Otra vez.

—Mi señora, ya está. —Su nueva primera doncella le abrochó el último botón de la espalda del vestido negro—. ¿Desea entonces que la acompañe?

—Si es tan amable —dijo ella, procurando sonar más tierna de lo normal. En ese castillo, no le sobraban aliadas—. No confío en poder hacerlo todo yo sola.

—Cuente conmigo, milady.

—Gracias. Ayer ordené enviar varias tarjetas de visita a los arrendatarios de los alrededores, así que hoy trataremos de saludar a los máximos posibles.

—Pero señora, ¿cuántos serán esos?

—Quizá doce.

—¡¿Doce?!

—Serán visitas como mucho de quince minutos —trató de tranquilizarla Alisa—. ¿O la costumbre aquí es otra?

—Aquí no hay costumbre, mi señora —musitó la doncella—. Llevo trabajando siete años para el conde de Northum y nunca visitó a nadie. Apenas salía del castillo, excepto para pasear por los acantilados o recorrer el Whin Sill.

—Disculpe, Nellie, creo que no la he entendido bien.

—El Whin Sill es una formación de rocas que…

—Eso ya lo sé. ¿Ha dicho que no se ha contactado con los arrendatarios en *siete años*?

—Siete u ocho, mi señora, si la memoria no me falla. La reina ya había sido coronada, eso puedo asegurarlo.

Alisa bajó los párpados, cogió aire por la nariz y lo echó poco a poco por los labios entreabiertos.

—Bajemos entonces a la cocina antes de marchar —dijo—. No podemos aparecer en esas casas con las manos vacías. ¿Hay flores en los jardines?

—Creo que han florecido algunas pimpinelas.

—Las rosas escocesas, claro. —Alisa asintió—. Esperemos que sirvan como señal de conciliación.

Se sentó frente al tocador y dejó que Nellie empezara a peinarle y trenzarle el pelo. Por su alegre tarareo, era evidente que la doncella prefería realizar esa tarea que acompañarla a enfrentarse al frío exterior y a más de una decena de arrendatarios que habían sido abandonados a su suerte por sus señores.

Alisa entendía bien las reticencias de Nellie, pero no podía echarse atrás. Estaba allí para trabajar por el buen futuro de Northum y, aunque el reto le causara pavor, la dificultad solo volvería la futura victoria más dulce.

Distraída mientras la peinaban, Alisa contempló la puerta de roble oscuro que estaba a la derecha del tocador, junto a la ventana. Le había preguntado a Nellie por ella en cuanto la había despertado en el amanecer, a pesar de que ya había intentado sin éxito abrirla la noche anterior.

«Conectaba los dormitorios de los condes» le había explicado, «pero ignoro cuándo ordenó sellarla el señor Eduard MacLeod».

Alisa imaginaba a Ezra durmiendo a pierna suelta al otro lado de la pared, en su propio cuarto, ese que había pertenecido un día al difunto padre que detestaba. Ni por un segundo se había planteado despertarlo; incluso le había pedido a Nellie que hablasen en voz baja para evitarlo.

—Lista, mi señora —canturreó la doncella—. ¿Desea que partamos ya?

—Cuanto antes lo hagamos, antes volveremos.

—¿Querrá entonces asistir a la misa matinal con las hermanas del conde?

—Oh, no. A nuestra vuelta, he de gestionar las primeras obras de reforma de Dunstan. Dios me perdonará que deje los rezos para el domingo. —Nellie ahogó una exclamación consternada —. Ya que el Señor todo lo ve, considerará una mejor obra de caridad que recuperemos el esplendor del castillo, ¿no le parece?

—Como desee, señora.

Ya en el carruaje, ataviadas con gruesas capas, sombreros y rodeadas de varias cestas con tartas, pan, fruta y flores, Alisa se permitió cerrar los ojos y apoyarse con comodidad en el respaldo. Era absurdo, pero alejarse momentáneamente de Dunstan House suponía un alivio. Adoraba la finca, la piedra, el paisaje, las posibilidades. Pero dentro estaban las hermanas de Ezra.

Y Ezra.

Mientras recorrían las millas hasta la casa de los granjeros Martin, notó cómo la distancia de seguridad aliviaba la vergüenza por haberse atrevido a besarlo.

«Ni una copa más».

…

Ezra había olvidado cuánto pesaba una resaca en Dunstan House.

Lo recordó cuando el ayuda de cámara retiró con brusquedad las cortinas junto a su cama. MacLeod se dio la vuelta para evitar la luz y gruñó contra la almohada algo parecido a «qué demonios hace». No supo ni cómo entendió aquel hombre su queja.

—La señora me ha enviado a despertarlo.

—¿Alisa?

—Oh, disculpe. —Descorrió las siguientes—. Quise decir su hermana, lady Amaryllis. La condesa de Northum se encuentra fuera desde primera hora de la mañana.

—Entonces dígale a mi hermana que solo obedezco órdenes de *mi* señora —espetó Ezra. Se tapó con la almohada un segundo, antes de incorporarse como un resorte al siguiente—. ¡¿Fuera?! Espere, ¿a qué se refiere con *fuera*? ¡¿Mi mujer ha regresado a Londres?!

—Oh, no, milord. —El tono con el que respondió el sirviente le dejó claro que lo habría preferido—. La nueva condesa ha salido para solventar asuntos relativos a la propiedad.

El alivio atravesó la niebla de la resaca.

—Ah, esto… bien —murmuró Ezra—. Entonces ordene prepararme el desayuno.

—Son pasadas las doce de la mañana, milord.

—Pues un *brunch*. O el almuerzo. No, mejor no. Mejor haga té. —Salió de la cama y se frotó la cara con las manos—. Lo tomaré en el salón del ala sur. Añada unas pastas. También huevos revueltos, sí, y algo de carne. Con pan. Y mantequilla.

—Es decir… un almuerzo.

Ezra le acribilló con la mirada y el sirviente bajó la vista.

—Sí, un maldito almuerzo. Bajaré enseguida, así que dese prisa.

—Como guste, milord.

Descendió las escaleras ya aseado y vestido. Se había decantado por un traje de tweed marrón, chaleco de color burdeos y botas de paseo. Había abandonado definitivamente el luto. ¿Qué más daba lo que pensaran los demás? A rey muerto, rey puesto. La mayoría de los criados ya lo odiaban y los nuevos no tardarían en obedecer a Alisa, así que poco importaba cómo se vistiese.

Además, si encontraba así otra manera de fastidiar a las Arpías, bienvenida fuera.

Tras desayunar, estiró los músculos en la silla del escritorio del salón sur. Era la sala que menos le gustaba a su padre, así que se había transformado con rapidez en su favorita.

Había otros salones en el castillo, más majestuosos, con menos corrientes de aire y atiborrados de muebles con grandiosas historias detrás. Pero a Ezra le importaba bien poco estar en la misma habitación que un *bureau* sobre el que el rey Jacobo I se tiró a su amante. Prefería estar allí, apartado del mundo, con una alacena llena de licores en finas botellas labradas de cristal, un par de libros y una chimenea siempre encendida.

Fue a servirse la primera copa del día cuando escuchó ruido fuera. Curioso, se acercó al ventanal para averiguar el motivo del jaleo.

Había criados moviéndose por todas partes. Limpiaban los establos, podaban los árboles del jardín, llevaban y sacaban muebles del castillo, mientras las criadas volvían con carros llenos de cestas de ropa y comida. Y en medio del frenesí, en el patio delantero, seguida por la doncella Nellie y discutiendo con el primer lacayo y el ama de llaves, estaba Alisa Chadburn.

«Mejor dicho, Alisa MacLeod».

Llevaba una capa negra que revoloteaba con furia tras ella, henchida por el fuerte aire. Los tres trabajadores escuchaban atentos, con papeles en las manos que se empeñaban en escapar de su agarre. Los pobres trataban de ignorar el viento y apuntaban metódicos, con los cinco sentidos puestos en su nueva señora.

Alisa hacía aspavientos con las manos, seria. Señalaba el tejado del castillo, la torre del homenaje, parte de la muralla derruida. Cuando dirigió el índice acusador al frontal de Dunstan House, lo vio por fin. Las miradas de ambos se cruzaron y Ezra sonrió al comprobar que en esta

ocasión había sido él quien la había tomado por sorpresa.

Alzó una mano para saludarla de forma infantil, lo que provocó en Alisa un buen fruncimiento de cejas. Eso le hizo reír. Después le hizo gestos interrogativos. «¿Qué haces ahí?» quiso saber, marcando bien cada palabra con los labios.

Su esposa respondió apartando la vista con aire desdeñoso e indicándole al ama de llaves otro punto del edificio.

—Déjame hacerte una pregunta —escuchó de repente Ezra por detrás—. ¿A qué se debe tu elección? Es retorcida hasta para ti.

Ni siquiera le hizo falta darse la vuelta para saber quién era.

—¿A qué te refieres, Amaryllis?

—A por qué has escogido de entre todas tus fulanas a la mujer más metomentodo de Londres.

Ezra se encogió de hombros.

—Incluso yo ignoro a qué tipo de mujer he elegido.

«Y a pesar de no conocerla» se dijo, «sé a la perfección cuándo una dama está huyendo de mí».

19

Sabía que caminaba detrás de ella. No solo porque sus pisadas fueran características (¿desde cuándo las reconocía?), sino porque cuando se detenía a apuntar algo en su libreta, notaba los dedos de él tirar un poco más del lazo suelto de su peinado.

—Para.

—¿Parar qué?

Sin darse la vuelta, ajustó la cinta de nuevo para que el moño trenzado no se deshiciera.

—¿Qué pretendes, fastidiarme como un niño?

—Solo te acompaño, querida. Siguiendo tu consejo de ayer, he dejado de huir. —Alisa supo que Ezra sonreía cuando añadió—: Quizá otras deban empezar a guiarse por el mismo mantra.

—No me distraigas —gruñó ella, escribiendo con el lápiz de grafito las señas del pasillo en que se habían detenido, donde una humedad había comenzado a desgastar el papel pintado—. Como ves, estoy ocupada.

—Pero si te estoy dejando trabajar. Solo quiero estar cerca por si deseas hacer un descanso en tus obligaciones y tomar una copa.

—No pienso volver a beber. Y menos contigo.

Escuchó una exclamación ahogada.

—¿Y esa espantosa amenaza a qué se debe?

—No es una amenaza. Y se debe a que beber como haces tú solo me lleva a tomar malas decisiones. —Apuntó de nuevo algo en el papel, aunque en realidad ni ella entendió una palabra —. Decisiones como la de ayer.

—Oh, yo creo que es de lejos la mejor que has tomado. Dejando a un lado cuando accediste a casarte conmigo, claro.

Alisa le miró por encima del hombro con la frente arrugada.

—Lo de ayer fue un desliz imperdonable fruto de la embriaguez y el agotamiento —mintió —. Así que te agradecería que te comportases como el caballero que en teoría eres y finjas que no ha pasado.

—Lo intentaré, aunque no prometo nada: Dios me concedió como regalo de nacimiento una memoria prodigiosa —se burló Ezra—. Por lo nerviosa que pareces esta tarde, me da la sensación de que también te la otorgó a ti.

—Oh, qué va. —Alisa volvió la cabeza y reanudó su caminata, cerrando de un movimiento la libreta—. Suelo olvidar con facilidad los errores que cometo.

El corazón le latía deprisa, como si estuviera enfadado por su terquedad. Parecía gritarle «¿qué estás haciendo, ingrata? ¡Úsale y luego échale del castillo! Él estaría encantado de ocupar tu cama».

Y ella lo haría de buen grado, desde luego, si estuviera segura de que dejarse llevar por el deseo no supondría al mismo tiempo guiar al paredón a sus ilusiones románticas.

—¿Vas a continuar persiguiéndome? —suspiró mientras ascendía las escaleras hasta la tercera planta.

—Solo estoy paseando por mi castillo —aseveró Ezra con falsa inocencia—. Disculpa, me corrijo: paseo junto a mi encantadora esposa por *nuestro* castillo.

Alisa ocultó la sonrisa tras la libreta y aceleró la caminata.

Suyo o de ambos, lo cierto era que MacLeod no estaba ocupándose de nada respecto a la propiedad. Pero Alisa se alegró de que, al menos, no hubiera decidido dejarla allí a su suerte.

Probablemente era la única muestra de compromiso que sacaría de él. ¿Cuánto duraría? ¿Cuándo se cansaría y volvería a Londres, a beber whisky escocés en bailes de sociedad y a perseguir mujeres casadas para calmar su sed?

Detestó el rechazo irracional que le despertó esa imagen. Decidió ignorarlo y enterrar los celos donde escondía todo lo demás: entre las grietas que habían dejado los desengaños del pasado.

…

Alisa levantó la vista para bajarla al instante. Tachó otro gasto y apuntó al lado la nueva cantidad que le correspondía: menos de la mitad. Pasó al renglón siguiente, pero le distrajo el sonido de la risa desde el diván frente a su escritorio.

Volvió a alzar la cabeza y esta vez él también la miró a ella.

—¿Qué?

—¿No tienes ningún otro sitio donde leer, *querido*? —dijo con retintín—. Este castillo no es pequeño, precisamente.

Ezra, con una teatral mano sobre el pecho, fingió indignarse.

—¿Acaso te altera mi presencia?

—No —se apresuró a contestar ella, lo que le hizo a él componer una mueca jactanciosa de victoria—. Solo agradecería que no te rieras en voz alta. Es imposible que eso que tienes entre las piernas te haga tanta gracia.

—Voy a ordenar bordar esa frase en un cojín para colocarlo sobre mi cama. Dios mío —volvió a reírse, alzando el libro apoyado en el muslo—, sí que eres una villana de cuento, lady Morgana.

—No es eso. —Alisa siguió escribiendo—. Es que sonríes demasiado.

—Y tú demasiado poco, querida.

Ladeó la cabeza con desgana.

—Siento si no soy del agrado del señor feudal de Northum, pero no estoy aquí para ser tu bufón.

—Por supuesto, Dios te libre de complacer a nadie.

—Amén.

—Amén —repitió él.

Después se estiró cuan largo era, perezoso, y regresó a las páginas del libro. Alisa, a sus papeles. Aunque, sin poder evitarlo, de vez en cuando alzaba solo los ojos para contemplarlo.

MacLeod se había quitado las botas y la chaqueta, se había arremangado la camisa y no parecía importarle el frío de la habitación. De hecho, no parecía importarle nada.

Porque nada enturbiaba ese odioso buen humor.

Tras varios días con él revoloteando a su alrededor, había descubierto que Ezra era incapaz de borrar su sonrisa sardónica de la cara. ¿Por qué era así? ¿Y qué libro era ese? No parecía un clásico. Seguro que se trataba de una de esas novelas llenas de escenas pecaminosas, prohibidas a las damas «de bien». A Evelyn le encantaban. Hope se reía de lo poco realistas que eran y eso abanicaba las ganas de Eve de hablar sobre temas amorosos.

Sintió una punzada en la boca del estómago. Cuánto las extrañaba.

No se había dado cuenta de lo mucho que las necesitaba y cuánto tiempo pasaba con ellas hasta que se había alejado de Londres. Sentía un vacío parecido al de la pérdida de un ser

querido, solo que este era más melancólico y esperanzador, porque sabía que, pasado un tiempo, volvería a verlas. El problema radicaba en que cada día que pasaba sin su compañía parecía más largo que el anterior.

Por suerte, hasta que se reencontrasen, debía hacer frente a una tarea que la distraía lo suficiente. Además, tenía ganas de arreglar todo el desaguisado del castillo y sentar las bases para mantener una confortable vida de condesa en un futuro, pero, sobre todo, deseaba terminar para enseñarle el resultado a sus dos amigas. Las abrazaría, tomaría el té con ellas y bailaría a su lado sin preocupaciones con el extraño gramófono que Brooks había inventado.

Tampoco necesitaba mucho más.

—¿Las echas de menos?

Alzó la cabeza de pronto y comprobó que Ezra, sin moverse del sitio, también la había estado observando. Entonces él señaló con la cabeza su pecho y Alisa bajó la vista.

Tenía los nudillos blancos de apretar el colgante de corazón.

—¿Cómo lo sabes? —le espetó ella, soltando la cadena—. No tienes ni idea de lo que es eso.

Alisa solía arrepentirse de muchas cosas que decía, y esa fue una de ellas. Y lo que más le dolió fue el hecho de que Ezra apenas se inmutó por sus palabras.

—Tienes razón, querida. Soy un hombre sin corazón que se dedica a atesorar el de las jóvenes vírgenes en la mazmorra del castillo. —Agitó una mano en el aire—. Dado tu escandaloso pasado, tú estás a salvo, tranquila.

Alisa tragó saliva y trató de recomponerse.

—Dime dónde está ese sótano —le ordenó indiferente—. Seguro que allí también tendremos que hacer reformas.

Vio de reojo que él sonreía de lado y volvió a las cuentas con cierta satisfacción.

Pasaron los minutos y un nuevo enfado fue creciendo en su interior. Todo era un desastre. Había tierras que habían quedado totalmente desatendidas, fuentes de ingresos que tardarían meses en ser rentables de nuevo, partes del castillo que habría costado menos reparar de haber sido cuidadas un poco antes.

Aunque la visita a las familias que vivían en las fincas y propiedades alquiladas por los MacLeod había ido bien, tardaría varias estaciones en mejorar sus cosechas y beneficios. La mejora sería lenta, si es que existía.

Sin poder aguantarlo más, abarcó todos los papeles con las manos, los soltó sobre la mesa todos a la vez y gruñó:

—No entiendo cómo no hiciste nada. ¡Cómo no haces nada!

Sobresaltado por la interrupción, Ezra se giró con una expresión de anhelo.

—¿Qué quieres decir con que no hice nada? —Se alzó un poco sobre el sofá, como si fuera a levantarse de un salto—. ¿Deseas que haga algo por ti?

—¿Qué? Por mí no. Por tus tierras. ¡Tus propiedades! Te recuerdo que ni siquiera son mías. Me las legas de palabra, pero a ojos de la ley, siguen siendo tu responsabilidad. ¡Y son un desastre! —Señaló unos cuantos papeles y le lanzó una mirada airada—. ¿No te da rabia?

Él negó con pereza, de pronto desinteresado.

—Nunca las he sentido como mías, por eso me resultó tan fácil dárselas a alguien que las apreciaría más. Alguien como tú.

—No pongas excusas. La realidad es que eres un holgazán. —No podía creerse lo que iba a decir a continuación—: Y no porque no tengas otra opción. Eres ingenioso e inteligente, y de sobra capaz de alcanzar lo que te propongas.

Otra frase de la que arrepentirse. La sonrisa de Ezra fue un campanazo de victoria que resonó

en el despacho.

—Ah, ¿sí? ¿Esa opinión tienes sobre mí?

—Sí —respondió Alisa con rapidez. Y furia—. Por eso me enerva que no hagas nada. Tú, un hombre al que se le ha dado todo en la vida, ¡y no lo aprovechas! Me hierve la sangre. ¿Sabes a cuánta gente le hubiera gustado nacer en tus circunstancias? —Dejó con furia la pluma sobre el escritorio—. Naciste con unos privilegios de cuna que desaprovechas sin ningún signo de vergüenza. No tienes ni idea de la suerte de la que gozas.

Ezra permaneció inmóvil unos instantes, hasta que se levantó con una agilidad asombrosa y cerró el libro de un golpe.

—Tú tampoco tienes ni idea de tu propia suerte, querida, por mucho que te empeñes en fingir que sí para ahogar un poco tus penas. —Caminó hasta la puerta—. Nunca he pretendido ser más de lo que soy. Y no creas que, por hacerlo tú, eres mucho mejor que yo.

No dio un portazo, aunque Alisa lo sintió en las costillas como tal.

Por supuesto que no se creía mejor que él. Sabía que no lo era. No era superior a nadie. Si se empeñaba en contenerse (hasta acabar por explotar) era porque como mujer la habían educado para ocupar una habitación demasiado pequeña. Pero nunca llegaría a sentirse cómoda entre cuatro estrechas paredes.

Se lo habían repetido innumerables veces: «eres demasiado ambiciosa para ser una dama». Y ver a un hombre frente a ella que podía serlo sin consecuencias le dolía. Le dolía porque quería ser como él.

O al menos deseaba haber tenido esa oportunidad.

Recogió la pluma del escritorio y sin querer rozó el bote de tinta. Este se vertió por el movimiento y salpicó varios papeles. Mientras refunfuñaba lamentándose por su torpeza, abrió y cerró cajones buscando más hojas limpias. Pronto descubrió otra cosa, aunque tardó en entender lo que era.

Una miniatura de una mujer sonreía con calidez al espectador.

Era un dibujo detallado y suave, nada que ver con la intensidad de los trazos de los cuadros de Hope. Sin embargo, a la dama retratada le sentaba bien ese estilo. Poseía unos rasgos llenos, un cuerpo voluptuoso y un pelo negro rizado recogido en lo alto con una corona de flores de azahar. Llevaba además un sencillo vestido blanco.

Parecía una joven novia.

Alisa le dio la vuelta a la miniatura. Detrás, con letra curva, alguien había escrito una sola palabra.

Eleanor

«Así que esta es tu querida Elea» rumió Alisa. «Puede que al final sí eches de menos a alguien».

Buscó en el despacho más papeles, más pistas relacionadas con ella, pero no encontró nada. Sí se topó con dos lazos blancos, con el nombre de Freesia y Gardenia bordados. Hacía días, Begonia, a regañadientes, le había contado la historia: antes de Heather, la madre de los MacLeod había perdido a unas gemelas, justo después de un parto complicado.

Amaryllis, Begonia, Camelia, Dahlia, Ezra, Freesia, Gardenia… y Heather.

¿Dónde encajaba Elea entre todos los MacLeod?

Durante toda esa tarde, Alisa volvió una y otra vez al retrato de la mujer.

Era bonita por lo cercana, no por sus atributos. De hecho, si se fijaba bien, tenía la nariz larga, demasiado grande para su rostro. Hasta se perfilaba un poco ladeada. Las cejas eran finas sobre los ojos castaños, la boca se veía ancha. Pero supo por qué un hombre se enamoraría de

ella. Solo había que fijarse en la alegría sin ambages que reflejaba.

«—Es que sonríes demasiado.

—Y tú demasiado poco, querida».

Se guardó la miniatura en el escote del vestido y continuó revisando las cuentas.

El cielo sobre el mar que vislumbraba desde la ventana se oscureció como la tinta derramada. Tras el anochecer, el ama de llaves apareció eficiente para traerle velas, algo de té y su nueva tarta de menta favorita. Alisa lo agradeció con el amago de una sonrisa y preguntó por la cena.

—Hoy el conde ha avisado de que cenaría solo en sus aposentos, milady.

Alisa tardó un par de segundos en reaccionar, aunque se cuidó de mostrarse alterada delante de la sirvienta.

—Ah, ¿sí? Perfecto entonces, ya que había pensado hacer lo mismo —dijo antes de llevarse la taza de té a los labios—. Dígale a Nellie que subiré en una hora a mi dormitorio.

Grace, la pobre mujer que había aguantado durante dos generaciones los caprichos de los condes de Northum, asintió sin mediar palabra.

«Seguro que nuestro patético teatro no es lo peor que ha visto» se consoló Alisa.

Cuando Grace se marchó, se quedó de nuevo sola. A pesar de que trató de concentrarse en el libro de cuentas, le resultó imposible. Algo la distraía. Cualquier sonido la sobresaltaba. Le ardía el pecho de celos.

Justo donde había dejado el retrato de la mujer a la que estaba dispuesta a desenmascarar.

20

La investigación avanzaba lenta. De hecho, no podía afirmar que avanzara siquiera. Aunque eso no desanimaba un ápice a Alisa; estaba segura de que acabaría descubriendo quién era Elea. Había heredado la famosa cabezonería de las Chadburn, y confiaba en que también la magia que aseguraba poseer su tía Juliet.

Revisó con cuidado todos los retratos del castillo, todos los muebles, cajones y compartimentos secretos. Encontró algunas cartas rimbombantes de antiguos amores de las hermanas MacLeod (que supo enseguida que Ezra se moriría por utilizar en un chantaje), poemas infantiles de una solitaria Heather (que se veía como la triste princesa encerrada en un castillo de pesadilla), joyas ocultas por antiguas condesas (que querrían preservar de maridos despilfarradores) y hasta notas jocosas de los criados a expensas de los dueños (que contenían la mayor cantidad de juramentos que Alisa había leído jamás).

Pero ni rastro de la misteriosa Elea.

Cuando estaba decidida a empezar a interrogar a los miembros más longevos del servicio, alguien llamó a su despacho. Alisa se apresuró a guardar la miniatura en un cajón.

—Adelante.

Ezra entró con andar lento y gesto desganado. Lo cierto era que se habían evitado desde hacía tres días. Alisa sabía que le debía una disculpa, pero no había tenido ocasión de dársela, y él tampoco le había pedido perdón en las ocasiones anteriores en que la había ofendido. Alisa esperaba que el tiempo dulcificara el rencor entre ellos y pudieran ser al menos cordiales. Eso lo haría todo más fácil.

Hasta que, como seguro pasaría, alguno de los dos se marchara para no regresar.

—Tienes correo.

Tras dárselo en mano, Ezra se quedó plantado delante de ella. Alisa supo de inmediato que no haría eso con correspondencia normal, así que buscó apresuradamente el abrecartas de plata en un cajón.

Se sintió avergonzada al notar cómo le temblaban las manos. Había reconocido tanto la letra como el nombre del remitente.

Leyó la carta en silencio con él delante. Eso no le importó, aunque sí se arrepintió de la risa que se le escapó al final y que trató de ocultar con rapidez tras los dedos.

—¿Buenas noticias?

—Vienen. ¡Todos! Hope, Evelyn, el señor Dagger, mi tía Juliet, Heather… hasta el ingeniero Brooks —susurró Alisa. Volvió al segundo párrafo—. Quieren probar aquí uno de los nuevos prototipos de dirigible de la compañía. Dicen que es el lugar perfecto, por… —Calló de repente y alzó la vista hacia su marido—. ¿Esto ha sido idea tuya?

Ezra enseguida se encogió de hombros.

—Yo solo me limité a explicar cómo era de extenso el páramo frente a Dunstan House.

—¿En serio?

—También cuánto te morías por verles y lo insoportable que resultas llorando por su ausencia en cada rincón del castillo —añadió después—. Que ellos hayan decidido venir es cosa suya.

—Jamás se invitarían aquí sin tu consentimiento.

—Me parece que no los conoces bien, al menos a Dag —suspiró Ezra—. Le encanta sacarme de quicio y restregarme lo que no tengo. Venir aquí junto a Hope le encantará.

Ni siquiera entonces sonrió, lo que provocó en Alisa un repentino pinchazo en el pecho.

—¿Y bien? —continuó él—. ¿Contenta o rabiosa? —Bajó la voz al añadir—: ¿Les prohibirás venir?

—No seas ridículo, ¿cómo voy a hacer eso? Claro que deseo que nos visiten. —Hizo una pausa—. De hecho, yo…

Se detuvo de nuevo al notar cómo Ezra se fijaba en los labios que estaba mordiéndose por culpa de los nervios.

Inquieta, dejó la carta sobre el escritorio. Luego volvió a cogerla y jugueteó con la punta afilada del abrecartas.

—Entonces —empezó Ezra—, ¿cuál es el problema?

—¡Hay mucho que hacer! —contestó Alisa atropelladamente—. Hope dice que no se encuentra bien, que por esa razón no han podido venir antes a visitarnos, pero que podrían estar aquí en unas dos semanas. Eso no nos deja mucho tiempo. La mitad del castillo es un desastre, ¡la otra mitad lo ocupan tus hermanas…! Habrá que decidir si acelerar las reformas o detenerlas. Y tendremos que organizar algún evento o actividad para que no mueran de aburrimiento. Quizá afinar todos los pianos y…

—Me estás dando dolor de cabeza. —Ezra extendió la mano y agarró la suya—. Deja eso, vas a hacerte daño.

De golpe, Alisa soltó el abrecartas, que cayó con un fuerte ruido metálico sobre la mesa.

Tragó saliva y alzó la cabeza. Buscándolo, aunque no quisiera. Encontrándolo, aunque temía lo que fuera a descubrir. En él. En ella.

Nada. Ezra seguía sin sonreír.

Se dio cuenta en ese momento de que no solo echaba de menos a sus amigas, sino también ese respiro. Hacía días que no le oía reírse. Desde su fuga, se había acostumbrado a tener a su marido cerca, revoloteando a su alrededor, bromeando con ella, y ahora el silencio del castillo le pesaba sobre los hombros.

Era una suerte que todas las personas a las que quería fueran a estar allí en poco tiempo, acompañándola en esa penosa soledad.

—Solo quiero que todo salga bien —confesó al final Alisa en un susurro—. Quiero que…

—Ya lo sé: no soportarías que vieran algo fuera de su sitio —se burló él—. La perfección es un concepto imposible de alcanzar, porque ni existe ni es apreciado, aunque todavía no te hayas dado cuenta. Claro, que no espero que cambies de parecer. A fin de cuentas, eres Alisa Chadburn.

—Por tu culpa, ya no.

Ezra frunció el ceño.

—¿Cómo?

—¿Acaso has olvidado lo que nos costó más de ochenta libras? —Alzó frente a él la mano con el anillo de plata—. Le pese a quien le pese, ahora soy una MacLeod.

Por fin. Ahí estaba esa sonrisa esquiva.

Al verla, Alisa no pudo evitar imitarla, aunque fuera débilmente. Sabía que era una mueca que no hacía justicia a la de MacLeod, pero bastó para que la tensión entre ellos se sintiera menos tirante.

—Te ayudaré —determinó Ezra. Y, con un movimiento suave, le soltó la mano—. No digo que vaya a matarme por el esfuerzo, porque creo que hay demasiadas cosas aquí que son

irreparables, pero me niego a verte con el pecho henchido como un pavo real cuando lleguen y que me acuses de no haber movido un dedo.

—Eso no suena propio de mí en absoluto…

De nuevo, frente a ella vio cómo se formaba ese gesto que había echado tanto de menos.

Alisa se sintió valiente y volvió a actuar como un espejo frente a él. En esa ocasión, dejó que las comisuras se tensaran un poco más hacia arriba.

Esperaba no parecer una soberana idiota.

—¿Y bien, querida? ¿Cuál es su primera orden para este esclavo de sus deseos?

El tono era desenfadado, solo que Alisa intuyó algo más detrás. Una indirecta retorcida y prohibida que le hizo estremecerse.

«Ya sé: me ha hablado como en aquel sueño».

Bajó la vista y lo pensó con detenimiento. Más de lo necesario, tuvo que reconocerlo, porque en el fondo sabía exactamente qué quería de él.

El problema era que no podía confesárselo.

—Yo me encargo de tus hermanas —propuso—. Les informaré de nuestras futuras visitas y me enfrentaré a ellas. —Ezra formó un aliviado «gracias» con los labios—. También me ocuparé del personal y del interior del castillo. Tú, del exterior. —«Cuanto más alejado esté de la bebida, mejor» caviló—. Supervisa las obras y echa una mano si te lo piden.

—A la orden, mi sargento.

En esa ocasión, Alisa arrugó la frente, lo que le valió la tercera sonrisa de la tarde.

Por la noche, acostada en la cama junto a una Lily ronroneante, Alisa le dio vueltas y decidió que esa última sin duda había eclipsado a las otras dos.

…

Creyó que no la obedecería, por eso le sorprendió que, días después, Grace le informara de que el conde no comería con ella porque estaba ayudando a los obreros en las reformas del torreón.

Alisa acababa de llegar a Dunstan House tras una reunión con los Weston, una de las grandes familias de Northum. Al principio se habían mostrado sorprendidos porque fuera la condesa y no su marido quien parlamentara con ellos, pero habían acabado aceptando las nuevas condiciones de alquiler de la casa donde vivían, así como las promesas de futuras reparaciones.

Sabía que la razón de su sumisión radicaba en que inspiraba miedo. Le daba igual. Mientras el condado saliera adelante paso a paso, poco importaba. No estaba allí para hacer amigos, estaba allí para restablecer el orden.

«Por mucho que Ezra se burle, en realidad habría sido una gran militar» se dijo orgullosa, sobre todo al cruzarse con una criada que se sonrojó en cuanto la miró.

—Señora Skeen —llamó a la sirvienta al asomarse a la cocina—, ¿qué nos ha preparado hoy? Ayer no me comentó el menú.

—Oh, mi señora. —La cocinera se inclinó con deferencia—. Ruego me disculpe, tendría que haberlo aprobado de antemano. Verá, estamos elaborando los platos favoritos de lady Amaryllis. Scotch broth y pastel de carne. ¡Le encantarán! No dejará ni una miga, se lo aseguro.

—¿Amaryllis ha bajado aquí a pedirle que cocine eso? —preguntó atónita.

—Ah, no. Pero es tradición. —Skeen cambió el peso de un pie a otro—. Hoy es… su cumpleaños, milady.

Rápida, Alisa disimuló y asintió como si ya lo supiera.

—Seguro que tiene razón y no dejo ni una migaja. Por favor, no olviden subir un plato al torreón para mi marido. Suban también comida para el resto de trabajadores.

—Por supuesto, milady.

Salió de la cocina y caminó hacia el vestíbulo dándole vueltas al asunto. ¿El cumpleaños de Amaryllis? Alguien debería habérselo dicho. Aunque, pensándolo bien, ¿quién? Últimamente apenas se había cruzado con Ezra y las MacLeod, como siempre, la rehuían.

De entre las tres, coincidía más con Begonia y Camellia que con Amaryllis. La segunda y tercera hermana eran uña y carne; si le hubieran dicho que eran gemelas, lo habría creído. Se escabullían por los pasillos para rezar y bordar en todos los rincones posibles, la censuraban mudas por no dejar de trabajar en el despacho de su padre y soltaban comentarios insidiosos entre dientes sobre los cambios que estaba aplicando en el castillo.

Sin embargo, Alisa sabía que en el fondo eran inofensivas. Amaryllis, la primogénita y dos veces viuda, era el verdadero enemigo a combatir. Actuaba como la mente pensante de ese grupillo cruel. La prueba la había obtenido ya en Londres, aunque la hubiera pasado por alto. Ahora comprendía el terror que vio en los ojos de Heather cuando la chica le había hablado de su hermana mayor.

Por eso se cuadró en cuanto la vio descender las escaleras para almorzar con ella en el gran comedor.

—Es un placer que me honre con su presencia —dijo Alisa con suavidad, en cuanto la otra puso un pie en el suelo del vestíbulo—. ¿Sus hermanas nos acompañarán?

—Bajarán enseguida.

—Qué buena noticia —susurró monocorde.

Caminaron una junto a la otra sin abrir la boca hasta sentarse a la mesa. Una vez llegaron las otras dos comensales, Alisa, como condesa, quedó en una cabecera, Begonia y Camellia a su derecha, juntas, y Amaryllis a la izquierda. En el extremo opuesto a Alisa, el asiento que debía ocupar Ezra permaneció vacío.

La joven contempló su silla y deseó no haberle pedido que trabajara en las obras.

Se condenó por ese pensamiento, pero no podía negar la verdad. Con su marido cerca, se sentía más capaz de enfrentarse a los leones. A todo, en realidad. Aunque solo fuera por demostrarle que era lo suficientemente valiente. Digna de admirar y, sí, perfecta. Al menos, para él.

Los criados trajeron la comida y las cuatro mujeres dieron buena cuenta de ella en silencio.

—He observado que ha retirado los retratos de la sala de música —pronunció Amaryllis, rompiendo la quietud—. ¿Podría saber la razón?

—Hay humedades. Hasta que no solucionemos el problema, no volveré a colgarlos. Solo es para protegerlos.

—¿Dónde los ha colocado?

—Están a buen recaudo.

—No me ha respondido.

Alisa bebió de la copa de agua para ocultar la crispación en su boca. No le gustaba ese tono de reprimenda. Tampoco que no la mirase. En ese momento, Amaryllis cortaba el pastel de carne con precisión quirúrgica.

La estaba retando. La estaba midiendo para saber si podía con ella.

—Si quiere, puedo enseñarle después dónde los he colocado —contestó al fin—. Me alegraría mucho que me propusiera otro lugar si cree que el que he elegido no es el más adecuado.

—Eso puedo decírselo igualmente sentada aquí. —Amaryllis se limpió con una esquina de la servilleta de tela—. Apuesto a que, como ha aventurado, no será el mejor sitio.

Iba a contestar cuando un joven criado llegó corriendo al comedor. El lacayo junto a la puerta le amonestó con la mirada y el recién llegado redujo un poco el ritmo de la carrera justo antes de quedar frente a las damas.

—Condesa, su marido… —jadeó—. Su marido se ha…

—Por Dios, Scroggs, escúpalo de una vez —ordenó Amaryllis.

—Se ha caído mientras trabajaba con los obreros en el torreón. —Alisa se puso blanca—. Está bien, señora. Han sido dos metros, pero solo se ha hecho un poco de daño. Aunque él no quería que supiera nada, consideramos…

—¿Es grave?

Tenía la servilleta en las manos. La retorció bajo la mesa mientras el criado cogía aliento.

—No, señora. Eso sí, tiene una herida en el brazo que…

—Iré enseguida. —Se puso en pie. Begonia y Camellia la imitaron, no así Amaryllis—. Llévenlo a mi despacho, Scroggs. También una jofaina con agua, jabón, gasas y el bote de aceite fénico.

—Sí, milady.

Una vez el chico se hubo ido, se obligó a sí misma a mostrarse menos inquieta, así que dejó la servilleta, se alisó el dorso del guante izquierdo y se inclinó ante el resto de damas.

—Siento la interrupción. Pueden terminar el almuerzo sin mí.

—Sin duda lo haremos —dijo Amaryllis con rapidez.

—Ah, y se me olvidaba: feliz cumpleaños. —La mayor alzó la cabeza hacia Alisa y entrecerró los ojos—. ¿Ya cuarenta?

—Treinta y seis —siseó.

—Oh, claro. Es usted el mejor ejemplo de una mujer sabia y madura —comentó Alisa, esforzándose en imitar su expresión petulante—. He de irme. Disfruten del postre.

Se alejó tratando de controlar sus pies. Quería echar a correr, pero no podía. No permitiría que las MacLeod la vieran alterada.

No quería que vieran ni un resquicio de vulnerabilidad que poder atacar.

—Qué precioso regalo de cumpleaños me ha otorgado nuestro hermano —oyó por detrás a Amaryllis—. ¿Creéis que se habrá golpeado la cabeza? Apuesto a que mejoraría.

Escuchó la risa de las otras dos MacLeod mientras subía de dos en dos las escaleras.

…

En cuanto entró en el despacho, le vio apoyado en el borde del escritorio.

No llevaba el traje de siempre, sino ropa cómoda típica para pasear por el campo. Unos pantalones anchos de cuadro escocés, tirantes y zapatos negros. Tenía la camisa blanca arremangada y sucia, rota a la altura del antebrazo izquierdo.

La tela estaba empapada en sangre.

Alisa tragó saliva ostensiblemente al ver aquel tono rojo y se acercó a grandes zancadas. Así, con Ezra medio sentado en el borde de la mesa, quedaban a la misma altura.

—Hola, condesa —la saludó él con un resoplido—. Siento haber interrumpido su gran festí…

—Gracias por salvarme de ese infierno —le cortó. Luego le cogió el brazo con cuidado y lo examinó—. ¿Qué diablos ha pasado?

—Llevo días ayudando en las reparaciones, tal como me pediste —le explicó—. Digamos que tropecé y caí mientras revisaba el muro de…

—Tienes que tener más cuidado. Lo último que querría es que te mataras. —Vio de reojo

cómo Ezra componía una expresión maliciosa—. ¿Qué le diría a tu hermana Heather si eso ocurriera?

En ese momento, tres criados, con Scroggs a la cabeza, entraron con todo lo que su señora les había pedido. Lo dejaron sobre el escritorio y preguntaron si requerían algo más.

—Gracias, pueden retirarse —les pidió Alisa—. El conde se encuentra perfectamente.

Los tres parecieron reacios, pero al final les dejaron solos. A MacLeod no le dio tiempo a gruñir en voz alta que estaba lejos de encontrarse «perfectamente».

Con cuidado, Alisa cortó con las tijeras la parte de la camisa que estaba rota y examinó otra vez la herida, flexionando el brazo con cuidado a un lado y a otro para comprobar si estaba roto.

—Me niego a creer que también seas médico —se rio socarrón Ezra—. ¿Te hiciste pasar por hombre para ir a la facultad de Medicina o preferiste aterrorizar al rector?

—No seas absurdo. Tienes un raspón más escandaloso que grave, eso es todo. Solo habrá que tener cuidado con que no se infecte. —Mojó un paño en el agua y lo escurrió con fuerza—. Tengo seis hermanas y cuatro sobrinas. Espero que no creas que solo los hombres se tropiezan jugando.

—Apuesto a que has curado más heridas que un médico militar —bufó Ezra—. A ver si vas a acabar por sustituir a James Barry[3]… Eh, ¡con más cuidado!

—Esto ha sido culpa tuya y de tu torpeza, así que no te quejes.

Aun así, continuó haciéndolo mientras Alisa le retiraba la tierra y las piedras incrustadas en los arañazos. Limpió la piel con agua y jabón, colocó a toques aceite fénico y, por último, comenzó a envolver la herida en gasa.

—No entiendo por qué estás tan gruñón —dijo sin mirarle, en apariencia atenta a lo que hacía—. Se supone que el trabajo al aire libre es muy vigorizante.

—¿Qué clase de majadero ha dicho eso? ¡Alguien que no ha sido obrero, sin duda! Puedo hablar con conocimiento de causa: trabajar al sol cargando piedras es de todo menos agradable. —Parecía cada vez más molesto—. Por si no te has dado cuenta, llevo varias jornadas allá arriba. Me duele hasta el último músculo, los peones no dejan de reírse a escondidas de mí y tengo jaqueca. Y encima esto. —El ceño fruncido no abandonaba su rostro—. Necesito una copa de whisky.

—No es verdad —negó Alisa con gravedad—. No la necesitas.

—¿Por qué te empeñas tanto en que no beba?

—Todos los hombres son mejores si no beben.

—Mentira —se apresuró a rebatir Ezra—. Hay muchos que…

—Pues tú sí lo eres.

Aquello hizo que MacLeod se quedara en completo silencio. Alisa se marcó un tanto en su imaginaria batalla campal.

—Cuando sientas que quieres renunciar al esfuerzo, recuerda por qué haces lo que haces —le dijo con suavidad—. Va a visitarte tu mejor amigo y le enseñarás orgulloso una adecentada propiedad histórica que perteneció a tus antepasados.

Ezra masculló un incomprensible juramento entre dientes.

—El señor Dagger seguro que se queda sin habla al ver esto —continuó Alisa.

—No es que de normal hable demasiado —rezongó él—. Pero sí, tal vez tengas razón, puede que lo aprecie. Siempre está insistiendo en que trabaje. El bastardo se parece a ti. —Alisa, cabizbaja, ocultó una sonrisa—. Además, no solo me visita un amigo, sino dos.

Extrañada, la joven alzó ambas cejas.

—¿Dos? No sabía que tenías en tan alta estima a Brooks.

—Me refería a la señora Dagger.

Alisa se tensó sin querer. Tras la pausa por la sorpresa, cogió las tijeras y cortó el trozo sobrante de gasa blanca.

—Oh, ¿con que eres amigo de Hope?

—Por mi parte, sí. —El tono de su voz se volvió serio—. ¿Por qué? ¿No lo apruebas? ¿Crees que voy a corromper a tu buena amiga? No es tan inocente como crees.

—Ya sé que no. Ella es lo bastante fuerte como para no dejarse dominar por ti y tus adicciones perversas. —La nueva sonrisa de Ezra le recordó que ella quizá no lo era tanto—. Solo me ha sorprendido.

—¿El qué?

—Que puedas considerar a una dama como amiga.

—¿Por qué no? Ni que deseara acostarme con todas y cada una de las mujeres de Inglaterra. No me dejo llevar por mis instintos más bajos. Al menos, no siempre. —Hizo una pausa. Sonó contrariado al mascullar en voz baja—: De hecho, últimamente ni siquiera puedo hacerlo…

—Imagino que no deseas enredarte con todas las mujeres del país, Ezra —concedió Alisa—. Aunque con tus antecedentes, cualquiera pensaría lo contrario.

—Ah, ¿te molestan mis antecedentes?

—No —contestó queda—. Además, sería hipócrita teniendo en cuenta los míos.

Él bufó enseguida.

—Por Dios, Alisa, si solo has estado con un hombre.

—Y para la sociedad esa aventura es más imperdonable que la de tus cien amantes.

Era complicado fingir tranquilidad mientras notaba esos ojos oscuros fijos en su rostro.

—Te sorprendería, pero algunas de esas «cien amantes» acabaron siendo mis amigas. Además, ¿de qué te asombras? Creía haber entendido que, según tus principios de dama revolucionaria, considerabas a hombres y mujeres iguales ante Dios.

—Por supuesto, sí.

Alisa pasó la mano por el vendaje y la dejó posada ahí, aunque resultara un gesto inútil.

—¿Entonces supones imposible esa clase de amistad? —insistió Ezra.

—He dicho que me ha sorprendido —susurró ella—, eso es todo.

Él gruñó en respuesta. Por suerte para Alisa, no siguió con el tema.

«Ojalá tú y yo también pudiéramos ser amigos» se lamentó para sus adentros.

Fue consciente de la alegría que palpitaba en ella al concebir tal posibilidad. Esa maldita ilusión logró que se resquebrajara un poco, en especial al darse cuenta de que en su interior seguía latiendo lo que creía haber enterrado sin vida hacía años.

La más peligrosa de las emociones: la esperanza.

—¿Has terminado ya? —preguntó Ezra, a lo que Alisa asintió—. Perfecto. Ahora, si me lo permites, iré a recuperarme del todo con un buen whisky.

—No lo hagas —le pidió. Sin querer, le apretó un poco el antebrazo y él siseó—. ¡Perdona!

—Hoy estás muy extraña —rumió Ezra entre dientes—. ¿Qué te importa? Solo será una copa.

—Nunca es solo una contigo. ¿O te recuerdo nuestra primera noche aquí? —Él parpadeó atónito—. Me ofreciste tomar solo una copa.

—¿Y?

—Y para mí fueron dos. Para ti, a saber. ¿Lo recuerdas?

Ezra bajó la vista a sus labios. Era evidente que seguía acordándose a la perfección de aquel día. Y, a pesar de lo que le había pedido Alisa que olvidase, también de lo que había hecho ella.

La joven sintió que se ponía roja, así que se esforzó en buscar algo que decir.

—Has perdido sangre, tampoco es aconsejable que ingieras alcohol. Eso dicen muchos doctores modernos, no es porque yo esté preocupada en exceso o pretenda que…

—Está bien, no beberé hoy —concedió MacLeod. El tono volvía a ser sugerente—. ¿Qué me das a cambio?

—No tengo que darte nada a cambio.

—Entonces beberé.

«Chantajista malnacido». Alisa había aprendido pronto que era menos satisfactorio insultarle en su fuero interno que soltarle esos comentarios en voz alta.

Otro reto más al que enfrentarse en ese castillo.

—¿Qué es lo que quieres?

A modo de respuesta, MacLeod volvió a fijar la vista en su boca.

No necesitaba decir nada más. Alisa bufó por la nariz antes de plantarle un rapidísimo beso en los labios.

—¿Contento? Ya está.

Ezra tenía los ojos entrecerrados. Había vuelto a su habitual aire de caballero desenfadado.

—No estoy contento para nada. Eso no es lo que quería y lo sabes.

—Tendrás que consolarte.

—Lo haré con la botella entonces…

—¡Eres imposible!

Le tomó el rostro con ambas manos y lo besó.

Estaba enfadada, así que al principio le costó serenarse lo suficiente como para comprender qué estaba haciendo. Él la ayudó, le tomó la nuca con la mano y giró el rostro para ajustar a la perfección sus labios.

Alisa odiaba reconocerlo, pero era imposible rebatir la realidad. No podía negar que encajaban, que le gustaba, que cada noche desde que estaba allí había recreado el error que había cometido en su primer día en Dunstan House.

Ezra le había dicho que era libre, que podía hacer lo que quisiese, y en ese momento le había apetecido besarle. Así de simple. Solo que luego había imaginado en la cama, noche tras noche, bajo la atenta y silenciosa mirada de Lily, que realmente podía volver a hacer lo que le viniera en gana.

Volver a dejarse vencer por el deseo sin pensar en el futuro.

Comprendía entonces que, de haber sabido antes lo mucho que le atraía, lo habría besado en Londres. Tal vez hasta habría coqueteado con él hacía meses, en alguna de las muchas fiestas en que habían coincidido. Si no hubiera habido peligro ni consecuencias para su reputación o la de su familia, si no hubiera implicado nada más que puro placer, se habría atrevido.

Porque se moría por hacerlo. Y estaba claro con ese beso que él también opinaba lo mismo.

Sintió la mano de Ezra apoyándose con suavidad en su cintura para acercarla hasta él. La colocó entre sus rodillas abiertas y la rodeó con los brazos. Los dedos acariciaron su columna en círculos lentos mientras hacía lo mismo con la lengua en su boca. Ezra no dejaba que se separara más de unos segundos antes de volver a atraparla de nuevo. Insaciable, profundo, tenaz.

En el cuarto intento, Alisa colocó las manos sobre sus pectorales y le empujó un poco, lo que bastó para que Ezra detuviera del todo el beso. Sin embargo, no la liberó de su agarre, sino que incluso la apretó más contra sí.

—Esto vale más de un día —se quejó Alisa, los labios sobre su cuello.

—Dos.

—Una semana.

—No —sonó firme—. Seré incapaz de aguantar una semana sin beber. Las Arpías están insoportables, sobre todo cuando Amaryllis cumple años. —Ezra pareció meditarlo y añadió en voz baja junto a su oído—: Tres días.

—Cuatro.

—Tres o en cuanto llegue Hope, le contaré lo que acaba de pasar.

Alisa se mordió el labio.

—¿Por qué diablos harías eso?

—Porque estoy seguro de que no le contarás nada de esto a nadie, así que querrás que guarde el secreto. —Su sonrisa se hizo más ancha—. Además, sé que Hope se pondrá de mi parte.

A pesar del estrecho espacio que había entre ellos, Alisa se cruzó de brazos como pudo y negó:

—No sería una traidora a su amiga.

—¿Pondrías la mano en el fuego, querida? La señora Dagger y yo hemos compartido más de una y de dos botellas de vino juntos, entre confesiones bochornosas… —Ante la vacilación de su mujer, Ezra esbozó una mueca burlona y la apretó más contra él—. Ya te dije que Hope no es tan inocente como crees.

Alisa cerró los ojos, frustrada, y frunció el ceño. Escuchó la carcajada burlona de su marido y supo que había hecho bien bajando los párpados. Ya era suficiente con oír su risa para desestabilizarse, como para encima verla justo frente a ella, y a escasos centímetros, además.

—Está bien: tres días —concedió Alisa por fin—. Más vale que cumplas el trato. Ni una gota.

Ezra apoyó la frente en la suya y notó cómo el simple roce conseguía borrar su ceño.

—Tres días —dijo él con fingido pesar—. Menuda tortura.

—No te quejes. Yo llevo toda la vida sin beber apenas…

—Eso explica tu encantador humor.

Le pellizcó el trasero a través de la falda y Alisa dio un pequeño sobresalto que le hizo aferrarse a sus hombros.

—Suéltate un poco, condesa. ¡Ni que fuera a morder!

«No estoy tan segura».

Volvían a estar muy cerca. Y en silencio. Alisa podía oír a la perfección su respiración, incluso sentir su aliento sobre la mejilla. Estaban pegados, cuerpo contra cuerpo. Si seguían callados, el beso de antes volvería a repetirse, con trato o sin él. No le cabía duda.

Y no podía volver a pasar nada parecido. Al menos, no tan rápido. Necesitaba tiempo para encajar cada uno de esos momentos, como si fueran estocadas directas al corazón en un duelo de esgrima.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo, solo para romper esa tensión silenciosa.

—Adelante, querida.

—¿Qué hiciste con lady Collins? ¿Continúa esperándote en Londres? —Antes de que él abriera la boca, se apresuró a aclarar—: No es que esos asuntos tuyos me incumban, por supuesto, pero me gustaría estar preparada para saber qué decir si me preguntan algo al respecto.

—¿Quién te preguntaría semejante cosa? —Era evidente que la mentira no había colado, pero Ezra contestó de todos modos—: Le dejé claro que nuestro acuerdo había terminado.

Distraída, trazó un círculo con un dedo sobre su pecho.

—¿Cuándo?

—Antes de mi arrebatadora propuesta en tu cocina.

«Ese fue el perfume de mujer que olí en sus ropas. Seguro que tuvo una despedida por todo lo alto».

—Así que ahora no tienes ninguna amante…

No estaba pensando en lady Collins, sino en Elea. Estaba lejos de tirar la toalla en su investigación. Sin embargo, él no pareció notarlo y siguió contestando como si fuera un juego.

—Por ahora no. ¿Por qué? —Ladeó la cabeza, acariciando su sien con los labios—. ¿Acaso te interesa el puesto?

—Deberías comportarte. —Intentó apartarse de nuevo de él, pero le sujetaba por la cintura con demasiada fuerza—. Ahora Heather depende de ti.

—¿Por eso lo dices? ¿Crees que mancharé su buen nombre? —MacLeod se rio entre dientes. Acercó la nariz a su mejilla y le acarició con ella la piel—. A nadie le importa, querida, excepto al parecer a ti…

—¿No quieres ser un ejemplo de buen caballero para ella? —le cortó.

—Pero eso ya lo soy. Te escogí a ti.

Por su tono, no sonó como un cumplido, pero Alisa se lo tomó como tal. Dejó de retorcerse y fue entonces cuando Ezra aflojó su abrazo y la tomó con delicadeza por los codos.

—Ya habrás imaginado que mi hermana Hezzy no lo pasó muy bien aquí. Debería haberla sacado antes de esta cueva infernal. —Le dio un apretón suave en los brazos—. Me alegra que a partir de ahora pueda contar contigo y convertirse en una dama de bien.

—Espero que tenga mejor ojo al elegir marido que su cuñada.

Ezra se rio y se separó del escritorio en un lento ademán.

—Ya la adiestrarás para ser una auténtica sargento, no me cabe duda.

Soltándola, se alejó unos pasos hasta la puerta.

—Gracias, por cierto —dijo al llegar al umbral. Señaló el antebrazo vendado—. Es un alivio que tengamos una experimentada cirujana en la familia.

—Espero no tener que ver una gota de sangre más.

—¿Es una amenaza? —ironizó—. Siempre pensé que la que primero derramaría sangre en este castillo serías tú.

—No me provoques.

Ezra soltó una suave carcajada.

—Dime, querida, ¿cenarás hoy en el comedor?

—Sí, claro.

—Entonces, condesa, te veré esta noche.

Y cerró la puerta a su espalda.

Alisa soltó un juramento en voz alta. ¡Increíble! Era horrible ver lo fácil que le resultaba a él, igual que si su relación fuera un simple juego de mesa. La besaba, la dejaba temblando y se marchaba sin más.

Cómo lo detestaba.

Tanto como deseaba que volviera a hacer lo mismo.

21

A Alisa le preocupaba que no cumpliera el trato. Por eso se aseguró hora tras hora que las botellas de alcohol del salón sur se mantenían intactas.

Algunas de las ocasiones en que se asomó por la puerta, pilló a Ezra leyendo o recostado en el sofá. Sucedía lo mismo cada vez: él le lanzaba una mirada divertida, como si la retara a decir algo. Luego Alisa comprobaba de un vistazo que la alacena no se había abierto y la altura de los licores seguía siendo la misma, alzaba el mentón y se marchaba para seguir trabajando. Al hacerlo, trataba de controlar el rojo de sus mejillas, aunque no siempre resultaba tarea fácil.

Inexorable, el tercer día llegó y acabó. Los dos cenaron como era habitual, solos, y Alisa devoró la tarta de menta mientras Ezra hacía lo propio con la de manzana. Percibió que ya no ponía cara de dolor al levantar el brazo izquierdo y que estaba más bronceado que el día en que le había conocido.

En general, y a pesar de su mal humor, estaba claro que a Ezra MacLeod le sentaba bien trabajar, aunque fuera en contra de su voluntad.

—Ya solo quedan cuatro días para que llegue el ejército —pronunció él desde el otro extremo de la mesa—. ¿Nerviosa?

—No.

—No mientes tan bien como crees.

—Tu pregunta era tan obvia que tampoco es que necesitara una respuesta.

El conde se llevó una mano al corazón.

—*Touché*.

Después alzó la copa desde la cabecera opuesta de la mesa y fue en ese instante cuando Alisa se dio cuenta.

—¿Eso es vino? —le preguntó indignada. Ezra asintió como si fuera una pregunta obvia y su mujer hubiera perdido la cabeza—. ¡Increíble! Dijimos tres días.

—Y han pasado tres días.

—Todavía no es jueves. —Alisa señaló el reloj de pared a un lado—. Todavía es el tercer día.

—¿Qué te crees, el tirano de Dag con la hora de entrada de sus empleados? Prometí permanecer tres días sobrio y han pasado *exactamente* setenta y cinco horas y cuarenta minutos desde que sellamos nuestro trato.

Luego dio un sorbo a su copa. Alisa sabía que con ese gesto estaba retándola a hacer lo mismo o bien a seguir discutiendo, así que utilizó en su lugar la campanilla de plata del servicio para llamar al lacayo.

—Duncan, por favor, ¿puede traernos el reserva de 1831?

—Buena elección, mi señora.

Ezra soltó un silbido de admiración en cuanto el sirviente desapareció.

—Ya que vas a hacer trampas, hazlas bien —repuso Alisa con sequedad.

—No son trampas, querida. Hicimos un trato y lo he cumplido.

—Pues entonces brindaré por tu primer éxito y por el hecho de que no quieras repetirlo.

MacLeod se quedó con la mano congelada, a punto de rozar sus labios con el borde de la copa. Acabó por bajarla, despacio, hasta posarla otra vez sobre la mesa.

Sin moverse un milímetro, ambos esperaron en silencio a que el criado volviera.

—Disculpe las molestias, Duncan, pero la condesa ha cambiado de opinión —pronunció Ezra con voz gutural en cuanto el lacayo regresó—. Todavía no desea abrirla.

—Muy bien, milord.

El sirviente se marchó con la misma eficiencia.

De nuevo, un silencio espeso se estableció entre los dos. El tira y afloja también era mudo; para luchar, los contrincantes solo necesitaban utilizar sus ojos y la fuerza que contenían, que no era poca.

Aquella vez, fue Ezra quien claudicó primero.

—¿Cuántos días esta vez?

—Cuatro.

MacLeod resopló con exasperación.

—¿En serio? ¿Hasta que lleguen nuestros invitados?

—Sí. Entonces habrá un motivo de celebración. —Su mujer sonrió con suavidad—. Una razón de peso por la que brindar.

Ezra volvió a enmudecer. Todavía más cuando vio cómo Alisa se levantaba de su silla y recorría todo el comedor hasta él.

La joven había posado dos dedos en la mesa y siguió su camino por el mantel de damasco blanco hasta que, al llegar a Ezra, los posó sobre su mandíbula. La recorrió con exasperada lentitud. Era evidente que disfrutaba poniendo a prueba su paciencia.

—¿Trato hecho? —susurró ella con ademán seductor—. ¿Nada de beber hasta que nuestras visitas lleguen?

—Hecho —consiguió pronunciar Ezra.

Dios, ¿qué le pasaba? Nunca había estado tan desesperado por un simple beso.

Lo normal era que el cortejo le resultara excitante al principio, fuera la dama que fuera. Pero esa expectación que sentía con Alisa era muy distinta. Se sentía fuera de sí, como si fuera la primera vez que le besaban, e incómodo en sus propios zapatos, y eso que él siempre se había mantenido perfectamente impasible en ellos. Al menos, en lo que a esos asuntos se refería.

Al contrario que la vez anterior, Alisa no estaba enfadada. Se notaba por la sonrisa que le bailaba en las comisuras y que sintió que le transmitía al besarle con ella.

Fue suave al principio, como si supiera a la perfección que lo estaba torturando. Alisa siempre le envolvía el rostro con las manos de la misma forma, así que en esa ocasión Ezra le cogió una y la entrelazó con la suya.

Con cuidado para no asustarla, igual que si fuera una gata arisca de día y mimosa solo cuando quiere, fue atrayéndola poco a poco hasta sentarla en su regazo. No demasiado cerca, para que no huyera, ni tampoco lo bastante lejos como para no recorrer con facilidad el contorno de su silueta con la otra mano.

Había soñado demasiadas veces con ese cuerpo como para desaprovechar la oportunidad de acariciarlo.

Alisa parecía más segura que la última vez. Ezra sabía que le gustaba tener el control, así que le dejó marcar el ritmo, solo presionando cuando notaba que ella se le escapaba. En uno de esos instantes, la retuvo al seguir con la punta de la lengua el contorno de sus labios, hasta acabar en la comisura y hacerla gemir. Satisfecho, recibió el mismo tratamiento al segundo siguiente, con el añadido de un pequeño mordisco a su labio inferior al terminar.

No supo cuánto duró aquel beso. En cualquier caso, poco para aguantar sin él otros cuatro días.

—Abriré esa maldita botella de reserva en cuanto nuestros amigos abran la puerta —gruñó Ezra al final, con el rostro hundido en su cuello.

—Por mí, conde, puedes bebértela entera.

Sus estados de humor nunca iban a la par. Cuando Alisa estaba irritada, él lo disfrutaba, y viceversa.

«Al menos tengo una compensación por perder contra ella».

La retuvo un poco más, rodeándole la cintura con ambos brazos, y hundió la nariz en su garganta. Todavía no identificaba con claridad el perfume de Alisa. Era floral, sí, pero no común. Rosas, lirios y ¿qué más? Había algo fresco latiendo debajo. Un trazo único.

A pesar de su calma aparente, a Alisa le ardía la piel, y Ezra notaba el pulso todavía acelerado bajo la misma. Imaginó lo suave y dulce que sería debajo del vestido, y más abajo, justo entre sus…

—¿Ezra?

—¿Mh?

—He de acostarme pronto —murmuró ella. Ezra notó sus dedos acariciarle la nuca y tuvo un escalofrío traidor—. He de irme.

—Entonces vete —gruñó.

—Eso me gustaría, pero no voy a hacer el ridículo intentándolo. Ya demostraste en el hostal que eres más fuerte que yo.

Ezra alzó el rostro hacia ella, confuso.

—¿Qué?

Alisa ahogó una risa. Bajó las manos y las colocó sobre las suyas, bien aferradas entorno a su cuerpo.

—Que no puedo marcharme si no me sueltas.

«Maldita sea, parezco un adolescente». Y sus partes bajas le confirmaron que se comportaba como tal.

Tomándola de la cintura, se apresuró a colocarla de pie otra vez para que no notase lo alterado que estaba.

—Buenas noches, condesa.

—Buenas noches, conde. Nos vemos mañana.

Supo que era mentira. No la vería hasta después de cuatro tortuosos días.

No sería por ella. Sería él quien no podría soportar ver esa sonrisa de victoria cada vez que se cruzasen por el castillo. Uno al que había jurado no volver.

…

En el patio delantero, los criados estaban alineados a la perfección. Las hermanas MacLeod, a la izquierda de Alisa, permanecían estoicas en un mutismo que clamaba un enfado monumental. Un paso por delante, los condes esperaban a los visitantes uno junto a otro, sin llegar a tocarse.

Desde el tejado, la parte más alta de Dunstan House, los obreros habían visto a los coches de la comitiva aproximarse por el horizonte y sus señores habían ordenado rápidamente que la bienvenida se dispusiera como habían previsto.

Faltaba poco, solo que la espera se hacía eterna. Alisa taconeaba contra el suelo del patio y se retorcía las manos al mismo tiempo. Sabía que tenía que contenerse; no quería que las MacLeod supieran cuánto le importaban sus amigos. Podrían atacarla por ahí.

—Tranquila —escuchó a Ezra a su lado—. ¿Por qué estás tan alterada?

—No estoy alterada. —Se cruzó de brazos y enseguida los bajó—. Sí lo estoy, pero es lo

normal, ¿no crees? Solo deseo que encuentren todo de su gusto.

Ezra la agarró de la mano y Alisa se zafó de ella en un ademán nervioso.

—Les importará entre poco y nada Dunstan House —replicó MacLeod con el mismo tono conciliador—. Si vienen es para verte a ti, no a una mansión enmohecida.

—Puede que quieran comprobar que no me has devorado —se burló ella.

—Y puede que haya más posibilidades de que ocurra lo contrario.

Alisa giró la cabeza hacia él para dedicarle una mirada fulminante.

—¡Yo jamás haría tal cosa!

—Lo que considero una auténtica lástima.

Con un suspiro, la joven ignoró su sonrisa maliciosa y se volvió hacia la entrada de la muralla exterior. El portón estaba abierto y por él acababan de pasar dos coches. Se quedaron fuera de la propiedad varios carros con enormes cajas y piezas de máquinas. Esas debían ser las pruebas para el dirigible.

El primer coche se detuvo a unos cuantos metros de ellos. Era un Dagger, el más nuevo que habían visto nunca, y el logo de la compañía, como si de un blasón familiar se tratara, relucía grabado en la puerta. Esta se abrió y Hope fue la primera en salir por ella, ayudada por su bastón y por Cayden. Detrás, Evelyn dio un alegre salto hasta el suelo, envuelta de flores, encaje y organza rosa.

«Al cuerno con la actuación».

Olvidándose de su promesa de permanecer estoica, Alisa se agarró la falda del vestido granate oscuro y echó a correr hacia ellas. Escuchó la risa histérica de Eve cuando las abrazó y consiguió alzarlas unos palmos del suelo.

—¿Así que nos echabas de menos, *reine*? ¡En tu fuga podrías habernos metido en la maleta! ¡Yo al menos quepo perfectamente!

—Al contrario, no os echaba de menos ni un ápice.

Cerró los ojos. El escozor en ellos anunciaba unas lágrimas que por nada del mundo quería derramar delante de sus cuñadas y su marido.

—¿Es este tu nuevo hogar? —preguntó Hope aún entre sus brazos. Movió la cabeza lo suficiente para ver más allá del hombro de su amiga—. ¡Es impresionante! Me encantaría pintarlo… Debe ser todavía más hermoso al atardecer.

—Tenéis que verlo por dentro. Además ¡necesitáis descansar! Seguro que habéis padecido un viaje terrible hasta aquí.

—No teníamos tanta prisa como vosotros, así que nos hemos detenido a pernoctar varias veces por el camino —le aseguró Hope—. De hecho, ha resultado un trayecto agradable, incluso para mí.

—¿Cómo estás?

—*Belle* y *parfaite* —respondió Eve por Hope—. Tu tía, Hezzy y yo la hemos cuidado la mar de bien.

—Hablando de ellas, ¿dónde están?

Evelyn señaló al segundo coche de la comitiva. El primero en bajar había sido Brooks. Había obviado la esplendorosa bienvenida del castillo y se retorcía el sombrero mientras se dirigía a los carros de las máquinas para comprobar que todos sus inventos estaban en orden.

A su vez, Heather había bajado la segunda y ayudaba a tía Juliet a descender. Las dos vestían de riguroso negro, aunque la más joven llevaba un sombrero con flores de todos los colores, seguramente un regalo de Evelyn por el toque francés.

—Antes de que nos oigan los MacLeod, decidme, ¿qué se comenta en Londres? —preguntó

Alisa con un hilo de voz.

—¿Sobre vosotros? —Evelyn soltó una risilla—. Oh, ¡sois la comidilla de toda la ciudad! No hay salón de té ni baile en el que no seáis los protagonistas, y eso que ni siquiera estáis allí. Hablan de la pasión desenfrenada que os hizo huir a Gretna Green. El mujeriego MacLeod y la Chadburn «manchada» que lo ha atrapado, inmersos en un romance inaudito y lleno de lujuria. ¡Se inventan tantas historias! A pesar de las libras que le dio Cayden, el idiota de Lord Reid hasta aseguró que os vio retozando por el suelo, medio desnudos, en el jardín de…

—Hicisteis bien en escapar —resumió Hope—. ¿Qué tal estás tú?

Alisa les sonrió. No podía responder a eso. No ahí.

Era imposible olvidarse de quién la estaba observando.

—Hablemos dentro. Hace demasiado viento aquí fuera.

—Además —añadió Hope—, ahí delante veo a gente esperando paciente a darnos también la bienvenida.

Cayden captó la mirada que su mujer le dirigió y se acercó por fin a saludar a Ezra. Extendió el brazo para darle la mano, pero el anfitrión decidió que una carcajada y un abrazo de oso eran más acordes para la ocasión.

Todos los recién llegados saludaron al matrimonio con alegría y a las hermanas MacLeod con tímida curiosidad. Heather temblaba como una hoja, y no a causa del viento, así que Evelyn y la tía Juliet la agarraron de cada brazo para custodiarla, sin llegar a soltarla en ningún momento.

Los habitantes del castillo se dispusieron a enseñarles la propiedad. En esta ocasión, en lugar de dejar a sus hermanas la tarea de guiarles, Ezra empujó a Alisa en medio del vestíbulo para que llevara la voz cantante. Literalmente. Colocó la mano en su baja espalda y, con un suave empellón, la obligó a colocarse al frente del grupo.

—Querida, cuéntales a nuestros invitados todo lo que has hecho en Dunstan House —le pidió en voz alta—. Que comprueben con qué mano de hierro nos gobiernas.

A regañadientes, Alisa obedeció. En el fondo, se sentía orgullosa de su trabajo, y oír las exclamaciones sin pudor de Evelyn y los comentarios benévolos de su tía Juliet la llenaron de un calor que la inundaba por dentro.

Durante la visita guiada, las hermanas MacLeod se las apañaron para escabullirse en silencio. Y solo cuando llegaron al piso más alto del ala este, justo frente a las habitaciones de los condes, Ezra se detuvo.

—Quizá debamos detenernos aquí. Estarás cansado, Dag…

—Para nada —contestó su amigo.

—…así que te invito a una copa en mi salón privado —completó el conde, ignorándolo—. Tengo una reserva de vino de 1831 que estoy deseando abrir.

No la miró, aunque Alisa se sonrojó de todas formas. Sospechando que le sería imposible escapar, Cayden acabó por acceder.

—Hope, ¿estarás bien en mi ausencia?

—No, primo, en cuanto os deis la vuelta la vamos a arrojar por encima de la muralla —canturreó Evelyn antes de resoplar exasperada—: ¡Pues claro que sí! ¿Qué crees que somos, unas salvajes?

—Es su primo, señorita Evelyn, por supuesto que lo cree —dijo Juliet—. Si no les importa, caballeros, yo también dejaré a las salvajes solas y me retiraré con ustedes. ¿Hay algún aposento dispuesto para que descanse?

—Su sobrina preparó uno a conciencia solo para usted —contestó Ezra—. Tiene las mejores

vistas de todo el castillo.

—La crié bien, así que no lo dudaba ni por un instante.

Alisa sintió una extraña calidez cuando vio cómo su tía se enganchaba del brazo que le ofrecía su marido y se alejaba con él y Cayden a través del pasillo, escaleras abajo.

—Por fin solas —suspiró con ensoñación Evelyn—. Vamos a tu dormitorio, Ali. ¡Necesitamos saberlo todo! ¡To-do!

«No pienso contarte nada, granuja», sonrió Alisa. Pero sí les abrió la puerta de su alcoba y las hizo pasar.

La habitación de la condesa era amplia y había dispuesto una mesita redonda con varias sillas acolchadas junto al ventanal. No le gustaban los adornos excesivos (de lo que se quejó Evelyn), pero sí había cambiado el papel pintado de plantas por uno más nuevo, renovado un par de muebles, limpiado la chimenea y colocado arreglos de flores para hacer la estancia más hogareña.

Pidió al servicio té y dulces para todas y, como buena anfitriona, las sentó a su alrededor tras preguntarles una decena de veces si deseaban algo más.

—Lo que queremos saber realmente es cómo estás —le aseguró Hope.

—Lo que queremos saber *con desesperación* es qué ha pasado en esa cama —se apresuró a señalar Evelyn. Se giró y vio la puerta que conectaba con la otra habitación—. O en la de al lado.

—Está cerrada —explicó Heather—. Mi p-padre selló la conexión entre los dormitorios cuando m-murió mamá. O sea, cuando nací yo.

—No ha pasado nada —respondió Alisa de corrido—. Esto es un matrimonio falso para evitar el escándalo, ya os lo expliqué por carta. Cuando en Londres ya no seamos el centro de los chismes y el castillo esté en perfecto funcionamiento, regresaremos y cada uno hará vida normal. Una vida separada del otro.

—No puedes estar hablando en serio. ¡Qué aburrimiento, *reine*!

—Y me aventuro a añadir que algo extraño —murmuró Hope, suspicaz—. Creo que no me equivoco si aventuro que nos ocultas alguna otra cosa…

—Oh, sí. He descubierto que Ezra tenía razón en algo —reconoció Alisa mientras llenaba su taza de té—. Sus hermanas no son lo que se dice muy buenas personas. Exceptuándote a ti, Heather.

—¿Te han hecho a-algo? —preguntó la adolescente, visiblemente aterrorizada.

—No, pero tampoco son lo que se dice amables.

—Ya, n-no lo son c-con nadie.

—Ali, tu familia política es terrible: vaya, no me tengo en pie de la sorpresa —se burló Evelyn—. ¡¿Dónde está la información jugosa?! Eres la soberana de un castillo gótico escocés y te has casado con uno de los mayores granujas de Londres. ¡Vamos! Para empezar, ¡dijiste que no te casarías con él ni por todo el oro del mundo!

—No tenía otra salida. Bueno, sí, reconozco que tenía varias, pero todas eran peores que esta. —Dio un sorbo a su taza de té. Incluso con los ojos cerrados, sentía las miradas expectantes sobre ella—. Hemos llegado a una especie de… acuerdo. —Carraspeó—. Ahora nos toleramos, por decirlo así.

—¿Os *toleráis*? ¿Qué demonios significa eso?

—Ya no nos odiamos —reconoció—. Es lo único cierto que puedo decir.

Evelyn protestó defraudada, Heather respiró aliviada y Hope guardó silencio.

Si Alisa estaba algo nerviosa, era por esta última. No podía controlar qué le diría Ezra a la pintora de la extraña relación que mantenían, pero en el trato le había prometido que no le

contaría nada.

Aunque, por supuesto, su pacto terminaba esa misma noche.

22

—Dag, de verdad, muchas gracias por cuidar de Hezzy.

—No hay de qué. Ha sido de gran ayuda, en realidad —reconoció Cayden—. Me preocupaba dejar a Hope sola en casa mientras trabajaba, dado que se ha encontrado indispuesta últimamente, pero Heather no la ha dejado ni a sol ni a sombra y Evelyn decidió instalarse con nosotros para que no hablasen sobre «nada importante» sin ella.

—Madre mía, entonces debo pedirte disculpas —se rio Ezra—. ¿Y ha habido alguna novedad en mi ausencia?

—Chismes que me importan tan poco que no he reparado en ellos. —Se encogió de hombros —. En cuanto al trabajo, he podido convencer a lord Parrish de lo del tranvía. Creo que podríamos tener los permisos de obra en un año.

—¡Por fin, Dag! Gracias a Dios, porque esperaba una buena noticia por la que abrir esa botella.

Ezra se levantó para descorchar el reserva de 1831 que Duncan había dejado sobre la mesa. No necesitaba mirar la etiqueta para rememorar la noche en el comedor de hacía cuatro días.

Apenas había sido capaz de hacer otra cosa desde entonces.

Llenó dos copas de cristal y volvió al ventanal por el que Cayden oteaba el páramo frente al castillo.

—¿Vigilando a tu pupilo como un aguilucho a su presa? —preguntó Ezra con sorna mientras le tendía el vino.

—Nada más lejos. Brooks puede hacer lo que desee, confío en él a pies juntillas. Solo disfrutaba de las vistas. —Dag alzó una ceja hacia su amigo—. Nunca me habías traído aquí.

—¿Eso es un reproche? ¡Tendrás coraje! Como si de habértelo propuesto hubieras dejado tu trabajo en Londres para visitar una vieja propiedad.

—Es posible, no lo sé. —Cayden dio un pequeño sorbo al oporto—. Solo me extraña; no comprendo por qué no presumes más de ella. Es magnífica.

—Gracias, pero no sé por qué tendría que estar orgulloso. Ni la he construido ni la he administrado ni la he reformado. —Ezra dio vueltas al vino, atento a los tonos rojos y granates que se entremezclaban—. Solo la he recibido sin más. No hay nada de lo que jactarse.

—Tendrás coraje tú: si normalmente presumes de otras cosas que tampoco te has ganado. —MacLeod soltó una carcajada—. Lo que me sorprende en realidad es que sí que pareces orgulloso de algo razonable.

—¿Qué quieres decir?

—La explicación de tu esposa ha sido deslumbrante, pero dudo que alguno de los presentes se haya sentido más fascinado por ella que tú.

Ezra se quedó a medio camino de dar el primer sorbo de vino. Esquivó la mirada de Dag, que sentía implacable sobre él, y decidió posarla sobre la diminuta figura de Brooks en el páramo, charlando con los trabajadores del castillo alrededor de enormes cajas de madera y acero.

—Por mucho que sea mi mujer, tampoco me la he ganado a ella —dijo al final, resignado—. Ni puedo prever si lo haré. No puedo prever nada respecto a Alisa.

Se estableció un cómodo silencio entre ellos. Bebieron, cada uno apoyado en un lado del marco de la ventana.

—He aprendido mucho desde que me casé con Hope. Sigo aprendiendo, de hecho. Cada día. Pero sobre todo he aprendido mucho sobre mí mismo. —Cayden bajó la voz al añadir—: ¿Podría estar sucediéndote algo parecido?

—Qué profundo suenas, Dag. ¿Esa intensidad siempre la tuviste o es una cualidad que viene con el matrimonio? Porque yo solo noto frustración.

—No seas idiota, te hablaba en serio.

—Yo también. —Distraído, Ezra volvió a dar vueltas a la copa—. ¿Sabes? Pensé que este oporto sabría mejor.

—A mí me parece bastante bueno… —De repente, Cayden se quedó congelado y alzó la cabeza de sopetón—. Espera, ¿estás quejándote de un vino? ¿Tú? ¿Qué ha pasado con mi socio, el que no podía pasar un mediodía sin probar tres distintos?

—Pensé que trabajar como una mula, siguiendo tu ejemplo, me daría más ganas de caer en los brazos de la inconsciencia, pero parece que estoy perdiendo el gusto por la bebida.

—Creo que el que necesita beber ahora soy yo. —Ezra notó la mano de su amigo sobre el hombro—. ¿Qué has dicho sobre *trabajar*?

MacLeod se rio entre dientes y, deshaciéndose de su brazo, se alejó de él. Llegó hasta el centro del salón para dejar la copa de vino casi intacta sobre la mesa de té.

—¿Quieres que te muestre las pruebas? Ya hemos terminado las obras en la muralla exterior. De hecho, podemos pedirle a Brooks que nos acompañe. Desde allí se hará una mejor idea del lugar donde hacer la prueba y el recorrido que podría seguir el dirigible.

Cayden no se movió. Le observaba todavía desde la ventana, perplejo, con la copa de vino en las manos amenazando con escurrírsele de entre los dedos.

—Sí… Esto, yo… Me encantaría verlo. Es una gran idea. —El empresario se bebió de un trago el oporto y lo dejó en el alféizar interior—. Demonios, me muero por contarle esto a Hope.

—En realidad, ella ya lo sabe —reconoció Ezra tras encogerse de hombros—. Le envié unas cuantas cartas antes de que salierais de Londres.

—¿Así que a ella sí le informas de tus aventurillas laborales?

—Necesitaba hacerle un encargo especial antes de que partierais —contestó MacLeod con aire reservado—. Acababa de sufrir un pequeño incidente durante las reparaciones, así que se lo confesé. Me dijo que no te lo contaría para que pudiera disfrutar de tu cara al descubrirlo. Tenía razón, valía la pena la espera.

—¿Seguís carteándoos? Debería sentirme celoso, pero ahora solo me aterrorizáis. —MacLeod se aguantó una carcajada a la vez que le guiaba fuera del salón—. ¿Qué otras cosas me habréis ocultado vosotros dos?

—Oh, poca cosa —murmuró Ezra—. Chismes que no considerarías importantes.

…

Las cuatro no dejaron de hablar en toda la tarde. Heather cada vez era más abierta. Aunque no dejase de tartamudear, llegó incluso a meterse con sus hermanas.

En ese instante, Alisa comprendió la magnitud de la soledad de la pequeña de los MacLeod y sintió cierta lástima. En comparación, ella había estado muy poco tiempo en el castillo, y aun así sentía los estragos de no tener una amiga de verdad entre sus frías paredes.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Hope de pronto—. Proviene del pasillo. ¿Hay alguien arañando la puerta?

—Ah, debe ser Lily. —Alisa sonrió sin querer—. Se empeña en dormir conmigo todas las noches.

—¿Lilith t-te quiere? —se extrañó Heather—. Qué raro, si no quiere a n-nadie.

—¿Tú también la llamas así?

La joven se encogió de hombros en respuesta.

—Pero ¿quién es esa Lily? —quiso saber Eve—. ¿*Une chienne*?

—Qué va, los perros custodian los exteriores. Esperad, la dejaré pasar.

Alisa se levantó para abrir la puerta del dormitorio. De un salto, la gata se coló dentro con aire enfadado y observó con desdén a las recién llegadas. Era evidente que estaba indignada porque hubieran ocupado parte de sus dominios sin pedirle permiso.

—Esa bola de pelo necesita un buen cepillado —se rio Evelyn—. Y un lazo rosa. ¡Le quedaría precioso con un cascabel!

—Ni se te ocurra.

La gata dio unos cuantos pasos medidos hasta saltarle a Heather en el regazo. La chica sonrió de oreja a oreja antes de tiempo. Con un salto más, Lily se colocó entre las tazas y empezó a husmear los bizcochos.

—¡No dejéis que coma nada!

La orden de Alisa fue recibida con entusiasmo. Cuando la condesa fue a cerrar la puerta para volver a la mesa y ayudarlas, se detuvo. Una sombra había cruzado por el corredor.

Procurando que no lo notasen, dejó a sus amigas luchando con la gata endiablada y cerró el dormitorio a su espalda para salir al pasillo.

—¿Lady Amaryllis?

En cuanto la llamó, la mujer se detuvo.

—Escuché gritos espantosos y me asusté —dijo, dándose la vuelta muy despacio—. Ya me iba. He comprobado que para ustedes berrear es una norma.

—¿Le gustaría pasar y acompañarnos en el té?

Ninguna de las dos quería que lo hiciera, pero Alisa sabía que era descortés no ofrecérselo.

—No, gracias. —Reacia, Amaryllis tardó unos segundos en aproximarse a ella—. Aunque antes de irme… Verá, he oído algo la mar de interesante. Scroggs me ha comentado que ha estado preguntando a algunos criados por una tal Elea. ¿Estoy en lo cierto?

Se quedó paralizada. ¿Debería improvisar una excusa o confesarle la verdad? Lo cierto es que, por lo poco que la conocía, Alisa intuyó que la mayor de los MacLeod no iba a aceptar una mentira como respuesta.

—Sí, así es —reconoció al final—. ¿Por qué? —Entrelazó los dedos—. ¿La conoce?

—Depende —respondió con un hilo de voz—. ¿Usted sí? ¿De dónde ha sacado ese nombre?

No supo qué decir. Ni si decirlo. Como era obvio, no se fiaba de ella. Por otro lado, tampoco había logrado gran cosa durante su infructuosa búsqueda, y seguía muriéndose por descubrir quién era la tal Elea que su marido rememoraba en sueños. Tenía la sensación de que, si no lo averiguaba pronto, los celos la consumirían.

Ninguna relación podía avanzar con esa pesada carga.

Sacó de su escote la miniatura. Solía llevarla cerca, ignoraba el porqué. Tal vez, por muy absurdo que sonara, se tratara de la única manera de controlar la figura de esa mujer misteriosa que tan importante parecía para Ezra.

Amaryllis tomó el retrato con indiferencia. En cuanto reparó con más detalle en él, dejó escapar una carcajada que asustó a Alisa.

«Parece una arpía de verdad».

—¿Dónde la ha encontrado?

—En el gabinete de su padre.

—Cómo no —musitó ella, todavía con el fantasma de la risa en los labios—. ¿Quiere saber quién es? ¿Es eso? —Alzó los ojos azules hacia Alisa—. ¿Celosa de una desconocida?

—¿Lo sabe o no?

Ante la alegría perversa de su cuñada, Alisa trató de mantener la expresión más neutra que pudo.

—La conozco a la perfección —reconoció Amaryllis. La mujer dio toquecitos con el índice al pequeño retrato antes de añadir—: Dígame, ¿qué me dará a cambio de la información?

—¿Qué puede desear la gran señora de Dunstan House?

—Oh, no, cuñada. Ese título le pertenece ahora a usted. Me iré de aquí en cuanto se cumpla un año de la muerte de mi padre. —Con desdén, echó un vistazo a su alrededor—. No deseo ser la dueña de un lugar así. Uno ajeno que ni siquiera reconozco.

—Mentiría si dijera que la echaremos de menos. —Amaryllis acrecentó la sonrisa ante aquel desprecio—. Sea franca, nos ahorrará tiempo. ¿Qué quiere en realidad?

La mujer fingió meditarlo.

Durante los largos segundos que siguieron, Alisa se lamentó de haber iniciado esa conversación. Desde el pasillo, le llegaban amortiguadas las risas de sus amigas.

«La curiosidad mató al gato», se recordó. «Espero que no me suceda lo mismo a mí».

Aunque sabía bien que había destinos peores que la muerte.

—¿Sabe qué? —canturreó Amaryllis, devolviéndole el retrato—. Lo he pensado mejor. Se lo diré sin más. A fin de cuentas, usted no tiene nada de valor que ofrecerme. Además, ni mis hermanas ni yo no le hemos entregado un regalo de bodas adecuado. Este será el mío. —Volvió a esbozar una tibia sonrisa—. Uno que le hará arrepentirse de haberse casado en una sucia herrería.

23

Ezra tenía el estómago lleno y una sonrisa en los labios.

En el sofá frente al suyo, Cayden y Brooks charlaban sobre lo que debía prepararse antes de probar el dirigible. Reclinado en el respaldo, MacLeod mantenía una copa en la mano y metía baza cuando la conversación se tornaba aburrida o necesitaban saber algo de los alrededores. Ya llevaban varias horas de esa manera.

Por eso, cuando llamaron a la puerta, frunció el ceño y revisó el reloj Dagger de su chaleco. Era demasiado tarde para que fuera Alisa. En teoría, las damas de la casa se habían acostado ya o charlaban en la intimidad de sus habitaciones.

—Adelante.

Todos se levantaron de inmediato al ver a la condesa cruzar el umbral.

—Vaya, mi querida esposa nos honra con su presencia. —Ezra señaló el asiento a su lado—. ¿Deseas tomarte una copa con nosotros?

—No. Es decir, sí. —Alisa se dirigió con una timidez inusual a Cayden y Brooks—. En realidad, esperaba poder hablar con mi marido. —Hizo una breve pausa—. A solas.

Tras un segundo de sorpresa, Cayden fue el primero en reaccionar.

—Por supuesto, lady MacLeod, ya es tarde y deberíamos dejaros descansar —aseveró—. Buenas noches a los dos, y gracias por recibirnos.

Hizo una reverencia sencilla y carraspeó para que Brooks le imitara antes de que ambos se retirasen.

Ezra, por su parte, había enmudecido. En cuanto había aparecido Alisa, una extraña sensación se había instalado en la boca de su estómago. Era un hormigueo de expectación que empezaba a reconocer a la perfección.

Cuando ambos se quedaron a solas, no supo qué hacer. Seguía de pie. Ella, también. Alisa parecía de pronto interesadísima en la cenefa de la alfombra y él había perdido las ganas de terminarse la copa que sostenía en la mano como un animal muerto.

—Eh, ¿quieres sentarte, querida?

—No, gracias.

—¿Qué tal el primer día de visita? No ha ido mal, ¿verdad? —Se balanceó sobre los pies—. ¿Todo es del gusto de los invitados?

—Ya sabes que sí.

Ezra se colocó bien la chaqueta y se dirigió después a la chimenea para dejar la copa en la repisa. Confiaba en que Alisa recordara ese gesto de su primera noche juntos en el castillo. Incluso decidió quedarse de pie junto al fuego, igual que entonces. Quizá, si le dejaba el suficiente espacio a su mujer, ella se atrevería a hacer lo mismo.

Y se moría de ganas de que volviera a hacer lo mismo.

Sin embargo, tras un minuto entero de inacción por parte de su condesa, se dio cuenta de que algo iba mal.

—¿Estás disgustada conmigo por alguna razón? —Arqueó una ceja—. Te prometo que no he bebido demasiado, tan solo un par de copas de vino. Estaba celebrando con Dag y Brooks que…

—No es eso —le interrumpió Alisa de corrido.

—Ah, ¿no tiene que ver con nuestros invitados? Entonces tiene que ver con nosotros.

¿Quieres que renovemos nuestro trato? —Sonrió de lado, algo nervioso, pero tratando de aparentar estar seguro de sí mismo—. En esta ocasión, el periodo puede ser más largo. Cinco días, por ejemplo. Cada vez aguanto mejor la abstinencia, te lo aseguro. —Hizo una pausa—. Sobre todo si me das incentivos para ello.

—Yo… he descubierto algo —dijo Alisa por fin. Después dio un tambaleante paso hacia delante—. Algo sobre ti.

Ezra se agarró con fuerza al borde de la repisa.

La joven intentaba ocultar con bastante torpeza lo alterada que estaba. Tenía las mejillas encendidas y Ezra estaba seguro de que no era por el calor. Porque, contemplando sus manos, se dio cuenta de que temblaban.

—¿Qué has descubierto? —Tragó saliva para aclararse la garganta y poder preguntar—: ¿Algo sobre mí… que tiene que ver contigo?

—Encontré un objeto de tu pasado —respondió ella tras unos segundos.

—¿De mi pasado?

Alisa asintió.

—Encontré el retrato de una mujer.

Sin comprender, MacLeod tosió contra su puño cerrado y esperó a que ella continuara.

—¿Y bien? —insistió al ver que no se atrevía a seguir.

—Traté de averiguar quién era. Tú no me habías hablado de nadie así y los criados no soltaban prenda. Hoy por fin me lo ha contado tu hermana Amaryllis. —Tenía algo entre los dedos. MacLeod se dio cuenta entonces, cuando los extendió hacia él y vio que le tendía una pequeña lámina—. Me ha explicado quién es Elea.

El fuego de la chimenea no era nada en comparación con el que empezó a experimentar Ezra en su interior. Ascendió desde su pecho hasta el rostro. Luego descendió a las manos. Sin poder evitarlo, ambas se transformaron en puños.

Echó de menos la copa que acababa de dejar a un lado. Le hubiera gustado bebérsela para después arrojarla al suelo, o bien romperla entre los nudillos para comprobar si los cristales rotos le hacían más daño que el que había sufrido en el pasado.

Habría sido un dolor similar al que le dominaba en ese momento.

—Ah, conque era eso —murmuró él con sequedad—. ¿Y qué opinas?

—Yo…

La detuvo con la palma levantada.

—Déjame adivinarlo. —Con una mano en el mentón, fingió que meditaba—. Alisa Chadburn, tan remilgada y aristocrática, tan distinguida y orgullosa de su sangre noble… ¿Qué opinará de su buen juicio ahora que ha descubierto que su marido es un auténtico bastardo?

Alisa tragó saliva.

No quería que las cosas fueran por ese camino. Jamás había visto tan enfadado a Ezra.

Le dio miedo. Y odiaba tener miedo. Especialmente de un hombre, pero sobre todo de él.

—No es necesario que me hables así —le dijo con suavidad—. Yo no he insinuado nada de eso.

—No lo has insinuado, pero si sabes quién es Elea, sabrás que no soy un caballero intachable ni un noble de pura cepa. Soy y siempre seré un bastardo.

Con una velocidad pasmosa, Ezra se aproximó hasta ella. Después le quitó la miniatura de las manos con un gesto brusco.

—¡Qué hermosa sale mi madre aquí! —soltó cínico—. De hecho, más de lo que era en realidad. Habría que felicitar al retratista, aunque es probable que mi padre le disparase por pura

diversión al terminar el trabajo. Tampoco me extrañaría.

Alisa intentó hablar con la misma cadencia tranquila que antes, a pesar de tenerle tan cerca.

—Amaryllis me dijo que Elea es tu verdadera madre, sí —empezó—, y que tu padre…

—Se la tiró —completó él—. Seguro que no fue la única criada a la que persiguió hasta obtener lo que quería. ¡Menudo cabrón era! El mayor del Imperio Británico, sin duda alguna.

—Lo sé, he oído su explicación —siguió Alisa, tratando de recomponerse e ignorar el tono vehemente de su marido—. Pero me gustaría escuchar tu versión.

—Oh, nada de eso. Primero vamos a oír qué te ha contado mi maravillosa hermana mayor. Mejor dicho, medio hermana. Lo único agradable que puedo decir de nuestra relación es que no nos une del todo la misma sangre.

Agarró a Alisa de los hombros y la empujó despacio hasta sentarla en el sofá. Después ocupó el que estaba frente a ella y apoyó los codos en las rodillas. Inclinado hacia delante, entrelazó los dedos para colocar sobre ellos la barbilla.

—Vamos, empieza —le ordenó—. Igual que si fuera un cuento de buenas noches.

Desde su asiento, Alisa le lanzó una mirada iracunda.

—Ezra, no me gusta cómo te estás comportando.

—¿No? Pues debería darte igual. ¡Ya lo sabes! No me comporto como un noble caballero porque no lo soy —espetó rabioso—. Mi madre era una simple ayudante de cocina. Soy el hijo de una mujer a la que no se cansaron de llamar fulana. Al menos después de descubrir de quién se había quedado preñada…

—No deberías hablar así de tu propia madre —le amonestó Alisa.

—Hablaré de ella como me dé la real gana —gruñó—. Se lo ganó a pulso cuando decidió abandonarme por dinero. Espero que sacara una buena tajada, por lo menos. —MacLeod entrecerró los ojos—. Pero volvamos a donde estábamos. Regresemos al principio de toda esta gran revelación. ¿Qué te ha dicho la Arpía mayor exactamente?

Alisa se retorció los dedos, aunque en cuanto cayó en lo que hacía, los llevó al colgante de corazón. Cogió aire para reunir fuerzas y decidió que contaría mejor la historia si evitaba la mirada de Ezra.

El fuego se reflejaba en los ojos oscuros de su marido, pero no como la primera noche que habían compartido allí. No había rastro de calor debajo.

—Amaryllis me dijo que tu padre se quedó prendado de una ayudante de cocina llamada Eleanor Woodburn. Que la pobre se quedó embarazada de ti. En lugar de echarla del castillo, Eduard MacLeod la mantuvo cerca. Su mujer también estaba encinta y, tras cuatro hijas, tenía miedo de que tampoco en esa ocasión le bendijera con un varón. Y así fue. La condesa tuvo gemelas: Freesia y Gardenia. Las dos murieron al poco de nacer y Lillian MacLeod quedó muy débil tras el parto, tanto física como mentalmente. Tu padre necesitaba un heredero cuanto antes. Si no era de ella, tendría que ser de otra. —Hizo una pausa—. Y se le acababa el tiempo.

Ezra no se había movido ni un milímetro. Tras unos segundos, le ordenó:

—Continúa.

—Con los años, Lillian volvió a quedarse embarazada. Tú, mientras tanto, habías crecido en el castillo como el hijo de la sirvienta. Tus propias hermanas te provocaban, te maltrataban, y nadie podía decir nada porque…

—Porque era el hijo de la sirvienta —resumió él.

—Sí. —Alisa carraspeó—. Pero entonces ocurrió lo que más temían: Lillian murió en su último parto. Aunque en él pudo dar a luz a una niña sana.

—Heather.

Aunque solo por un segundo, a Alisa le alivió notar cierta dulzura en su voz.

—Exacto. Por mucho que la salud de la bebé fuera de hierro, se trataba de otra mujer. El conde de Northum, huraño y ya anciano, carecía de un heredero. Si no conseguía uno pronto, todo esto, todo lo que le pertenecía, iría a parar cuando muriese a otros parientes lejanos que sí fueran varones, dejando a sus hijas sin protección. Así que os hizo llamar a Elea y a ti.

—Nos hizo llamar —repitió Ezra, ausente—. A su despacho.

—Y le ofreció a Elea dinero por ti. Le dijo que te reconocería como hijo, que aseguraría al mundo que eras suyo y de Lillian. Afirmaría ante la sociedad que habías estado enfermo, apartado de los grandes salones como tu padre, y que por eso te habían ocultado al resto del mundo. Pagaría a todos los criados para que no dijeran una sola palabra, bajo amenaza de muerte. Eleanor solo tenía que guardar silencio y dejarte en sus manos.

—Qué hombre tan generoso. —Ezra movió los ojos hacia el fuego—. ¿Algo más?

—No. —Alisa tuvo un escalofrío que no trató de disimular—. Esa es la historia. Al menos, la que me ha narrado Amaryllis.

—He de concederle a mi medio hermana que su relato es bastante cercano a la realidad, aunque le falten bastantes lágrimas y un poco de sangre. —Ezra soltó el aire por la nariz—. Los niños pueden ser muy crueles, sobre todo si de pronto ven llegar a otro que les puede arrebatar su juguete. Y las Arpías no han dejado de ser niñas rencorosas.

Se puso en pie. Con una furia bien controlada, visible solo al comparar sus gestos con los que habitualmente tenía, caminó hasta la repisa. Se bebió de golpe todo lo que quedaba en la copa que había dejado allí antes.

—En algo Amaryllis ha dado en el clavo: mi padre cayó rendido ante Elea —dijo después—. Era alegre, amable y generosa. Resultaba imposible no quererla. Aunque ese supuesto amor no le impidió al viejo arrebatarle a su hijo y echarla sin contemplaciones del castillo. —Ezra se encogió de hombros—. Puede que en el fondo me hiciera un favor, dado que a Elea no pareció importarle demasiado haberme dejado solo en este maldito infierno a cambio de unas monedas.

—Siempre la llamas por su nombre —señaló Alisa—. ¿Por qué no la nombras como lo que es? ¿Por qué no dices que es tu madre?

—Las amenazas de mi padre para no contar quién era me siguen pesando —respondió él—. De hecho, conservo las cicatrices. Además, ella no me trató nunca como si lo fuera.

—Te dejó con tu padre, a cargo de todo su legado —aseveró la chica—. Seguro que pensó que hacía bien. Que con ella como madre soltera te aguardaba un futuro peor.

Ezra se giró hacia Alisa como una exhalación. Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, la joven procuró no moverse. Permaneció inmóvil para plantarle cara, por muchas ganas que tuviera de salir corriendo.

—¿Si es así, por qué jamás me visitó? ¿Por qué al menos no se interesó por mí, dejado atrás como un fardo, a cargo del tirano que me había apaleado desde mi nacimiento? Hace cinco primaveras me enteré de que Elea había muerto por un cuchicheo de los criados en el pasillo. Eso fue todo. Nada desde el día en que se marchó hasta mis veintiuno. Doce largos años sin escuchar su nombre ni saber de ella. —Clavó la mirada ceñuda en un punto por encima de Alisa—. Me niego a perdonarla. Ni a ella, ni a él, ni a las otras brujas. Ninguno se lo merece. La única aquí sin culpa es Heather. Y la protegeré de este escándalo, aunque eso suponga fingir ser quien no soy hasta el día en que me muera. Si guardo lealtad al sucio apellido MacLeod, es solo por ella.

—Ezra, tampoco estoy pidiéndote que les perdones, solo que entiendas que…

—Déjalo, ¿de acuerdo? Además, ¿a qué viene todo esto? —Alzó la miniatura en dirección a ella—. ¿Dónde diablos la encontraste?

Alisa se controló todavía más para no encogerse.

—En el escritorio de tu padre.

—¿Cuándo?

—Hace… tiempo.

Ezra entrecerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo?

—Apenas llevábamos un par de días en Dunstan House —reconoció al final en un susurro.

—Entiendo —masculló él, los dientes apretados—. Así que llevas semanas con la imagen de una mujer desconocida. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué le preguntaste por ella a todo el mundo excepto a mí?

Indecisa, Alisa tragó saliva antes de confesarse.

—No lo sé. Yo… pensé que era tu amante. —Al contemplar la expresión de consternación de Ezra, se apresuró a aclarar—: ¡Lo pensé solo al principio! Al fin y al cabo, tu fama te precede. Jamás podría haber llegado a imaginar que la razón fuera esta. Porque yo, es decir, tú…

—Ah, ¡cómo no! Era más probable que el depravado de tu marido estuviera guardando retratos de sus furcias que la posibilidad de que…

—¡No sabía qué pensar!

Se sentía una idiota. En ese instante, veía todas las piezas encajar.

Los nombres de las hermanas MacLeod, por orden alfabético, eran una pista muy evidente. Amaryllis, Begonia, Camellia, Dahlia, Freesia, Gardenia y Heather. Igual que su madre, Lillian, formaban todo un ramillete alfabético de flores en el que el único hombre sobraba.

Hasta había empezado a ver semejanzas entre Elea y Ezra, ahora que sabía la verdad. La boca ancha, la alegría sin ambages, el pelo y los ojos oscuros, la constitución fuerte. Incluso ambos nombres tenían casi las mismas letras.

—Aunque, ahora que le doy vueltas, entiendo por qué pensaste que Elea era mi amante —continuó batallando Ezra—. Mejor considerar eso que la otra opción. Mejor que averiguar que tu esposo no es un noble auténtico, sino un bastardo. Tranquila, comprendo que te preocupe. —Sonrió de forma macabra—. Si la gente se enterase, quizá perderíamos todo esto, y, como buena dama de alta cuna, elitista y caprichosa, Dios te libre de rebajar aunque sea un poco tu nivel de vida.

Sin comprender de dónde sacó la fuerza para replicar, Alisa lo hizo con un siseo:

—No negaré mi alcurnia, pero jamás he pensado nada semejante.

—Ah, ¿no? ¡Qué hipócrita! La temporada pasada, ¿acaso no te decidiste a invertir en la Dagger solo tras hablar conmigo? Porque por mucho que me despreciases, preferías relacionarte con un noble como yo que con un hombre como Cayden. Un plebeyo sin sangre azul, demasiado lejos de tu altura.

—¡No es verdad! —exclamó ella, aunque al instante, reculó—: Yo… no lo hice *exactamente* por eso, lo hice porque…

—Oh, Alisa, no me engañes, pero sobre todo no te engañes a ti misma: esa fue la razón —rebatió Ezra—. Y sé que lo fue porque me lo contó la misma Hope. Le dijiste que lo único que nos unía a ti y a mí era nuestro origen aristocrático. Menuda sorpresa, querida, ¡ni siquiera compartimos eso! —Mientras cabeceaba, continuó—: Y, por tu expresión al entrar aquí, entiendo algo más. Por fin estás aliviada, ya que tu juicio inicial sobre mí encaja. Me lo dijiste en una ocasión, en este mismo castillo. No soportas que una persona como yo pueda disfrutar de todo esto. No soportas que «un holgazán» se haya ganado inmerecidamente estos privilegios de cuna. —Bajó la voz antes de escupir—: El hijo de una fulana.

Indignada, la joven se levantó de un salto.

—¡¿Crees que así es como te veo?! ¿O a Elea? ¡No me conoces en absoluto si piensas eso sobre mí!

—¿Cómo voy a conocerte, Alisa? ¿Cómo voy a hacerlo si no dejas que nadie se te acerque?

Una puñalada a traición. Así fue como Alisa sintió sobre el pecho aquella acusación.

Con lentitud, la joven soltó el colgante de corazón y, en un hilo de voz, replicó:

—Eso no es verdad.

—¿Acaso te atreves a negarlo? Apenas le cuentas nada sobre ti a nadie. No permites que una sola alma te conozca, al menos no de verdad. —Ezra sacudió la mano para señalar arriba—. Por Dios, ni Hope ni tu amiga francesa saben qué piensas o qué sientes, ¡como para saberlo yo!

Una oleada de odio hizo temblar a Alisa. Le dolía la mandíbula de tanto apretarla.

—No oses acusarme de algo tan mezquino, Ezra. ¡Tú eres igual que yo!

Él negó con la cabeza, más sereno de repente.

—Siento que pienses eso, porque no es la verdad. Por muchas puñaladas que haya recibido, soy capaz de hacer de tripas corazón y confiar en los demás. La prueba es que te pedí que te casaras conmigo. Aunque no tenía por qué, lo hice porque en Londres creí ver en ti la lealtad y la voluntad que necesitaba para soportar todo esto. —Le señaló con el retrato—. Desde que nos fugamos, e incluso antes, te he dado oportunidades de sobra para que me conozcas. Y no he dejado de intentarlo desde que llegamos aquí. Te he perseguido como un niño necesitado de atención, buscando con desesperación la tuya. Trataba de acercarme. Porque deseaba hacerlo. Quería que me conocieras. —Extendiendo los dedos, Ezra dejó caer al suelo la miniatura—. Y ahora por fin has descubierto lo que más te importaba sobre mí.

Alisa clavó los ojos en el retrato caído sobre la alfombra.

Era dolorosamente consciente de que tenía que decir algo. Rebatirle, explicarle que su origen no era lo que más le interesaba sobre él, que le daba igual que fuera el hijo de la ayudante de cocina o un niño nacido fuera del matrimonio. Compadecerse de su infancia, de lo mal que le habían tratado, y preguntarle cómo se sentía ahora, si necesitaba su apoyo.

O quizá podría contarle algo a cambio. Demostrarle que también quería que la conociese. Confesarle su mayor secreto. Llevar a cabo lo que se había jurado hacía años no hacer.

Confiar en él.

Podría explicarle cómo y de quién se había enamorado, qué le había pasado, cómo la habían abandonado. Puede que el hijo de una mujer soltera entendiese su angustia cuando a ella le sucedió lo mismo. Cuando se quedó embarazada de un hombre al que no le importaba lo suficiente como para amarla y comprometerse con ella.

Pero recordar la última vez que había confiado en alguien de esa manera la paralizó.

Ezra tenía razón: no era como él. No era abierta, no era fácil, nunca se arriesgaba del todo. Estaba asustada, sí, pero eso no negaba lo que era. Una cobarde.

Incapaz de decir una palabra, se limitó a cerrar los ojos.

—Buenas noches, milady. Procure no acostarse tarde.

Supo que se marchaba por los pasos que se alejaban, por el pomo al girar, por la puerta de madera al cerrarse con un chasquido. Las llamas de la chimenea se consumían, perdían intensidad y morían, y ella seguía siendo incapaz de moverse.

Alisa no había conocido a Elea, pero la odiaba con todas sus fuerzas. Cuando abrió los ojos, los fijó en su sonrisa ancha y la maldijo por haber aparecido en su vida como un fantasma.

Uno que había roto lo que ni siquiera había empezado a construir.

24

Aunque había tratado de disimular, Alisa era consciente de que Hope y Evelyn la notaban extraña.

La primera estaba deseando quedarse a solas con ella para tratar de sonsacarle lo que fuera que le dolía. La segunda quería hacerlo incluso en ese momento, con todos los habitantes del castillo reunidos en torno a la mesa del desayuno.

—Luego —le prometió Alisa a Evelyn. Después esquivó su mirada de cordero degollado para dirigirse a los demás inquilinos—: Decidme, ¿está todo a su gusto?

—S-sí, todo está delicioso.

—Hezzy tiene razón, ¡vuestra cocinera es estupenda! —canturreó Evelyn—. La señora Skeen se llama, ¿no es así? Deberían beatificar a esa buena mujer. Es sin lugar a dudas lo que más me gusta de Dunstan House.

—¿Lo que más? Vaya, Eve, muchas gracias…

—¿No opina lo mismo que yo, señor Edevane?

El pobre tardó en darse cuenta de que Evelyn se dirigía a él. Alzó la vista de su plato como un resorte en cuanto sintió la atención de toda la mesa entorno a su respuesta. La piel, de repente roja, contrastaba con su corta melena castaña clara.

Pocos de los presentes le llamaban por su apellido, y Evelyn era una de ellos, distinción que parecía ponerle todavía más nervioso.

—Sí, sí, sí, todo es estupendo, señorita Boulanger —contestó azorado.

—Pues para gustarle tanto, casi no ha probado bocado —replicó la francesa—. ¡Debería, va a quedarse en los huesos! Y es bastante alto. Tiene que ponerse *très fort,* ¿me oye? ¿Y si le llaman para la guerra?

—No van a llamarle para nada semejante —protestó Cayden—. La empresa Dagger no podría avanzar sin él.

—Me halaga, señor Dagger, muchas gracias. —Sonrió Brooks.

—Ya me ocuparía de enviar a alguien en su lugar.

—Esto… no creo que eso fuese correcto, señor, pero se lo agradezco de todas formas.

—Aunque no dude de tu habilidad para la batalla, Brooks, prefiero no correr ningún riesgo —replicó su jefe—. Podrías quedarte fascinado por las armas del enemigo y perder la noción de la realidad.

Hope amonestó con una mirada ceñuda a su marido por el comentario desafortunado y Cayden carraspeó. La pareja pareció decirse algo más sin palabras, tan solo con una mirada, porque el empresario se levantó de la mesa de inmediato y alzó la copa.

—Cambiando a un tema más amable, a los dos nos gustaría anunciar algo —pronunció—. Aunque sospecho que algunos ya lo habéis adivinado.

Alisa cruzó una rápida mirada de complicidad con Hope.

—La señora Dagger y yo estamos esperando un hijo.

La mesa entera estalló en felicitaciones. Incluso las inseparables hermanas MacLeod al completo se las dieron.

—¡Qué noticia tan magnífica! —aplaudió tía Juliet—. Tendrán una descendencia bien sana, lo presiento. ¡Probablemente cuatro hijos!

«Ya está haciéndose la bruja otra vez» se rio Alisa para sus adentros.

—Nuestras más sinceras felicitaciones, señora Dagger. ¿Sabe? Después del desayuno, debería visitar la cocina del castillo —propuso Amaryllis—. La leyenda de Dunstan House proclama que solo así dará a luz un varón.

—Ah, ¿eso dicen? —se extrañó Hope—. ¿Por qué la cocina?

Antes de poder evitarlo, Alisa dirigió su atención a Ezra.

El comentario de Amaryllis no le hubiera resultado chocante hacía un par de días. Ahora que sabía la verdad, se revelaba como un gesto cruel. Elea había sido ayudante de cocina y seguro que Ezra había vivido y correteado allí cuando era solo un niño, antes de ser reconocido como un MacLeod.

En cualquier caso, Ezra debía estar acostumbrado a esas indirectas, porque ni siquiera se inmutó ante el comentario de su hermana. O al menos no lo dejó entrever. Esa mañana había aparecido en el comedor con gesto insondable y ni siquiera el anuncio del embarazo había alterado su temple.

—Gracias por el consejo, lady Amaryllis, pero no creo en supersticiones —contestó Cayden con displicencia—. Además, sea cierta esa leyenda o no, ni siquiera importa. A Hope y a mí nos trae sin cuidado qué tengamos, si un hijo o una hija.

En ese momento, tal y como si despertase de un sueño, Ezra imitó a su amigo y se levantó de la mesa con la copa en la mano.

—¡Bien dicho, Dag! Es la ventaja de los nuevos ricos. Niño o niña, ese maldito bebé heredará más libras que todos los presentes juntos. ¡Brindemos por el afortunado!

Todos le obedecieron. Algunos a regañadientes. Otros, sonrientes. Una de esas personas fue Alisa, aunque era consciente de que su sonrisa no era un gesto del todo sincero.

Se alegraba por Hope, por supuesto. De hecho, en la carta que le había dejado antes de fugarse, ya le exponía sus sospechas.

«Lo que podría ocurrirte, querida amiga, es que estés encinta», le había escrito.

No añadió que lo imaginaba porque veía en Hope algunos de los síntomas que ella misma había sufrido con diecisiete años.

Y era eso precisamente lo que le impedía sentirse del todo entusiasmada por la noticia. En el fondo, una parte de ella se lamentaba por no poder anunciar jamás nada parecido.

Nunca tendría hijos.

Tras perder al bebé que esperaba, la mujer que la había atendido con diecisiete años se lo había advertido: era muy probable que no tuviera descendencia. «Vientre débil», le dijo.

Débil. Alisa detestaba esa palabra. Por mucho que se esforzara en mostrar fortaleza, sus entrañas se habían rebelado contra ella hacía tiempo.

De nuevo, esa pérdida de control. Esa helada impotencia a la que era imposible hacer frente. Le recordaba a lo que provocaba Ezra en ella cuando la ignoraba, como llevaba haciendo toda la mañana.

—¡Tengo una idea estupenda! —exclamó Evelyn—. ¿Por qué no organizamos un baile para celebrar la buena nueva? El castillo sería el escenario ideal para un evento así.

—No creo que sea lo más adecuado… —empezó Hope.

A Alisa no se le escapó la mirada tentativa que le dirigió.

—¿Por qué no, Hoppie? Seguro que hay buenas familias por aquí cerca que podrían unirse. Además, aunque no venga nadie, ¡somos más que suficientes! —Evelyn recorrió la mesa con sus grandes ojos azules—. En fin, escasean los caballeros, pero seguro que al señor Edevane no le importará sacar a bailar a las damas varias veces. Un dolor de pies no hace daño a nadie, ¿no

cree? Y seguro que es mejor que la guerra de la que quiere librarle mi primo.

—Ah, eh, lo cierto es que no sé si sería el más adecuado para algo así —balbuceó él.

—De los presentes, es el único caballero soltero, señor Edevane. Inventa máquinas de ensueño que ningún otro mortal sería capaz de hacer funcionar: ¡un vals no será ningún reto para usted!

Los presentes, a excepción de Evelyn, consideraban más bien que para Brooks no habría un reto mayor.

—Si usted lo cree, yo… —dijo para el cuello de la camisa— lo intentaré.

—¿Qué ha dicho?

El inventor pronunció algo incomprensible que la francesa tomó en cualquier caso como un sí.

—Por mi parte, no hay reparos en que se organice —confesó Ezra—. Aunque mi opinión no importa en absoluto. Es la condesa de Northum quien tiene la última palabra.

Para desgracia de la interpelada, la mesa al completo se volvió hacia ella esperando la decisión final a la propuesta. Tras unos segundos de silencio, frunció los labios y también ella se levantó.

—Si mi esposo no tiene reparos —dijo—, yo todavía menos.

—Somos testigos de un auténtico milagro: los dos condes de Northum se han puesto de acuerdo en algo —se burló alegre Evelyn—. ¿Y cuándo podría celebrarse el baile?

Ezra se negó a contestar. En su lugar, alzó las cejas hacia Alisa, que se vio de nuevo empujada por la atención de los invitados a dar una respuesta.

—Hoy es lunes, así que… —Lo pensó durante unos segundos—. Podemos bailar el sábado.

—Sea más precisa, condesa. ¿Este sábado o el de la semana siguiente? —preguntó mordaz Amaryllis.

Había considerado tener una semana y media para organizarlo todo, pero el tono burlón de su cuñada hizo que Alisa cambiase rápidamente de idea.

—Este sábado.

—Oh, ¿lo considera juicioso? ¿Cree que le dará tiempo?

—Ponga por seguro que sí —afirmó, más segura de lo que en realidad se sentía—. Son cinco días.

—*J'y crois pas!* ¡Un baile en cinco días! —chilló Evelyn—. ¡Hezzy, hay que pensar en los vestidos! Termínate el té para subir corriendo a tu dormitorio. ¡Venga, venga, venga! No hay tiempo que perder, ¡he de tomarte medidas!

—¿Para q-qué? —La chica se ajustó el chal negro sobre los hombros—. Tengo vestidos de sobra…

—A esa fiesta irás de luto por encima de mi bello cadáver —replicó la otra joven, alzando el cuchillo de la mantequilla—. Y antes de que alguien de esta mesa se atreva a desafiarme, les recuerdo que el señor Edevane tuvo a bien regalarme un fusil en mi último cumpleaños.

Todos los presentes lanzaron una exclamación de pasmo, a excepción de tía Juliet y Cayden. La primera soltó una poderosa carcajada. El segundo, una palabra que sonó al mismo tiempo a juicio, censura y reprimenda:

—¡BROOKS!

—¡Señor Dagger, pensé que los señores Boulanger…! —empezó a decir el interpelado—. Es decir, que sus tíos sabían… —El chico se aflojó el nudo del cuello mientras hablaba—. Verá, su prima me aseguró que tenía permiso, y me dijo también que…

—Una mujer debería aprender a disparar antes que a bordar —completó Evelyn—. Y lo

cierto es que yo hago la mar de bien ambas cosas.

—¡Eve, por Dios! —exclamó Cayden—. ¡Dime que no te has atrevido a usarlo!

—Hubiera sido desconsiderado rechazar un regalo tan valioso —se excusó ella—. Además, ¿de qué tienes miedo, Cay? Ni que fuera a usarlo contra nadie. Aunque ¿quién sabe? Con estos tiempos tan cambiantes, hasta puede que acabe yendo yo a la guerra en lugar de tu empleado. ¡Dama preparada vale por dos!

—No me lo puedo creer —balbuceó él, antes de volverse hacia Brooks—. ¿Cómo se te ocurrió darle un arma después del incidente con el modelo «halcón»? ¡Por poco acabas sin cejas!

El ingeniero decidió que era hora de poner tanto una excusa como pies en polvorosa, aunque su jefe no iba a dejarle marchar tan fácilmente. Por suerte, Hope agarró su bastón para perseguir a ambos fuera del comedor e intentar salvar el pellejo del pobre inventor.

La paz se restableció en unos segundos, gracias a la perspectiva del evento del sábado. Las dos más jóvenes continuaron cotorreando entusiasmadas mientras tía Juliet trataba de contener sus ideas más descabelladas.

Por su parte, Alisa clavó la mirada en su marido, sentado en la cabecera opuesta. Y esta vez, no supo por qué, Ezra la esquivó. En su lugar, alzó la copa de limonada hacia ella.

Mantenía la misma expresión seria y reservada, aunque en ese momento, más que enfadado, parecía algo resignado. Como si las piezas del tablero nunca fueran a moverse.

Tras dudar, Alisa le imitó. Levantó hacia él la copa y sostuvo su mirada velada. Lo hizo incluso cuando, poco después, ambos bebieron al mismo tiempo de ella.

Alisa sabía que el orgullo era su pecado particular y había encontrado a un contrincante con el mismo defecto. El problema radicaba en que para hacer avanzar algo entre ellos no solo tenía que echar abajo el de Ezra, sino también el suyo propio.

Las palabras que le había lanzado su marido la noche anterior seguían escociéndola. Algunas, porque no eran ciertas. Otras, porque encerraban una verdad demasiado dolorosa.

El baile podría ser el escenario perfecto para demostrarle a Ezra MacLeod que se equivocaba. Respecto a ella, respecto a él. Respecto a los dos.

Alisa tenía cinco días para prepararse para una batalla en la que, si quería ganar, debía estar dispuesta a perder.

…

Ezra se arrepintió enseguida de haber cedido al capricho de la francesa.

La casa volvía a ser un huracán de movimiento y empezaba a tener jaqueca. Después de supervisar las obras del muro exterior, se refugió en la soledad de su salón favorito. Esa tarde Hope no se encontraba bien y Cayden había dejado a Brooks a cargo del dirigible mientras la cuidaba, así que no tenía ningún amigo con quien hablar.

Se sirvió una copa de whisky y se sentó junto a la chimenea.

No estaba concentrado para leer. No estaba concentrado para nada. Seguía dándole vueltas a la discusión que había tenido allí con Alisa la noche anterior. Apenas había podido dormir, y no había ayudado el recordatorio punzante de que ella lo hacía en la habitación contigua.

Una puerta sellada entre ellos era la mejor metáfora para su matrimonio.

«O quizá solo para el corazón de mi esposa».

Sabía que había sido demasiado brusco con ella. Era cierto que no se arrepentía de las confesiones que había hecho o de algunos reproches que le había dirigido, porque le seguía doliendo que su propia mujer le hubiera ocultado el descubrimiento del retrato de Elea. ¿Por qué no había contado con él para averiguar la verdad?

La respuesta era simple: porque no confiaba en su propio marido. Si hasta había acabado descubriendo su secreto de boca de Amaryllis, por el amor de Dios, y eso que era evidente que ambas se detestaban. ¿Dónde le dejaba a él eso?

Y a la vez reconocía que lo podía haber hecho mucho mejor.

«¿A quién se le ocurre soltar que la he estado persiguiendo como un niño desesperado?» se lamentó, echándose hacia atrás en el sofá y pasándose una mano por la cara. «Y eso después de acusarla de no abrirse conmigo. Debe creer que soy un auténtico cretino».

De pronto, llamaron a la puerta. Su primer instinto fue encogerse de miedo. ¿Sería Alisa? Había llamado de la misma manera la noche anterior.

Comprobó que tenía el traje y el pelo bien colocados y, con voz gutural y distante, dio permiso para que pasara.

—*Foin de…!* ¡Empezaba a pensar que me iba a dejar ahí fuera! Es primavera, ¿es que el condado de Northum todavía no ha recibido el aviso? Hay que ver el frío que hace en este castillo, ¡tengo las pantorrillas congeladas!

Evelyn entró en el salón como un torbellino de satén rosa. Solía llevar ese color, así que era inconfundible en los bailes de sociedad. Siempre se la distinguía de lejos, riendo y hablando sin parar, ajena a cualquier finura o encorsetamiento social.

Ezra sabía que, de no haber sido advertido por Cayden para que no se acercara a ella, habría intentado ser amigo suyo. Además, sabía que, como a él, le gustaba el buen vino. Una cualidad que, quizá otros no, pero él valoraba con creces en una dama.

—¿Qué quiere de mí, señorita Boulanger?

—Para empezar, que se ponga cómodo. Deseo dejarle claras un par de cosas.

Cerró la puerta tras ella y, después de una decena de pasos cortos, se plantó delante de él. Siguiendo sus órdenes, Ezra se sentó de nuevo en el sofá y se fijó en que, todavía de pie, Evelyn apenas le sobrepasaba en altura. No debía llegar al metro sesenta.

—¿Qué le ha hecho a nuestra Alisa?

—¿Yo? —Se encogió de hombros y mintió—: Nada.

—¡Qué desfachatez! ¡Lo mal que mentís los hombres y lo empeñados que estáis en hacerlo! Pensé que usted, al ser un libertino, al menos lo haría con algo más de gracia. —Lo taladró con la mirada—. Como Hope, valoro enormemente lo que hizo en aquel jardín de rosas. Ese lord Reid no era bueno para Alisa. Dicho de otro modo, era un zoquete derrochador y baboso. ¡Pero usted no es mucho mejor!

—Me alegra que me tenga en tan alta estima.

—No sea sarcástico, sabe que tengo razón. —Puso las manos en la cintura—. ¿O no?

—Está bien, tiene razón —concedió Ezra sin acritud—. No soy mucho mejor que aquel bufón. Ninguno de los dos se merecía a Alisa.

Eve se quedó sin habla. Las mejillas se le pusieron rojas como cerezas y, carraspeando, alzó la barbilla para recomponerse.

—Me complace que al menos lo reconozca, porque Alisa es una gran dama —continuó, más segura—. Es la mujer más admirable que conozco. Es hermosa, lista y bondadosa. La lealtad hecha persona. Y tiene un corazón de oro. Así que, si no se ha enamorado de ella ya, es que es un patán redomado. ¡En nuestra ausencia, trátela como si fuera una diosa! ¿He sido lo bastante clara? —Se inclinó hacia él con una expresión adusta—. ¿He de repetirlo o lo ha entendido?

Ezra, aguantándose la risa, le dijo que sí con la cabeza.

—*Parfait!* —exclamó ella. Luego se pasó los bucles rubios por detrás de las orejas, aunque cayeron al segundo de vuelta a su posición—. Porque no me gustaría oír que sufre a su lado.

Mientras estén aquí, tendré a Heather como espía en un futuro. Si me entero de que le hace daño, de que le hace derramar una mísera lágrima, yo misma vendré a por usted. Incluso aunque la Dagger no haya construido todavía la vía de ferrocarril. Tengo agallas suficientes para cruzar toda Inglaterra a pie hasta encontrarle y cantarle las cuarenta, créame.

—Ni se me ocurriría dudarlo.

Eve fue a contestar, pero en su lugar se limitó a zarandear un índice acusador en el aire. Después, con la misma prisa con que había entrado, se dio la vuelta girándose sobre sus famosos zapatos de tacón convertibles (regalo e invención de Brooks, cómo no) y se dirigió como una exhalación a la puerta.

—Si ha entendido lo que le he dicho, empiece a hacerme caso y no se quede ahí vagueando —dijo la chica al agarrar el picaporte—. Eche una mano a Alisa invitando en persona a sus arrendatarios. Al fin y al cabo, las tierras son de los dos.

—En realidad no he visto a esa gente desde hace diez años.

Evelyn compuso una expresión de horror.

—¡Pues entonces no estarán nada contentos! Por muy buena condesa que sea Alisa, no deja de ser una forastera; si saben que su arrendador y anfitrión se niega a hacerles una visita, no estarán muy por la labor de asistir. Sacúdase el polvo de los zapatos y mueva el… —Se detuvo— esqueleto.

Él quiso hacer una réplica burlona, pero de pronto se vio sin saber qué decir.

—Muy bien, señorita Boulanger. Moveré el esqueleto.

—Así me gusta: un hombre que sabe obedecer. —Evelyn se puso roja en cuanto pronunció aquello, por lo que se apresuró a alzar el mentón de nuevo en un gesto de pretendida elegancia —. Me satisface que hayamos aclarado las cosas, conde de Northum. Gracias por enviarnos aquella invitación a esta casa. Aunque le falte algo de color, el castillo es muy… señorial.

A pesar de dar un sonoro portazo al irse, Ezra pudo escucharla al otro lado de la pared lamentarse en alto con un «*merde*» por su brusquedad.

MacLeod, todavía con la sorpresa en el cuerpo, se levantó del sofá para servirse otra copa de whisky escocés. El problema fue que, por culpa del ataque de risa que le dominó, esta nunca llegó a tocar sus labios.

25

Alisa descendió las escaleras del castillo atándose las tiras del sombrero a la barbilla.

Nellie la seguía a solo dos pasos. Aunque no podía verle la cara a su doncella, Alisa sabía que esta reflejaría el más puro abatimiento.

La pobre mujer detestaba las visitas a los arrendatarios del condado y, a pesar de que su señora le había asegurado que en esta ocasión era para algo positivo y nada problemático (invitarlos personalmente a la fiesta del sábado), a Nellie tampoco le había entusiasmado la idea.

—Duncan, ¿está el coche preparado?

—El señor Dagger ha confirmado que pueden utilizar el suyo, milady.

—Perfecto, así iremos más rápido. —Se dio la vuelta mientras Duncan le tendía la gruesa capa de viaje a su señora—. ¿Ve como no es para tanto, Nellie? Los caballos son fuertes y el carruaje es tan robusto como veloz. Estaremos de vuelta en menos de lo que espera.

La doncella asintió sin mucho convencimiento, atándose la lazada de su propia capa.

Salieron al exterior, aunque Alisa tuvo que detenerse un instante, dado el fuerte soplo de viento que casi las derribó. Agarró con más fuerza su bolso de mano, donde guardaba las invitaciones a la fiesta, y entrecerró los ojos mientras caminaba hasta el coche Dagger, a unos metros de la puerta de entrada.

El conductor le abrió la portezuela y, como escudo, resistió el envite del aire para que Alisa pudiera subir. Una vez estuvo sentada dentro, la joven suspiró de alivio al mismo tiempo que cerraba los ojos.

El fenómeno de viento marino en Northum era digno de estudio; al menos su potencia serviría en la prueba del dirigible. Lo único que le preocupaba ahora era que la fuerza del aire impulsara la máquina hasta hacerla inmanejable. No quería más tragedias atadas al castillo.

—Nellie, ¡menuda ventolera! ¿Puede subir o…?

Pero no fue su doncella quien entró tras ella.

Después de darle las gracias al conductor, Ezra cerró la portezuela del carruaje y tomó asiento frente a Alisa.

—Es cierto que me ha crecido algo el pelo, pero no creo que pueda confundírseme con la buena de Nellie —dijo él indiferente, mientras se tocaba un mechón que le caía sobre la frente—. Tendré que dejarme barba para que notes la diferencia. —Se frotó la mandíbula mientras añadía —: Hasta puede que eso me dé un aspecto más noble. Con lo que sabes ahora, quizá me haga falta para no parecer todavía más plebeyo a tus ojos.

A Alisa le temblaban las manos. Entrelazó los dedos entre sí para evitar que él lo notara y giró la cara hacia la ventanilla.

Habían empezado a moverse.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con un hilo de voz.

—Sé que estás congraciándote con nuestros conciudadanos de Northum y no deseo verlos por primera vez en la fiesta. El último recuerdo mío que tienen es el de un adolescente quejica.

—¿Existe alguna diferencia con tu yo actual?

No pudo evitar que se le escapara. En otras circunstancias, con el juego de puyas que solían mantener, aquello habría despertado una carcajada en su marido y el correspondiente comentario maligno que, en el fondo, no lo era de verdad.

Pero ya no eran los mismos que se habían fugado a Gretna Green. Ni tampoco el matrimonio que se había instalado en Dunstan House. Y la prueba la obtuvo con el silencio incómodo que siguió a aquel comentario.

Alisa cerró los ojos ante él. Y, en su fuero interno, se odió a sí misma.

Odió no poder decirle todavía lo que de verdad sentía. Odió imaginarse qué imagen tendría ahora Ezra de ella. La de una petulante y arrogante aristócrata a la que le afectaba el origen de su marido cuando, en el fondo, no podía importarle menos. Ni eso, ni nada que no fuera hacer las paces con él.

Al mismo tiempo, no podía ignorar todas las acusaciones que le había arrojado MacLeod a la cara. ¿De veras merecía esos reproches? ¿Era tan fría, reservada y distante como le había asegurado? ¿Tan poco humana? ¿Hope y Evelyn pensarían lo mismo sobre ella?

—Dígame, condesa, ¿a quién tenemos el placer de visitar primero?

Alisa, agradecida por el cambio de tema, abrió su bolso de mano. En realidad, no le hacía falta, ya que se sabía todos los apellidos de memoria, pero el gesto le permitía poner los ojos en algo que no fuera el hombre frente a ella.

—A los Weston —respondió tras leer su tarjeta—. Son los más cercanos en distancia a Dunstan House, y los de mayor rango nobiliario.

—Por supuesto. Con esas virtudes, cómo no colocarles los primeros en la lista.

La joven se mordió el labio inferior y volvió a cerrar el bolso. El chasquido hizo eco en el interior del coche.

—¿Vas a comportarte de esta manera lo que resta de viaje?

—Lo siento, es que es un alivio que ya no tenga que fingir que soy un caballero delante de ti. —Alisa notó en su tono una punzada de tristeza entremezclada con cierto reproche—. Aunque en realidad nunca me vieses como tal.

—¿En serio, Ezra? —replicó—. ¿Crees que, de pensar tal cosa sobre ti, habría accedido a casarme contigo?

—No lo sé. ¿Lo habrías hecho?

Se mordió la lengua. «Dile que sí, dile que es un verdadero caballero. Que, sin importar quiénes eran sus padres, lo era entonces y lo es ahora. Y todavía más desde que le conoces».

Era demasiado pronto. Había planeado enfrentarse a él en el baile, pero quizá ese podía ser un buen momento para sincerarse.

—Ezra —Cogió aire—, yo…

—No importa que te arrepientas —la interrumpió él. Se había cruzado de brazos, la chaqueta se notaba tensa sobre los hombros—. En el fondo, yo también lo hago.

Alisa frunció el ceño.

—¿Te arrepientes?

—Dadas las circunstancias, sí. Debería haber dejado que te casaras con lord Reid. Es un cabrón, pero al menos él es…

—Basta.

Como si lo hubiera escuchado el conductor, el coche se detuvo. Lo hizo bruscamente, lo que provocó que Alisa se propulsara hacia delante y cayera sobre su marido.

—¡¿Estás bien?!

Notó enseguida sus manos recorriéndola para comprobar que no se había hecho daño, antes de usarlas para agarrarla de la cintura y colocarla con suma agilidad justo a su lado.

—¿Alisa?

—Estoy bien —musitó ella, irguiéndose en el asiento—. Ha sido solo un susto. El coche…

—¿Un susto? —soltó él con un bufido—. Podrías haberte golpeado la cabeza o algo peor.

Luego ahuecó la palma sobre su mejilla, acariciándole la piel con el pulgar en un ademán tierno. En cuanto ambos cruzaron una mirada, Ezra apartó la mano como un resorte y se alejó unos centímetros de ella.

—Maldita sea, le dije a Dag que tenía que poner algún mecanismo para evitar este tipo de cosas —gruñó—. Un cinturón que nos atase al asiento o algo semejante.

—Propónselo a Brooks y paténtalo.

Él arqueó una ceja.

—¿Te burlas de mí?

—¡Claro que no! —Vacilante, extendió un brazo hacia él—. De verdad creo que es una buena…

De repente, se abrió la puerta, por lo que Alisa apartó la mano de un movimiento.

El conductor se asomó por el hueco mientras se agarraba el sombrero a la cabeza para que no echara a volar.

—¡Disculpen la brusquedad, milord, milady! Más adelante en el camino se ha producido un pequeño accidente. He podido frenar a los caballos antes de que fuera tarde, pero no podremos avanzar hasta que no se mueva el otro carruaje. Me preguntaba si usted…

—Déjeme comprobarlo.

Ezra le hizo a un lado y se bajó del coche. Enseguida se quitó el sombrero para lanzarlo dentro del vehículo. Todavía sentada, Alisa comprobó cómo el viento zarandeaba a los dos hombres. MacLeod evaluó desde la distancia el accidente hasta acabar asintiendo para sí. Cuando se dio la vuelta hacia ella y la miró directamente a los ojos, el corazón volvió a darle un vuelco.

—Quédate dentro del carruaje. Voy a ver si Hunter y yo podemos ayudar a que…

—¿Hay heridos?

—No, el coche está atascado, eso es todo. La familia está a un lado del sendero.

—Iré con ellos.

En cuanto Alisa se aproximó a la puerta, Ezra se colocó justo en el hueco. Luego alzó las manos para apoyar los brazos en el dintel e impedirle bajar.

—¿Qué diablos haces? ¡Seguro que están asustados!

—¿Y *tú* precisamente vas a tranquilizarlos?

Alisa entrecerró los ojos.

—Si me conocieras, sabrías que soy *muy* hábil transmitiendo paz —replicó—. Además, por muchas tonterías sobre tu origen que sueltes, sigues siendo el conde de Northum. Y yo, tu condesa. Si vas a mancharte de barro los guantes para ayudar a nuestros vecinos, yo me mancharé las botas para que sean testigos de que ambos somos capaces de cualquier cosa por ellos.

—Qué dramática.

—Y, después de todo lo que he hecho por estas tierras, no quiero permanecer dentro del coche de brazos cruzados mientras tú quedas como un héroe —reconoció—. Ahora, hazte a un lado y déjame bajar.

Sus caras estaban a solo unos centímetros. La última vez que había sido así, habían firmado un pacto por medio de un beso.

Desde luego, se encontraban lejos de estar en la misma situación. Ahora Ezra la detestaba, ¿o no le había dado a entender eso la otra noche? Que era una arrogante elitista con el corazón de hielo.

En ese instante, sin embargo, su marido bajó la vista a sus labios. Despacio, Alisa tragó

saliva.

—¿Acaso he de convencerte para que me dejes bajar? —le preguntó en voz baja.

Ezra arqueó las cejas.

—¿Cómo lo harías?

—¿Cómo quieres tú que lo haga?

Contuvo el aliento mientras él, callado, parecía meditar una respuesta.

La que obtuvo Alisa, no obstante, estaba lejos de la que habría deseado.

—Está bien, condesa testaruda, te dejaré hacerte la heroína —dijo Ezra en un susurro ronco —. Pero aunque vayas a salirte con la tuya, esta vez lo haremos a mi manera.

Se agachó y Alisa no comprendió por qué hasta que ya fue demasiado tarde. Ezra la agarró de las corvas y la alzó por las rodillas hasta cargarla cabeza abajo sobre un hombro.

—¡¿Qué haces, idiota?!

—El camino está enfangado —lo escuchó mientras se ponía a caminar—. Dejaré que te manches las botas más cerca de los testigos. ¿De qué sirve que te hagas la generosa si nadie te ve?

—¡Bájame ahora mismo, patán!

—Ten paciencia —dijo él—. Imagino lo que te disgusta que te toque el hijo de una cocinera, pero pronto estarás a salvo. ¡Hunter, sígame!

Alisa, bocabajo, observó cómo el confuso conductor parecía despertar y acababa por seguirlos.

—Eres como un niño incorregible —masculló ella—. ¡No te soporto!

—Tampoco es que eso suponga una novedad, condesa. Ahora solo tienes una razón de peso más para detestarme.

Antes de que fuera capaz de elaborar una réplica, Ezra la dejó en el suelo. Se atrevió incluso a sacudirle el polvo de la falda y ajustarle el sombrero que se le había ladeado.

—Ve a hablar con esa familia —le dijo después—. Mientras, Hunter y yo intentaremos solventar el problema de marras y despejar el camino.

—¿Cómo? —preguntó Alisa, más curiosa que escéptica—. Solo sois dos, tres si contamos al otro conductor. Y Hunter no es tan fuerte como tú.

—Tampoco se precisa una gran fuerza. Necesitamos aumentar la adherencia, colocar una superficie limpia para que la rueda se agarre mejor al girar y salga del barro. Si atamos una tabla a la llanta y empujamos desde ese lado, ¿lo ves?, hacia esa dirección quizá consigamos sacarlo del fango lo suficiente para que los caballos hagan el resto. Es cuestión de habilidad, no de potencia.

La joven abrió la boca por la sorpresa.

—Vaya, eso… no se me había ocurrido. Es muy ingenioso.

Ezra se encogió de hombros, indiferente ante su tono de admiración.

—Atender las explicaciones sobre ingeniería de Brooks en esas reuniones interminables de la Dagger me habrá servido para algo. En cualquier caso, no es que yo sea inteligente, sino que me aprovecho de quienes sí lo son. —Compuso una mueca resignada—. Llevo haciéndolo desde que nací. En el fondo, no tengo nada que me sea propio.

«Sí que lo tienes» pensó ella. «Me tienes a mí».

Alisa, callada, observó su espalda mientras Ezra y el conductor se alejaban en dirección al carruaje. Se encontraba varado en una curva pronunciada, a unos diez metros de ellos. Era un coche descubierto, algo avejentado por los años, cuya rueda trasera se había encallado en una zanja embarrada del estrecho camino. Dos hombres, seguramente el conductor y uno de los

pasajeros por sus ropas confeccionadas a medida, intentaban moverlo sin éxito.

En el extenso campo de hierba junto al sendero, una mujer y dos niños de unos seis años miraban los esfuerzos del resto con los brazos cruzados, a tenor del vendaval. Cogiendo aire, Alisa caminó hasta ellos y sonrió con educación a la dama al reconocerla.

—Señora Weston, ¿se encuentra bien? Precisamente nos dirigíamos a su casa a invitarles a un evento especial.

—¡Oh, condesa! —La mujer se inclinó en cuanto la vio y obligó a los dos niños a hacer lo mismo con una mano en cada espalda—. Esa era la razón de nuestra celeridad. Recibimos el aviso de su visita esta misma mañana. Sin embargo, con el camino en estas condiciones…

—Lo lamento mucho, de corazón. —Alisa se dio la vuelta para comprobar cómo Ezra daba instrucciones para mover el carruaje—. Es una suerte que hayamos aparecido. Esperemos que con un par de manos más, podamos conseguir que vuelvan a casa sanos y salvos. Mientras tanto, ¿quieren refugiarse en nuestro coche? Aquí fuera hace demasiado frío.

—Gracias, milady, pero no es necesa…

—¡Sí, mamá! ¡Sí! ¡Vamos!

Uno de los niños señaló entusiasmado el moderno Dagger, mientras que su hermana, de un año menos que él, se limitó a reír histérica.

—No deseamos molestar… —balbuceó la madre.

—Aquí fuera solo pueden enfermar, y eso sí sería una molestia. Deseamos que asistan a nuestro baile del sábado. —Alisa la tomó del brazo y le dio un suave tirón—. Insisto.

La señora Weston accedió con un asentimiento tímido, lo que bastó para que sus hijos echaran a correr dando saltos por los charcos de barro hasta el coche.

—¡Con cuidado, niños!

—No hay peligro, ellos no tienen ruedas —dijo Alisa, y añadió junto al oído de la mujer—: Por suerte, o sí estaríamos en serio peligro.

Le animó ver que la dama se echaba a reír tras un guante.

Una vez dentro del coche, Alisa respondió a las preguntas curiosas de los niños y trató de estar atenta al mismo tiempo a los ruidos que se escuchaban desde fuera. Cuando reconocía la voz de Ezra entre ellos, se veía a sí misma tardando unos segundos en volver a concentrarse.

Tras unos quince minutos, la puerta del coche se abrió de nuevo. Alisa no pudo reprimir una sonrisa al ver a MacLeod. Tenía el pelo alborotado, la chaqueta arremangada y las manos sin guantes manchadas de barro.

—Señora Weston —Inclinó la cabeza—, hemos conseguido sacar el carruaje del barrizal. Su marido la está esperando allí, puede volver con él si lo desea.

—¿Habéis oído, niños? Dadle las gracias al conde de Northum.

—¡Gracias, conde de Northum! —gritó la niña con más fuerza de la necesaria.

Ezra ayudó a salir del coche a la señora Weston y, cuando esta se dio la vuelta para hacer lo mismo por sus hijos, el niño se cruzó de brazos con enfado y se tumbó en el asiento.

—¡Yo me quedo!

—George, no seas maleducado.

—¡Este carruaje es mejor que el nuestro!

Desde el camino, la pobre mujer compuso una expresión de absoluta vergüenza.

—George, baja *ya*.

—No se preocupe, señora Weston —se apresuró a intervenir Alisa—. Como le he dicho, íbamos de camino a su casa para invitarlos a un baile que organizaremos el sábado en Dunstan House. Podemos llevar a George y Marianne hasta su propiedad y luego seguir nuestro camino.

No será un problema.

—¿Seguro?

A Alisa le molestó que la señora Weston se girara hacia Ezra para buscar su aprobación, pero aún más lo que dijo él a continuación:

—Desde luego. De hecho, señora Weston, quédese en el coche con los niños y mi esposa. Yo acompañaré a su marido. Así podremos charlar sobre asuntos relativos al condado.

—Es muy amable, milord.

MacLeod volvió a ayudarla a subir y, antes de cerrar la puerta del coche, le lanzó una intensa mirada a Alisa.

«Yo le evité una vez» se recordó. «¿Está devolviéndomela?».

—Su esposo es un hombre muy atento —dijo la otra mujer en cuanto arrancaron—. Confieso que, el día en que apareció sola en nuestra casa, recuerdo haber pensado que el conde no sería muy dado a relacionarse con otras familias.

—Oh, no. No se trata de eso en absoluto.

«Es que es un perezoso. O lo era».

—Ya, ahora lo veo. —La señora Weston lanzó una risita aguda que, sin duda, explicaba la de su hija—. Seguro que tiene muchas obligaciones, ahora que ha heredado el título de su padre. Llevar un castillo no es tarea fácil, ¿sabe?

—Me imagino —murmuró Alisa.

—Y supongo que, mientras tanto, usted está deseando darle lo que más ansía. —La joven frunció el ceño sin comprender—. Un pequeño heredero, por supuesto.

—Por supuesto…

—No se preocupe. En mi caso, fue rápido, pero puede que en el suyo tengan que esperar un poco más. Lo digo por el historial de los condes de Northum. —La mujer sonrió con falsa inocencia—. Tardaron mucho más de lo deseado en traer un hijo al mundo, ¿sabe? A pesar del terrible destino de lady Lillian MacLeod, ella al final pudo conseguirlo. Si insiste, Dios proveerá. No se desanime.

Alisa se mordió la lengua.

—Descuide —musitó.

—¡Mamá, mira, adelantamos a papá!

El camino se ensanchaba y el conductor lo aprovechó para aventajar al otro coche. Los niños golpearon el cristal de la ventanilla como locos al sobrepasar a su padre y a Ezra.

—Estaos quietos, ¡no rompáis nada!

Una vez llegaron a la finca, hicieron el cambio de ocupantes entre agradecimientos y el recordatorio del baile que se celebraría el sábado. De vuelta al coche, Alisa advirtió que Ezra se había arreglado todo lo posible el traje y se había colocado de nuevo los guantes. No pudo distinguirlo con claridad, pero antes le había parecido ver algún raspón en su piel.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—Has sido muy amable —continuó ella—. La señora Weston se ha deshecho en halagos hacia ti.

—Ya puede —bufó Ezra—. Si no fuera por nosotros, hoy hubieran dormido a la sombra del muro de Adriano. ¿Tú qué tal? ¿Mucho barro en las botas?

—No…

—¿Qué te parecen los Weston?

Ante la abrupta pregunta, Alisa no supo qué contestar.

—Bien, supongo.

—No me vas a decir lo que verdaderamente piensas de ellos, ¿verdad?

«Por las ropas caras de él en comparación con las gastadas de su familia y dado lo antiguo que parece el carruaje, creo que el señor Weston gasta demasiado solo en sí mismo, que ella se finge tonta cuando es *muy* astuta y que sus hijos son ruidosos hasta el dolor de cabeza». Sin embargo, en lugar de decirlo, se limitó a encogerse de hombros.

—Ah, claro… no me lo dirás —cabeceó Ezra—. Olvidaba que eres experta en guardar tus más recónditos secretos.

—Eso no es…

El coche dio una pequeña sacudida, solo que en esta ocasión, Alisa pudo agarrarse con la suficiente fuerza al asiento para no caer. Aunque las manos de Ezra se habían colocado sobre ella por precaución, su marido las retiró tan rápido como las había movido.

Tras la vuelta a la velocidad de conducción habitual, Alisa buscó su mirada con desesperación, pero esta vez era él quien la esquivaba.

—¿Próxima parada?

El tono seco que utilizó Ezra le arrebató las ganas de abrir la boca, excepto para indicar la siguiente dirección.

Era ya de noche cuando pusieron rumbo a Dunstan House. Apenas habían hablado, excepto para cruzar algunas palabras delante de las familias a las que visitaban. Ezra se mostraba correcto, aunque dejaba llevar la voz cantante a su mujer; al fin y al cabo, la mayoría de arrendatarios la conocían a ella más que a él.

El coche aminoró la velocidad y Alisa se fijó con más atención en el paisaje nocturno tras la ventanilla. Gracias a la luz de la luna, reconoció esa parte de la costa. Estaban muy cerca de casa.

—Espero que la señorita Boulanger esté contenta.

Alisa se giró ceñuda hacia Ezra.

—¿Qué quieres decir?

—Me advirtió con vehemencia de que te tratara bien esta tarde.

Sintiendo un pinchazo en el estómago, Alisa se atrevió a preguntar:

—Ah, ¿esa es la verdadera razón por la que has decidido venir conmigo?

—¿Qué otra opción tenía? Como buen inglés, siento pavor por las amenazas francesas.

Fue incapaz de reírse. Había llegado a creer que la había acompañado porque deseaba estar con ella, y nada más lejos de la realidad. Su marido solo se había visto empujado a soportar su presencia por orden de Evelyn.

El tiempo que le quedaba a solas con Ezra se agotaba. No había reunido las fuerzas para ser honesta con él, pero ahora eso apenas le importaba. ¿Qué recibiría a cambio de su sinceridad? Estaba claro que había perdido cualquier posibilidad de estar con él. Al menos, de la manera en que deseaba.

—A pesar de haber sido bajo amenaza —consiguió decir al final—, gracias por venir. Sé que no lo soportas y…

—¿Cómo me lo vas a pagar?

Alisa frunció el ceño.

—¿Pagar?

—Sí, pagar. Mis servicios como acompañante. Tranquila, no te pediré mucho. —Ezra encogió un hombro—. Con un beso me conformaría.

Asombrada, Alisa abrió la boca. Antes de que pudiera decir nada, Ezra se apresuró a aclarar:

—No es necesario que compongas esa cara de horror, condesa. Solo era una broma.

El coche se detuvo del todo. Se les había acabado el tiempo.

Resignada, Alisa se giró en el asiento antes de salir. A su lado estaba el sombrero de Ezra que antes él mismo había tirado. Lo tomó y, tras adecentarlo, se lo tendió.

—Ezra —Él se volvió de inmediato—, no te lo olvides.

Con aire indiferente, MacLeod lo cogió. Sin embargo, en el último segundo, levantó la vista para cruzar sus ojos con los de ella.

La chispa fue inmediata. Antes de que Alisa pudiera percatarse de sus intenciones, sintió los labios de Ezra sobre los suyos.

No fue suave. Ni delicado. Su marido parecía ahogado por la sed, urgente por consumirla a través de ese beso.

Abrumada por las emociones, Alisa se estremeció cuando la agarró de la cintura para colocarla sobre su regazo, sin siquiera renunciar a su boca. La pegó más a él y, al notar la dureza de su cuerpo, se oyó a sí misma respirar jadeante. Enseguida sus brazos se movieron solos para rodearle el cuello y mantenerlo tan cerca como fuera posible.

Sabía que estaba más segura allí, aferrada a Ezra, que en cualquier otra parte.

Advirtió que su marido tiraba del lazo de su sombrero y, tras desatarlo, lo lanzaba a un lado. Luego deshizo su peinado al hundir los dedos entre el pelo trenzado. Una pequeña parte de su mente consideró con pánico qué pensarían los criados y el resto de la casa al verla salir así del carruaje.

Otra deseó que ninguno de los dos saliera jamás de él.

Por eso se sintió tan decepcionada cuando, tras unos segundos, Ezra recuperó el control. Se consoló al comprobar cuánto le costaba al conde apartar la boca de la suya.

Su aliento le acariciaba los labios. Permanecieron así, quietos, hasta que Ezra le rodeó la cintura con un brazo. Después la alzó con facilidad hasta dejarla de nuevo en el asiento de enfrente, el que había ocupado todo el camino.

—Este es el trato: aguantaré sobrio hasta tu gran fiesta —susurró él—. Son cinco días, condesa. No me tientes hasta entonces.

A continuación, abrió la puerta del coche y se marchó.

Alisa se limitó a verle marchar. Se había quedado completamente paralizada en el asiento. Quién podía culparla; el corazón seguía latiéndole frenético. Su mano agarró el que era de metal, como si el colgante, de alguna manera, pudiera sostenerla.

26

Ezra era consciente de lo patético que había sido su comportamiento. En realidad, no se basaba en una estrategia compleja; la verdad era mucho más simple: no sabía cómo actuar delante de Alisa.

Las preguntas se sucedían una detrás de otra y le impedían pensar con claridad. ¿Lo odiaba? ¿Ya no podía tenerle el mismo respeto desde que sabía que era un bastardo? ¿Se arrepentía de su matrimonio?

Esa tarde había tratado de lanzarle a Alisa los suficientes cebos para que esta le rebatiera con la verdad sobre lo que pensaba de él, pero no había dado mucho resultado.

Por Dios, si hasta la había besado. Lo había hecho para recordarle qué podía obtener de él. Para ver si reaccionaba, para provocarla, para hacerla saltar. Porque, sencillamente, quería. Lo deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo.

Y tampoco había servido de nada.

«Es porque soy un mentecato sin tacto que trata con una verdadera dama de alta cuna, por eso», se lamentó. «Una dama que se niega a mirarme a los ojos durante horas porque considera que ni siquiera lo merezco. Y tiene razón».

—Duncan —dijo al entrar como una exhalación al vestíbulo—, ¿dónde está la señora Dagger?

—En el salón de lectura de la segunda planta —contestó el criado, efectivo—. Estaba en compañía del señor Brooks Edevane, ajustando algo de su pierna, he creído oír… Comentó que no deseaban ser molestados.

—He visto esa prótesis miles de veces, no me escandalizaré.

Se dirigió allí sin pensar bien en lo que hacía. Se cruzó con Begonia y Camellia subiendo las escaleras, pero apenas se limitó a saludarlas con un gruñido. Estaba cansado de todas las MacLeod (excepto de Hezzy, evidentemente). En especial, estaba harto de Amaryllis. ¿Cómo se había atrevido a contarle lo de Elea a su mujer? Pero no podía recriminarle nada por decir, por una vez, la verdad.

Su hermana mayor no estaba acostumbrada a hacerlo; eso explicaba por qué parecía haberse esfumado del castillo, excepto para reaparecer a la hora de comer, cual buitre. Quizá estaba empezando a asimilar un sentimiento hasta entonces ajeno a ella llamado «arrepentimiento».

«Qué iluso. Con Amaryllis, no caerá esa breva. No es capaz de mostrar la más mínima sensibilidad. Jamás cambiará».

Al llegar al salón de lectura, ni siquiera se detuvo para llamar a la puerta. Brooks solía ajustar de forma periódica la prótesis de Hope en casa de los Dagger y, dada la confianza que se tenían, Ezra ya la había visto en varias ocasiones en Londres. No había razón por la que sentirse avergonzada.

Sin embargo, cuando abrió la puerta y vio a Brooks en los brazos de Hope, se arrepintió de no haber tenido al menos un poco de deferencia.

—¿Qué estáis haciendo?

La pregunta en sí era bastante estúpida. «En fin, hoy estoy un poco estúpido en general», se consoló Ezra por dentro. Porque parecía suficiente respuesta la música que salía del gramófono sobre la mesa, los gestos de Hope corrigiendo la postura de su pareja de baile y la cara roja de

Brooks, pillado con las manos en la masa en mitad de su clase privada.

—¡Cierre la puerta!

Tras un segundo de desconcierto, Ezra obedeció al ingeniero. De cara a la pared, se dio la vuelta despacio, como si fuera a enfrentarse a dos bestias en plena naturaleza.

—¿Qué estáis haciendo? —repitió.

Porque sí, puede que ese día Ezra MacLeod no estuviera demasiado lúcido.

«Teniendo en cuenta que acabo de robarle un beso a mi mujer, lo raro es que consiga tenerme en pie».

—¿Qué crees que estamos haciendo, discutir sobre la Crisis de la Patata? —Hope arqueó una ceja, tal como lo haría su marido ante un socio de negocios bastante obtuso—. Estaba echándole una mano a Brooks. Él…

—¡Señora Dagger! —El chico se separó de ella de un salto—. Me prometió que no se lo diría a nadie…

—Pero si ya nos ha visto.

—Brooks, Brooks, Brooks —canturreó Ezra mientras se acercaba a él y le pasaba un brazo por los hombros—. No tienes nada de qué preocuparte. Sé qué estás planeando.

Las pupilas de Edevane se hicieron minúsculas, lo que permitió a MacLeod darse cuenta de que su ojo izquierdo era ligeramente más verde que el derecho azul.

—Ah, ¿sí?

—Claro, tus intenciones son obvias: planeas bailar el sábado con la condesa de Northum, arrebatármela y quedarte con todo mi patrimonio. Tranquilo. —Suspiró con fingido pesar—. Lo entiendo, es difícil resistirse a una dama tan…

—¡No quiero a la condesa para nada!

—¡Increíble! —Ezra chistó—. ¿Tendré que retarte a un duelo por el honor de mi dama? ¿Es que mi señora MacLeod no es suficiente para ti?

—¡No! Es decir, sí. ¡No! —El chico se puso todavía más colorado—. Lady MacLeod es maravillosa, pero no… ¡no quiero su castillo!

—Ah, ¿no? —Ezra pudo ver a Hope intentando no reírse justo detrás del chico—. Entonces tu intención de bailarín en ciernes es cortejar a Heather. Es evidente, ¡qué tarado soy! Casi tiene tu edad y está soltera, lo cual es mucho más conveniente a tus propósitos.

—¡Tampoco deseo a Heather! —Después de una pequeña pausa, Brooks bajó la vista y la voz—. No tengo ningún problema con su hermana, señor MacLeod, claro está…

—Claro está. —Ezra le lanzó un guiño a Hope, que le hizo un gesto con la mano para que dejara ya la broma—. Entonces solo nos queda una opción. Pero es imposible. Te creía listo, y no creo que estés tan loco como para intentar engatusar a una dama tan arrolladora como la antigua revolución de su país.

El salón fue dominado por la música suave y rítmica que salía del gramófono. Era un vals clásico, bastante moderno; Ezra recordó haberlo oído durante la última fiesta de Navidad en casa de los Dagger.

—Tiene razón —musitó por fin Brooks—. Sé que es una locura. No debería haberlo intentado.

—¡De eso nada! —exclamó Hope. Le pellizcó en el brazo a Ezra para que soltara a Brooks de los hombros y tomó al chico de la mano—. Estar a solas nos ha costado lo suyo, ¡no te eches atrás ahora! Vamos a bailar hasta que lo hagas a la perfección y la dejes anonadada, ¿de acuerdo?

—Yo haré de público —se ofreció Ezra—. Vamos, hombre, no te lo tomes así, no hablaba en serio. Además, Evelyn estará tan encantada con su fiesta que ni se dará cuenta de los errores que

cometas.

Brooks alzó la cabeza como un resorte.

—Estoy seguro de que sí, porque la señorita Boulanger…

Pero el susurro murió cuando Hope le puso la mano en el hombro y colocó la suya en la cintura.

—La señorita Boulanger nos ha estado molestando todo el día hasta que hemos podido echarla con la excusa de reparar la prótesis en la intimidad —explicó ella.

—¿Dónde está ahora? —quiso saber Ezra mientras tomaba asiento en una butaca—. ¿Con mi hermana?

—Sí, Cay y tía Juliet les están enseñando a jugar al ajedrez. —Hope resopló divertida—. Aunque en realidad quienes juegan uno contra otro son ellos. Ignoro por qué las chicas no han salido huyendo.

—¿Quizá porque tu marido y la Vieja Dragona son las personas que más miedo inspiran en este castillo?

—Me alegra que hayas eliminado de la lista a tu propia esposa.

—Es que Alisa solo me intimida a mí —reconoció Ezra con pesar.

Tras un «un, dos, tres» susurrado, Hope y Brooks volvieron a su clase de baile, cuidando de los pasos vacilantes de uno (por la ignorancia) y de la otra (por la pierna).

«Vaya maestra se ha ido a buscar el pobre» se rio con cariño Ezra. «Pero eso solo demuestra lo empeñado que está el chico en mejorar, y no hay nada más beneficioso en el amor que el impulso de hacer el ridículo».

—¿Sigues aterrorizado? —preguntó Hope al aire.

—¿Hablas con Brooks o conmigo?

—*Sé* que Brooks está aterrorizado. —El joven asintió en silencio mientras daban vueltas—. Te hablaba a ti. ¿Qué tal ha ido vuestro paseo?

—Fatal. —Ezra se restregó los ojos—. Estaba decidido a pedirle disculpas, a empujarla a que se abriera conmigo y… bueno.

—¿Bueno?

—Fatal —repitió.

—¿Quieres darle lo que me pediste que trajera de Londres? —le preguntó sin mirarle—. Está bien guardado en el dormitorio de Evelyn.

Ezra le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué hace en el dormitorio de Evelyn? ¡Te dije que no se lo contaras bajo ningún concepto!

—Y no se lo conté, pero es una metomentodo. —Hope se rio—. No pongas esa cara, Brooks, si la conoces mejor que ninguno de nosotros.

—La señorita Boulanger solo es una criatura curiosa —trató él de defenderla.

—Sí, en proporciones imposibles para alguien tan pequeño —rebatió Hope con sorna. Luego volvió la cabeza a MacLeod—: No pude evitarlo, hace horas apareció como una exhalación en mi aposento. Me dijo que te había dicho «cuatro cosas» y, mientras daba vueltas por mi dormitorio husmeando, encontró la caja. A partir de entonces, no dejó de hacer preguntas hasta que se lo solté. Créeme, puede llegar a ser muy insistente.

—La señorita Boulanger es una dama muy convincente —añadió Brooks.

—Espero que tú también lo hayas sido, Hope, y le hayas instado a que cierre la boca —dijo Ezra en un susurro airado.

—Confío en ella, pierde cuidado. No hablará. Es muy buena guardando secretos. Solo tiene

verborrea con los suyos propios.

—No pensé que diría esto, pero ojalá Alisa se pareciera un poco a ella…

Hope le lanzó una mirada tentativa a su amigo tras darle Brooks una vuelta.

—Sé paciente. En cuestión de hombres, Alisa no lo ha pasado precisamente bien.

—Ya… Lo imagino. Conozco la naturaleza de los de mi sexo. Mi actitud no es perfecta, pero nunca he tratado así a ninguna mujer, y menos a ella. —De repente, el tono se volvió amenazante —. Créeme, daría lo que fuera por conocer al tipo que la dañó de esa manera solo para hacérselo pagar.

—Qué extraño —murmuró Hope—. Nunca antes habías hablado así.

«Nunca antes había estado enamorado».

Ezra suspiró, se revolvió el pelo con ambas manos y las dejó después sobre la cara para ocultarla.

—Mi frustración radica en que me gustaría saber qué palabras exactas son las adecuadas para dirigirme a ella —soltó, la voz amortiguada por las manos—. Nunca he tratado con una dama como ella. Al menos, no con una a la que quisiera impresionar. Y la base con la que trabajo es nefasta. Alisa cree que soy un patán, un maleducado y un degenerado y, además… tiene razón. No estoy a su altura. Pero me bastaría con convencerla de que, a pesar de todo ello, puede confiar en mí. —Hizo una pausa—. Lo que teníamos hace unos días parecía el preludio de algo… bueno. Maldita sea, de algo que llevaba buscando desde hace mucho. No quiero estropearlo de nuevo.

—Quizá deberías tomar a Brooks de ejemplo y lanzarte a practicar.

MacLeod abrió los dedos lo suficiente para ver a los bailarines a través de ellos.

—Hablando de eso —dijo—: chico, cuidado con el tercer paso. Acabas de pisar a Hope.

—Ah, ¿sí? —se extrañó ella—. Yo no he notado nada.

—Porque te ha pisado el pie que no es de verdad. —Ezra se echó a reír cuando vio la expresión arrepentida de Brooks—. ¡Qué listo! No hay mejor maestra de baile que una que no pueda quejarse, ¿eh? Eso sí, mañana con Evelyn, prepárate, porque en cuanto le pises el bajo del vestido…

—Como sigas así, Ezra MacLeod, voy a pegarte una patada, y te prometo que esa sí lo vas a notar —soltó Hope, lo que hizo a su amigo soltar otra carcajada—. Entonces, dime, ¿vas a animarte a darle a Alisa lo que me encargaste por carta?

—Todavía no. —MacLeod se levantó y miró por la ventana, más allá del reflejo de los dos bailarines—. Lo haré cuando no necesite valerme de ningún estúpido trato para besarla.

—¿Qué has dicho, Ezra?

—Oh, nada. Podéis seguir bailando.

27

Le echó otro vistazo al vestido. «No es adecuado dejar el negro tan pronto» pensó Alisa por séptima vez. Sin embargo, su frivolidad le impedía dejar de pasar con fascinación los dedos por el suave satén.

Hope y Evelyn no habían aparecido en Northum con las manos vacías. Ambas le habían traído de Londres gran parte de su guardarropa, ya que el equipaje que la había acompañado en su fuga a Gretna Green era muy escaso. Rodeada de su recuperado armario (y de prendas nuevas que sus amigas habían añadido por cuenta propia como regalos), se sintió algo pagada de sí misma.

«¿Qué diablos estoy haciendo? ¿Por qué accedí a celebrar esta fiesta?» se lamentó. «¿Como excusa para vestirme de nuevo con ropa bonita? ¿Para tratar infructuosamente de buscar la atención de un caballero que piensa lo peor de mí?».

—¿Milady?

En ese instante, y puntual como siempre, Nellie entró a la alcoba. Con timidez, se colocó justo detrás de ella en el tocador. La doncella le sonrió a través del reflejo del espejo.

—¿La vestimos ya? Las doncellas de la señora Dagger y de la señorita Boulanger me han comentado que en una hora estarían listas. Ambas subirán después a buscarla para aparecer juntas en el gran salón.

«Porque siempre lo hacemos», recordó Alisa con nostalgia. En Londres, las tres viajaban en el mismo coche a las fiestas de la temporada, para no estar solas ni un minuto durante las eternas reuniones sociales.

—Sí, se lo agradezco —contestó a la doncella—. Ayúdeme a vestirme.

Una hora después, sus amigas y Heather aparecieron en el dormitorio. Nellie estaba dándole los últimos retoques al peinado sin dejar de tararear una tonadilla escocesa.

—Sin sorpresas: ¡estás fabulosa! —le dijo Evelyn con cariño.

—Pareces una auténtica condesa —la animó Hope—. ¿Estás preparada? ¿Bajamos ya?

Alisa se limitó a decir que sí con la cabeza. Normalmente era ella quien tranquilizaba a sus amigas antes de una gran velada. Ahora las tornas habían cambiado. Los nervios le impedían respirar con normalidad. La cabeza le daba vueltas. Tenía la garganta seca, aunque no había dejado de beber té durante todo el día.

Tan solo lograba calmarla el alegre cacareo de las tres chicas a su espalda, dando vueltas para practicar los pasos de baile, sentándose en la cama y cotilleando entre sus baúles.

«Las necesito más que nunca», se dijo. «Y eso que este evento no es gran cosa».

Y a la vez, lo era todo. Constituía su primer gran reto como anfitriona de la casa, con la presencia de numerosas familias ajenas al castillo y de las personas que, sin mostrar pudor, más la detestaban.

Esperaba de corazón que Ezra no fuera parte de ese último grupo. Al menos, no durante mucho más tiempo.

Deseaba hacer las paces con él. Desesperadamente. Y tenía que ser esa noche.

Se lo había propuesto y, con un objetivo tan claro, se obligó a no desviarse del camino pasase lo que pasase. Al fin y al cabo, era una Chadburn, y la amiga de Hope Dagger y Evelyn Boulanger. Rendirse no era una opción.

…

—Les v-vas a dejar sin habla —aseguró Heather durante su bajada por las escaleras—. ¿Yo qué t-tal estoy?

—Más hermosa que *Notre Dame*. —Evelyn la tomó de la mano—. Te dije que el rosa siempre era una buena elección.

—Gracias p-por confeccionármelo. Aunque c-creo que a t-ti te queda mejor este color.

—Oh, eso es porque el rosa me adora. ¡Pero tú estás fabulosa, pierde cuidado! Además, echaba de menos vestir de amarillo limón.

—Nadie lo diría —ironizó Hope.

—Oh, no empieces. ¡Podría acusarte de lo mismo!

—¿A mí? ¿Por qué?

Evelyn le acarició la manga abullonada mientras fingía estar asombrada.

—¡Qué ven mis ojos! ¿Verde esmeralda? ¡Menuda novedad, señora Dagger!

—Francesita del demonio…

El grupo entero se rio del comentario de Hope excepto Alisa. «Creo que mi corsé está muy apretado», se temió. Esa debía ser la razón por la que el corazón le iba demasiado rápido. O tal vez fueran los dos litros de té que había bebido. O los pasteles de crema y menta de Skeen que había devorado hasta terminarse una bandeja entera.

Fuera por lo que fuera, iba a vomitar en cualquier momento. Y después, a salir corriendo.

A unos metros de llegar a las puertas abiertas del salón de recepción, Hope se detuvo. Heather y Evelyn, que caminaban un par de pasos por delante de las otras dos, siguieron andando, cogidas aún de la mano y distraídas en su alegre charla.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un deje de preocupación Alisa—. ¿Te encuentras indispuesta?

—Por suerte, no —susurró Hope—. Querría pedirte un favor. ¿Me haces de bastón?

Ya llevaba uno, el Dagger convertible en paraguas (y arma) que jamás soltaba. No obstante, Alisa supo a qué se refería. Ella también necesitaba como nunca antes ese apoyo.

—Siempre, amiga.

Ambas cogieron una bocanada de aire al mismo tiempo, se tomaron del brazo y avanzaron juntas hasta atravesar el arco.

Los primeros invitados charlaban antes de la cena. El matrimonio Weston había aparecido temprano, y se inclinaron y saludaron a las damas recién llegadas alabando su aspecto. Alisa se preocupó de que estuvieran a gusto y en unos segundos comprobó aliviada que todo marchaba como había ordenado.

Las hermanas MacLeod aún no habían aparecido, y tampoco la familia de los Rokesby ni los Phelan, que eran los siguientes con mayor rango, pero todavía era relativamente temprano. En Londres, de hecho, nadie aparecía hasta una hora o dos después de la estipulada, y las reuniones se alargaban hasta bien entrada la madrugada.

Claro, que en la capital solían juntarse en una casa más de ciento cincuenta invitados, y en Dunstan House apenas se reunirían cuarenta.

De reojo, identificó a Ezra junto a Cayden y Brooks en una orilla del salón. Aunque no dejó de deambular por la sala para charlar con unos y otros y contestar a las preguntas sobre las reformas del castillo, Alisa procuró no perderle de vista.

Durante la cena fue imposible no hacerlo. Para hacer honor a la tradición, cada uno coronaba las cabeceras de la mesa. Se lamentó por que no estuvieran más cerca si cabe, tal vez uno sentado al lado del otro. De ser así, podría inclinarse hacia él con la excusa de preguntarle por el cuarto

plato que Skeen había elaborado, y habría podido decirle al oído lo arrebatadoramente guapo que estaba esa noche.

«No le habría dicho eso ni harta de vino», se rio de sí misma. «Pero sin duda habría disfrutado con más detalle de las vistas».

Aun así, desde la distancia procuró fijarse en si estaba más triste, si bebía en exceso, si guardaba silencio o si, horror entre horrores, le lanzaba alguna mirada de odio a través de la mesa. Pero Ezra bromeó como siempre, no se tomó ni una copa, charló con los comensales a su lado y…

La ignoró deliberadamente.

Alisa no le había advertido de los modales que tenía que seguir en una celebración así. Eso le había preocupado mientras organizaba el evento; en ese momento se dio cuenta de que sus miedos eran infundados. Para su sorpresa, Ezra se comportaba como un verdadero conde, pendiente de los invitados y contestando con paciencia sus preguntas curiosas sobre la historia de la propiedad o sus planes de futuro. Como buen anfitrión, al terminar la cena ofreció a los caballeros tomarse una copa de su mejor oporto antes del baile, mientras jugaban al billar en la sala de juegos.

—¡Todo está saliendo a la perfección! —la animó Evelyn más tarde—. Os soy sincera: no las tenía todas conmigo, pero ahora no creo que vuelva a ocurrírseme una idea más exitosa que esta.

—N-no digas eso, Eve, ¡seguro q-que se te ocurren decenas más!

—Oh, eso lo dices porque me quieres demasiado, querida Hezzy. —Cabeceó—. La realidad es que hay personas muchísimo más ingeniosas e inteligentes que yo a las que nunca podré superar.

—¿A quién t-te refieres? ¿A tía Juliet?

Evelyn dejó una carta sobre la mesa.

—Puede que no.

—Oye, Alisa —susurró Hope mientras se las apañaba para ocultar sus cartas e inclinarse al mismo tiempo sobre su oído—, sé honesta conmigo, ¿qué te preocupa exactamente?

Las cuatro estaban sentadas en un pequeño salón de la planta baja, alrededor de una de las siete mesas redondas disponibles. Como mandaba la tradición, Alisa había procurado entretener a las invitadas hasta la hora del baile de medianoche. En ese momento, las damas jugaban en grupos a las cartas mientras bebían vino dulce o bien tocaban el pianoforte, a la espera de que el primer vals diera comienzo.

—¿Que qué me preocupa hoy? —suspiró Alisa—. Qué *no* me preocupa. La comodidad de los invitados. Su entretenimiento. La opinión de mis cuñadas. La labor de los criados. Los…

—Eres la anfitriona perfecta, así que sé que no se trata de eso —la interrumpió Hope—. No estás nerviosa por el baile. O, al menos, no es lo único que empaña esa mente incansable tuya.

En lugar de contestar, Alisa bajó la cabeza para echarle otro vistazo a su mano. Tenía unas cartas pésimas. Nunca se le habían dado bien esos juegos y, aunque tía Juliet le había enseñado a ser competente al ajedrez, esa noche se imaginaba perdiendo en solo dos movimientos.

«Afortunada en el juego, desafortunada en el amor. ¿Seré capaz en una sola velada de ser torpe en ambas cosas?».

En un ademán lento, dejó las cartas bocabajo sobre la mesa.

—¿Quieres pasear hasta el ventanal, Hope?

Recibió como respuesta un suspiro cansado. Sabía que Hope odiaba dar vueltas sin motivo, ya que cojear delante de desconocidas no resultaba demasiado agradable. Pero su amiga, pareciendo entender que deseaba hablar a solas, accedió.

—Heather, Evelyn, continuad con la partida. Alisa va a acompañarme hasta aquella ventana.

—¿Otra vez mareada? —le preguntó Evelyn con tiento—. ¿Quieres que te dé un poco el aire?

—Sí, eso es. No tardaremos.

Ambas caminaron hasta allí rodeadas del alegre cotilleo del resto de mujeres, expectantes con la idea de bailar piezas actuales de moda en Londres. A juzgar por la rapidez con que habían contestado a las invitaciones, no debían organizarse demasiadas fiestas en la región, a más de tres horas de Edimburgo y tan lejos de otras grandes ciudades.

—¿Y bien, Alisa? ¿Qué sucede? —Hope le cogió de la muñeca y la apretó con suavidad—: No quiero presionarte. Si no lo deseas, no es necesario que me cuentes nada. Lamento mi insistencia de antes.

Alisa miró a través del cristal, más allá del mar iluminado por la luna creciente.

—Me preocupan muchas cosas, Hope, pero estoy demasiado nerviosa para contártelo en este momento. ¿Podrías esperar a mañana?

—Por supuesto que sí. Ni siquiera necesitas preguntármelo. Soy paciente y sé que hay espinas que cuesta sacarse del corazón. —Le soltó de la muñeca—. El tuyo ya ha sangrado demasiado como para que le empujes a abrir heridas solo por contentar a otros.

Alisa no apartó la atención de las olas que, enérgicas, rompían contra los acantilados junto al castillo. Eran igual de tenaces que los ojos verdes de su amiga, recorriendo su rostro con cariño.

—Siento ser… Es decir, que yo… Lamento no haber sido demasiado abierta con vosotras en el pasado —acabó diciendo en voz baja—. Me he dado cuenta de que puedo llegar a ser algo hermética y… prometo cambiar eso.

—Oh, amiga —Hope esbozó una sonrisa sesgada—, creo que esta noche eres bastante transparente.

Atónita, Alisa se volvió como un resorte.

—¿Qué quieres decir? —Un súbito miedo se apoderó de ella—. ¿Es que has hablado con Ezra?

—Hablamos a menudo —admitió Hope, escabulléndose de la pregunta para cogerle de la mano—. Puede que no sea lo que quieras oír en este momento, pero tuviste suerte con MacLeod. Cuando le conozcas más a fondo, comprenderás que tienes a tu lado a un hombre divertido y atento. Ya sabes que no todos los matrimonios tienen por qué basarse en una pasión desenfrenada.

—¿Quieres decir como el del señor Dagger y el tuyo?

Con un leve tono rosado en las mejillas, Hope negó con la cabeza.

—Tampoco fue siempre así. Ni lo será eternamente. Aunque al principio no resultó fácil, hemos hecho crecer una relación sólida entre nosotros. Procuramos no irnos a dormir enfadados, respetamos los espacios de cada uno, alentamos los intereses del otro… —Con una espléndida sonrisa, Hope siguió la misma dirección de los ojos de Alisa y posó su atención en el mar—. Lo extraño es permanecer estáticos y sin rasguños. La norma, cometer errores. Sé que, siendo tú, no estás muy acostumbrada a ellos, pero…

—¡Hope!

—¿Qué? Es la verdad. No te permites cometerlos. Por eso, desde hace siete años, has tenido tu vida bajo control. Al menos en aquellos aspectos que tenían que ver con elegir con quién te relacionabas. O lo que sentías.

«Dudo que alguna vez haya controlado nada semejante», se dijo Alisa. Aunque al mismo tiempo comprendió que, en cierta manera, Hope tenía razón. Desde hacía años, evitar cualquier

contacto con un caballero había constituido su forma de sortear las caídas, el caos, la pérdida.

Pero, debido a esa decisión, también había esquivado los saltos, la ilusión, la recompensa.

Empezar algo nuevo. Algo mejor.

—¿Te confieso algo? Cay y yo discutimos —siguió Hope—, en especial en las últimas semanas. Fue a raíz del tema del bebé. —Posó distraídamente la mano izquierda en el regazo, levemente hinchado—. Si todo sale bien, y el embarazo llega a buen término, tengo mis dudas en cuanto a dónde debe criarse. Como yo, has vivido en Londres toda tu vida. ¿Crees de veras que la capital es la mejor opción? Con todo el caos, el ruido y el peligro que conlleva una gran ciudad. ¿Y Cayden, cederá parte de sus obligaciones en las fábricas para poder estar presente durante su crecimiento? Por otro lado, están mis padres. Ya sabes que no tengo la mejor relación con ellos. —Alisa asintió—. Ahora que viven en la casa de campo Loughry, nuestra relación se ha atemperado, pero ¿deseo que actúen como abuelos? Ni siquiera actuaron como buenos padres… ¿Y si yo soy igual? ¿Y si me transformo en una madre espantosa?

—No seas absurda, Hope.

—¿Y si criar al bebé no me permite seguir pintando como deseo? —La joven cerró los ojos —. Como ves, yo tampoco te he contado todo lo que me preocupa.

—Acabas de hacerlo…

—Sí, y sienta estupendamente. —Abrió los párpados despacio; tras ellos, sus ojos verdes brillaban—. ¡Te lo recomiendo! Así que espero con ganas nuestra charla de mañana. Y a tenor de eso, ya que te has envalentonado, podrías desahogarte con más inquilinos de Dunstan House. ¿Sabes que tu marido es un gran conversador?

Alisa se llevó la mano al corazón que su amiga le había regalado.

—Hope, ¿crees que merece la pena confiar en él? ¿Crees que me escuchará y decidirá quedarse a mi lado?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero te daré el mismo consejo que me diste a mí una vez: no hay mujer más bella que una segura de sí misma. Por esa razón y no otra, siempre has sido la dama más hermosa que conozco. —Se acercó a su oído y susurró—: ¿Por qué no lo eres también esta noche?

Con un deje apesadumbrado, Alisa se encogió de hombros.

—No sé si depende de mí.

—Depende por completo de ti.

—Depende de alguien a quien no puedo controlar. Alguien que, en estos momentos, solo piensa lo peor de mí.

Su amiga, en respuesta, empezó a taconear con el pie en el suelo.

—Escucha, te revelaré algo: Ezra está dispuesto a recibir de ti lo que desees darle. La verdad, respeto, lealtad… o tu compañía. Sea lo que sea, solo está esperando. Y tengo la sensación de que lleva haciéndolo más tiempo del que él mismo cree.

Alisa tragó saliva.

—Y yo —se sinceró—. El problema radica en que estoy muerta de miedo.

—Y esa sensación jamás te abandonará —le aseguró Hope, contemplando de nuevo el acantilado—. No la ignores, aprende a vivir con ella. Cuanto más ames, más temerás perder. Pero te juro que merece la pena soportar ese vértigo si hay alguien a tu lado, sujetándote de la mano para mantener el equilibrio.

De repente, la puerta del salón se abrió de par en par. Todas las mujeres de la sala dejaron las cartas en la mesa, los dedos congelados sobre las teclas de piano y los vasos de vino dulce a medio camino de los labios.

—Señoras, el cuarteto de cuerda está listo —anunció Duncan—. El baile empezará cuando los condes de Northum así lo decidan.

28

—¡Venga, Ali, vamos! —gritó Evelyn al mismo tiempo que se alzaba de la silla, provocando que esta casi cayera al suelo—. ¡La anfitriona es quien debe abrir el baile!

Alisa lo sabía. Demasiado bien. Era una de las razones que la habían empujado esa tarde a devorar compulsivamente los quince pastelitos de menta.

Ezra estaría obligado a ser su pareja en el primer vals.

Sería su primer baile juntos. Jamás había bailado con él, ni soltera ni casada. Le aterrorizaba imaginarse en sus brazos tanto como soñaba con hacerlo.

«En cualquier caso, estoy segura de que nos pisaremos el uno al otro. Yo, por torpeza. Y él puede que lo haga a propósito».

Cuando se aproximaron al gran salón, se percató de que Ezra la esperaba junto a la enorme puerta de madera de nogal que daba acceso a la estancia.

Podía distinguirle con facilidad entre el resto de hombres. No solo porque fuera más alto, más fuerte o más abierto que los demás, haciendo reír a los caballeros de su alrededor, sino porque Alisa había adquirido la mala (¿o buena?) costumbre de localizarlo en cuanto pisaba un pie en cualquier parte.

Le avergonzaba reconocer incluso para sí misma que lo echaba de menos. Por la divertida pelea verbal que solían mantener y que la entretenía, sí, pero también físicamente. Deseaba tocarlo, abrazarlo sin preocuparse por lo que pensaran los demás, rodearle los hombros anchos y besarlo, sin dar explicaciones, por mucho que estuvieran presentes amigos y desconocidos.

No lograba comprender cómo en el pasado había llegado a sentirse atraída por un hombre tan diferente a Ezra. ¿Por qué elegir contemplar unos ojos soñadores y azules en vez de unos directos y oscuros, con una chispa de macabro ingenio? ¿Por qué escoger a un caballero de amables modales y pelo rubio si tenía al alcance de la mano a uno moreno y descarado que la sacaba de quicio?

Y fue ese caballero cínico quien le ofreció su brazo izquierdo con una sonrisa falsa.

—¿Entramos, condesa?

—Entremos, conde —respondió queda.

El salón dorado les dio la bienvenida tal y como Alisa había dispuesto. Aun así, hasta ella se maravilló al pasar. A su espalda, las exclamaciones ahogadas del resto de invitados, que cruzaban el umbral en parejas y tríos siguiendo a los dueños, la animaron a alzar la barbilla con cierto orgullo.

Las nuevas lámparas de araña brillaban desde los techos altos, pintados de nubes, e iluminaban una enorme sala de suelo embaldosado. Vacía en el centro, para permitir los bailes, con los músicos dispuestos en el fondo, las sillas almohadilladas y alineadas en las orillas y la mesa de refrigerios en la pared izquierda. Tanto esta como las demás, a excepción de la que estaba ocupada por los ventanales que daban al bosque, se habían cubierto con decenas de pinturas de la escuela inglesa. Para hacer honor al nombre de la sala, los revestimientos de pared a media altura habían sido repintados de dorado. Aunque más afín a la plata, Alisa reconoció que aquel salón no tenía nada que envidiar a algunas de las mejores estancias de Buckingham.

Estaban lejos de muchos de los lujos de la gran ciudad, pero el espacio estaba imbuido de cierto aire ilustre, casi ancestral, imposible de emular en las nuevas casas de la capital, rodeadas

del humo de las fábricas.

En Dunstan House, el aire era limpio y, gracias a las velas y lámparas de luz anaranjada, deliciosamente íntimo.

—Buen trabajo.

Tardó en darse cuenta de que era Ezra quien se había dirigido a ella. Esa no parecía su voz. ¿Era por la falta de calidez?

Con un cabeceo vacilante, Alisa tragó saliva y le dio las gracias.

—Lillian MacLeod hubiera estado encantada de contemplar algo así —añadió él.

—Creo recordar que a la anterior condesa no le agradaba organizar fiestas.

—Porque se sentía avergonzada de su marido y de su falta de buen gusto —dijo monocorde— …o al menos eso se comentaba con sorna en las cocinas.

Sintiendo cómo el sudor frío empezaba a acumulársele en la espalda, Alisa se mordió el labio inferior y se vio a sí misma asintiendo sin mediar palabra.

Esa no era ella, pero no podía evitarlo. Se aproximaban de forma inexorable al centro del gran salón para abrir el primer baile y Alisa sentía que el momento del gran choque también se acercaba.

Cuando Ezra le hizo un gesto con la cabeza a los músicos para que se preparasen, su lengua decidió que había permanecido el suficiente tiempo paralizada.

—Solo es necesario que bailemos una vez —le recordó en un susurro educado—. El protocolo no dicta más que eso.

—¿Por qué crees que no conozco el protocolo? —Ezra la miró de reojo—. Pierde cuidado, no te sacaré más a bailar si no lo deseas.

«Mal comienzo», se reprochó a sí misma.

Decidió que se calmaría un poco antes de volver a hablar y contuvo la lengua cuando se colocaron justo en el punto central del salón.

Había elegido la sala tradicional para los bailes en el castillo y había procurado esmerarse para que estuviera a la altura de una gran fiesta, al estilo de Londres. No solo lo había hecho para sacar pecho ante los invitados, sino para, de alguna manera, poder dar marcha atrás en el tiempo. Volver a esa época en la que Ezra y ella eran completos desconocidos.

¿Cuándo había habido más barreras entre ellos, por entonces o en ese momento?

«Si volviera atrás», se dijo. «Habría sido el primero en mi lista y no el último».

Alisa tomó la mano que le ofrecía Ezra y sintió la otra en la cintura. Cuando colocó los dedos sobre su hombro izquierdo, creyó que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Estás preciosa.

La cogió tan de improviso que se vio obligada a cerrar rápidamente los labios entreabiertos por la sorpresa.

—Gracias, tú también —correspondió acelerada.

—¿Estoy precioso? —MacLeod arqueó una ceja con sorna—. Vaya, gracias.

—¡Quiero decir…! —Sintió alivio al verle esbozar una levísima sonrisa—. Ya sabes qué quiero decir.

—Lo sé —dijo él—. Por eso he dado las gracias.

Sonaron las primeras notas. Con un leve tirón, Ezra la guio hacia un lado. Deslizándose con suavidad, con tanta naturalidad como si lo hubieran hecho decenas de veces antes, ambos comenzaron a dar vueltas.

Les rodeaban diez parejas, entre ellos Cayden y Hope, los Weston, Heather y Brooks. Alisa procuró no mirar a ninguno.

Tampoco hubiera podido fijarse en nadie más que Ezra de haberlo querido.

Los dedos sobre su cintura eran firmes. Los que estrechaban los suyos, cálidos. El hombro sobre el que apoyaba su palma, tan duro como las rocas del acantilado de Northum.

Y así se sentía, asida a ellas, a punto de caer al mar. Eso explicaba el mareo, el sudor, las palpitaciones, la piel de gallina bajo el satén.

«Tengo que hablar ya», se dijo. «Tengo que decírselo. Olvidar el vértigo. Aunque pueda perder, tía Juliet no me crio para ser una cobarde».

—Nunca te había visto toda de blanco —le sorprendió él al pronunciarse primero—. ¿Echabas en falta haberte vestido de novia?

No le extrañó el comentario. Era consciente de que, para quien la conociera, debía parecer disfrazada. Esa (por todos los demonios) no podía ser Alisa Chadburn: envuelta en satén, encaje y delicados volantes blancos. Los guantes también lo eran, incluso el tono de la gasa semitransparente que le ocultaba parte del escote de barco.

—En absoluto, es uno de los aspectos que más agradezco de habernos casado en Gretna Green —respondió Alisa—. Pero ya sabes que la anfitriona no puede eclipsar a las invitadas vistiendo colores intensos. —Hizo una pequeña pausa—. El protocolo que ya conoces.

—Es una pena —murmuró Ezra—. El rojo te sienta mejor.

Le resultó imposible sentirse ofendida, porque ella pensaba lo mismo. A su modo, era un cumplido sincero. Además, eso quería decir que se había fijado en que el rojo era su color preferido.

Como solía reprocharle su madre, «no es el más adecuado para una soltera», pero tras su tercera temporada sin propuestas de matrimonio había decidido enviar al cuerno esa regla de vestimenta y solía llevarlo en las mejores fiestas.

—Ezra, quería decirte algo —se atrevió por fin—. Yo… Lo… Es por lo de la otra noche.

MacLeod la obligó a girar de nuevo entre sus brazos y frunció el ceño en dirección a los músicos.

—¿Cuál exactamente?

«¿Cuál va a ser, patán?».

—Quería aclarar lo que pasó entre nosotros. —«Muy ambiguo» se reprochó—. Lo que me dijiste.

«Peor».

—Te dije muchas cosas —dijo Ezra en voz baja.

—Yo también. —«La pieza de música está a punto de terminar, ¡date prisa!»—. Y me arrepiento de algunas de ellas.

—¿Como de casarte conmigo, por ejemplo?

La giró de nuevo y Alisa suspiró derrotada.

—No, Ezra, de eso jamás. —Alzó la cabeza para mirarle de frente y le retó con los ojos a hacer lo mismo—. Si he tomado una decisión certera en mi vida, fue la de elegirte. De regresar a esa noche en mi cocina, volvería a hacerlo.

—¿Volverías a casarte con un hombre que no es un caballero?

—Lo hice entonces, cuando no creía que lo fueras, y con mayor razón lo haría ahora —contestó con firmeza—. Lo siento, Ezra. Eso era lo que deseaba decirte la otra noche, y lo que no pude pronunciar por el peso de mi orgullo y mis cicatrices. Lo siento.

Los músicos se detuvieron. La primera canción había terminado y los invitados la aplaudieron con entusiasmo.

Todavía con los ojos clavados en el otro, los condes fueron los últimos en unirse a la

ovación.

Inmediatamente después, Ezra la tomó de la mano. Despacio, la guio con delicadeza a una orilla del salón. Desde allí, el conde de Northum oteó a las siguientes parejas que se colocaban en el centro para el siguiente vals, sin volver la vista a su esposa.

—¿Por qué me pides disculpas?

—Tendría que haberte preguntado desde el principio quién era Elea —comenzó a confesar Alisa a borbotones—. No debería haberte acusado de que no te merecieses tu herencia. En mi defensa, en ese momento no sabía nada sobre ti. Era ajena a las penurias de tu niñez. —Se mordió el labio—. De haberlo sabido, habría sido más comprensiva, habría elegido mejor mis palabras y, desde luego, habría sido más tolerante con tu actitud ante las obligaciones del condado.

—En realidad, tenías razón. Tendría que haberme tragado el rencor hacia mi padre, haber sido maduro y rescatado lo que no es solo mío, sino de mis hermanas. Y tuyo. —Carraspeó, incómodo—. Respecto a mi niñez, Elea y todo lo que se escondía detrás de mi animadversión hacia este castillo… Lo cierto es que deseaba contártelo desde hacía tiempo. —La mirada de Ezra seguía clavada en los bailarines—. Solo estaba esperando a que fuéramos amigos.

Alisa sintió un suave cosquilleo erizar su piel.

—¿En serio? ¿Tú… querías que lo fuéramos?

—Desde el baile.

—¿Qué baile?

—Aquel en el que me diste ese consejo sobre Hezzy —reconoció MacLeod. No movió la cabeza, pero sí los ojos. Cuando Alisa los sintió sobre ella, se estremeció—. ¿Tú también?

En ese instante, se percató de que también ella había ignorado la verdad desde el principio.

—Sí. Yo también.

Esquivó su mirada e imitó su actitud de antes, dirigiendo su atención a la pista de baile. Observando el salón, Alisa se dio cuenta de que, milagro entre milagros, Brooks se había atrevido a sacar a bailar a Evelyn.

Lo cierto era que hacían una bonita pareja. Ella estaba pletórica, feliz sin recibir reproches por sus modales, libre de muros que contuvieran su entusiasmo. Él, atento y cuidadoso, la contemplaba sin esconder una cálida expresión de admiración.

No podía ser más evidente lo enamorado que estaba Brooks de Evelyn, excepto tal vez para la propia Eve. Satisfecha por tener delante a alguien que no la interrumpiera, la francesa daba rienda suelta a su parloteo en cada vuelta, bajo la fija mirada de su muda pareja de baile.

—Yo también debería disculparme —murmuró entonces Ezra—. De hecho, debería haber sido el primero de los dos en hacerlo. Tienes razón: ignorabas cualquier detalle sobre mi pasado. Quisiste descubrir la verdad sobre tu marido, ¿quién no lo hubiera hecho? Fui muy descortés suponiendo de antemano que me juzgabas, a mí y a mi origen. —Cabeceó, las cejas todavía unidas, impregnando la mueca de cierto autodesprecio—. Imagino tu sorpresa al descubrir el escándalo de mi nacimiento, ¿cómo se me ocurrió que lo aceptarías sin más? Tendría que haberte dejado espacio en lugar de hablarte de esa manera. Me avergonzaba de esa noche y por eso… no me atrevía a acercarme a ti. Por Dios —Se pasó una mano por el cuello—, te acusé de pensar cosas terribles.

—Ezra, no te culpes. Mi fachada estirada te llevó a creer que podía ser la clase de mujer arrogante que rechazaría a un hijo ilegítimo. —Tragó saliva—. Si hubiera sido más abierta, si te hubiera contado yo misma los detalles sobre mi pasado, habrías sabido que no es así. Que jamás haría nada semejante.

Era consciente de que su marido no dejaba de mirarla. El hormigueo en el estómago se lo advertía. El corazón se lo gritaba.

—¿Qué tiene que ver tu pasado con mi origen plebeyo?

—Contigo, no —susurró—. Con Elea. Porque yo también estuve en su situación. Yo podría haber sido ella.

En un impulso, se giró hacia él. Lo intuía, pero comprobar que en esos ojos no había un asomo de reproche, juicio o censura, sino comprensión, hizo desaparecer un peso enorme en su pecho.

Se sentía más ligera. Libre. Capaz de todo.

—Incluso sin saber eso —dijo él—, no fui justo.

—Tenías razón en otra cuestión relativa a mi comportamiento. —Había empezado a ser honesta y ya no podía parar—. Es cierto que no pongo las cosas demasiado fáciles para que me conozcan. —Se armó de valor para acercarse más a él y continuar en voz baja, protegida de oídos indiscretos—. No tuve una buena primera experiencia con los hombres. El caballero al que amaba me abandonó en la mayor situación de vulnerabilidad posible, después de una promesa firme hecha incluso a mi familia. El día en que él no apareció, me juzgué insuficiente. Me juré a mí misma no volver a darle el poder a un hombre para hacerme sentir de esa manera. No volvería a confiar así en nadie. Todavía hoy me cuesta… romper esa promesa. Aunque supongo que eso es solo una excusa. —Le tembló la voz—. Limitarme a una sola experiencia para que defina toda mi vida no es lo más juicioso. De hecho, es tan estúpido que no parece propio de mí.

Ezra esbozó una gran sonrisa. «Esta sí», pensó Alisa con satisfacción. «Esta es sincera y solo para mí».

—Yo tampoco soy un hombre fácil —reconoció él con un resoplido divertido—. Me avergüenza admitir que eres una de las pocas personas que saben quién y cómo soy. —Encogió un hombro—. Y eso que estás lejos de conocerme del todo.

—Creo que, de hecho, en este momento soy quien más cerca está de conseguirlo.

MacLeod frunció el ceño con sorpresa.

—Te he visto ser un mujeriego, un maleducado y un borracho —dijo ella, enumerando cada aspecto con un dedo extendido de la mano—. Te aprecié al ser amable con mi mejor amiga, incluso cuando no tenías por qué, y te admiré por no condenar a mi otra amiga, por muchas impropiedades que suelte. Te he observado mientras eras protector con tu hermana pequeña, y eso después de desoír mis consejos sobre ella y lanzar por tierra a su descerebrado pretendiente.

—Si esperas que pida perdón por eso, puedes hacerlo sentada.

—También comprobé cómo dabas un paso adelante cuando nadie se atrevió… y me pedías que me casara contigo.

—Desde luego que por eso no pienso pedir disculpas.

Alisa, ignorándolo, abarcó todo el salón con la palma extendida.

—He sido testigo de cómo te comportas con tus amigos. Lo leal y noble que eres con todos ellos. Eso ha terminado de cambiar mi impresión sobre ti.

Cuando volvió la vista hacia él, Ezra parecía aturdido.

—Y después de toda esa serie de errores inexcusables y enormes aciertos, ¿esa impresión tuya sobre mí es mala o buena?

La condesa de Northum alzó el mentón con una suficiencia tan mal fingida que hizo reír entre dientes a su marido.

—Digamos que la balanza se inclina del lado del caballero que, hijo de quien fuera, decidió salvar del escándalo a una dama en apuros.

Alisa sintió unos dedos acariciarle la línea de la mandíbula.

Ezra le había recogido un mechón de pelo que pasó con cuidado tras su oreja. Se demoró en el roce, igual que la noche en que le había propuesto que se fugasen.

—Ah, por fin el rojo. —Le acunó la mejilla sonrosada—. Desde luego, es el color que mejor te sienta.

29

Alisa no podía dejar de sonreír, aunque tuviera más que ver con su marido, que no se apartaba de su lado, que con el enorme éxito de la fiesta.

Aunque todo ayudaba, por supuesto.

—Señor Edevane, ¡ha sido usted una magnífica pareja de baile! —exclamó Evelyn, tan entusiasmada como sorprendida—. No le tenía por un reputado bailarín. ¿Qué otros secretos esconde?

Se había formado un círculo de amigos en la orilla del salón; Brooks, junto a Alisa, se encogió de hombros. De pronto, parecía muy valiente.

—Puede que guarde bastantes más secretos de los que cree, señorita Boulanger, pero eso no implica que vaya a revelárselos.

—¿Cómo que no? ¿Acaso me está tentando a que los descubra por mí misma?

El ingeniero esbozó una tímida sonrisa.

—No se me ocurriría tentarla, ni a eso ni a nada parecido. Aunque, por mucho que insista, no soltaré prenda. Llevo años entrenando y ya soy inmune a sus implacables interrogatorios.

Evelyn abrió la boca, asombrada, mientras Heather soltaba una risilla.

—¿Implacables? Se diría que no ha visto actuar a mi madre, señor Edevane. —Evelyn compuso una expresión traviesa—. En su ausencia, aceptaré un segundo vals con usted, si me lo pide, para comprobar si yo sola logro descubrir qué esconde.

Brooks parecía haber perdido de golpe la valentía que había logrado reunir. En cualquier caso, acabó tomando la mano que la chica le ofrecía y la acompañó hasta el centro del salón.

—¿Los imitamos, querida? —le preguntó Ezra a Alisa al inclinarse sobre su oído—. ¿Me concederías este baile?

—Si no queda más remedio…

Aunque su corazón no dijo lo mismo al sentir cómo la tomaba de la cintura para guiarla.

—Para ser este el primer evento en que bailamos —se pronunció ella tras empezar a moverse —, no lo hacemos nada mal.

Confuso, Ezra frunció el ceño.

—¿El primero? Tenía entendido que te vanagloriabas de poseer una gran memoria.

—Y la tengo. Nunca antes había bailado contigo.

La sonrisa de suficiencia que Ezra esbozó a continuación la trastocó.

—Vaya, querida, confieso que me creía menos olvidable. He de admitir que acabas de asestarle un buen golpe a mi ego.

—No intentes confundirme —gruñó Alisa—. Al inicio de la temporada sí me propusiste que bailase contigo, pero te rechacé. —Bajó la voz—. Lo recuerdo como si fuera ayer.

«Quizá porque sigo arrepentida de ello».

—Yo también lo recuerdo —asintió Ezra—. Otro puñetazo a mi ego. Te encanta reducir mi vanidad a cenizas, ¿eh?

—Si no es ese baile, entonces ¿a cuál te refieres?

—¿Tanto vino has bebido esta noche como para no recordarlo?

La cara que compuso le arrancó una carcajada.

—Está bien, te lo diré: fue hace cuatro años. —Le dio una vuelta con una mano, mientras la

otra se mantenía terca sobre su cintura—. Me dijiste que sí, tan distraída en lo que los demás cuchicheaban sobre ti que apenas reparaste en quién te hacía la pregunta.

Alisa tragó saliva.

—No lo recuerdo —concedió—. En esa época debías despreciarme. ¿Por qué lo hiciste?

—Por la misma razón que ahora. —Se inclinó hasta rozarle la sien con los labios—. Quería que me eligiera la mujer más hermosa del salón.

…

—¡Ya sé! Dunstan House parece el castillo de *La Belle et la Bête*.

—¡Qué d-dices! ¿Y quién es la Bestia? Qué tonta, t-tiene que ser mi hermano…

—No estés tan segura, mi Hezzy. ¿Acaso no has visto a Alisa enfadada?

Evelyn y Heather estallaron en carcajadas histéricas. Habían terminado borrachas como cubas y se reían al subir cada escalón hasta la habitación que se habían empeñado en compartir. Hope se había retirado hacía una hora con Cayden, así que Brooks y los condes eran quienes las supervisaban de vuelta a la cama, unos pasos tras ellas.

Los invitados también se habían marchado y el castillo, excepto por las escandalosas voces de las dos jóvenes, rebosaba de silencio.

Cuando llegaron a la planta más alta, Ezra tomó a Brooks de los hombros.

—Chico, te nombro guardián de esas dos descerebradas. Procura que no se rompan el cráneo tropezándose de la forma más tonta.

—Sí, señor.

—Muy bien. Luego vuelve a tu aposento, ¿me has oído? —Le lanzó una mirada fulminante —. Créeme, lo sabré si no.

—¡Sí, sí, señor! Sanas y salvas en sus habitaciones.

Mordiéndose los carrillos, Alisa procuró no reír. Ignoraba que Ezra pudiera amenazar de una forma tan absurda, y mucho menos que el pobre Brooks se lo tragase.

—Tengo espías en todas partes —siguió el conde—. Como acaben donde no deben, tú acabarás en el mar, ¿entendido?

—Cristalino, señor.

—Buen chico. Venga, ve, o a este paso las perderás por algún pasillo.

Al quedarse solos, Alisa le preguntó con sorna:

—¿Te parece bien atormentar a un pobre enamorado?

—¿Por qué no? La temporada pasada hice lo mismo con Dag. Es mi pasatiempo favorito.

La joven no pudo aguantar más y se le escapó una carcajada. Hacía tiempo que no se comportaba así; puede que las otras dos chicas no fueran las únicas que habían bebido demasiado.

—¿Por qué siempre ocultas tu risa? —Ezra la agarró de la muñeca con la que se tapaba la boca—. Disfruta sin disimular lo contrario.

—Es la costumbre. Las damas no pueden reír en voz alta.

—Qué tortura ser una dama.

Con escaso disimulo, le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—No lo sabes tú bien.

Ante su expresión desconcertada, Alisa volvió a desternillarse. «Los nervios y la tensión acumulados tienen que escapar por algún lado» se consoló. Ezra esperó pacientemente a que su esposa se calmara para despedirse con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, condesa.

Alisa le correspondió con otra reverencia, aunque algo más vacilante.

—Antes de despedirnos, querría darte las gracias —murmuró—. Te has comportado como un gran anfitrión y todos han elogiado la velada. Ha sido un baile inolvidable.

Sin inmutarse, él se encogió de hombros.

—No creo ser la razón del éxito. Habría que agradecerle la idea a tu amiga Eve.

—Oh, ni hablar, se le subirá demasiado a la cabeza.

—No creo que más que el vino de esta noche.

—Puede que tengas razón —reconoció divertida—. Todos hemos bebido demasiado hoy.

—Yo no.

—¿Cómo?

—No he bebido ni una gota —dijo él con gravedad—. Tal como te prometí.

Pocas veces había escuchado a Ezra tan serio y prudente. Y, a la vez, tan tenso. Como a la espera.

«Quiere que hagamos otro trato…» pensó Alisa, con tanto terror como expectación. «¡¿Quiere que hagamos otro trato?!».

—Oh —se le escapó a Alisa—. ¿Y… te arrepientes?

—Para nada —contestó él—. Mereció más la pena lo que obtuve a cambio del vino.

Ante la tensión que Ezra acababa de hacer crecer con unas palabras, Alisa respondió de la peor manera: tras maldecirse a sí misma, la joven hizo una nueva reverencia y se escabulló a su dormitorio. Respiraba de forma agitada, tenía la piel de gallina y la cabeza le daba vueltas.

Sí, era una cobarde que había huido en el peor momento, pero él tampoco había hecho nada por retenerla. ¿No era MacLeod un reputado mujeriego? De desear lo mismo que ella, se lo habría dejado muy claro. Nunca se andaba por las ramas. O bien habría intentado algo. La habría abrazado, besado o… lo que hiciera para cortejar a las damas que se decía había conquistado en Londres.

Dentro de sus aposentos, apoyada contra la puerta, Alisa esperó oír los pasos en el corredor. Allí estaban. Uno, dos, tres, cuatro. Se detuvieron delante de su habitación.

Cerró los ojos con fuerza, expectante.

Cinco, seis, siete, ocho. Después, una puerta al cerrarse. Justo la de al lado.

Exhaló todo el aire que había retenido en los pulmones y, poco a poco, ella misma se separó de la puerta.

Se consoló recordando que tampoco tenía prisa. En teoría, estarían casados de por vida, y esa noche habían hecho grandes progresos. Quizá ahora hasta podían llamarse amigos.

Decidió que era muy tarde para despertar a la pobre Nellie y empezó a desvestirse sola. Se peleaba con el corsé cuando rememoró la mañana tras su noche de bodas.

«Si esto te sorprende, tendrías que ver cómo desvisto. Ahí sí que soy rápido».

Se rio entre dientes.

«Quizá debería llamar a su habitación y comprobarlo», caviló.

Con el camisón puesto, volvió a la misma idea. Estaba tumbada en la cama mientras acariciaba a Lily, con la vista puesta en el muro que separaba ambas habitaciones.

«¿Seguirá despierto? Suele dormirse muy rápido. Seguro que a estas alturas está roncando a pierna suelta».

Despacio, se movió hasta el borde del colchón. Tras acercarse a la pared, apoyó la oreja en el papel de flores.

No se oía nada al otro lado.

Encendió una pequeña lámpara de aceite y tomó el agarrador de metal con cuidado.

Tenía que decidirse. O quedaba como una idiota o pasaba la noche acompañada. Las apuestas estaban cincuenta a cincuenta y, como le pasara en la partida de esa noche, se recordó que nunca se le había dado bien el juego.

Abrió la puerta. Lily se escabulló ágil hacia la izquierda y Alisa cogió aire antes de salir y recorrer el oscuro corredor. No había dado ni tres pasos cuando se chocó con una sombra enorme.

La lámpara cayó a sus pies. Al romperse el vidrio que la cubría, la llama prendió rápidamente la alfombra. Antes de que pudiera gritar, la sombra la empujó a un lado y se quitó la bata que llevaba. Golpeó tres veces el fuego hasta que se apagó.

Alisa se aferró a la espalda del desconocido y trató de recuperar el aliento. Bastaron unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad del pasillo, aunque no le hacían falta para saber a quién se había agarrado.

—Me has asustado —jadeó inquieta.

—Y tú a mí.

—¡Ibas a oscuras!

—Me sé este pasillo de memoria. Crecí aquí.

—Ah, cierto.

La sombra se dio la vuelta despacio. Antes de que ninguno pudiera abrir la boca, se escuchó el bufido de Lily. La gata estaba en medio del corredor, con el pelo erizado y cara de pocos amigos.

—Lilith, demonio horripilante…

Agarrándolo de la mano, Alisa tiró de Ezra hasta su habitación. Lo empujó dentro y cerró detrás de ella. La gata, desde el pasillo, empezó a arañar con tesón la madera.

Había vuelto a la misma posición de hacía una hora: apoyada en la puerta, hecha un manojo de nervios y pensando en él.

Solo que en esta ocasión lo tenía justo delante.

—¿Habías ido a buscarme? —preguntó con cuidado.

—Y tú a mí —la acusó irritado Ezra.

—¿No podías dormir?

—No es eso, es que… —Se llevó una mano al pelo, alborotándolo—. No podía dormir.

—Yo tampoco.

Habían compartido muchos silencios hasta ese momento, pero sin duda aquel fue el más incómodo de todos. Alisa esperaba que él diera el primer paso. Al fin y al cabo, en la mayoría de ocasiones anteriores, había sido ella quien se había atrevido a besarlo.

Observándolo, parecía que una vez más tendría que ser Alisa quien se adelantara. MacLeod había vuelto a despeinarse y se había cruzado de brazos. Miraba en derredor con cara de circunstancias, inusualmente callado.

—Antes has confesado que esta noche no has bebido, ¿verdad? —susurró Alisa.

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora? —El ceño fruncido de Ezra tardó unos segundos en desaparecer—. Ah. Sí, esto… No, no he bebido.

—¿Qué te parecería no hacerlo en absoluto en los próximos… cuatro días?

—Tres —propuso él.

—Dos.

—Uno.

Alisa sonrió de oreja a oreja y dijo que sí con la cabeza.

Ezra acortó la distancia que los separaba y la besó. La gata continuó arañando la puerta

cuando ella le rodeó el cuello con los brazos.

30

Las manos de Ezra no paraban quietas. Parecía no saber qué hacer con ellas. En un segundo le acariciaban la espalda, al siguiente la cintura, las caderas, y de vuelta arriba, a las mejillas que sentía calientes contra las frías yemas de sus dedos.

Alisa se separó de él para coger aliento y apenas tuvo tiempo de sonreír antes de que Ezra se inclinara para atrapar de nuevo la alegría en sus labios.

—¿Vamos a la cama?

—¿Sí? —jadeó él—. ¿Segura?

—Tengo frío.

De inmediato la cogió en brazos. Se las apañó para continuar besándola mientras los conducía hasta allí. Al llegar, la sentó con cuidado en el borde del colchón. Se arrodilló en el suelo frente a ella y, tomando una profunda bocanada de aire, colocó los brazos a ambos lados de sus piernas.

—¿Cuánto de verdad hay en lo que me dijiste sobre tu experiencia? —Alisa no le entendió —. Sobre «relaciones conyugales», como las llamaste.

—Te dije la verdad.

—Entonces… sabes lo que vamos a hacer.

Más relajada, se rio a su costa, lo que le valió una expresión ceñuda por parte de Ezra.

—Sí, *querido*, sé lo que vamos a hacer. Si te animas de una vez, por supuesto.

—Créeme, estoy *muy* animado. ¿No lo has notado antes contra la puerta?

Alisa no podía parar de reír. Acababa de descubrir al MacLeod más divertido: el que no tenía ni idea de cómo comportarse.

—No te burles de mí.

—¡Claro que lo hago! —exclamó ella—. ¿Dónde ha quedado el experimentado libertino del que hablaban con adoración las damas en cada fiesta de Londres?

—Lo tienes delante de tus narices —refunfuñó él—. Solo que es la primera vez que trato con una mujer que no está casada con otro —se excusó con un carraspeo—. Es decir, con una casada *conmigo*.

—Efectivamente, estoy casada contigo. —Alisa se inclinó para rozarle los labios con los suyos—. Aunque, en teoría…, no lo estamos.

—¿Cómo?

—Oh, ¿no te acuerdas de lo que te expliqué en nuestra noche de bodas? No hay matrimonio legal si no hay consumación.

Un extraño brillo despertó en sus ojos.

—Ah, ¿sí? Entonces debemos resolver ese asunto cuanto antes.

Le cortó la risa la palma que Ezra colocó en uno de sus tobillos. Fue ascendiendo con lentitud por la piel desnuda hasta rodearle la pantorrilla. Con la misma reverencia, repitió la caricia en la otra pierna.

Ezra esbozó una sonrisa socarrona al verla agarrar con firmeza el colgante de corazón.

—Tranquila, iré despacio. No tenemos ninguna prisa.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Quieres que te lo vaya relatando? —Se inclinó hasta rozarle la rodilla con la punta de la

nariz—. Está bien. Voy a besarte en todos los lugares por donde pasen mis dedos.

—¿En todos? —balbuceó ella.

—Y cada uno de ellos. —La mano fue ascendiendo poco a poco hasta alcanzar sus muslos—. Después te preguntaré si deseas hacer lo mismo conmigo. ¿Qué vas a decir tú?

—No lo sé —susurró cuando alcanzó su cadera—. ¿Y si digo que sí?

—En tal caso harás muy feliz a tu marido.

—¿Y luego?

—Luego haremos honor a esta santa cama y nos esforzaremos por concebir un futuro conde de Northum, ¿qué te parece?

Sabía que era una broma, que él le había dicho en Londres que no le preocupaba tener hijos, pero aun así se encogió de miedo. Ezra lo interpretó como si dudase y le subió el camisón lo justo para darle un beso en la rodilla desnuda.

—Relájate. Si no te complace algo que haga o pronuncie, solo tienes que decirlo. Aunque lo más importante es que me informes de lo que sí te gusta.

«Que me beses», pensó al instante Alisa. «Que me lleves la contraria. Que te rías cuando me enfado. Verte reír. Verte feliz».

—De acuerdo —musitó—, te lo diré.

—Qué dama tan bien educada. Tendré que felicitar a los buenos señores Chadburn en cuanto los vea.

Hizo lo que le prometió. Sus dedos le acariciaron cada pedazo de piel desde la punta de los pies hasta la cintura. Su boca los siguió poco después.

A Alisa le temblaban las manos cuando depositó el último beso en la cara interna del muslo y le pidió en un susurro que abriera las piernas del todo para él.

Charles Tumbler no había hecho nada semejante. No habían tenido tiempo ni oportunidad. Sus relaciones habían sido siempre a escondidas, apresuradas, aunque eso no les había quitado algo de magia. Era imposible no compararlas, sobre todo cuando era tan evidente que Ezra tenía más experiencia.

—Tienes un lunar aquí. —Le sintió sonreír contra su piel—. Y otro aquí.

Los besaba a medida que los descubría, provocando que Alisa se estremeciera con cada roce. Acabó por claudicar. Con timidez, separó las piernas bajo sus caricias.

Se obligó a apartar a un lado cualquier duda que tuviera. Dejarse llevar por el corazón que anhelaba en lugar de por la mente siempre precavida.

Como había prometido, los dedos de Ezra dibujaron el contorno de su sexo. La exploraron, tenaces, y se atrevieron a ir más allá y deslizarse en su interior, doblarse, llegar hasta el final para retirarse en cuanto Alisa jadeó que deseaba más.

—Querida, eso es justo lo que te daré.

Hundió los dedos en su pelo en cuanto Ezra deslizó la lengua con suavidad y atrapó su deseo con la boca.

Los lametones comenzaron siendo cálidos y suaves, tentativos, como si de alguna forma le pidieran permiso para continuar. Le preguntó si quería que fuera más rápido, y ella murmuró una negativa. Quiso saber si deseaba que usara sus dedos al mismo tiempo, y ella le suplicó que sí.

La boca de Ezra era un pecado. Lo había sabido en cuanto había fijado su atención en ella. Torcida en una sonrisa, fruncida en un gesto de suficiencia masculina, abierta en un beso para ella, tensa por la espera antes de inclinarse sobre su cuerpo desnudo.

Pero ahora comprendía la magnitud de su poder. Lo sumisa que se sentía controlada por lo que quisiera entregarle. Envidiaba a todas las mujeres que, antes que ella, habían sucumbido a su

influencia. Y deseó ser la única capaz de disfrutarla. Desde ese momento en adelante. Para siempre.

Alisa imaginó que Ezra se retiraría pronto, así que le sorprendió que no dejara en su empeño de llevarla hasta el límite para regresar después al ritmo lánguido del principio.

Y vuelta a empezar.

Gimió bajo esas caricias que eran tan tiernas como tentadoras. La punta de su lengua trazaba círculos que la instaban a alzar las caderas, como si no fuera dueña de sí misma. El clímax se le escapaba y Ezra disfrutaba al negárselo, estirando el momento hasta el infinito.

—Por favor —le rogó.

—Por favor, ¿qué?

—Deja de torturarme.

Sentía su sonrisa incluso ahí abajo, sobre la humedad que le había provocado.

—No me parece que estés sufriendo… Al menos, lo suficiente.

—Ezra, sigue hasta el final o te mataré.

Ya no le avergonzaba rendirse de esa forma, no si así conseguía lo que estaba rozando con la punta de los dedos. Lo que llevaba tratando de alcanzar desde que le había besado por primera vez.

Ezra la sujetó por las caderas para que se estuviera quieta y, por fin, obedeció sus demandas.

Toda ella, indefensa, se estremeció mientras la devoraba, la guiaba hasta el éxtasis, a un largo espasmo que no cesaba. No pudo evitar gritar, dejarse caer hacia atrás, cerrar los ojos.

Con rapidez, se tapó la cara con manos temblorosas. Deseó desaparecer mientras las olas de deseo nacían entre sus piernas y se extendían por todo su cuerpo.

No era la primera vez que alcanzaba un orgasmo en esa cama. Había buscado el placer por su cuenta entre esas sábanas, cada noche que había rememorado los tratos que había hecho con Ezra. Sin embargo, había estado lejos, muy lejos de esa intensidad que acababa de dejarla temblando, derrumbada, sudorosa.

Y, por fin, satisfecha.

—¿Sigues viva? No has dicho una palabra.

—Sí… —jadeó—. Muy viva.

—No sabes cuánto me complace oírlo. —Desde el suelo, Ezra trepó por ella. Alisa pronto sintió encima todo su peso. También los antebrazos que colocó a ambos lados de su cabeza—. ¿Vas a ocultarme tu rostro lo que resta de noche? ¿Es que deseas hacerlo a ciegas? No es una queja. Si tú lo quieres, así será…

Le tapó la boca con ambas manos, por lo que pudo contener su risa posterior con los dedos.

—Es mi turno —gruñó ella—. Ahora, guarda silencio.

Retiró las manos poco a poco y Ezra, obediente, sonrió sin mediar palabra. Después se inclinó sobre ella para darle un beso largo y profundo. Impaciente, Alisa tiró de su camisa hacia arriba mientras sus bocas permanecían unidas, hasta que MacLeod acabó por apartarse. Se llevó una mano a la espalda para deshacerse de la camisa con un solo movimiento y luego se tumbó desnudo a su lado.

Alisa le hizo reír al mirarlo de arriba abajo con los ojos como platos.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo él, confiado. En un gesto desenfadado, se colocó bocarriba con ambas manos tras la nuca—. Puedes hacer lo que quieras. Intentaré permanecer callado, aunque no prometo nada. Como buen hijo de noble, no me privo de felicitar a las damas por su buen trabajo.

Alisa tragó saliva antes de comenzar el mismo recorrido de placer que él había seguido con

ella.

Se incorporó y recorrió con los dedos todo su cuerpo, desde los pies hasta las caderas. Sin prisa, demorándose en cada músculo marcado, en cada cicatriz y lunar. Luego se arrodilló para besarle en todos los puntos que había trazado hasta llegar a su sexo. Lo agarró y lamió con timidez, lo que le arrancó a Ezra un gemido.

«No tengo ni idea de qué hacer, pero no se lo pienso confesar ni muerta», se dijo. Así que se esmeró en besarle tratando de imitar la técnica que él había seguido con ella.

Primero, despacio, descubriéndolo sin prisa con la lengua. Después, comprobando el efecto que sus preguntas suaves tenían en él. Respuestas roncas, instrucciones a jadeos, maldiciones entre dientes. Dio gracias a todos los sonidos que le provocaba. Incluso aquellos que no tenían sentido le daban una pista de que estaba yendo por buen camino.

Antes, Ezra había tenido el poder, y había estado bien. Pero estaba descubriendo que tenerle a su merced era igual de excitante que retorcerse sumisa bajo él.

—Bien, bien, para —jadeó MacLeod, incorporándose lo suficiente para colocarle una mano sobre el pelo—. Ven aquí, condesa.

—No he terminado contigo.

—Yo tampoco.

De un movimiento, se sentó y la colocó a horcajadas sobre él, pasando las piernas entorno a sus caderas. Alisa se aferró a su cuello y le besó.

A cada segundo se sentía más segura de sí misma. Echaba de menos su boca incluso cuando ya la tenía sobre ella. Cada caricia y cada contacto superaba al anterior, o al menos era lo que parecía que ambos luchaban por demostrarse.

Aunque Alisa se había rendido a Ezra, sentía que en la cama seguían batallando uno con el otro.

Enterró los dedos en los mechones de su nuca, le agarró del pelo mientras se sumergía hasta lo más hondo en cada beso. Notó que él tiraba de su camisón hacia arriba y le ayudó a quitárselo por el cuello.

Del todo desnuda, reprimió las ganas que tenía de taparse y se inclinó para besarlo de nuevo.

—Espera, estate quieta —susurró Ezra contra su boca—. Déjame mirarte.

—Luego.

Si estaba ocupado, no la vería, así que luchó por alargar el beso todo lo posible. El fallo fue no contar con la fuerza de su contrincante. Ezra la agarró de los muslos y la aupó hasta quedar de pie. Enseguida se dio la vuelta con ella y la tumbó sobre la cama, colocándose encima.

Alisa cerró los párpados en cuanto él bajó la vista hacia su cuerpo. Lo último que vio antes de cerrarlos fue un asomo de sonrisa. ¿Cómo sería al final? ¿Presuntuosa? ¿Retorcida? ¿O más bien hambrienta?

Usó las palmas para taparse los pechos.

—Déjame verte.

—No.

—Al menos abre los ojos.

—Menos.

Oyó una risa ronca.

—No me confesarás a estas alturas que eres tímida.

—Y no me negarás ahora que tú eres poco delicado —refunfuñó.

—Nunca he sido suave, pero lo seré contigo si así lo deseas. —Notó las yemas de los dedos sobre los labios. Después, en la nariz. Las cejas. Los pómulos. El pulgar, trazando el contorno de

su barbilla—. ¿Por qué no presumes un poco de tu perfección?

—Porque carezco de ella.

—Ya te dije que mientes peor de lo que crees. —Hizo una pausa—. Sabes que eres perfecta. Lo eres para mí.

El roce descendió hasta el cuello. Luego, a las clavículas. Los nudillos recorrieron el esternón, acariciando de lado su pecho, allí donde Alisa no llegaba a cubrirse.

Le escuchó suspirar.

—Llevo buscándote demasiado tiempo como para que ahora te escondas así de mí.

Lentamente, Alisa se atrevió a abrir los ojos. Sintió un cosquilleo de vanidad al fijarse en la expresión que tenía Ezra. Devoción absoluta, como si estuviera ante una obra de arte.

Sin embargo, le dijo con un resoplido:

—No me mires así.

—¿Es que ahora vas a darme órdenes? —se burló él—. De acuerdo. ¿Cuál es su primer mandato, mi reina?

Durante el tiempo en que permaneció en silencio, él se dedicó a dejar un reguero de besos en sus clavículas. Después, en el hueco entre sus pechos, acercándose peligrosamente a la cima de ellos.

—Bésame.

—¿Dónde?

Lo agarró de la muñeca y llevó la mano hasta su boca. Ezra subió hasta ella e hizo encajar sus labios.

—¿Y ahora?

Guio sus dedos a un lado del cuello. Solícito, él hizo lo mismo contra la piel de su garganta.

No tuvo que volver a preguntarle, porque Alisa condujo después las manos a sus pechos. Los besó mientras ella se retorcía sobre las sábanas, hasta que, de nuevo, acabó por tirar de él hacia arriba.

—¿Ahora qué?

Como una única respuesta, Alisa le rodeó las caderas con las piernas para atraerlo hacia ella.

Estaba preparada, pero Ezra decidió demorarse todavía un poco más. Jugó con su deseo, mordiéndole y besándole en el cuello y en el hueco bajo la oreja, hasta que Alisa soltó un gruñido de impaciencia.

Le hizo reír. Y, aunque era un sonido maravilloso, estaba enfadada. Lo quería. Ya. Y no era justo que Ezra volviera a tener el control mientras ella se consumía en llamas por tenerlo dentro.

Por eso, decidió cambiar las tornas. Le rodeó la espalda con los brazos y alzó las caderas para frotarse contra su cuerpo.

Entonces sintió la sacudida de sorpresa de Ezra. Le recorrió una oleada de satisfacción notar su rigidez, cómo se quedaba quieto y siseaba entre dientes, justo sobre la piel de su hombro.

—Ahora —le ordenó Alisa.

Su voz sonó pastosa y grave. Al principio, no la reconoció como si fuera suya.

De hecho, hacía tiempo que había dejado de reconocerse. Se había prometido no volver a caer jamás en nada parecido con nadie, pero ahí estaba, deseando que el hombre al que una vez había detestado la hiciera suya.

Ezra se movió sobre ella para mirarla a los ojos. Tragó saliva y Alisa se fijó en cómo la nuez subía y bajaba de forma ostensible. Esbozó una sonrisa antes de subir de nuevo las caderas.

Bastó para que Ezra comenzara a deslizarse dentro de ella. Aunque lo hizo con paciencia y lentitud, delicado, se notaba por su respiración irregular que deseaba avanzar más rápido. Alisa

agradeció en silencio tener tiempo para adaptarse a él, incluso aunque así se alargara la espera. Sabía que precedía a la tormenta y, con él, deseaba disfrutar de ambos placeres.

«Así es amar a este hombre, supongo: apreciar la tempestad que me provoca tanto como la calma que me deja».

Alisa cruzó las piernas por los tobillos cuando él estuvo dentro por completo. Luego alzó los brazos para agarrarse con ambas manos al cabecero de madera de la cama. En silencio, lo retó con los ojos a que continuara.

La sonrisa de Ezra, esa que no podía borrar sino solo transformar, se volvió ladeada. Empezó a moverse, empujando la cadera con fuerza para retirarse después de forma suave. Una vez, y otra. Se movía sin descanso, tragándose mientras tanto los gemidos que escapaban sin cesar de los labios de su mujer.

Alisa lo sentía en todas partes. Sentía esos ojos sobre ella, admirando las expresiones de placer que no podía controlar, la boca que descendía para atrapar la suya, los dedos que la sujetaban contra la cama, los músculos de la espalda que se tensaban cuando le arañaba.

Había momentos en que le asombraba al salirse del papel de experimentado mujeriego. Le confesaba al oído palabras dulces, como que nunca antes había sentido nada igual. Incluso parecía todavía algo aturdido por todo lo que estaba pasando. Esa noche, en ese cuarto, entre ellos.

—¿Está bien…? —le susurró él—. ¿Está bien así?

—Más.

—¿Cuánto más?

—Todo.

Aunque Ezra aumentaba el ritmo, volvía una y otra vez a acariciar el cuerpo de Alisa con las manos, arriba y abajo, sin descanso. La contemplaba con los ojos entornados y las pupilas dilatadas, como si no pudiera creerse del todo que estuvieran así de unidos.

Y no solo físicamente. Todavía no se lo había dicho, pero Alisa creyó que él, de alguna forma, lo sabía. Que confiaba en él hasta el punto de mostrarse en su momento más vulnerable. A merced de su deseo, a punto de sucumbir.

—Voy a… —jadeó él—. Puedo apartarme si no quieres… Es decir…

Le silenció con los labios.

—Te mataré si te apartas un solo palmo de mí.

Por el respirar acelerado y los gemidos roncos, cada vez más descontrolados, Alisa supo cuándo iba a derrumbarse. Soltó las manos aferradas al cabecero y le sostuvo las mejillas, como había hecho la primera vez que lo besó. En esta ocasión, sin privarse de demostrarle lo que realmente deseaba.

«Tenerlo todo de ti, contigo».

Ezra maldijo contra su boca y, tras levantarla por las caderas, dio una última embestida.

En cuanto cayó derrotado sobre ella, intentó apartarse.

—Quédate así —murmuró Alisa, manteniéndolo pegado a su cuerpo—. No pesas nada.

—Te dije que no mentías… nada bien.

Pero aun así Ezra obedeció. Tan solo se movió para descender lo suficiente y colocar así la cabeza entre sus pechos. Con un suspiro, acabó abrazándola.

Mientras le acariciaba con delicadeza el pelo, Alisa alzó la vista hacia la parte alta del dosel. Las mejillas le dolían. Las notaba incluso tirantes. Cayó en que no había dejado de sonreír desde hacía… ¿cuánto?

«Lo que sea que tenga mi marido debe ser contagioso», se rio para sus adentros.

Cuando bajó la mirada, se percató de que Ezra la estaba observando.

—¿Qué ocurre?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él con tiento. Sin comprender sus dudas, Alisa asintió —. No sabía si debía ir más lento o bien…

—Todo ha ido bien. Mejor que bien, incluso. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro —: No me desharé en elogios para no acrecentar todavía más tu ego. Me resulta más divertido aplacarlo.

Por un momento, se quedó sin habla al ver la expresión satisfecha de Ezra. Tuvo que carraspear para aclararse la garganta y preguntar a su vez:

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Algo… sorprendido —confesó. Luego se echó a reír. De nuevo ese deje de asombro—. Aunque soñaba con ello, no esperaba que encajásemos tan bien.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Las cosas no suelen salir así la primera vez.

—Sí, es verdad. Nunca me había sentido así. —Hizo una pausa—. Ignoraba que podía ser liberador en lugar de…

Notó su mirada interrogativa al guardar silencio.

La estaba sondeando. «Supongo que está pensando en el hombre con el que estuve antes que él», pensó. Era el razonamiento más lógico, aunque en realidad ella se hubiera olvidado del maldito Charles Tumbler en el momento en que Ezra la había tumbado sobre la cama.

—Creo que te debo una explicación —empezó Alisa.

—No me debes nada.

—Ya, sé que no. Pero quiero dártela. —Hundió de nuevo los dedos en su pelo castaño oscuro, del todo negro en la oscuridad de la habitación, y empezó a jugar a alborotarlo—. Me gustaría que lo supieras todo sobre mí. Me gustaría que, como dijiste en el salón dorado, fuéramos amigos.

—Un poco tarde para ser solo eso —se burló él—. Aunque mentiría si dijera que no deseo conocer tu pasado. Eres una dama muy misteriosa.

—¿Sí? No tenía ni idea.

—¿Otra mentira más?

Ezra se separó del todo de Alisa, lo que le dolió un poco. Procuró no demostrarlo, en especial cuando lo hizo para tumbarse a su lado, de costado.

Como si no hubiera dejado de hacerlo desde que se conocieron, Ezra colocó una mano sobre su vientre y empezó a trazar círculos con el dedo alrededor de su ombligo. Con un deje malicioso, de cuando en cuando subía y bajaba por el abdomen, lo que despertaba un hormigueo en su bajo vientre.

Alisa cogió aire y, antes de empezar a hablar, fijó su mirada en el dosel sobre sus cabezas, como si pudiera ver el cielo colmado de estrellas sobre ellos.

31

—Inicié mi primera temporada con diecisiete años. No disfruté de la siguiente hasta tres años después. Mi familia fingió que había caído enferma durante ese periodo. En parte, lo estuve. —Notó que Ezra no la miraba directamente a la cara. Lo agradeció en su mente y continuó—: En uno de mis primeros bailes como debutante, conocí a una dama increíble. Era Marguerite Gardiner, la condesa de Blessington[4]. Yo me aburría soberanamente en todas las veladas, así que descubrirla fue una bendición para mí.

—La conocí antes de que se marchara de Londres —dijo entonces Ezra—. En esa época no tenía miedo a nada.

—Y eso fue lo que me atrajo de ella —reconoció Alisa—. Hacía lo que quería, tenía un pico de oro y una forma cautivadora de ver el mundo. Me demostró que no era menos que los caballeros que me adulaban por la posición de mi padre, que no necesitaba su aprobación para ser la mejor versión de mí misma.

—Bendita lady Blessington.

—Desde luego —concedió ella con el amago de una sonrisa—. Soy lo que soy por mi tía Juliet y mis amigas, pero también por esa gran dama. —Cogió aire y, con él, las fuerzas necesarias para continuar—. Una noche, me convenció para que la acompañara a una de las fiestas prohibidas para las jovencitas inocentes. Era un baile de máscaras, en un famoso club de juego en el East End…

—¿Te llevó al Jenner's[5]? —Tras asentir, Alisa percibió una mezcla de asombro y repudia en la voz de su marido al añadir—: No sé si pasar de las mojigatas fiestas en St. James a ese tugurio fue la mejor idea.

—A mí me lo pareció, al menos. Confabulada con lady Blessington, logré escabullirme de mi casa de Mayfair. Quería conocer todo lo que hacían los hombres, todo lo que estaba vetado para las debutantes como yo.

—Todo lo divertido —se rio en bajo Ezra.

—Sí. —Sonrió fugaz, falsamente—. Era una fiesta temática. De máscaras, al estilo veneciano. Pensé que estaba fuera de peligro y que nadie me reconocería.

—¿Lo hicieron?

—No me acerqué a nadie lo suficiente… hasta que lo vi a él.

Se formó un espeso silencio.

—¿Quién era?

La voz de Ezra sonaba contenida. Como si en el fondo encerrase un juramento.

—Charles Tumbler —respondió Alisa—. Aunque era noble, tan solo era el cuarto hijo de un baronet. No tenía mucho dinero, ni perspectivas… y soñaba con ser poeta. Cuando lo vi, allí, en medio de la fiesta, estaba recitando un viejo poema escocés. Nuestras miradas se cruzaron. —La joven tragó saliva—. No creo en los amores a primera vista, ahora no, pero sí he de confesar que me atrajo enseguida. A él también le gusté yo. Además, no sabía quién era. Ninguno sabíamos quién era el otro. Al contrario que aquellos que me perseguían en las fiestas de sociedad, yo no le gustaba por mi apellido ni por mi dote. Solo me veía a mí. Le interesaba yo.

Ezra soltó un resoplido.

—Como si tu aspecto no bastase para que atraigas a cualquiera… —Alisa se volvió hacia él

con el ceño fruncido—. Disculpa. Por favor, continúa.

—Nos veíamos a escondidas. Lady Blessington nos ayudó: nos invitaba a sus círculos intelectuales en *Gore House* para que pudiéramos encontrarnos, nos colaba en clubes de juego y toda clase de fiestas. La mala suerte quiso que un amigo de mis padres me reconociera en una de esas reuniones desinhibidas. Era el hijo del vizconde Dunnottar. Ya sabes, el…

—El mentecato que nos pilló en el jardín de rosas de los Makepeace —completó MacLeod. Luego bufó por la nariz—. No sé si mandarle una carta de agradecimiento por empujarnos a esto o bien de amenaza por decir… aquello sobre ti.

—No pierdas el tiempo, estoy acostumbrada —dijo Alisa con voz queda—. El caso es que el hijo de Dunnottar se lo dijo a su padre. A ojos de la sociedad, quedé manchada.

—¿Qué le dijo ese malnacido exactamente?

—En realidad, no estábamos haciendo gran cosa —confesó Alisa, tímida—. Estábamos en un pasillo y Charles… él… simplemente me besaba. Pero bastó. Fue suficiente para dañar mi reputación. En cualquier caso, solo aceleró las cosas. Hacía poco que Charles y yo habíamos descubierto que hacía dos meses que yo no… sangraba. Estábamos contra las cuerdas.

Durante unos segundos, el silencio volvió a reinar entre ellos. Ezra lo rompió al preguntar en un susurro:

—¿Y decidisteis huir?

—Sí. Charles se presentó en casa de mis padres en Mayfair. Pidió mi mano. Mi familia, aunque a regañadientes, aceptó el arreglo. El problema era que el escándalo era tan mayúsculo que consideramos que lo mejor era casarnos a la mayor brevedad posible. —Notó cómo Ezra detenía la caricia sobre su vientre—. Planeamos fugarnos a Gretna Green. Debíamos encontrarnos para tomar el mismo coche de alquiler, en la madrugada del catorce de abril de 1838. Solo que él… no apareció.

—¿Sabes por qué?

—Todavía me lo pregunto —reconoció Alisa—. Es probable que jamás sepa la verdad. O que sea tan simple como dolorosa, y que por eso no la quiera aceptar. —Suspiró—. No me quiso. No fui suficiente para él.

Se estremeció. Fue entonces cuando Ezra alargó el brazo y la tapó con cuidado con las mantas de la cama. Después, volvió a posar la mano sobre el vientre de Alisa. La dejó ahí, grande y extendida, tan quieta como él. Traspasándole su calor. A la espera.

De nuevo, se hizo el silencio. A Alisa no le resultó incómodo. Sabía que no tenía prisa, que no estaba siendo juzgada, que se encontraba en lugar seguro.

Con paciencia, Ezra esperaba sin hacer ni decir nada para presionarla, dejándole el espacio suficiente para que la joven encontrara de nuevo su voz.

—En cualquier caso, me quedé sola, sin un caballero que se casase conmigo para protegerme, y además embarazada —logró decir—. Mi tía Juliet y mi madre me llevaron junto a una mujer que quizá pudiese conseguir que dejara de estarlo… o bien encontraría un hogar para el niño. —Cerró los ojos—. No hizo falta. Lo perdí durante el viaje.

Notó los dedos de Ezra ascender hasta su mejilla para acunarla.

—Lo siento.

—Ya, ya. —Cabeceó sin dejar de apretar los párpados—. No sé qué hubiera pasado si no. Supongo que lo hubiera entregado a otra familia respetable, una buena familia que lo quisiera. O no, no sé. Ignoro qué hubiera decidido al final.

—No pienses en eso, Alisa —dijo él con delicadeza—. No sucedió.

—Lo sé, aunque eso no impida que siga doliéndome igual que entonces —murmuró—. En

cualquier caso, así termina la historia de mi misterioso escándalo. Charles Tumbler desapareció sin dejar rastro. Escuché decir que había viajado hasta América, siguiendo su afán de convertirse en poeta. Supongo que al final no deseó verse atrapado conmigo, manteniendo una encorsetada vida de aristócrata y tratando de restaurar la reputación de una mujer como yo. —Se encogió de hombros—. Después de aquello, mi familia sugirió que dejara pasar un tiempo prudencial antes de volver a la sociedad. Para que no fuera tan escandaloso, me encerré en casa durante tres años. Solo entonces inicié mi segunda temporada.

—Lo recuerdo.

Alisa abrió los ojos, girando la cabeza en la almohada para mirarle interrogante.

—Lo recuerdo porque no se hablaba de otra cosa —siguió él—. No me había fijado en ti la primera vez que te presentaste en sociedad, así que decidí cambiar ese hecho. Cuando te vi entrar en el salón, ibas vestida por completo de rosa. Recatada, inocente y sumisa. —Sonrió al aire, sin mirarla, como si la antigua Alisa estuviese allí delante—. No volví a verte así, y doy gracias. Aquel día parecía que llevaras un disfraz.

—Un disfraz de dama respetable.

—Un disfraz de dama inofensiva —la corrigió él—. Otra mentira, al menos para mí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me resultaste inofensiva? —La miró a los ojos—. Porque ese fue el día en que te pedí que bailases conmigo. Cuando me dijiste que sí, cuando te tuve entre mis brazos y me ignoraste como si fuese un donnadie, pensé que estallaría en llamas.

Alisa abrió la boca para pronunciarse, pero se detuvo cuando Ezra posó un pulgar sobre su labio inferior.

—Tú decidiste olvidarlo. Y yo, fingir que también lo hacía. Traté de convencerme de que una dama altiva con un corazón leal no era la mujer que había estado buscando toda mi vida.

En esta ocasión, el silencio habitual adquirió un matiz diferente. Alisa le sostuvo la mirada y supo a la perfección lo que iba a pasar a continuación.

La expectación subía como la espuma, las ganas aumentaban sin llegar a explotar. Ninguno se movía, aunque eran conscientes de la tensión que palpitaba entre ellos. Un tira y afloja que habían mantenido desde que se conocieron y que ahora comprendían: el deseo siempre había estado ahí, la única decisión que quedaba por tomar era ver quién iniciaba el juego.

Esa vez, fue Ezra quien la besó. La mano se amoldó a la línea de su mandíbula y, delicado, la movió para ajustar el ángulo.

Alisa era consciente de que estaba llorando, pero se tragó el gemido que le palpitaba en la garganta y decidió dejarlo escapar cuando se debiera al placer y no a la tristeza. Así que, sintiéndose capaz de atreverse a cualquier cosa, a hacer de nuevo lo que deseaba desde hacía semanas, le hizo rodar a un lado, se subió encima de él y continuó besándolo mientras se colocaba sobre sus caderas.

Ezra gimió cuando encajaron, de nuevo, como un engranaje perfecto. Alisa se movió despacio, controlando el ritmo. Se rio cuando vio a su marido formar una expresión grave, concentrada. Y notó una leve sacudida en el pecho en el instante en que él se alzó de la cama para llegar a sus labios y volver a besarla.

Cuando llegó al orgasmo, Ezra no tardó en seguirla.

Compartiendo el mismo silencio inicial, se separaron todavía jadeantes. Alisa mantenía los ojos cerrados, así que sintió en la más absoluta oscuridad la suavidad de la manta cubriéndola y el calor de MacLeod junto a ella.

No podía conciliar el sueño. Todavía respiraba de forma irregular cuando se atrevió por fin a

abrir los ojos.

Comprobó entonces que Ezra tampoco dormía. En su lugar, su marido se dedicaba a observarla con un brillo extraño en las pupilas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella con timidez.

—¿Puedo pedirte algo?

Alisa frunció el ceño. No sabía qué iba a pedirle. Nunca sabía qué iba a decir MacLeod, en realidad. Ser incapaz de controlar su forma de actuar la volvía loca. Se dio cuenta de que no se trataba de fría impotencia, sino más bien de expectación por escuchar lo que diría él a continuación.

—Sí, Ezra, puedes pedirme lo que quieras.

—Me gustaría verte el pelo. —Sus ojos oscuros la recorrieron de arriba abajo hasta llegar de nuevo hasta su rostro—. Suelto.

Aliviada porque solo se tratara de eso, Alisa se incorporó hasta sentarse en la cama. Lentamente, se dispuso a deshacer la trenza que siempre llevaba para dormir.

Tenía el cabello largo y negro, liso, y este cayó en cascada hasta ocultar la mitad de su espalda. Sintió enseguida la caricia de Ezra recorrerla.

—¿Te gusta?

—Ese verbo se queda corto —respondió él enseguida. Sin entender por qué, Alisa supo a la perfección que sonreía—. Me lo había imaginado muchas veces así.

—¿Cuándo?

—Todos los días —susurró—. Cada vez que te veía.

Ezra se incorporó sobre un codo. Le pasó los dedos por el pelo, jugó a recogerlo y soltarlo. Acabó juntándolo todo para pasarlo por detrás de un hombro y dejarle la espalda descubierta. Al final de aquel extraño ritual, le dio un suave beso a un lado del cuello.

—Suéltatelo siempre.

—No puedo, ya sabes que…

—Para mí. —Alisa lo miró con la barbilla apoyada sobre el hombro—. Solo para mí.

Ella giró del todo el rostro para besarlo, todavía de espaldas a él, y luego cogió aire antes de murmurar:

—Entonces tú también.

—¿Yo también qué? —preguntó Ezra, mientras le rozaba la oreja con la sonrisa ladeada—. ¿Me dejo el pelo suelto?

—No. —Alisa bajó la vista y le recorrió el cuerpo desnudo con los ojos entornados—. Solo para mí.

De primeras, pareció descolocado. Consiguió que su mujer sonriera con satisfacción cuando hasta sus mejillas se tiñeron de rojo, del mismo modo que le había pasado a ella frente a él decenas de veces.

—Está bien —concedió—. Solo para ti.

—Buena decisión, conde.

Y como era habitual, sellaron aquel pacto con los labios.

De repente, Ezra se mostraba tímido, casi avergonzado, y Alisa lo aprovechó para volver a ponerse al mando. Guio sus manos para obligarlo a agarrarse al cabecero, disfrutó al imponer un ritmo lento hasta que él le suplicó ir más rápido. Más fuerte. Más allá.

No supo cuándo cayó dormida, pero sí que lo hizo buscando su calor. Abrazada a su espalda, igual que aquella primera noche en Gretna Green.

Igual de agotada, solo que por razones completamente distintas.

32

Supo al despertarse y verle dormido que así iba a ser su rutina a partir de ese momento. Ezra no parecía un caballero demasiado madrugador. Se cuidó mucho de quejarse: eso le permitía mirarlo furtivamente y apreciarlo en toda su desnudez.

Le sorprendió que Lily (o Lilith, según su esposo) estuviera haciendo lo mismo. La gata se había asentado en la almohada, justo al lado de la cara de Ezra. Movía la cola, perezosa, así que de cuando en cuando le rozaba la frente al conde dormido. Él movía los ojos bajo los párpados, todavía en los brazos de Morfeo, o fruncía un poco el ceño, pero no llegaba a despertar.

—¿Cómo diablos has entrado? —le preguntó Alisa a la gata en un susurro. Ella optó por guiñar con desgana los dos ojos amarillos—. Anda, muévete. Vas a despertarlo.

Por sorprendente que pareciese, Lily le hizo caso. Solo que para descender de la almohada y empezar a amasar con sus patas blandas el pecho de Ezra. Alisa se mordió el labio inferior, tan envidiosa como divertida, y se demoró en observar el cuerpo del bello durmiente.

Sí, definitivamente había tenido suerte. Hasta ese momento, su único ejemplo de hombre era el de Charles Tumbler y el de las representaciones artísticas, y Ezra se asemejaba más a una de esas estatuas de antiguos atletas griegos. Excepto que él contenía el calor que a estas les faltaba.

Se fijó entonces en las cicatrices que adornaban su piel. A la luz de la mañana, se apreciaban oscuras y retorcidas. Algunas eran quemaduras redondas, otras se dibujaban lineales. Marcas de los castigos que había recibido de parte de su padre y sus medio hermanas antes de ser reconocido como un MacLeod.

Cualquiera con esa infancia sin duda lo habría pagado con los demás. Sin embargo, Ezra se había limitado a beber en exceso, a vivir la vida como le apetecía, sin pedir permiso, y a ser un buen amigo con Cayden, con Hope e incluso con ella misma.

«¿Lo seremos durante mucho tiempo?» se preguntó Alisa. Nada le gustaría más, aunque también era consciente de que, a pesar de sus confesiones respectivas, todavía no se conocían tanto como quisiera.

Además, Alisa no se lo había contado todo. No le había explicado que no podía tener hijos. Que, quisiera o no, jamás le haría padre. Tampoco le había confesado lo que sentía por él. Ni que envidiaba su posición como hombre tanto como le admiraba por su forma práctica y luminosa de ver las cosas.

Tampoco le había hablado de su miedo, y es que se distanciaran con el paso de los años y acabase abandonándola como había hecho Charles. No era un temor infundado. Puede que él se cansara de ella, de estar siempre con la misma persona, dado su enorme historial de amantes y su personalidad atrevida. O ¿por qué no? Quizá la que se desencantara de él fuese ella.

Aunque tras esa noche, lo dudaba bastante.

«Es mejor disfrutar del momento», se dijo. «Aprovecharé lo que tengamos. Vaya si lo haré».

Más serena, decidió que era hora de dejar la cama. Además, sería más fácil enfrentarse a Ezra a la luz del día con algo de ropa puesta.

Se lavó y se vistió procurando no hacer ruido. A menudo le oía dar la vuelta entre las sábanas y se le paraba el corazón en cada ocasión. Por suerte, eran falsas alarmas. La siguiente ocasión en que se aproximó al colchón, Lily dormía plácidamente en el hueco que Ezra le había hecho al colocarse de lado.

Al verles así, sintió un pequeño tirón de ternura en el pecho. Esa emoción cálida la empujó a inclinarse y besarlo con suavidad en los labios. Ni siquiera eso lo despertó.

Un minuto después, Alisa se escabulló de la habitación dispuesta a cumplir la promesa que le había hecho a Hope la noche anterior. Estaba deseando abrirse con ella, explicarle todo lo que había pasado y sentía. Y, por supuesto, haría lo mismo con Evelyn. Porque si no, la francesa no se lo perdonaría jamás.

Probablemente la mataría.

Pero fue con su tía Juliet con quien se topó primero. No le sorprendió ni un poco verla al final del pasillo de la segunda planta; no conocía a nadie más madrugador que ella. Desde que era niña, Alisa la recordaba despierta en cuanto el sol salía, dispuesta a revolucionar la casa donde estuviera. Era posible incluso que la anciana ni siquiera durmiera. ¿Sería una bruja con insomnio crónico que maquinara sus hechizos bajo la luz de la luna?

En ese momento, sin embargo, Juliet no parecía por la labor de agitar nada. La anciana vio a su sobrina al final del corredor y, despacio, bastoneó hacia ella con un libro bajo el brazo.

Como era habitual, vestía su perpetuo negro. Alisa comprendía ahora que el luto interminable era por Rowena, no por su marido, y se le hizo un nudo en la garganta.

Nunca le había preguntado por ella, jamás había sabido si la echaba de menos, cómo se sentía después de perder al amor de su vida.

«Si yo me quedase sola, no lo soportaría», pensó. «Ahora que he conocido a Ezra, que tengo a mis amigas, no podría». Y, sin embargo, Juliet había asumido la pérdida con entereza y había apoyado a su sobrina, sin importar qué errores cometiera, contra viento y marea.

Pasasen los años que pasasen, Alisa seguía sin ser tan fuerte como la más grande de los Chadburn.

—¿Ya de pie, querida? —le preguntó Juliet al llegar hasta ella.

—Sí, tía. Iba a buscar a mis amigas. —Se inclinó como saludo y la tomó del brazo—. ¿Querría acompañarme?

—Oh, no. Me gusta que los pajarillos gorjeen a solas. Bien a gusto, sin viejas entrometidas de por medio —musitó con picardía—. Yo iré a buscar un sitio tranquilo para leer. Así haré guardia hasta atrapar a tus queridas cuñadas.

—¿Qué? ¿Atraparlas para qué?

—Para ponerles los puntos sobre las íes. —Apretó la empuñadura del bastón con las manos enguantadas de gris. Alisa se dio cuenta entonces de que el bastón era un Dagger. Igual que el de Hope, pero con una cabeza de lechuza en la punta—. Tú no puedes ser descortés con ellas. Al fin y al cabo, son familia, y siguen teniendo cierto poder en el que ahora es tu hogar. Pero yo no tengo por qué andarme con remilgos: soy mayor, más rica y, sin lugar a dudas, más deslenguada que ellas. Es el regalo que da la edad. Tranquila, no pongas esa cara, no me desquitaré, aunque tras conocer a la niña Heather tenga ganas de darles un bastonazo. Tan solo me enfocaré en que te reconozcan como lo que eres. Como condesa, están obligadas a guardarte el debido respeto.

—Mejor no se meta en eso…

—Tengo ochenta años, querida sobrina. —Su voz se tiñó de cierto orgullo—. Puedo meterme donde yo quiera. Y si tiene que ver contigo, con mayor razón. ¡Faltaría más!

Alisa se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Y, como siempre, le llegó el tenue olor a agua de rosas. Lo más probable, sospechó, era que fueran rosas blancas.

—¿Sabe, tía? —le dijo mientras la acompañaba hacia las escaleras—. Tenía razón.

—Tengo razón a menudo, debes ser más específica. ¿A qué predicción te refieres en concreto?

—A Ezra MacLeod. —Alisa se llevó una mano al colgante—. Era un buen candidato para el matrimonio.

La tía Juliet alzó las cejas componiendo una expresión divertida. Por suerte, no se aprovechó de la situación y se limitó a reír sin ser tan estridente como en el baile de la noche anterior.

—Ya lo decía Rowena: una bruja, eso es lo que soy. ¡Y muy buena, además!

—Ahora, he de confesarlo, la creo a pies juntillas.

—Siempre debes creerme, mi Alisa. Porque, si no tengo razón, tengo buena intención, y con el tiempo comprenderás que vale más lo segundo que lo primero. Guarda a tu lado a quienes buscan incentivar tu felicidad y no deslumbrarte con ingenios.

—Me extraña que diga eso, ya que siempre me ha parecido que usted consigue ambas cosas.

—Yo soy una entre un millón. ¿Cómo crees que conquisté a mi Rowena?

Alisa se rio en voz queda y, al llegar a las escaleras, le dio el consabido beso en la frente. Juliet, tras apretarle suavemente la mano a su sobrina, se alejó escaleras abajo, golpeando el suelo con el bastón a un ritmo lento, pero seguro.

Con un suspiro de alivio, Alivia se liberó de un peso tenue que la había acompañado desde su marcha.

Ignoraba qué pensaría su familia de ella ni de su decisión. Hacía días, sus padres le habían respondido por fin a la carta que les había enviado en su primer día en Dunstan. Daban el visto bueno a su unión, aunque se excusaban: dada la escandalosa fuga, por el momento no se desplazarían a Northum. Esperarían a que Ezra y ella se presentaran en Londres. Habría pompa y circunstancia, reproches, pero también felicitaciones. Sus dos padres habían asumido hacía años que se quedaría para vestir santos y, para sorpresa de todos, había cazado un buen partido.

Alisa había cruzado los dedos hasta ese momento por tener la bendición de sus padres. No obstante, tras escuchar a Juliet en ese pasillo, comprendió que su aceptación le traía sin cuidado.

Ya tenía lo que más importaba. La tenía a ella.

…

Tocó a la puerta de Hope y esperó. Era bien entrada la mañana, pero el castillo había decidido respetar el cansancio del día que sigue a una gran fiesta. De cuando en cuando, la condesa escuchaba crujir la madera, a los criados caminar por los pasillos de la planta inferior, el viento infatigable soplar contra los postigos. Por lo demás, la propiedad se mantenía terca en una estática pereza.

Le sorprendió que fuera Cayden quien abriera la puerta. Jamás le había visto así. Estaba ojeroso, se había abrochado mal la camisa y tenía el pelo rubio oscuro tan alborotado como el de Ezra anoche.

—¿Sí? —susurró—. ¿Qué desea, milady?

—Venía a hablar con Hope —dijo en el mismo volumen—. ¿Se encuentra bien?

—No, la verdad —dijo Cayden con la seriedad que le caracterizaba—. Es mejor que espere un poco. No querría despertarla, le ha costado mucho conciliar el sueño.

—Por supuesto —se apresuró Alisa—. Dígale que quiero contarle algunas cosas. Sin prisa.

—Se lo diré.

Alisa se miró las manos entrelazadas. Después, alzó una para posarla sobre el brazo del marido de su amiga.

—Gracias por cuidarla —dijo firme—. Creo que no se lo había dicho antes, así que gracias por lo que ha hecho y hace por ella. Es un buen hombre. El mejor que podría tener a su lado para mantener el equilibrio.

Cayden se removió incómodo. Se limitó a asentir dos veces, algo avergonzado; fue su forma silenciosa de aceptar el agradecimiento. Alisa sonrió y cortó el contacto con rapidez. Era evidente que el señor Dagger necesitaba descansar tanto como su mujer.

Se dirigió entonces al dormitorio de Evelyn. La haría feliz siendo la primera en enterarse de todo lo que había pasado. Hasta entraría en detalles… más íntimos. La pobre no tenía ni idea de qué pasaba entre dos personas que se acostaban, y eso tenía que cambiar. Cuanto antes, mejor.

A pesar de la vergüenza, y de que seguía siendo una persona reservada con sus propios sentimientos, Alisa no quería que su amiga creciera sumida en esa ignorancia típica de las jóvenes de su edad. Aunque eso la empujara a los brazos de algún patán solo para calmar su curiosidad infatigable.

«No, no hará nada parecido» reconoció para sí. En el fondo intuía que Evelyn era la más lista de las tres. Seguramente escogiera a una buena pareja.

«Y si pierde la cabeza, ya nos aseguraremos nosotras de reconducirla», resolvió con firme decisión.

De nuevo, le sorprendió la persona que abrió la puerta del dormitorio de Evelyn.

Heather se asomó por el hueco, vestida con un sencillo vestido azul oscuro. Aunque tenía ojeras, estaba peinada a la perfección y se la veía bastante descansada.

—Evelyn t-tiene una resaca horrible —le informó en voz baja—. Acaba de volver a la cama después de v-vomitar por tercera vez.

—Uf —soltó Alisa—. Parece que nadie ha tenido una buena noche…

Heather frunció el ceño con preocupación.

—¿Tú t-tampoco has pasado buena noche? ¿Has dormido poco?

Alisa puso colorada y, en lugar de contestar, le propuso:

—¿Te gustaría dar un paseo conmigo? Podríamos acercarnos a los acantilados.

—¡P-p-por supuesto!

Escucharon el gruñido de queja de Evelyn desde el interior de la habitación. Acelerada, Heather cerró la puerta tras de sí y se agarró al brazo de Alisa con un entusiasmo contagioso. La condesa le apretó la muñeca para que se relajara y descendieron las escaleras del castillo en un cómodo silencio.

…

El viento no daba tregua, sobre todo cerca del mar. Habían caminado hasta allí con andar relajado, demorándose en el paisaje y en el cielo encapotado de nubes blancas. Charlaron de la fiesta, de las reformas que había hecho Alisa, de la feliz noticia de que las hermanas MacLeod se marcharían en pocos meses a sus propias fincas.

Alisa apreció la absoluta alegría de su cuñada y algo se le removió por dentro.

Odio. También ánimo de venganza. Si Ezra había sufrido el desprecio de sus hermanas mayores, era evidente que la más pequeña de los MacLeod también. En las semanas anteriores, entre los cuchicheos de las comidas, había escuchado algún comentario indirecto culpándola de la muerte de su propia madre.

«Estrangularía al resto de las MacLeod si me dieran la oportunidad», confesó para sí con rabia.

—¿Puedo preguntarte algo, Hezzy?

Al escuchar el mote cariñoso, la joven dio un saltito de sorpresa.

—Por descontado, lo que q-quieras.

Cogió aire y susurró:

—¿Te pegaban? Tus hermanas, ¿te pegaron alguna vez?

La pregunta quedó flotando en el aire, incapaz de ser arrastrada por el viento.

Heather entornó los ojos. Los dirigió después al mar a su izquierda. El mismo pelo castaño oscuro de su hermano le batía las mejillas pálidas.

—Ellas n-no. A ellas no les hacía falta. —Heather la miró entonces con ojos fijos y húmedos —. Mi padre sí. Era un experto. No m-me dejaba marcas. Con los años t-tampoco me hacía daño. Se volvió viejo y débil. Pero sí q-que resultaba humillante. Vivir con él lo fue. Desde el p-principio hasta el final.

La rabia se le quedó atascada en la garganta. Alisa tragó saliva para hacerla descender y le apretó el antebrazo con cariño.

—Lo siento muchísimo, Hezzy. Ojalá hubiera podido ayudarte antes.

—¡No m-me conocías, Alisa! Me ayudaste cuando llegó el m-momento —se apresuró a tranquilizarla—. Primero fue Ezra quien me salvó al s-sacarme de aquí, después de que papá muriera. Quería huir de t-todo esto. Creo que por eso b-besé a lord Reid, para no tener que volver al castillo. Pero en el instante en q-que lo hice, me arrepentí. —Alzó la vista al cielo—. Quería hacer lo que q-quisiera y a la vez no deseaba estar atada de nuevo a nadie. Y entonces t-tú me entendiste sin palabras. —Bajó la voz—. Tú me salvaste en ese jardín.

Heather se detuvo de sopetón, arrastrando en su parada a Alisa para tenerla justo frente a ella. Luego le cogió de las manos y le apretó los nudillos, tanto que le hizo daño.

—Siento que por culpa de eso t-te hayas casado con mi hermano sin quererlo. —La pobre temblaba—. No q-quería arrastrarte a…

—¡Pero Hezzy! No me has arrastrado a nada. Yo decidí intervenir. Yo decidí aceptar este matrimonio. —Con una sonrisa que esperaba que la convenciese, Alisa cogió aire y añadió—: Además, ahora estoy muy satisfecha con mi elección.

—¿Sí?

—Sí.

—¡Menos mal! —resopló Heather de alivio—. Porque en el fondo m-me alegraba como nadie de que le hubieras aceptado. En Londres, tras el baile, me p-pasé la noche rezando porque le dijeras que sí. Cuando al d-día siguiente los señores Dagger me recogieron en casa, me sentí tan feliz porque mis p-plegarias hubieran sido escuchadas… ¡Lo s-siento! Menuda egoísta estoy hecha…

Alisa se echó a reír, lo que avergonzó todavía más a Heather. Del mismo modo que con Cayden, tampoco se reconoció cuando, tras la carcajada, abrazó a su cuñada más pequeña.

La pobre Hezzy se quedó inmóvil, tensa ante ese inesperado contacto, hasta que se ablandó entre sus brazos y le correspondió el gesto.

«En solo un día, he conquistado a dos MacLeod» se animó Alisa. Aunque, en realidad, aún no había sido totalmente sincera con uno de ellos. Por la noche, no le había explicado a Ezra que no podía tener hijos.

Tendría que hacerlo, claro. En algún momento. No sabía si eso le haría arrepentirse de haberse casado con ella, pero ya tenía en mente algunas propuestas para evitarlo si es que su marido soñaba en un futuro con tener un heredero.

Ahora que le conocía más (y en especial con la revelación de su origen), imaginaba que MacLeod aceptaría la idea de adoptar en su familia a algún niño no deseado. Al fin y al cabo, él mismo había sido uno y, por su parte, ella podría haber dado a luz a un bebé con el mismo destino. Solo que, en esta ocasión, Alisa se encargaría de criar a alguien rodeado del amor que a Ezra y a su hermana les había faltado.

«Empezaré por Heather», pensó. «Podría no ser su hermana mayor, sino más bien su otra madre».

La adolescente debió de pensar algo parecido, porque cuando ambas se separaron, tenía los ojos llenos de lágrimas y tartamudeó un «gracias» interminable.

—Ahora que sé que no estás enfadada conmigo por arrastrarte a un matrimonio, que te p-parece bien estar unida a Ezra… Me gustaría contarte algo —añadió después de calmarse—. Necesito confesárselo a alguien. ¡Me estoy ahogando!

—¿A qué te refieres?

Heather se retorció los dedos, el viento infatigable intentando hacerla flaquear.

—¿Quieres a m-mi hermano? —Alisa arrugó la frente sin comprender—. Porque hay algo que t-tendrías que saber sobre él. Pero solo si dices que sí.

—Me parece que ya sé qué quieres decirme —musitó Alisa.

En esa ocasión, fue Heather la que frunció el ceño.

—No lo creo —susurró la chica, volviendo la vista al mar—. Solo Amaryllis, mi padre y yo sabemos este secreto. Mi hermana s-se lo llevará a la tumba y el antiguo conde está en ella, así que… no creo q-que lo sepas.

—¿Es lo de Elea?

Hezzy giró la cabeza hacia ella con rapidez, provocando que las tiras de su sombrero le golpearan a Alisa en la cara.

—¡P-p-p-perdón!

—¡No pasa nada, tranquila!

—¿Así que s-s-s-sabes lo de Elea?

—Encontré su retrato. Intenté averiguar quién era y Amaryllis fue quien me lo acabó confesando.

—¿El retrato? ¿Y qué más? —Heather la tomó otra vez de las manos, impaciente y demasiado alterada como para reprimirse y no apretarlas con demasiada fuerza—. ¿Entraste en mi d-dormitorio? ¿Encontraste mi compartimento secreto? ¿Incluso l-l-l-las cartas?

—Espera, ¿qué cartas?

—Las que guardan la p-peor maldad de mi padre.

Sin comprender nada en absoluto, Alisa la aproximó más al borde del acantilado. Obligó a su cuñada a sentarse sobre una de las rocas grises, junto a las flores que crecían secas en las grietas.

—Hezzy, cuéntamelo todo.

Y, tras un compungido suspiro, la más joven de los MacLeod se dispuso a hacerlo.

33

Cuando ambas volvieron, muertas de hambre y más cercanas que nunca, Brooks y Cayden estaban de pie junto al dirigible. Aun sin estar en funcionamiento, era espectacular, plantado allí junto a la muralla exterior de Dunstan, sobre el páramo verde.

Ninguno de los dos hombres había ordenado todavía hinchar el enorme globo, sino que inspeccionaban el motor de vapor y la hélice que permitiría controlarlo y no dejarlo a tenor del viento. También tenía un timón y pequeñas velas en sus costados.

Alisa no tenía ni idea de si aquel trasto funcionaría, pero le divertía imaginarse que sí, y que lo haría junto a su castillo. Puede que los sueños de esos dos locos se hicieran realidad. Puede que el mundo acabase dominado por aerostatos que surcaran el cielo.

Se dio cuenta de que, a medida que se aproximaban al dirigible, también lo hacía una figura desde la puerta del castillo. Con un estremecimiento de nervios, lo reconoció. Ezra se había vestido, peinado y afeitado, y tenía una expresión divertida y descansada.

«Su hermana y él son iguales, no les afectan las fiestas en absoluto», se rio por dentro.

Cuando los tres llegaron al mismo tiempo junto a Dagger y Brooks, se saludaron con algo de timidez e intentaron convencerles de que los acompañaran dentro a almorzar.

—Luego —soltó Cayden mientras ayudaba a Brooks a hacer un nudo—. Eso sí, obligad a Hope a que coma algo. Se ha levantado y parece que se encuentra algo mejor. La he dejado con Eve en el comedor.

—¿Y Evelyn está b-bien?

—Después de soltar hasta los higadillos, ya puede estarlo —gruñó su primo—. Menos mal que mi tía Bess no está aquí, le habría retirado la asignación una semana.

Brooks alzó la cabeza como un resorte.

—¿Cómo? ¿La señorita Boulanger se encuentra indispuesta?

—Chico, creo que anoche le diste demasiadas vueltas —se rio Ezra. Ante los ojos aterrorizados del ingeniero y la repentina palidez de sus mejillas, se apresuró a aclarar—: Es broma. Su indisposición es el resultado de mezclar vino con whisky escocés. La pillé escabulléndose con Hezzy a mi salón privado durante el quinto vals.

Todos los demás dirigieron una mirada de desconcierto a Heather que, sonrojada hasta la raíz del pelo, se encogió de hombros y balbuceó con la vista en el suelo:

—P-pues yo me encuentro perfectamente.

Ezra se aproximó a su hermana para alzarle la barbilla con dos dedos.

—Tú, querida Hezzy, eres una auténtica MacLeod. Solo contamos en nuestra sangre con un par de talentos. Uno de ellos es el de no padecer de resaca alguna. El otro… dejaré que tu futuro amado lo descubra. —Alisa no supo cómo se las apañó su marido para lanzarle una rápida mirada de reojo y hacer que ella también se sonrojara—. En cualquier caso, aprovéchate de ellos todo lo que puedas.

—Espero que no estés incitando a tu hermana de dieciséis años a que se beba hasta el agua de los floreros —le acusó Cayden—. Y ahora iros, tenemos mucho trabajo. —Se giró hacia Brooks, que seguía con la misma expresión lívida y abstraída desde que había escuchado el estado de Evelyn—. …si es que somos capaces de avanzar en algo.

En un silencio compartido, los dos hermanos y la condesa de Northum decidieron dejarlos

trabajar solos. En su vuelta a Dunstan, Ezra se las apañó para colocarse junto a su mujer.

Consciente de lo próximo que estaba a ella, Alisa no pudo evitar que el corazón le latiera acelerado. De forma en apariencia fortuita, Ezra movía la mano junto a la suya, por lo que se rozaban al caminar. A él no parecía afectarle el contacto en absoluto, aunque fuera evidente que lo buscara. En ese momento, MacLeod charlaba con su hermana, preguntándole con sincero interés por el paseo que habían dado juntas.

Alisa tragó saliva y no dijo una palabra hasta llegar al comedor. Era imposible tenerlo cerca, mirarlo de reojo, y no recordar todo lo que habían hecho anoche. Dónde habían estado sus manos, sus dedos, sus labios, y su…

—¡Hope! —exclamó al verla—. ¿Cómo te encuentras?

—Oh, mucho mejor, gracias. —La pintora estaba llenando su taza de té y la de Evelyn, sentada a su lado en la mesa—. ¿Qué tal vosotras? Estáis muy coloradas, ¿el paseo ha sido largo?

Ninguno de los tres pudo responder, porque Evelyn, con la cara enterrada en su propio brazo extendido sobre el mantel, soltó un gruñido. Levantó un poco la cabeza y los saludó con ella antes de dejarla caer de nuevo.

Desde luego, Hope tenía mejor aspecto que Evelyn. Como si la resaca fuera en realidad un luto por su dignidad, la chica se había vestido de gris oscuro, igual que Heather la primera vez que la conocieron. Mantuvo una expresión de cansancio sin ambages durante el servicio del almuerzo por parte de los criados.

Una vez bajó tía Juliet, los seis comieron mientras mantenían una animada charla sobre el baile. Durante la misma, fue Heather quien llevó el ritmo de la conversación.

Alisa sonrió contra la servilleta. Empezaba a aflorar la verdadera personalidad de Hezzy. La joven era una cotilla redomada, una observadora nata que no había pasado por alto nada en la fiesta.

«Tendremos que añadirla a nuestro trío particular de floreros», se dijo.

—¿Y las demás MacLeod? —rezongó Evelyn tras su tercera taza de té—. ¿Las arpías hoy no se dignan a acompañarnos?

Ezra casi se atragantó al escuchar de los labios de la chica aquel mote, aunque nadie excepto Alisa pareció darse cuenta.

—Oh, ¿te refieres a las cuñadas de mi sobrina? —preguntó Juliet con gesto serio—. He mantenido antes una pequeña charla con ellas. Muy edificante, la verdad. Aunque puede que las haya asustado, no me cabe duda de que se recuperarán enseguida.

—¿Le ha soltado uno de sus famosos rapapolvos a mis hermanas? —preguntó Ezra en una pausa de su nuevo ataque de tos. Parecía que iba a ser incapaz de beber si seguían sorprendiéndolo así—. ¿Qué les ha dicho?

—Solo les he recordado lo desesperados que estarán en este momento sus maridos, hijos y criados sin poder gozar de su agradable compañía. Y también lo mucho que tienen en común con mi querida sobrina, aquí presente. —Juliet cogió su copa de vino y frunció el ceño al observarla vacía—. Jamás he entendido por qué las damas hemos de enemistarlos entre nosotras, sobre todo con tantos enemigos comunes… así que les he recordado lo terriblemente cruel que puedo llegar a ser yo de convertirme en la suya.

Alisa, consciente de cómo era su tía, cabeceó sonriente. Heather y Evelyn ahogaron una exclamación de admiración, mientras que Hope asintió con satisfacción. Por su parte, y sin perder la expresión de absoluto asombro, Ezra se apresuró a arrebatarle la botella de vino a Duncan y levantarse de la mesa para ofrecerse él mismo a llenar la copa de la anciana.

—Muy atento —dijo Juliet con la barbilla alzada—. Parece que el matrimonio le sienta bien,

conde de Northum. Ha mejorado sus modales desde que lo conocí siendo apenas un crío en la representación de *El juramento*.

—Pero eso fue hace… En junio de…

—De 1840, si no recuerdo mal.

—¿Cómo es posible que se acuerde?

—Una dragona sobrevive solo si tiene buena memoria. —La anciana bebió con una sonrisa tibia en los labios—. Y lo cierto es que fue una buena ópera.

—¡Hablando de ópera! —chilló Evelyn—. Berlioz, un gran amigo de mi padre, le premió a ir al estreno de una nueva pieza en la que está trabajando. ¡Será en París! *Debemos* ir. Nos quedaremos en la casa que mi familia tiene allí. —Evelyn juntó ambas manos, entusiasmada—. Ali, seguro que al conde no le importa prescindir de ti por un tiempo ¿o sí?

Atrapada por los enormes ojos de Eve para dar una respuesta, Alisa miró directamente a su marido.

Sentado justo en frente de ella, Ezra sonrió con sorna mientras ladeaba la cabeza.

—Quizá sea la condesa quien no desee prescindir de mí.

Alisa se puso colorada enseguida, en especial al notar como faros curiosos los ojos de todas las mujeres presentes puestos en ella.

Recordó entonces que tenía que informar a sus amigas de lo que había pasado entre Ezra y ella. Cuanto antes. Seguramente estarían preguntándose qué había cambiado entre ellos, cuando hasta hace solo unos días parecía evidente que no se podían ni ver.

—Hezzy, ¿te parece bien que llevemos a lady Chadburn a contemplar el paisaje del condado desde las murallas? —preguntó Ezra, ajeno al huracán de pensamientos de su mujer—. Creo que la dama todavía no ha podido disfrutarlo como merece, y así podré enseñaros a ambas las obras que he podido supervisar.

—¡C-claro, hermano! En Londres, lady Chadburn fue m-muy amable conmigo. Sería un placer mostrárselo.

Y eso hicieron al terminar la comida. Levantándose con diligencia, Heather tomó a la anciana del brazo para ayudarla a caminar hasta los exteriores. Ezra, aunque las siguió a los pocos segundos, se demoró dando una vuelta completa a la mesa y posando una mano sobre el brazo de Alisa al pasar junto a ella.

La joven lo siguió con la mirada mientras se dirigía a la puerta. Se fijó en el pelo castaño de su marido, un poco más largo de lo habitual y desordenado, en la chaqueta tensa en la espalda y el andar seguro, hasta que desapareció al cruzar el arco.

—¿Alisa? —Se giró hacia Hope—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó enseguida—. De hecho, creo que soy la que mejor se encuentra de las tres.

—¿Por qué tu marido nos ha arrebatado a Hezzy y dejado solas? —gruñó Evelyn, la mejilla de nuevo contra la mesa.

Alisa no respondió, aunque intuía la razón. El ofrecimiento de Ezra no respondía a un simple agradecimiento a su tía Juliet por librarlo de sus hermanas. Sospechó que había querido darle a Alisa un poco de tiempo a solas con Evelyn y Hope, para que pudiera abrirse a ellas como lo había hecho con él.

Ni siquiera sabía por qué estaba tan segura. Quizá las sonrisas a escondidas que le había dedicado Ezra durante la comida decían más que unas cuantas palabras.

Ordenó a Duncan llevar té y dulces a una de las salas de estar del castillo. Una vez allí, al mismo tiempo que se derrumbaba en una butaca almohadillada, Eve soltó un resoplido.

—Alégrame el día —dijo con desgana. Sopló con fuerza para retirar uno de los rizos rubios sobre su frente—. ¿Alguna novedad en tu penoso matrimonio?

—Oh, sí. —Alisa tomó la tetera humeante de la bandeja de plata—. Bastantes.

Como si la hubieran pinchado con un palo, Evelyn se colocó recta en el asiento. No había nada como una buena primicia para animarla.

Esa tarde, Alisa no se privó de nada y les contó todo lo que había pasado entre Ezra y ella desde que se habían casado. Evelyn chillaba en los momentos oportunos y zampaba bizcochos cuando quería ocultar lo alterada que estaba. Más acostumbrada a ese tipo de experiencias, Hope se reía entre dientes y se masajeaba el vientre a la vez.

—Y eso es todo.

—¡¿Todo?! —Eve dejó con demasiada fuerza la taza sobre el platillo—. *Incroyable!* No me puedo creer que nos hayas ocultado que estabas enamorada de él desde hacía siglos, *reine*. ¡Traidora!

—¡No estoy enamorada de él!

—Bueno, siglos no —siguió Evelyn, ignorándola—, pero al menos babeas por él desde que entraste en este castillo. ¡Reconócelo!

—Puede que, de hecho, eso tuviera algo que ver —se burló Hope—. Y no parecías una mujer superficial, ¿eh, Ali? Pero, ¿quién se resiste a todo este esplendor?

—Sin ánimo de ofender, yo —dijo Eve—. Que Dunstan House es una propiedad muy hermosa, no lo niego, pero echo de menos las modernas comodidades que ofrece Londres.

—Hablando de ese tema, Ezra charló con Cay al final del baile, antes de que nos retirásemos —les informó Hope—. Al parecer, nuestro querido conde quiere que en Dunstan House también se apliquen una serie de cambios para hacer la casa más… actual. Al «estilo Dagger», lo llamó.

—Lo sé —asintió Alisa—. Lo hablamos anoche durante el baile. Es extraño, pero hay ciertos aspectos en los que estamos de acuerdo sin problema. Resulta… tan fácil como respirar.

Hope alzó las cejas con picardía, lo que la puso todavía más nerviosa. Era evidente que quería hacer una broma a su costa, pero Evelyn se adelantó.

—¡Perfecto, pues! Si tu casa va a ser el referente de modernidad en el condado de Northum, te visitaremos todas y cada una de las veces que estés aquí. Además, incluso si estás en Londres, me pasaré por aquí. Echaré de menos a Hezzy cuando se acabe la temporada.

—Ya sabéis que sois bienvenidas. —Las miró con cariño—. Siempre.

Casi de forma ensayada, las tres se inclinaron para darse la mano.

Alisa sabía que la felicidad era eso. O al menos, tenía que estar cerca.

No habría podido soñar con nada parecido. Resultaba tan cómodo estar con ellas dos que pensar en cómo comportarse quedaba fuera de lugar. Era ella misma, no hacía falta nada más.

Aunque, para no faltar a la costumbre, en el fondo de Alisa seguía latiendo algo que la aguijoneaba. Algo fuera de su sitio. Y esta vez, ese algo eran las palabras de Heather en el acantilado.

La pobre le había revelado un secreto abrumador y era consciente de que lo había hecho para que fuera Alisa la encargada de confesárselo a Ezra.

Y tendría que hacerlo. Llegado el momento, cuando supiera que él podría encajar la verdad, lo haría.

…

—Ha hecho un trabajo magnífico aquí, joven.

—Ha sido todo obra de su sobrina.

—Ya lo sé —dijo Juliet—. Solo intentaba ser amable.

Después del desconcierto inicial, Ezra se rio entre dientes.

La famosa tía Juliet, la que en sociedad había sido apodada la Gran Dragona, le había aterrorizado desde que era apenas un adolescente. Todos los solteros temían su mirada de censura cuando daban un mal paso en cualquier baile.

Jamás admitiría que había sido una de las razones de peso por las que no se había acercado antes a Alisa Chadburn. No quería salir de ningún salón chamuscado por la lengua afilada de una ancianita.

—Hezzy —llamó a su hermana—, no te acerques al borde.

La chica asintió de espaldas a él y continuó caminando por la muralla.

Desde que había regresado de pasear con Alisa, Heather parecía una persona distinta. Tenía los hombros menos caídos, la cabeza más alta, el andar firme. Hasta había advertido que se atascaba menos en algunas palabras.

«¿Qué habrá hecho mi esposa?» se preguntó Ezra asombrado. «Alisa es una bruja, definitivamente».

—¿Está pensando en ella, joven?

Se quedó inmóvil, lo que provocó que Juliet soltara una risilla aguda.

—Esto… sí —contestó azorado—. Admito que pensaba en su sobrina.

—No se avergüence. Yo lo hago cada día. —Ezra sonrió con ella—. Es una dama extraordinaria, ¿no cree?

—Sin duda alguna.

—Tiene suerte de haberse casado con ella. —La mujer arqueó una ceja y MacLeod sintió un escalofrío bajarle por la columna—. Cuando se la haya ganado, le contará unos cuantos secretos. Serán la prueba de fuego en su matrimonio. Espero de veras que esté a la altura. Aposté por usted en su día, así que no me decepcione.

Ambos se apoyaron en el muro de piedra que daba al mar. A unos metros, Heather observaba con aire soñador el vuelo de unos pájaros.

—He de confesarle algo, señora: Alisa me ha honrado ya con su confianza —dijo en voz baja —. Me ha contado lo de aquel bastardo.

—Oh, hay una gran cantidad de bastardos en Inglaterra. ¿Se refiere específicamente al poeta bastardo?

No pudo reírse, así que asintió.

—Sí, a ese tal Charles Tumbler.

—Ni se le ocurra nombrarlo en voz alta.

—Descuide, señora. Por mí, está muerto.

Juliet Chadburn oteó el horizonte. Al margen de la edad, Ezra se dio cuenta de las semejanzas entre tía y sobrina. Le divirtió pensar en el terror que inspiraría Alisa cuando fuera anciana. Su pelo se tornaría blanco y su mirada oscura se volvería más implacable. Él, por fortuna, podría disfrutar del espectáculo de forma segura, a su lado, como el marido consorte de la nueva dragona.

—¿Y qué le parece? —preguntó entonces la dragona original.

Con la ira revolviéndose en su interior, Ezra se encogió de hombros.

—Que perdió él más que ella.

—Buena apreciación.

Notó cómo Juliet le miraba con otros ojos y apretó la mandíbula.

Sabía que le estaba juzgando, de la misma forma que habían hecho otras damas y caballeros

durante toda su vida en sociedad. Había sentido aquel escrutinio infinitas veces.

Juliet Chadburn no era la única que había seguido sus movimientos en público. Al principio, a Ezra le había preocupado en exceso lo que pensaran los demás, en especial su padre. Sin embargo, pronto había decidido que la vida era demasiado corta como para preocuparse por lo que dirían un puñado de viejas reliquias.

De niño, le habían separado de su madre y empujado a la fuerza a una vida de privilegios y, aunque a menudo fantaseara con la vida que habría llevado como un plebeyo, sabía que tenía suerte de contar con estudios, recursos y poder. Así que disfrutaría de todo eso sin estar encorsetado. No le debía nada a nadie.

—No suelo equivocarme cuando juzgo a los hombres; para mí, resultáis transparentes como el cristal —dijo entonces Juliet—. Con usted, reconozco que me costó ver las virtudes que podrían convertirle en un candidato perfecto para Alisa.

—Y, si puede saberse, ¿cuáles fueron esas?

—Usted le provocaba algo. La empujaba a moverse. —Hizo una sentida pausa—. Y en nuestro paseo en Hyde Park, la vi reírse a su lado.

—Así que me bendijo porque le resulté un bufón adecuado, ¿eh?

Juliet negó con la cabeza, de pronto seria.

—No menoscabe el valor de una sonrisa, joven, especialmente si proviene de alguien que no las prodiga en exceso.

—Por supuesto. —Compuso la misma expresión contrita que ella—. Nada me hace más feliz como lograr que Alisa lo sea.

Supo entonces que había pasado la prueba, porque Juliet abrió los ojos por la sorpresa, igual que hacía su sobrina cuando la pillaba con la guardia baja.

—Le ruego que no se lo diga —se apresuró a añadir Ezra en tono divertido—. No queremos que su sobrina se crea la reina de Inglaterra.

—Demasiado tarde para eso, me temo.

Se echó a reír, más tranquilo. Aunque le duró poco. De inmediato sintió la garra de la anciana apretarle el antebrazo.

—Joven, tengo que confesarle algo —murmuró Juliet—. Haga con este secreto lo que desee. Puede guardarlo, tal y como hice yo. Pero no se lo aconsejo. A mí lleva carcomiéndome ya demasiado años.

Ezra frunció el ceño.

—¿Qué secreto puede ocultarle a su sobrina, queriéndola tanto?

—Lo he ocultado precisamente porque la quiero como si fuera hija mía —confesó la anciana —. Aunque puede que eso sea solo una excusa para mi cobardía. —Cabeceó—. En el fondo, confío en que sea usted menos cobarde que yo y se lo diga cuando lo considere conveniente. Es decir, cuando la vea lo bastante fuerte para encajarlo.

—Con el debido respeto, señora, no creo que Alisa pueda ser más fuerte de lo que ya es.

Heather se acercó a ellos dando pequeños saltos, así que Juliet se apresuró a añadir:

—Sí que puede. Cuando se muestre vulnerable del todo, sabrá que lo es de verdad.

34

Se hundió en el agua hasta la barbilla.

—Milady, ¿desea que le prepare el camisón o le dejo apartado un vestido ligero? —preguntó Nellie con delicadeza.

—Déjelo, me apañaré sola —murmuró Alisa—. Puede marcharse ya. Gracias.

—Sus amigas han dicho que las avisara si se encontraba mejor y necesitaba compañía —le recordó la doncella—. Parecían preocupadas.

—No me pasa nada —gruñó la condesa—. Esto les sucede a las mujeres continuamente, ¿no es así?

Nellie asintió con comprensión y, volviéndose, siguió doblando la toalla. Luego la dejó sobre la cama, junto a un batín de seda y ropa interior limpia.

«No debería ser tan brusca con ella» se lamentó Alisa. «No es culpa suya que mi vientre me traicione mes a mes».

El problema era que, en esta ocasión, había albergado la esperanza de que algo cambiara.

Solo habían pasado unos días desde el baile, pero, desde entonces, Ezra y ella habían pasado cada noche juntos. Su marido, incansable, parecía incapaz de aplacar sus deseos hasta que no la seducía dos o tres veces.

Los mismos golpes que sonaron en ese momento contra la puerta.

—Querida, ¿estás bien?

Alisa le lanzó una mirada de temor a Nellie, que le respondió con otra decidida.

—Su señora está algo indispuesta, milord, y no desea que la molesten —anunció la criada en voz alta, acercándose a la pared.

—¿Y qué hace usted con ella entonces? —sonó escéptico Ezra al otro lado—. Déjeme pasar.

—No puedo, milord.

—Soy su marido.

—Y yo su doncella.

—Ignoraba que en esa jerarquía me encontraba por debajo —se le escuchó bufar—. Alisa, ¿estás bien?

Después de un segundo, respondió:

—Ya te lo ha dicho Nellie. No es grave, pero no me encuentro bien y no deseo verte.

El picaporte se sacudió.

—Ábreme, maldita sea, ¡no seas terca! Sé que mientes. Y no me marcharé hasta comprobar esa mentira con mis propios ojos.

—Nellie, ignóralo —le ordenó Alisa—. Al final se cansará.

Aunque la criada no parecía convencida, acabó por claudicar. Siguió ordenando los enseres de su señora hasta que, como vaticinara Alisa, los sonidos de Ezra al otro lado de la pared cesaron. Ambas escucharon sus pasos alejarse por el corredor.

—¿Ve? —dijo la condesa—. No hay ningún hombre tan paciente. Y menos uno como Ezra MacLeod.

—Eso es porque no lo conoció de adolescente, milady —susurró Nellie—. A pesar de la presión que ejercía sobre él su familia, era tan bueno y amable… Al menos, con el servicio. Yo era ayudante de cocina en esa época, ¿sabe? Y nunca me sentí tan bien tratada como con milord.

Algunos criados le rechazan precisamente por eso, pero a mí me parece que le hace más humano.

La doncella, dándose cuenta de que había hablado de más, volvió la cabeza para ocultar sus mejillas rojas.

«¿Otra dama encandilada con mi marido?» se preguntó Alisa. «Me pregunto cuántas mujeres en este castillo estaremos enamoradas de él».

Probablemente más de las que su propia esposa querría.

De pronto, sonaron de nuevo unos golpes. Solo que no tras la puerta que esperaba.

Alisa se giró en la bañera. La llamada insistente provenía de la sellada entre ambos aposentos.

—¿Qué haces ahí? —quiso saber, irritada.

—¿Estáis las dos cerca? —preguntó Ezra. Se escuchó algo metálico golpear la madera—. Si es así, alejaos de la puerta.

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó Alisa. Un escalofrío de terror la recorrió al no recibir respuesta—. ¡Ezra, deja de…!

El estallido provocó que Nellie lanzase un grito asustado.

La explosión del arma había dejado un considerable boquete sobre la puerta. Enseguida la culata de un fusil golpeó de nuevo contra la madera astillada para agrandar el agujero.

—¡Mi señora, milord se ha vuelto loco!

—No, siempre fue así: un niño caprichoso —refunfuñó Alisa—. ¡Te dije que no deseaba verte!

—Y yo que no me lo creía —replicó MacLeod.

Por fin, consiguió abrir un agujero lo bastante grande para pasar por él. En cuanto la vio a ella enfadada, metida en la bañera, y a la doncella atemorizada, pegada a la pared al otro lado del dormitorio, se echó a reír.

—¡Sorpresa! No hay muros que puedan separarme de mi amada.

—Lárgate.

—Lo haría, pero la pólvora del rifle de la señorita Evelyn Boulanger me ha dejado algo desaseado. —Despreocupado, se quitó de un movimiento la chaqueta y empezó a deshacerse el nudo del cuello—. Tendré que darme un baño.

—¡Ni se te ocurra!

Pero Ezra estaba decidido a desnudarse. Alisa tuvo que lanzarle un carraspeo a Nellie para que su doncella apartase la mirada de su señor y le prestara atención a ella.

—Salga, yo me ocuparé de él —le ordenó—. Con el ruido del disparo, puede que alguien en Dunstan House se preocupe. Informe a los invitados y al servicio de que no ha sucedido nada, ¿entendido?

—Sí, sí, milady.

Nellie se demoró un poco más, pero acabó por salir de la habitación. Lo hizo justo en el instante en que Ezra se metía en la bañera.

—Eres incorregible —bufó Alisa, cruzándose de brazos—. ¿Te parece adecuado escandalizar así a mi doncella?

—A estas alturas, querida, nada que tenga que ver contigo me parece adecuado. —Le guiñó un ojo—. Y ahora, dime, ¿qué te ocurre?

—Nada.

Ezra arqueó las cejas. Después, rápido, agarró a Alisa del brazo para acercarla a su cuerpo. Aunque protestó, acabó por colocarla recostada sobre él.

Alisa sintió el pecho de Ezra pegado a su espalda, sus brazos enjaulándola en un ademán

protector.

—Qué mala mentirosa —le susurró al oído—. Dímelo. Después de todo, no debería haber secretos entre nosotros.

Recordando el que Heather le había confesado, Alisa tragó saliva. Luego echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra su hombro. Notó los labios de él sobre la frente mojada.

—He sangrado.

—Ah. —Hizo una pausa—. ¿Y? ¿Te duele? —La mano de Ezra se introdujo en el agua y le acarició el vientre en un ademán cariñoso—. Algunas de mis hermanas dicen que en ocasiones es peor que un parto.

—Me duele un poco, sí, aunque no tengo con qué compararlo —dijo Alisa con suavidad—. Yo… nunca voy a pasar por algo así.

—¿Por qué dices eso? En Gretna Green me comentaste que sabías cómo se concebían los niños. —Ella le sintió sonreír contra su sien—. Me dio la sensación de que decías la verdad. Pero si no, te lo explicaré: si sigo amándote como hasta ahora, quizá algún día acabes encinta.

—Ese es el problema, Ezra —murmuró Alisa—. Por mucho que te empeñes… no sucederá. Te lo dije en Londres, antes de acceder a casarme contigo. Te dije que no tendría hijos, pasase lo que pasase. No porque yo no quisiera tenerlos, sino porque sencillamente soy incapaz.

La respiración de Ezra se aceleró, comprendiendo de pronto.

—No puedo tener hijos —resumió ella—, porque cuando perdí al que esperaba, la curandera me lo advirtió. Me explicó que mis entrañas eran débiles. Que probablemente no sería madre nunca.

—Y te preocupa que a mí me importe —consiguió articular él después de unos segundos—. ¿A que sí?

Alisa asintió. Aunque intentó separarse de él, Ezra afianzó su abrazo y la apretó contra su pecho para impedírselo.

—Entonces te alegrará saber que no me importa lo más mínimo —añadió—. De hecho, mejor así. No tendré que compartirte con nadie. Y, viendo a Dag, resulta una suerte tener la certeza de que podré dormir a tu lado sin que sientas náuseas a todas horas. ¿Tú le has visto? Está hecho unos zorros. Peor incluso que Hope, y ya es decir.

La risa de Alisa sonó baja, teñida de cierta melancolía. Ezra se apresuró a abrazarla con más fuerza hasta hacer desaparecer esa tristeza velada. Solía funcionar.

Rezó porque aquella vez también fuera una de ellas.

—Además, esa curandera pudo equivocarse —le dijo en voz baja—. Y en el caso de que no sea así, si algún día deseas ser madre, lo serás.

—¿Ah, sí? —la oyó apagada—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Esforzarme cada noche por si nos sonríe la suerte. Trabajaré hasta caer rendido, como a ti te gusta. —Ella le dio un manotazo—. O buscaré a alguna niña que se parezca a ti. Una morena, como los dos, con cara de malos humos. Estamos en Inglaterra, por Dios, seguro que la encontramos en cualquier esquina.

—Podría ser un niño también. Como tú: por fuera, tan encantador como el diablo. Por dentro, tan noble como un ángel caído del cielo.

—Te das cuenta, querida, de que eso también es un demonio, ¿verdad?

Alisa soltó una carcajada. Ezra, satisfecho, le dio un beso sobre el pelo.

—*Tha gaol agam ort, mo bhanrigh.*

Ante esa frase gutural, Alisa se quedó paralizada.

Había sonado como parte de una canción antigua, escocesa quizá, pero estaba segura de que

no había oído recitar nada parecido nunca.

—¿Qué has dicho?

—Oh, nada importante —respondió Ezra. Su mujer, volviéndose hacia él, le dedicó una mirada airada—. Tranquila, no es un insulto. Es gaélico escocés. —Con aire avergonzado, se inclinó para susurrarle al oído—: Me lo enseñó mi madre.

—¿Y sigues recordándolo?

Ezra se encogió de hombros.

—A pesar de dejarme atrás, a pesar de no volver a buscarme… no puedo negar lo que fue Elea. —Bajó la voz al añadir—: Esa mujer me crio, soy lo que soy por ella, así que… hablar el idioma que me enseñó de niño entre las cocinas es mi única forma de mantenerla con vida.

«Eso es» se dijo Alisa triunfal. «La señal que había estado esperando».

Tenía que decírselo. Debía explicarle toda la verdad que Heather le había contado en el acantilado. No veía el momento para organizar el mejor escenario, estar a solas con él y arrancarse aquella espina.

Ahora sabía que estaría abierto a lo que debía revelarle.

—Mañana —murmuró Alisa—, antes de la prueba del dirigible, ¿querrías acompañarme cabalgando a un sitio?

—¿Es una insinuación para que nos…? —Pareció satisfecho al verla poner los ojos en blanco —. Por supuesto, te acompañaré adonde gustes. Ya sabes que sigo tus mandatos a rajatabla, *mo bhanrigh.*

Le gustaba cómo pronunciaba ese idioma, como si cada palabra fuera un tesoro antiguo.

—Sigues mis órdenes, ¿eh? —replicó Alisa—. ¿Y la orden de antes de que no entrases en mi aposento?

—Solo te obedezco cuando dices la verdad —se excusó él—. En realidad, deseabas verme. De hecho, tú misma me has convocado con tu magia. Yo solo soy un simple hombre mortal a los pies de una bruja.

—Un hombre que le ha robado el fusil a Evelyn.

—Pero si la idea ha sido de tu amiga.

Alisa sonrió con suavidad.

—Si es cierto que eres obediente…, sácame de aquí.

—¿De dónde? ¿Del castillo?

—Del agua. —Volvió a echar la cabeza hacia atrás, esta vez para buscar sus ojos—. Has hecho huir a mi doncella, así que necesito ayuda.

—Para meterte en la cama, siempre contarás con la mía.

«Qué idiota es» se dijo Alisa. «Y lo peor es que esa es una de las razones por las que le quiero».

Ezra salió de la bañera y, de pie junto a ella, extendió los brazos para coger a Alisa en volandas. Luego la levantó con cuidado, conduciéndola hasta la cama. Tras tumbarla, la envolvió con delicadeza en la toalla. Se dedicó a secar cada pedazo de piel mientras le hablaba en voz baja, susurrante, a medias entre el inglés y el gaélico.

Si no hubiera estado también desnudo, Alisa habría sucumbido en una modorra cálida, cayendo dormida.

—Ya está —dijo él—. ¿Quieres meterte en la cama ya?

—Sí. Contigo.

MacLeod se echó a reír en voz baja.

—¿Seguro, condesa?

—Seguro, conde. No te hagas de rogar.

Rápido, Ezra se secó con la misma toalla sin prestar demasiada atención a lo que hacía.

Una vez ambos estuvieron refugiados bajo las mantas, Alisa se pegó a él para buscar su calor. Notó cómo su marido la acariciaba con la misma dedicación que antes.

—Ezra.

—¿Mh?

—Gracias por escucharme.

—Gracias por contármelo —murmuró él. De repente, sonaba grave—. Yo también he de contarte algo a ti, pero… esperaré a mañana.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

—Porque estás desnuda, querida. Eso hace disminuir mi concentración hasta mínimos históricos. Me temo que sería incapaz de sumar dos frases seguidas.

Ágil, Ezra atrapó con los labios la carcajada que soltó Alisa.

35

La veía cabalgar delante de él y sentía que se le ensanchaba el pecho.

Desde que había empezado a relacionarse con mujeres, no es que Ezra MacLeod hubiera huido de las ideas románticas. Las había fingido mil veces, había disfrutado del teatro, incluso las había llegado a rozar con los dedos en algún momento. Había conocido a innumerables damas bellas e inteligentes, pero las apreciaba por detalles sueltos y por lo que suponía su compañía (la ventaja de no estar solo). No las amaba en su conjunto.

Con Alisa no le sucedía tal cosa. Le resultaba fácil admitir lo superior que se sentía a todos los demás hombres del mundo porque podía disfrutar de ella.

Sabía que, si compartía con otras personas esos pensamientos, se reirían de él. Y, de primeras, le dominaría una rotunda vergüenza. A la vez, tampoco le preocupaba pasar por ese tormento con tal de decírselo a la sociedad entera. Colocarse junto a su mujer y exponer lo que la adoraba delante de quien fuera.

«Tal vez eso es lo que tengo que hacer», se rio. De repente le pareció una grandísima idea. «Puede que lo haga más tarde. Me muero de ganas de avergonzarla».

Sobre el caballo, Alisa giró la cabeza al oírle reír para sí.

—¿Qué ocurre?

—Nada, querida —respondió él, alegre—. Dime, ¿falta mucho para que termine este misterioso paseo?

—Oh, apenas unos minutos. —Volvió la vista hacia delante—. Llegaremos enseguida.

Ezra había aprendido que a Alisa le encantaban las joyas, controlar cada detalle de su alrededor y hacerse la misteriosa. Y de sí mismo, había descubierto que adoraba satisfacerla en los tres puntos. Eso sí, tenía que admitir que le había intrigado con esa extraña salida. Sobre todo porque faltaban pocas horas para que Dag y Brooks realizasen su ansiada prueba con el dirigible.

Por otro lado, había accedido enseguida cuando su mujer le había propuesto dar esa vuelta a caballo. El ambiente en el castillo era insoportable. Brooks no paraba quieto de los nervios, Dag gruñía sin parar por falta de sueño (lo que propiciaba la pobre Hope), Evelyn chillaba con la idea de ver un globo gigantesco volando con ella subida en él, lo que contagiaba a Heather (a la que apenas se la entendía tartamudeando sin cesar), y la tía de Alisa se había propuesto sacar de quicio a las MacLeod al menos una vez cada media hora. Tanto, que las hermanas habían prometido marcharse ese mismo día tras ver al dirigible atravesar el páramo. «Si es que no se estrella antes», como predecía Amaryllis.

Lo cierto era que las Arpías huirían antes de lo previsto porque, al final, se habían topado con una rival a su medida. Ezra no había conocido a ninguna dama con una actitud tan implacable como Juliet Chadburn, y eso incluía a su propia esposa.

«Es evidente de dónde le viene a mi esposa su alma de guerrera».

—Espera —pronunció de pronto, la vista fija a lo lejos—, ¿eso es el cementerio?

Alisa le contestó con un simple asentimiento. Cabalgaba de lado, vestida de rojo, con una bolsa atada a la cintura que le golpeaba las caderas a cada paso del caballo. Las cintas de su capa flotaban a su alrededor mecidas por la brisa. Aunque hacía viento en el condado, no soplaba el vendaval habitual, lo que había conducido a Dag a escoger ese día para su prueba.

MacLeod no pudo aguantar más el secretismo de su mujer y aceleró el paso de su montura

hasta colocarse junto a ella.

—¿Me vas a decir de una vez adonde me llevas?

—No seas impaciente, conde de Northum. Lo bueno se hace esperar.

Él gruñó en respuesta. Llegaron hasta la verja de hierro negra que protegía el cementerio de los asaltadores de tumbas. Estaba cerrada, así que, tras bajarse de los caballos, llamaron al guarda para que les abriera. Sorprendido por estar ante los mismísimos condes, el anciano hizo varias reverencias torpes y abrió el portón con rapidez, haciéndose a un lado para dejarles pasar.

Alisa volvió a adelantarse y caminó decidida entre los nichos. Era evidente por la forma en que se movía que no era la primera vez que visitaba ese lugar.

Un extraño presentimiento se instaló en el pecho de Ezra y desplazó su anterior felicidad.

No le gustaba adonde estaba llevando todo aquello. Se lo decía el instinto, uno que no solía fallar. Era el que le había susurrado la temporada pasada que Dag se enamoraría perdidamente de la tímida de Hope. El que le aseguraba que en un futuro Brooks terminaría dejando sin habla a Evelyn. El que le había dado la esperanza esa primavera de que Alisa acabaría cediendo a sus encantos.

—Es aquí.

Alisa se detuvo delante de una losa muy sencilla. Sin más explicación que el sonido del viento, Ezra contempló paciente a su mujer con la frente arrugada. En lugar de aclararle nada, la joven se limitó a señalarle varias veces con la cabeza la piedra tallada.

«Seguro que está pensando que soy un idiota, y no se equivoca».

Ezra hizo por fin lo que le sugería y observó con detalle la lápida.

La punzada de miedo que había intuido era correcta. Allí, marcada sobre la piedra, estaba el nombre completo de su madre.

Eleanor Mary Woodburn 1789-1838
Thig crìoch air an t-saoghal, ach mairidh gaol is ceòl[6]

Junto a la tumba había un rosal. Las flores se balanceaban mecidas por el viento. Grandes y resistentes, sus pétalos blancos se tornaban rojos en los bordes.

Ezra apretó la mandíbula. Esas eran las favoritas de su madre.

No quería estar allí. Deseó dar media vuelta y echar a correr. Sin embargo, al girarse hacia Alisa, supo por su mirada que ella no se lo permitiría.

Tampoco le haría falta esforzarse demasiado. Le resultaba imposible huir de su mujer por mucho tiempo.

—Antes de que protestes, déjame explicártelo todo —empezó Alisa—. Quiero que me escuches hasta el final. ¿Lo harás?

—¿Acaso me dejas otro remedio? —siseó él con los dientes todavía apretados.

—Por supuesto. Siempre puedes marcharte. Pero creo que, en el fondo, tú también deseas saber qué hacemos aquí.

—Sí, estaría bien saberlo de una maldita vez.

Ante su brusquedad, Alisa juntó las manos con delicadeza. Estaba haciéndose la dama paciente. Ezra solía adorar esa fingida serenidad que su esposa había aprendido a mostrar ante los demás. Le gustaba ser el único que sabía qué moraba bajo la serena superficie.

—Heather me lo contó —empezó a decir, calmada—. Está al tanto de todo lo de Elea, ¿lo sabías?

—No —gimió Ezra con temor—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace varios años. Cuando era una chiquilla, encontró un puñado de cartas en el

escritorio de tu padre. Se las quedó. No las entendía, estaban escritas en gaélico. El conde se volvió loco cuando descubrió que no estaban donde las había escondido. —Alisa se giró hacia la tumba—. Le dio a Heather una paliza de muerte. Si no llega a intervenir Amaryllis, probablemente le habría hecho más daño. Puede que Heather ni siquiera hubiera sobrevivido.

Ezra convirtió sus manos en puños bien cerrados. Los apretaba con tanta fuerza que sintió en las palmas las heridas que se hacía a sí mismo con las uñas.

—A pesar del castigo, Heather no devolvió las cartas —continuó Alisa por encima del viento —. Con ayuda de unos libros, se las apañó para traducirlas y descubrió entonces que eran de Elea. Sí, tu madre no había dejado de escribirte. No dejó de hacerlo ni un solo día desde que se marchó.

Ezra se quedó atónito. Tras unos segundos, respiró hondo y consiguió abrir la boca para preguntar:

—¿Mi padre las ocultó? ¿Por qué?

—Por supuesto, no podía permitir que su hijo se ablandara —bufó Alisa—. Ni que dejaras a un lado tus obligaciones como futuro conde para ir a buscar a tu madre. Aunque en realidad Elea te dejaba bien claro dónde estaba, por si querías encontrarte con ella.

—Porque no la dejaron acercarse a mí —completó Ezra en un susurro.

No supo cómo se las arregló Alisa para entenderle.

—Así es. Tu padre le dio bastante dinero por ti, así que Elea lo utilizó para construir un refugio en Escocia, muy cerca de aquí. Lo hizo para ayudar a otras mujeres que habían pasado por su misma situación. Mujeres solteras, sin recursos… Espera. Es mejor que lo leas tú mismo.

Con cuidado, Alisa abrió la bolsa que llevaba atada a la cintura. Sacó un gran manojo de cartas atadas con una cuerda y se las tendió a Ezra.

Fue entonces cuando MacLeod se percató de lo mucho que su esposa temblaba. También ella parecía afectada por toda aquella historia.

«Sigo sin entender cómo tiene la fuerza para aguantar haberse unido a una familia tan rota como la mía».

En un par de pasos, Ezra acortó la distancia que los separaba. Totalmente aterrorizado, tomó las cartas. A pesar del odio en que se había refugiado, había mantenido cierta esperanza en que su madre lo hubiera querido. Al menos, un poco. Y ahora tenía ante sí lo que parecía una prueba irrefutable de que así había sido.

No estaba seguro de querer leerlas. Ni ded si tenía las fuerzas suficientes para ello. Aunque acabaría haciéndolo, eso seguro.

Se lo debía. Elea lo merecía.

—La enterraron en Escocia, en el patio del refugio que ella misma construyó —siguió Alisa. A duras penas, porque Ezra notó también el temblor en su voz—. Pero tienes una hermana pequeña endiabladamente testaruda. Una que, a pesar de tenerle un miedo atroz, chantajeó a Amaryllis con predicar a los cuatro vientos que eras un hijo ilegítimo si no la ayudaba. —Alisa sonrió de lado—. Fue lista. Por mucho que tus hermanas no te aguanten, son conscientes de que es gracias a ti que mantienen su estatus. Gracias a tu nacimiento y a ese engaño, el condado de Northum sigue perteneciendo a los MacLeod.

Todavía aturdido por tantas sorpresas, a Ezra le costó volver a preguntar.

—¿Heather chantajeó a Amaryllis? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Para cumplir la última voluntad de tu madre. Elea quería que al morir la trajeran aquí, al cementerio de Dunstan House, cerca de donde estabas tú —dijo de corrido—. Pidió expresamente ser enterrada en este lugar, que plantasen un rosal junto a su tumba… y que tú,

cuando estuvieses preparado, vinieses a visitarla algún día.

Ezra tragó saliva.

—¿Por qué Hezzy no me lo dijo?

—Tenía miedo, sobre todo de vuestra hermana mayor. Amaryllis accedió a ayudarla a trasladar a Eleanor aquí si a cambio no te decía ni una palabra sobre la tumba de Elea.

—¿Por qué ella…?

—Lo ignoro. Tú la conoces mejor. A fin de cuentas, es tu hermana. En mi opinión, Amaryllis es una mujer criada por un tirano. Es evidente que no le gusta que la controlen. —Cabeceó pesarosa—. En realidad, no lo sé. Deberías pregúntaselo tú mismo.

—Sin duda lo haré —siseó—. Llegado el momento.

Las cartas se sacudían con violencia entre sus dedos. Viendo aquella muestra de rabia contenida, Alisa reunió la valentía suficiente para acercarse a él y colocar una mano sobre su mejilla.

—Siento no habértelo contado antes, Ezra. Quería escoger el momento perfecto… Quería estar segura de que eras un hombre capaz de asumir todo esto.

—No sé si, de hecho, lo soy —suspiró él.

—Sí, sí que lo eres. Ahora lo sé. —Alisa sonrió con suavidad—. Sabes que tu madre no tuvo otra opción. Si se hubiera negado a entregarte al conde, él podría haberte arrebatado de sus brazos a la fuerza de todas formas. Elea estaba en unas circunstancias muy precarias, no podía cuidarte. Hizo lo que creía que era mejor para ti. Yo… lo sé. Porque, de tener aquel hijo que perdí, habría hecho lo mismo.

Ezra asintió quedo. Él también lo sabía. En el fondo, lo había sabido desde hacía tiempo.

Ya no despreciaba a su madre por haberlo dejado atrás. Se lo había reprochado cuando era todavía un niño, cuando las heridas todavía estaban abiertas en su piel, pero no cuando creció y contempló el mundo oscuro que rodeaba a las mujeres, en especial a las que estaban solas.

Lo que le había desgarrado el corazón era la aparente indiferencia de una madre desaparecida, sobre todo tras dejarle en manos de un padre intimidante y despótico.

Notó cómo el guante de Alisa sobre su mejilla se humedecía. Maldita sea, era culpa suya.

—¿Sabes qué me confesó Heather después de contármelo todo? —siguió ella mientras le secaba a su marido las lágrimas con los dedos enguantados—. Que no importaba quién fuera tu verdadera madre o la suya, tú seguirías siendo su hermano. Su favorito. La entiendo a la perfección, porque también eres el mío.

—¿Soy tu hermano favorito? —consiguió bromear Ezra—. Habrá que añadir el incesto a los pecados familiares de los MacLeod…

Alisa sonrió con un resoplido de tibia frustración.

—No, patán. Eres mi hombre favorito. Te quiero y solo deseo estar contigo.

Ezra tuvo que contenerse para no alzarla en brazos después de oír su confesión. En lugar de hacerlo, se hizo el indignado.

—Solo tú, Alisa Chadburn, podrías llamarme patán y declararte en la misma frase.

—Y solo tú, Ezra MacLeod, en lugar de corresponderme, te preocuparías de un insulto que ni siquiera es tal. Además, te recuerdo que ya no soy una Chadburn. —La joven alzó el mentón—. Soy una MacLeod, y estoy muy orgullosa de ello.

Ezra la abrazó. La estrechó con fuerza contra sí, incapaz de imaginar estar separado de ella ni un segundo. Aunque el viento se empeñaba en zarandearlos, los dos permanecieron unidos.

—Ya que estamos inmersos en revelaciones novelescas, he de confesarte algo —empezó a decir Ezra junto a su oído—. Yo también he descubierto un secreto por mi cuenta.

—¿Un secreto? —preguntó confusa—. ¿Sobre quién?

—Sobre ese jodido Tumbler. —Alisa, abriendo los ojos de par en par, trató de separarse de él —. Tranquila, querida. A pesar de las ganas que tenga, no he ordenado matarlo.

—Entonces, ¿qué ocurre con él?

—Sé por qué hace siete años no se presentó a vuestro encuentro. —Ezra bajó la voz al añadir —: ¿Deseas saberlo?

Después de meditarlo unos segundos, Alisa asintió con firmeza.

—Ya no significa nada para mí, así que… sí. —Tragó saliva—. Puedes decírmelo.

—Fue por tu tía Juliet.

Alisa se tensó entre los brazos de Ezra.

—¿Qué estás diciendo?

—No se fiaba de ese hombre. Creía que no te merecía. Que, a la larga, serías infeliz a su lado. Aunque Charles Tumbler parecía un hombre enamorado, Juliet quiso ponerle a prueba. Le ofreció una ingente cantidad de dinero si te dejaba atrás. Él ni siquiera se lo pensó, Alisa. —El tono se endureció al añadir—: Prefirió escoger el dinero y huir que quedarse a tu lado.

Ezra se apresuró a abrazarla con más fuerza al escuchar cómo Alisa contenía el aliento.

—Era tan solo una trampa, Juliet jamás pretendió venderte ni entregarle a ese malnacido un mísero penique. Pero obtuvo así la prueba evidente de que ese hombre ni te quería ni te merecía, y de que si no te abandonaba entonces, lo haría en un futuro. Le consiguió un billete a Estados Unidos y le prohibió ponerse en contacto contigo.

—¿Por qué mi tía…?

—No la excuso. Por mucho que sus intenciones fueran buenas, sus formas no fueron las mejores. Ella misma se arrepiente de no habértelo contado. En ese momento, ni siquiera sabía que esperabas un hijo suyo. Después, vio cómo te endurecías ante sus ojos y prefirió guardar silencio. —Alisa sintió los labios de Ezra rozarle la sien—. Aunque parezca valiente, tu tía comparte conmigo el mismo temor.

—¿Qué temor?

—¿No lo adivinas? —susurró—. El miedo a perderte para siempre.

La joven notó cómo tragaba saliva.

—Te quiero, Alisa. Tanto que me parte en dos imaginar qué hubiera pasado de no haber sido por Juliet. Jamás habrías sido mía. Pero lo peor es que ese hombre jamás habría podido hacerte feliz como intentaré hacerlo yo cada día de mi vida.

Se estableció entre ellos un corto silencio. Al fin, con suma lentitud, Alisa alzó una mano y la posó sobre la parte alta de su espalda.

—Gracias. Por contármelo, por… Todo.

Ezra carraspeó.

—¿Estás… enfadada?

—No —murmuró ella, y se dio cuenta en ese instante de que era cierto—. No lo estoy.

—Juliet sabe que no actuó bien. Que ella debería haber…

—Lo sé —le cortó Alisa—. No apruebo sus maneras, pero hizo lo mismo que hiciste tú en ese jardín de los Makepeace. Mi tía me salvó de un matrimonio condenado al fracaso. En aquella época, no habría sabido entenderlo. Hoy sí soy capaz. Hoy sé que esa realidad me habría destrozado.

Con un suave empujón, Alisa se separó de él. Para sorpresa de Ezra, no parecía tan afectada por la noticia como había esperado. De hecho, su expresión era serena. Más de lo que la había visto jamás.

—En el fondo, supongo que lo intuía —dijo con voz tenue—. ¿Cómo iba a permitir mi tía que acabase mis días con un hombre tan débil?

—Pues ni ella ni tu familia me han amenazado tras haberte secuestrado para huir a Gretna Green —bromeó Ezra.

—¿Acaso olvidas que, escándalos aparte, eres un conde? —Alisa negó con la cabeza, la vista fija en un punto en el cielo—. Pero eso no importa. Juliet supo que tú no serías como él. Además, como te dije, ya no importa. Charles no significa nada para mí. Y ahora que sé que su abandono no tuvo tanto que ver con el amor que me profesaba si no con el dinero, puedo olvidarlo del todo. —Cogió aire despacio y, de la misma forma, lo soltó por la nariz—. Puedo perdonarlo por lo que decidió.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —Ezra habló con un velado tono de ira—. Yo no se lo perdonaré jamás.

—Es fácil ser valiente con privilegios que empujen al coraje, sobre todo en el amor —dijo Alisa—. No puedo juzgar su decisión desde la comodidad con la que he crecido. Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

—¿Yo?

—Sí. Charles Tumbler no era nadie ni tenía nada. El dinero solucionaba muchos de sus problemas. No era un hombre pudiente…

—Lo que era lo tengo bien claro. Fue un bastardo mayor que de lo que soy yo —siseó Ezra —. Y yo jamás te hubiera dejado.

—Sé que no. Por eso estoy contigo. —Después, con la vergüenza en la mirada, Alisa añadió despacio—: *Tha gaol agam ort.*

Ezra tragó saliva.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó con cuidado.

—Pues claro —contestó Alisa. Su sonrisa sin ambages llegó hasta los ojos oscuros—. ¿Creías que iba a dejarlo pasar? ¡Já! En cuanto me lo dijiste en la bañera, decidí que no pararía hasta averiguarlo. Ayer mismo empecé a aprender gaélico.

—Si quieres, querida —susurró él—, yo puedo enseñarte un par de cosas.

36

Para cuando llegaron al páramo, todos estaban reunidos en torno al dirigible. Poderoso, hinchado y sostenido por cuerdas para no echar todavía a volar.

El rosa de Evelyn se adivinaba a lo lejos, junto al azul cielo de Heather y el verde esmeralda de Hope. Los vestidos coloridos de las tres jóvenes destacaban entre el negro del resto de mujeres, incluidas las criadas. Todo el servicio parecía tan intrigado por aquel invento como los demás. Alisa les había dado la tarde libre para poder contemplar el espectáculo.

Junto a Duncan, Amaryllis soportaba el viento con una gruesa capa y gesto hosco. Begonia y Camellia estaban cogidas de la mano, cuchicheando con Nellie y la cocinera Skeen, quienes no podían ocultar la emoción. En el arco exterior de la muralla, Alisa reconoció el carruaje de sus cuñadas, lleno hasta arriba de baúles. Entre ellos, le llamó la atención uno de metal negro con las iniciales A. M. grabadas en color plateado.

Se dio cuenta entonces de que compartía las mismas iniciales con la hermana mayor de su marido. Y ahí acababan sus semejanzas. Al principio, Alisa había esperado, a pesar de todas sus crueldades, poder llegar a entenderse con Amaryllis. Porque era una mujer difícil, sí, pero Alisa podía entender por qué. Igual que ella, había sido criada para ser contenida en cuatro estrechas paredes. En lugar de regentar un castillo y un condado, había visto morir a su madre, había sido desplazada por un medio hermano ilegítimo y se había convertido en viuda por partida doble.

«Pero Amaryllis ha elegido cerrarse como ese baúl. Y yo, deshacer el nudo que lo ata».

No era tarea suya hacer desaparecer el odio de esa mujer. Aunque estaría dispuesta a ayudarla si algún día ésta se lo pedía; la lealtad que la definía no le daría otra opción.

Al llegar hasta el grupo, Alisa se colocó junto a Hope. Ezra, al lado de Heather. El conde ignoró deliberadamente al resto de sus hermanas y le tendió a la más pequeña la flor que había arrancado del rosal junto a la tumba de su madre.

En ese momento, las mejillas de Heather se tiñeron del mismo color rojo de los pétalos, y lo hicieron todavía más cuando su hermano la acercó a él para depositar un beso en su coronilla. Alisa, mirándolos de reojo, tuvo que aguantarse las ganas de acercarse a ambos y darles un abrazo.

«Tengo que acostumbrarme a esta nueva yo abierta y cariñosa… Señor, ni yo misma me aguanto».

—¿Cómo te encuentras? —le susurró en el oído a Hope.

—Ali, estoy hecha un manojo de nervios —respondió ella. Tenía las manos sobre la barriga. Aunque apenas se la notaba abultada, era un gesto que había empezado a ser habitual—. He convencido a Cay de que no se suba, pero con Eve no ha habido manera.

—¿Va a subirse *ahí*? —se escandalizó Alisa.

—Sí, con Brooks. —Las dos amigas bufaron a la vez—. Espero de corazón que no se maten.

—Yo tampoco. De las tres, por favor, que no sea Eve la que tenga un amor con un final trágico.

Las dos se rieron, aunque por dentro estaban igual de angustiadas. No más que Brooks, en todo caso. El pobre ingeniero se debatía entre el orgullo por tener a tanta gente pendiente de su invento y el absoluto terror de haberse convertido en el centro de atención.

—¿Ya, ya, ya, ya? —pregunta sin parar Evelyn, justo a su lado.

Se había hecho un moño alto para apartarse el pelo rubio de la cara. Llevaba guantes de caballero y ningún sombrero ni capucha. Por si fuera poco, Alisa contempló horrorizada que su vestido rosa no era tal. La francesa lo había transformado en una falda pantalón con tantas capas que era imposible adivinar lo que en realidad llevaba de un primer vistazo.

—Sí, ya —respondió entonces Brooks—. Colóquese aquí, señorita Boulanger.

Dio más instrucciones a algunos mozos y a su propio jefe. Cayden le obedeció sin rechistar y ayudó a su prima a subir al dirigible. Tenía el hueco justo para dos personas y Alisa temió que con tanta tela Eve no le dejara espacio a Brooks, que era quien tenía que controlarlo.

Viendo lo alterado que se mostraba con el simple hecho de sentarse junto a ella, Alisa se dio cuenta de que ese no iba a ser el mayor problema.

Con una compartida exclamación de asombro, la multitud observó cómo el aerostato se alzaba unos cuatro metros y comenzaba a atravesar el páramo. No tan rápido como un carruaje, desde luego, pero sí con una seguridad inaudita.

Aunque Alisa quiso llevarse los dedos a los labios para ocultar una tonta sonrisa de fascinación, Ezra se lo impidió. Sin que se diera cuenta, se había acercado a ella y le había cogido de la mano. En ese momento miraba al dirigible mientras le acariciaba el dorso con lenta devoción. Alisa, por su parte, se giró sin disimulo para poder observarle en silencio.

Era perfecto. Para ella, al menos. Atractivo, divertido y honorable. Eso era lo que había deseado para sus adentros cada vez que se imaginaba junto a otra persona. Había rezado por acabar enamorándose de un amigo, y había recibido mucho más.

Se dio cuenta de que Ezra acariciaba con insistencia el anillo de su anular. De alguna forma, supo por qué. Los dos compartían los mismos nudos de plata.

Quién iba a decirle al buen herrero de Gretna Green que al final iba a tener razón. Gracias a ese metal, sus vidas habían quedado irremediablemente entrelazadas.

37

—¿Puedo pasar? ¿Ya te lo has puesto?

Alisa asintió en voz alta y gritó después un enérgico «adelante», tras el cual Hope abrió la puerta.

Al entrar en el dormitorio de la condesa, su amiga compuso una expresión de máximo orgullo. Luego se aproximó cojeando con su bastón hasta acariciar el terciopelo rojo que envolvía a Alisa. Hasta dio el visto bueno con un firme asentimiento de cabeza al escote en pico, sobre el que reposaba el colgante de corazón, a los hombros al descubierto y al hecho de que no llevara guantes para que se le viera a la perfección el anillo de plata.

—Estás espectacular. Este vestido siempre ha sido mi favorito.

—También es el de Ezra.

Con una sonrisa maliciosa (que Alisa se preguntó de quién habría aprendido, si de Dagger o de MacLeod), Hope dio una vuelta alrededor de ella y guiñó ambos ojos con picardía al completarla.

—Lo sé, aunque en el caso de tu marido diría que es por razones muy distintas.

Alisa fingió que no le avergonzaba el comentario y Hope ignoró sus mejillas rojas al añadir:

—En mi caso, está claro por qué. ¿Sabes que te conocí cuando lo llevabas puesto?

—Por supuesto —contestó Alisa con suavidad—. ¿De veras crees que eres la única que se acuerda de esa noche?

—No, claro…

—Porque nunca la olvidaré —siguió—. Evelyn sigue poniéndose aquellas perlas de vez en cuando ¡y los zapatos de tacón convertibles! Por suerte para todas, el horror que llevabas estará en el sitio al que pertenecía originariamente: la basura.

—No seas cruel —se rio Hope—. Aunque sí, es innegable que iba horriblemente vestida, ignoro cómo Cay pudo fijarse en mí… —murmuró después, volviendo a relucir en ella la timidez que un día la había caracterizado—. A menudo me pregunto si lo recordaréis todo del mismo modo que yo, porque creo que fue más trascendental para mí que para vosotras. Aunque hayas cambiado, ambas seguís siendo igual de fuertes y decididas. Sin embargo, yo… Me parece que volví a nacer ese día.

—Había olvidado lo dramática que puedes llegar a ser. ¿Quieres quitarle el puesto a Eve?

La pintora se echó a reír sin pudor.

—Será por pasar tanto tiempo con ella. ¡Acabaré con el armario lleno de rosa!

Después de un par de días en los que no se había encontrado bien, Alisa se animó al comprobar que volvía a ser la Hope de siempre.

—Por cierto, ¿qué diablos ha pasado con esa puerta?

Alisa se giró hacia donde señalaba su amiga, aunque sabía de antemano lo que iba a encontrar: un arco vacío por el que, desde la otra habitación, entraba luz a raudales.

—Ezra decidió deshacerse de ella —explicó sin volver la cabeza, tratando de ocultar el rojo de sus mejillas—. ¿No te parece que ahora la estancia es más grande?

—Desde luego. —Escuchó a Hope ahogar una risita—. Y más útil, también.

Ya sí, se dirigieron juntas hasta el antiguo despacho del conde de Northum. En el camino, Hope no dijo una palabra del porqué de todo aquel secretismo. Aunque Alisa no tenía ni idea de

qué pretendía su amiga, se hacía una idea.

Cuando pasaron al despacho y vio el caballete y todas sus pinturas, lo confirmó. Las cortinas estaban descorridas y la luz de la mañana bañaba el escritorio de roble.

—Colócate aquí —le ordenó Hope, señalando la mesa.

—¿Cómo?

—Como estés más cómoda. Vas a permanecer bastante tiempo en la misma posición.

Con calma, Alisa se acercó al escritorio y arrastró la silla acolchada hasta colocarla a la izquierda del mueble. Se sentó y colocó en el regazo las manos, una sobre la otra. Hope se echó a reír.

—Estás hecha para esto.

—No es la primera vez que me dibujas —le recordó Alisa—. Aunque confieso que estoy un poco intrigada por esta obra en cuestión.

—También deberías estar orgullosa. Jamás me han pagado tanto por pintar a alguien.

La piel de Alisa se tornó del mismo color que su vestido, lo que volvió a hacer gracia a su amiga.

Tras preparar los pinceles y coger el grafito, la pintora empezó a trazar las primeras líneas abocetadas sobre el lienzo.

A Hope se la veía segura y concentrada. Era cuando brillaba más, justo en ese instante en que se olvidaba del mundo, incluso de su pierna prostética, y solo se centraba en lo que tenía entre manos.

Paciente, la modelo se dedicó a contemplarla en silencio. Por eso ninguna de las dos se percató en un principio de quienes las observaban desde la puerta. Al final, fue Alisa quien se sobresaltó al escuchar el cuchicheo entre Ezra y Evelyn en el umbral del despacho.

Era consciente de que había una tierna competitividad entre ellos por llamar su atención, lo cual le daba algo de vergüenza. En ese momento, sin embargo, parecían haber firmado una breve tregua.

—Tenemos público —le informó Alisa a Hope.

A pesar del brusco giro de cabeza hacia la puerta, la pintora no pareció ni sorprendida ni disgustada por la visita. Les hizo un gesto para que pasasen y Evelyn corrió hasta Hope con las manos tras la espalda. Al llegar al lienzo, observó el cuadro con los labios entreabiertos.

—Oh, Hoppie, ¡va a ser magnífico!

—Si acabo de empezar…

—Es igual. Lo sé. ¡Lo intuyo! —Evelyn alzó ambas cejas varias veces—. Solo que… le falta algo, ¿no lo cree, conde de Northum?

Con andar desenvuelto, Ezra se acercó hasta ellas, las manos también tras la espalda, y le dio la razón con una expresión de severidad.

—Tiene razón, señorita Boulanger, sin duda hay algo que no encaja.

Frustrada por ignorar a qué se referían, Alisa se arrebujó en la silla y tosió para captar su atención.

—¿Alguno va a dignarse decírmelo?

Evelyn soltó una risita particular. Al mismo tiempo, deshizo las manos recogidas detrás de ella.

Le mostró una caja negra. Alisa reconoció el emblema de una de las joyerías más importantes de Londres y el corazón le latió apresurado bajo las costillas.

Hacía tiempo que no recibía ningún obsequio así. La última joya que le habían comprado descansaba en su anular y dudó que, fuera lo que fuera lo que guardase esa caja, estuviera a la

altura de su significado.

Pero no fue Evelyn quien se lo entregó. Ezra le dio las gracias a la francesa, tomó el regalo con cuidado y lo acercó hasta ella. Lo abrió de tal forma que viera su contenido en cuanto la tapa se deslizara por completo hacia arriba.

Era una tiara de plata y rubíes, no tan ostentosa como podría haber resultado, a juzgar por la cantidad de piedras preciosas, pero lo suficientemente trabajada como para ser llevada por la realeza.

Alisa se quedó boquiabierta, lo que hizo reír a sus amigas entre dientes. Ezra le acarició la mejilla hasta el mentón para cerrarle los labios, tirando de su barbilla hacia arriba.

—*La dama naturaleza buscó entre las flores aquella preparada para la guerra* —empezó a tararear en voz baja—. *Vio al cardo rodeado de espíritus espinados, lo consideró capaz de batallar… y le otorgó una corona de rubíes.*

Tras parafrasear la canción que había interpretado el ayudante del herrero en su boda, MacLeod le puso la tiara en la cabeza. Lo hizo con una inclinación tan llena de pompa y deferencia, que Alisa se sintió del mismo modo que si la hubiese coronado de verdad.

Evelyn rompió a aplaudir con excitación, lo que provocó que Hope le cogiera de las manos y la chistara para que guardara silencio.

—¿Soy la flor de cardo? —se atrevió a decir Alisa con fingido enfado.

—Oh, por descontado —dijo Ezra—. La flor más combativa de todas.

—Sabes que según la canción eso te convierte a ti en la rosa, ¿verdad?

MacLeod soltó una sonora carcajada, ajeno al desconcierto de sus dos compinches femeninas.

A Alisa le encantaba verle alegre, sobre todo si se debía a alguna broma privada entre los dos. Últimamente tenían muchas. Cada vez más. Noche tras noche, tras estar juntos, se pasaban varias horas hablando hasta la madrugada.

Al día siguiente, era habitual que tuviera agujetas en sitios que la avergonzaban e incluso que le doliera el vientre de lo mucho que la hacía reír.

—*Tha gaol agam ort, mo bhanrigh* —dijo él.

—*Tha gaol agam ort, mo righ* —dijo ella.

Dos carraspeos incómodos los devolvieron a la realidad.

Hope y Evelyn los observaban, sumidas en una mezcla de vergüenza y curiosidad malsana. Fue entonces cuando Ezra, con una sonrisa de satisfacción en los labios, se inclinó sobre su oído.

—Te espero en nuestros aposentos, condesa —murmuró—. Quizá hasta ordene preparar un baño… para cuando vuelvas a darme las gracias.

—¿Cómo deseas que te lo agradezca?

Él sonrió.

—Seguro que a una dama instruida como tú se le ocurrirá algo a la altura de una corona.

Una vez estuvieron las tres a solas, Hope se volvió hacia Evelyn:

—Tú también deberías irte.

—¡¿Qué?! —estalló la francesa—. ¿No vas a dejar que me quede, Hop? Me encanta verte pintar. ¡Me quedaré calladita!

—No jures algo sabiendo que eres incapaz de llevarlo a cabo —se burló su amiga—. Además, hasta que no avance más en el cuadro, me incomodará que me mires. Sin embargo, apuesto a que hay alguien al que le agradará que lo observes mientras trabaja.

—¿A quién te refieres?

—A Brooks, por supuesto —contestó como de pasada—. ¿No deseabas hacerle preguntas

sobre el próximo prototipo de aerostato? Ahora mismo está planeando las modificaciones sobre el actual. —Hizo una pausa—. Solo. En el páramo.

—¡¿No lo acompaña Cay?! —Evelyn dio una palmada—. ¿Por qué no me has avisado antes? ¡Así no habrá nadie que me eche con excusas ridículas!

Evelyn se escabulló a toda velocidad, entusiasmada por la posibilidad de abordar a un joven sin guardián.

Tras verla marcharse, Alisa se contuvo para no sonreír de forma maliciosa.

—Eres terrible, Hope, ¿lo sabías?

—Un poco —admitió mientras trazaba otra línea—. Debo confesar que, en esto de azuzar a los enamorados, aprendí del mejor.

—¿De mi marido?

—Y mi mejor amigo. —Hope volvió los ojos hacia ella—. Además, tú y yo debemos ponernos manos a la obra. Cazamos a un Dagger, ablandamos a un MacLeod… ¿qué nos queda por lograr?

Alisa compuso una expresión orgullosa.

—La tarea más compleja de todas: domar a una Boulanger.

Epílogo

Dunstan House, condado de Northum, 1846

Alisa se despertó recostada sobre el pecho de su marido.

Su mano, con el anillo de plata, descansaba sobre el pectoral izquierdo de Ezra, cubierto de vello oscuro. Alisa alzó la vista para contemplar el rostro dormido del conde y supo que una enorme sonrisa se formaba en sus comisuras al mismo tiempo.

«Menos mal que no me ve el servicio, porque creerían que soy una completa idiota».

Por mucho que le gustara estar abrazada a su marido, disfrutando del silencio de la mañana, de su respiración lenta y acompasada, de la luz tenue que se colaba entre las cortinas…, Alisa MacLeod debía levantarse. La condesa de Northum no tenía tiempo que perder.

Retiró la mano de él que le rodeaba la espalda y se había anclado a su cintura. Poco a poco, consiguió separarse de Ezra, que soltó un gruñido en respuesta. Aunque, como era habitual, no despertó. Lily bufó desde los pies de la cama y dio un par de saltos antes de ocupar el lado caliente que había dejado libre Alisa.

«Maldita gata celosa».

Alisa odiaba las despedidas, así que se escabulló a su propio dormitorio sin hacer ruido. Después de que Ezra destrozase la puerta con el fusil de Evelyn, ambos habían decidido no colocar ninguna otra entre las habitaciones de los condes, así que no tuvo que salir al pasillo. En su cuarto, se puso una bata de seda para cubrirse y llamó con la campanilla al servicio. Nellie llegó pasados unos minutos.

Ayudó a su señora a vestirse mientras tarareaba una de sus canciones. Era una rutina establecida: la condesa se levantaba un par de horas antes que el conde, todo el mundo lo sabía. Se vestía de un color encendido y pasaba revista a las tropas antes de contestar la correspondencia.

Siempre había como mínimo seis o siete cartas que responder. De amigos, de arrendatarios, de familiares, incluso de miembros de la corona. Tras la construcción de la vía de ferrocarril Dagger que conectaba Londres con Edimburgo, la reina les había visitado un par de veces.

Media hora después, bajó las escaleras vestida de púrpura. En la pared junto a ellas, Alisa se vio a sí misma, aunque no en el espejo.

El retrato que Ezra le había encargado a Hope destacaba entre el resto de pinturas.

No había ninguna otra dama en las paredes de Dunstan House con semejante vestido rojo, una corona de rubíes y aquella actitud jactanciosa. Tampoco posaba en un paisaje o en un salón, sino junto a un escritorio abarrotado de papeles, un testigo de su trabajo, no del de su marido.

Ezra solía bromear con que Hope la había reflejado como era de verdad: la mezcla perfecta entre la reina Ginebra y la bruja Morgana.

En especial, Alisa hacía contraste junto a Lillian MacLeod, vestida de azul y con gesto huraño. Hacía casi un año que la imagen de la antigua condesa ya no descansaba junto a la de su esposo.

Tras la prueba del dirigible, Ezra había ordenado retirar el retrato de su padre y guardarlo en el sótano. Cuando Hope terminó su obra, había colocado el de Alisa en su lugar. Esta última había temido que eso levantara ampollas entre las MacLeod, pero en su siguiente visita, las

hermanas mayores de su marido se habían mostrado hasta agradecidas. A quien adoraban era a su difunta madre, entregada y tenaz en prodigarles cariño, no a su padre.

Alisa no las había perdonado, aunque con el tiempo sí había hecho un esfuerzo por comprenderlas. Ezra y Heather no habían sido los únicos que habían crecido a la sombra de un hombre violento y manipulador.

Eso no excusaba el comportamiento de las Arpías, por supuesto, pero a Alisa le era imposible no compadecerlas. ¿Qué hubiera hecho ella en su lugar? Sentía escalofríos solo de pensarlo.

Esa mañana, entre las numerosas cartas que debía contestar, había un par de sus cuñadas. La cuarta hermana, Dahlia, era feliz en Irlanda. Era la única que se había casado por amor e insistía en que fueran a visitarla pronto. Begonia y Camellia eran más parcas en palabras, pero percibía cierta actitud arrepentida entre sus frases escurridizas.

Por el contrario, Amaryllis nunca escribía. Los visitaba de vez en cuando, alzaba el labio superior cuando veía algo fuera de su sitio y volvía pronto a su finca de viuda en Stirling con una actitud desdeñosa.

Alisa no podía olvidar que en su día había salvado a Heather de las garras de su padre, así que aguantaba con indiferencia sus comentarios malintencionados.

«Ya me he acostumbrado, y al final siempre se marcha, así que ¿por qué pelear inútilmente? Como dijo mi tía, solo debo luchar las batallas que sepa que voy a ganar». Y combatir contra una MacLeod con el corazón resentido era, sin lugar a dudas, un esfuerzo inútil.

Cuando hubo contestado todas las cartas, llamó de nuevo al servicio. En esta ocasión fue Grace, el ama de llaves, quien se plantó en la puerta del despacho.

—¿Está el Dagger preparado?

—Sí, milady.

—¿Han bajado mi equipaje?

—Sí, milady —repitió la criada con paciencia—. Está en el coche. También le he dejado allí los sándwiches y los pasteles de menta que le pidió a Skeen para el viaje.

—Gracias, Grace. Es un placer trabajar con usted, como siempre. —El ama de llaves inclinó el rostro con educación—. Prepare mi capa y el sombrero. Me marcho ya.

—¿Y el conde?

Alisa se levantó y jugueteó con el colgante de corazón entre sus clavículas.

—Mejor déjelo dormir. Ya nos despedimos anoche.

Grace se dio la vuelta para acompañarla a la puerta principal, lo cual fue una suerte. La señora de Dunstan House odiaba que la vieran enrojecer por algún recuerdo. El de la noche anterior, además, no era precisamente suave. Y es que Ezra, tal como había prometido hacía un año, se esmeraba día tras día en «hacerla madre».

Aunque Alisa ya había perdido toda esperanza de convertirse en una, era incapaz de protestar. Ya no veía con tanto miedo un futuro sin retoños propios agarrados a sus faldas. Si llegaba el momento en que los deseaba con desesperación, los buscarían juntos. Puede que en el refugio que una vez construyera Elea.

Con una sonrisa, Alisa se despidió de su miniatura, enmarcada y colocada en un lugar destacado en su escritorio. Aunque al bajar las escaleras hasta el vestíbulo, volvería a verla. Hacía un año, le había pedido a Hope que, a escondidas de Ezra, la incluyera en su propio retrato, sobre el escritorio repleto de papeles. De esa manera, las dos madres de los MacLeod moraban en el castillo en cuadros contiguos, una junto a la otra.

Al menos, para todo aquel que supiera mirar.

…

En el vestíbulo, Grace le tendió la capa, los guantes y el sombrero. Alisa dio las últimas instrucciones al servicio, en fila para despedirla. Aunque Ezra cada vez se implicaba más en las tareas de Dunstan House, todos sabían quién era la señora de la casa.

Sobre el papel, Ezra era el conde de Northum. Ella, quien dictaba las normas.

—Ah, ¿conque ibas a irte sin despedirte de mí, *mo bhanrigh*?

Sobresaltada, se dio la vuelta y contempló como Ezra bajaba las escaleras. Había tenido la delicadeza de ponerse unos pantalones y una bata, pero esta estaba abierta, y las criadas giraron la cabeza para no ver a su señor semidesnudo. Alisa frunció el ceño en cuanto la tomó de la cintura con una sonrisa ladina.

—No deseaba despertarte —dijo distraída. Bajó la vista hacia su pecho y posó sin pensar una mano sobre él—. Tampoco que escandalizases a todo el servicio.

—No es lo peor que han visto, ya lo sabes.

Se resistió a reír. No había querido despedirse de Ezra porque no quería tener que decirle adiós. Era así de simple.

Cada vez le resultaba más duro hacerlo.

—¿Me avisarás en cuanto llegues a Londres? —preguntó él.

—Por descontado, te escribiré en cuanto ponga un pie en casa.

—Mejor antes.

Esta vez sí se rio. Le dio un rápido beso en los labios con ánimo de darse la vuelta, pero Ezra la retuvo.

—¿Cuánto dices que estarás fuera?

—Una semana.

—Una semana es mucho tiempo —murmuró él—. ¿Qué voy a hacer aquí solo? Seguro que acabaré ahogando mis penas en alcohol por tu ausencia.

Alisa bufó por la nariz. Sabía que era mentira. Su marido había dejado de beber como solía hacer. Ahora solo se tomaba un par de copas cuando llegaban visitas o cuando los dos estaban con ánimo de jugar en el salón sur.

—Así que vas a refugiarte en el whisky, ¿eh?

—No me dejas otro remedio —dijo Ezra con una angustia pretendida—. A menos que hagamos un trato. Soy muy bueno cumpliéndolos. —Entrecerró los ojos con una expresión pícara—. Tendrás que esforzarte, querida. Como he dicho, una semana es mucho tiempo.

Mientras Alisa cedía al pacto y lo besaba, el servicio volvió a mirar al techo.

La joven sabía que no era demasiado educado prodigar a los cuatro vientos esas muestras de afecto, pero no podía evitarlo. Si se trataba de Ezra, al final siempre acababa claudicando.

La señora de Dunstan House tenía una evidente debilidad y ésta no dejaba de sonreír.

…

Todos los operarios de la estación la saludaron con el sombrero al pasar. No solo la conocían por ser la condesa de Northum, sino por sus constantes viajes a la capital. En Londres, Ezra y ella pasaban largas temporadas en la casa que habían comprado en Belgravia Square, cerca de la de los Dagger. El conde asistía entonces a la Cámara de los Lores, perseguía a su amigo Dag para practicar boxeo y avergonzaba a Brooks. Ella invertía en la nueva industria con su marido y se pasaba los días junto a su tía Juliet y sus amigas.

Heather y Evelyn continuaban siendo debutantes. Por lo que insinuaban los rumores, la primera podría acabar convirtiéndose en el diamante de la siguiente temporada. Aunque la realidad era que ambas chicas, con sus respectivos diecisiete y diecinueve años, preferían pasar

las tediosas veladas de sociedad riéndose a carcajadas y bebiendo vino a escondidas. Alisa se alegraba de que no tuvieran prisa en casarse. ¿Por qué iban a tenerla?

De hecho, hacía meses que se había planteado la posibilidad de proponerles esperar un año más para iniciar su siguiente temporada. Quería que las dos estudiasen, que ambas tuvieran las oportunidades que ella no había podido disfrutar.

Hope ya estaba en ello. Tras una cuantiosísima donación de Cayden, la habían preadmitido en la Real Academia de Artes. La pequeña Cora Dagger cumpliría un año y había empezado (por fin) a admitir a una cuidadora que no fuera su propia madre sin berrear como una salvaje.

—Su vagón, milady.

Alisa inclinó la cabeza para dar las gracias al botones y se sentó en la mullida butaca junto a la ventanilla. En su compartimento privado, vería pasar los páramos verdes de Northum que le pertenecían hasta llegar a la bulliciosa y gris capital.

Había escogido una novela para el camino. No obstante, viendo el espléndido día que hacía fuera, a lo mejor se dedicaba simplemente a disfrutar del paisaje.

El motivo de su marcha era la preparación de otra en el futuro. En verano, su tía Juliet, Evelyn y Heather viajarían a Francia. Las cuatro tenían ganas de ver mundo, y Hope ya había disfrutado en su momento de una larga luna de miel.

A Alisa le cosquilleaban las ganas. Al mismo tiempo, le daba miedo lo que echaría de menos a Ezra. ¿Cómo iba a aguantar un mes, si la perspectiva de una sola semana lejos de él le formaba un nudo en la garganta?

Cerró los ojos y suspiró. No era una mujer débil. Apellidos aparte, seguía siendo una Chadburn. El mes pasaría volando y tendría muchas anécdotas que contarle al regresar.

—¿Aquí está? Ah, ya la veo. Muchas gracias, muy amable, puede retirarse.

Sobresaltada al oír su voz, abrió los ojos de inmediato. Ezra acababa de despedir con una sonrisa al botones y se acercaba a ella con andar decidido. Al sentarse en la butaca a su lado, disfrutó a carcajadas de la expresión consternada de su mujer.

—Estabas pensando en mí, ¿eh? Eres una auténtica bruja: me has atraído con la mente.

—¿Q-qué haces aquí?

—He pensado que hace mucho que no veo a Hezzy. Y Dios sabe que no debo dejarla demasiado tiempo sola. La última vez que la perdí de vista en un baile, se besó con un patán y me empujó a pedirle matrimonio a una despiadada señorita. Un auténtico escándalo, ¿oíste hablar de él?

La cogió del brazo. Ella seguía atónita, así que Ezra cambió el tono a uno más serio.

—Estamos a tiempo, todavía no ha salido el tren. ¿Deseas que me vaya?

Alisa parpadeó un par de veces para recomponerse. Se puso colorada y colocó la cabeza ladeada sobre el hombre de él.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

Se quedaron en silencio. El tiempo pasó. Escucharon el sonido de los operarios al avisar de que el ferrocarril se pondría en marcha. Después de un traqueteo lento y brusco, la enorme máquina de vapor empezó a moverse rumbo al sur.

—No puedes vivir sin mí, ¿es eso? —dijo por fin Alisa.

Había recuperado el habla. Quizá porque había necesitado tiempo para contener el anhelo en su voz.

—Oh, querida, en absoluto. Puedo vivir sin ti. Lo que ocurre es que no quiero.

Alisa sonrió contra su hombro. No se le había pasado por alto la sombra de barba en su mandíbula ni la falta de equipaje. Era obvio que su marido había salido de Dunstan House a toda prisa para alcanzarla.

Se pasaron la primera hora de viaje abrazados. Cuando la mano de Ezra, anclada con firmeza a su cintura, cayó laxa hacia abajo, Alisa se dio cuenta de que se había quedado dormido. Rápida, volvió a colocarla en su sitio y tomó su otra mano. En el regazo, entrelazó los dedos con los suyos formando un nudo muy estrecho.

Disfrutaría del viaje sin importar el destino. Sería fácil. Con Ezra, siempre tenía la sensación de que viajaba a casa.

Agradecimientos

Seré breve (no como Evelyn, lo prometo).

Querría agradecer esta historia a las personas que han hecho posible que me haya atrevido a autopublicarla: muchas gracias a Andrea (la mejor hermana), Patricia (laatrapasueños, la mejor beta), Myriam M. Lejardi y Marina Tena (grandes seres humanos y mejores amigas), María Zárate (la mejor realizadora de *reels*), Violeta Reed (con el mejor podcast), Cristina Prieto (chapoteadora de éxito oficial), mi Pablo, amigas y familia.

Gracias también a Gabriela por esa cubierta con la que soñaba (es la mejor, ¡contratadla!).

Gracias a Mimi, Nira, Nana, Mikey, Zhuri y Marta por su generosidad para leerme y por su amor a esta historia de amistad.

Gracias a los bookstagrammers y creadores que han compartido su opinión sobre Amor y conveniencia en redes y que han sido tan amables, siempre.

Gracias a ti. Porque querías, aunque no se pudo.

Y en especial, gracias a todas las lectoras que desde febrero me habéis escrito para preguntarme (o exigirme con mucho cariño) cuándo sacaría esta historia. No sé quién, si vosotras o yo, tenía más ganas de que por fin la tuvierais.

Para bien o para mal, ya es vuestra.

BIOGRAFÍA

Raquel Arbeteta (Lugo, 1992) estudió Biología Sanitaria e Investigación, pero sus verdaderas vocaciones siempre han sido la literatura y la educación. Actualmente trabaja como profesora y dedica gran parte de su tiempo a la escritura, en la que le gusta experimentar y explorar diversos géneros.

Autora de varios relatos, en 2021 publicó sus primeras novelas: Entre dos promesas (Selecta), Te traeré a casa (Ediciones Dorna) y Cielo hendido (Ediciones Freya).

Es una ferviente admiradora de la histórica romántica, el café con hielo y las películas de época, muchas de las cuales ha visto tantas veces que ya se las sabe de memoria.

Amor y conveniencia (Grijalbo, 2023) es su última novela, y en 2024 publicará Una mentira compartida, también con Grijalbo.

---

[1] No me lo he inventado: el nombre original es *The Thrissil and The Rois.* La traducción de los versos es mía, en cualquier caso (con un poquitín de ayuda).

[2] Henry Phillips (1801-1876) fue un cantante inglés de ópera, activo en teatros especialmente entre las décadas de 1820 y 1840.

[3] James Barry (1795-1865) fue un cirujano del ejército británico. Aunque se le llamó Margaret Ann al nacer, toda la vida adulta (pública y privada) de Barry transcurrió como hombre, en parte para ser aceptado como estudiante universitario y seguir una carrera como médico. En su testamento dejó claro que quería ser reconocido como hombre en su lápida, por lo que es importante reconocerle como tal. Con ese nombre está enterrado en el cementerio de Kensal Green que, por cierto, es precioso.

[4] Marguerite Gardiner (1789 - 1849) existió de verdad. Fue una mujer con una infancia difícil y pobre. Casada a los 15 años, volvió a contraer nupcias ocho meses después de quedarse viuda. Junto con su nuevo marido, el conde de Blessington, recorrió toda Europa escribiendo. Su casa en Kensington se convirtió en el centro de atracción para todas las personas distinguidas en literatura, arte, ciencia y moda. Fue novelista, amiga de muchos intelectuales de la época como Byron, Madden o Landor. Hermosa, excéntrica y enemiga de las normas, acabó huyendo a Francia para escapar de sus acreedores. Hay un retrato suyo (de Sir Thomas Lawrence) en la colección Wallace de Londres; no diré qué personaje me inspiró contemplarlo…

[5] Perdón, Lisa Kleypas.

[6] Refrán típico escocés: El mundo se acabará, pero el amor y la música permanecerán.